

Curtis B. Dall

Franklin Delano
ROOSEVELT
Mi suegro explotado

1968

AAARGH

2004

EN INTERNET

Reimpresión de la edición revisada de 1970

Primera impresión, diciembre, 1982

Segunda impresión, abril, 1983

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

C.P. 1306

Torrance, California 90505

En *FDR: Mi suegro explotado*, el Coronel Curtis B. Dall escribe desde su experiencia personal lo concerniente con el famoso cuatro veces Presidente, su familia, socios políticos, y algunos de los eventos críticos que aún influyen fuertemente en la historia del mundo.

Nativo de la ciudad de Nueva York, el Coronel Dall asistió a la Academia Mercersburg y a la Universidad de Princeton. Fue alférez de la Fuerza Aérea de la Marina durante la Primera Guerra Mundial y sirvió allende los mares.

Su amplia experiencia en inversiones comenzó en Wall Street, en 1920. Ascendió para convertirse en gerente del sindicato de Lehman Brothers y luego fue nombrado socio en la firma ahora conocida como Merrill Lynch, Pierce, Fenner & Smith. Además fundó y dirigió en sus comienzos al complejo de gas natural hoy llamado Tenneco, y participó en la exploración en busca de petróleo y gas natural en Texas.

Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió a la Fuerza Aérea y hoy sostiene el rango de coronel en la Reserva de Retirados de la Fuerza Aérea. Su periodo de servicio militar comprende 13V2 años.

En 1948, el Coronel Dall participó en la política como conservador en Texas. De 19W a 1964 fue el presidente nacional del Partido Constitucional de los EEUU.

Hoy en día, el Coronel Dall es Presidente Emérito de la Cámara de Libertad en Washington D.C. A menudo se le llama la cámara del pueblo, al ser el grupo independiente de acción política más grande del país. Siempre ha estado en constante demanda como vocero en asuntos patrióticos y políticos en toda la nación, y a menudo ha aparecido en programas de radio y televisión. Vive en Alexandria, Virginia, con su esposa Katherine.

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

ISBN: 0-939484-03-X

FDR: Mi suegro explotado

© 1968 por Curtis B. Dall

Esta edición de bolsillo de 1982 fue publicada con permiso del autor por:

Instituto de Investigación Histórica, C.P. 1306 Torrance, California 90505

ISBN: 0-93948-03-X Número de tarjeta del catálogo de la Biblioteca del Congreso 68-2835

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede reproducirse de ninguna manera sin el consentimiento por escrito del autor, excepto algún crítico quien puede citar pasajes breves en relación con una reseña.

Fabricado en los Estados Unidos de Norteamérica

Fotografía de la portada, cortesía del New York Times: La familia Roosevelt en la Mansión Ejecutiva, Albany, Nueva York, para las fiestas de Navidad, 1929.

De izquierda a derecha, primera fila: Franklin D. Roosevelt, Jr. y su hermano John. Sentados atrás: Sra. Curtis B. Dall, Anna Eleanor Dall, Sra. Roosevelt, Gobernador Roosevelt, Sra. D.D. Forbes (tía del gobernador), y Sra. James Roosevelt (madre del gobernador).

De pie: Curtis B. Dall y James Roosevelt.

DEDICATORIA

Dedicado a los estadounidenses jóvenes. Puedan ustedes beneficiarse al observar cómo ciertas fuerzas sombrías confabulan sin piedad para promover sus propios objetivos financieros e ideológicos a costa de ustedes. Ellos seleccionan, luego preparan y, por último, controlan a muchos de nuestros funcionarios del gobierno de más alto rango. Planean las guerras y, por medio de la “política exterior”, se ponen de acuerdo para plantear el escenario a fin de crear incidentes que den inicio a hostilidades. Utilizan demasiado la palabra “Paz” para engañarlos y crear una cortina de humo verosímil con tal de ocultar sus verdaderas operaciones. Ustedes pueden reconocer “quiénes” son.

Por eso les digo, jóvenes estadounidenses, estén alerta, sean más eficaces que mi crédula y confundida generación. Pongan en marcha, defiendan y preserven para ustedes y para quienes los siguen nuestra gran herencia de independencia y libertad.

-El autor

AGRADECIMIENTOS

Sra. Katharine L. Dall, Washington, D.C. – Especial

Srta. Olga Butterworth, Wallingford, Pensilvania.

Willis A. Carto, Los Ángeles, California.

G. Ernest Dale, Filadelfia, Pensilvania.

Bernard R. DeRemer, Washington, D.C.

Normand Dodd, Nueva York, N.Y, Exgobernador.

George H. Earle, Filadelfia, Pensilvania.

Benjamin H. Freedman, Nueva York, N.Y.

Stockton Gaines, Montrose, Pensilvania.

Russell Hardy, Sr., Washington, D.C.

Rev. T. Robert Ingram, Houston, Texas.

Sra. Rebecca Smith Lee, Lexington, Kentucky.

Franz Ralston, Filadelfia, Pensilvania.

Isaac Requa, Jackson Heights, N.Y.

John Sheridan, Filadelfia, Pensilvania.

Eduard W. Shober, Filadelfia, Pensilvania.

W.B. Vennard, Houston, Texas.

Willis G. Wilmot, Nueva Orleans, Luisiana.

CONTENIDO

Introducción.....	7
I Hyde Park – Conociendo a la familia de Franklin Roosevelt	11
II Franklin D. Roosevelt, I.....	23
III Los años en Wall Street, I.....	27
IV Verano en la residencia Warburg	32
V Vecinos en Tarrytown.....	34
VI Franklin D. Roosevelt, II.....	40
VII Eleanor Roosevelt, I (Desde una pequeña pradera)	44
VIII Eleanor Roosevelt (Después de Albany)	56
IX La convención de Chicago y el Senador Huey Long	66
X “Profesor” Felix Frankfurter.....	71
XI El “Sr. Baruch” visita	78
XII Día de Inauguración – 4 de marzo de 1933	83
XIII Cena con Henry	88
XIV El consejo de los asesores del C.F.R. Oro de los EEUU para extranjeros solamente Mi carta de despedida a la Casa Blanca	99
XV Sara Delano Roosevelt (Magna Cum Laude)	106
XVI Louis McH. Howe	118
XVII “El Pánico” – Joe Kennedy vendido al descubierto “El gas Tennessee” triunfa	122
XVIII El “Árbol Penny”	139
XIX Franklin D. Roosevelt, Final	142
XX Veinte años después (El Comandante Earle pudo haberlo detenido).....	160
XXI Mi visita al Almirante Kimmel	175
XXII Las “Naciones Unidas” Su verdadero origen, raíces y ramas.....	186
XXIII Conservadores, Liberales y críticas	202

Introducción

Observen una moneda de veinticinco centavos. Verán ya sea el anverso o el reverso. Sin embargo, ambas caras de la moneda son importantes.

No obstante, al crear una imagen para un fin específico, no se intenta mostrar ambos lados de la imagen, sólo uno.

El impacto de la imagen va dirigido al desinformado y al crédulo, entre los cuales ciertamente me vi incluido durante un largo tiempo.

La creación de imágenes pretende engañar deliberadamente, engatusando a sus víctimas mediante caminos predeterminados, a menudo hacia áreas peligrosas y caras.

Mi esperanza es que el lector de este libro se esfuerce por observar ambas caras de nuestra imagen ideológica y política, que afectan eventos importantes, y las encuentre informativas. Un lado es visible, un lado está oculto.

A menudo la gente se adecúa a las circunstancias para combinar y producir resultados para bien o para mal.

Hay mucho registrado en este libro acerca de Franklin D. Roosevelt, su esposa, su madre, miembros de su familia, y sus acompañantes. Otras figuras reconocidas mundialmente son tratadas, a muchas de las cuales observé de cerca.

Puede ser que muchas de mis observaciones sorprendan a algunos lectores. No tuve que investigar. Estuve ahí, en general no sólo como alguien que sostiene una fronda.

Por eso, ciertas partes del libro discreparán con otros libros.

En mayo de 1933, escribí un artículo para una revista neoyorquina llamada *Wall Street and Pennsylvania Avenue*. Describía cómo me parecía la nueva Administración Democrática, encabezada por mi suegro, en lo que concernía a Wall Street. Había trabajado en Wall Street por algún tiempo, la fuente principal visible de la estructura financiera de este país. Lo sabía muy bien.

Sin embargo, como no deseaba escribir un artículo de la Administración demasiado crítico, se lo mostré a un amigo cercano, Basil O'Connor, el ex socio abogado del presidente, invitándolo a darme sus comentarios al respecto. "Doc", como lo llamaba, lo

leyó y, mirando de manera pensativa por la ventana, dijo: – Curt, el artículo es en verdad interesante, pero si planeas venderlo a una revista, por favor véndemelo a mí.

Esa observación, sin fijarse en mi talento literario que despuntaba, claramente indicó que lo consideraba demasiado crítico para la nueva Administración, en especial viniendo de mí, un pariente del presidente y una fuente informada.

Perplejo, le dije: – Está bien, Doc, si ésa es tu reacción, *Wall Street and Pennsylvania Avenue* nunca se publicará. – Y no se publicó. Lo rompí en pedazos.

Esa conversación ocurrió en la oficina de Doc, en el 120 de Broadway, en Nueva York, hace treintatré años, hace mucho tiempo. Mientras tanto, han sucedido muchos eventos importantes, algunos con un profundo significado para todos nosotros. Muchos líderes aquí mencionados han pasado al Más Allá.

En retrospectiva deberíamos tener en mente: “Lo pasado es prólogo, ¡prólogo para hoy!”

El pueblo estadounidense no fue criado ni preparado para convertirse en un conjunto de embusteros con mentalidad internacional. Como resultado, nos hemos convertido en las víctimas preparadas de aquéllos que se han criado y empapado con esa clase de entrenamiento. Además, como pueblo, estamos demasiado inclinados al hedonismo, sumamente absorbidos en un programa de placer. Hacia ese fin, somos alentados y “moldeados” día con día por nuestra prensa, radio y programas de TV, influenciados por el extranjero. Por razones obvias, quienes planean el mundo nos incitan a ser absorbidos en lo trivial.

Muchos de nosotros somos propensos a sentir que nuestro estatus político, incluso nuestra independencia y libertad en los EEUU, están seguros. Pero, junto con ese aficionado internacionalista, Woodrow Wilson, peligrosamente tomamos asiento en 1913 en su nefario tobogán político, y ahora nos acercamos al fondo de ese viaje desastroso. Luego vino otro viaje desastroso en tobogán con FDR y sus sucesores. ¿Hacia dónde vamos a partir de aquí?

No nos engañemos. La riqueza, la independencia y la libertad del pueblo estadounidense son robadas y desaparecen poco a poco. Hoy, como peleles, compramos muchos “beneficios” políticos sobrevalorados, por supuesto, ¡todos pagados con el dinero que ganamos arduamente!

También se nos ha incitado a tratar de dirigir los asuntos de otras naciones, lo cual reeditúa en una buena ganancia para los poderes económicos del mundo que poseen secretamente los créditos y los mercados. Se den cuenta o no, todo ha sido planeado para ustedes de esa forma.

Además, nuestra tierra se ha inundado con grandes cantidades de libros “creadores de imagen”, escritos cuidadosamente acerca de numerosos ciudadanos importantes en la vida pública, que aspiran a ciertas políticas internacionales de largo alcance.

No obstante, las imágenes falsas y “noticias manejadas” pronto conducirán a la destrucción de un pueblo libre, si lo permitimos. “Nosotros” significa ustedes y yo. Es para ustedes, principalmente, que se escribió este libro.

En los “treinta”, los creadores de imagen revelaron la palabra “aislacionista” para sus propósitos personales, para confundirnos. Esa palabra quiere decir “separar de los demás”. ¿Acaso nuestros antepasados no soportaron gran sufrimiento físico y privaciones para venir desde lejos hasta estas costas, sólo con ese propósito? ¿Acaso no buscaron escapar de los varios enredos del Viejo Mundo? Ahora, los emisarios inteligentes del Banco Central de Europa para el Financiamiento de Deudas han triunfado en capturar nuestra economía.

Los términos “aislacionista” y “aislacionismo” son íconos que se han promovido persistentemente para convertirse en palabras “sucias”.

Esa “Promoción” ha resultado ser más exitosa para “líderes del poder mundial”; sin embargo, para nosotros, ¡más costosa!

Nuestro humanitarismo manifestado hacia otros pueblos no puede cuestionarse, y en la historia del mundo, nunca se ha igualado.

Están aquéllos, no hay duda, que pueden estar en desacuerdo con algunas observaciones que aparezcan en este libro. Por mí está bien. Sin embargo, permitan que esa voz se presente adecuadamente, no para disentir ni desaprobador, ¡sino para mejorar! Mi única petición es que la conocida “técnica de la calumnia”, empleada tan frecuentemente como argumento, se remplace con hechos, no con mentiras que asemejen al chantaje que cualquiera puede repartir, incluso algunos columnistas bien pagados. No pienso retirarme.

Recuerdo una observación significativa: “¡Es mejor encender *una* vela pequeña en un cuarto oscuro que vivir por siempre en la oscuridad!”

Espero que mi modesta “vela” arda con brillo y sea de algún valor para mis compatriotas aquí y para los ciudadanos de otras tierras. De este modo, quizás el “cuarto oscuro” se vuelva un poco más “brillante”.

El autor

CAPÍTULO I

Hyde Park – Conociendo a la familia de Franklin Roosevelt

Las opiniones de innumerables personas con respecto a FDR varían en gran medida. Algunos lo ven como un héroe, otros como un villano. Esta variación también se manifiesta en la evaluación de numerosos acontecimientos, vistos ya sea como beneficiosos o desastrosos, resultado de sus extensas actividades políticas. Por una parte, sin embargo, hay acuerdo general; él poseía gran encanto personal y si le agradaba una persona o quería agradecerle a alguien, podía ser casi irresistible.

Sentado a su lado por primera vez durante la cena, en casa de su madre en Hyde Park una noche en diciembre, al instante sentí todo el poder de ese encanto. No iba dirigido únicamente a mí, sino también hacia un grupo de gente joven que su hija Anna había reunido para una fiesta de año nuevo en casa.

La siguiente vez que cené con Franklin Roosevelt fue en una ocasión especial que tuvo lugar aproximadamente cuatro meses después en su oficina privada, en donde era vicepresidente de la Compañía de Fidelidad y Depósito, en el área de Wall Street de Nueva York.

Esa vez fue a finales de marzo de 1926 y él me estaba examinando como su futuro yerno. Me había comprometido con su hija Anna pocos días antes.

Por supuesto, él lo sabía, y aunque los padres pueden ser rudos en tales ocasiones, su manera de tratarme siempre había sido de lo más cordial y yo no esperaba que me desaprobara.

A principios de diciembre anterior, había visto a Anna en una cena dada por el señor y la señora Walter Douglas para sus dos hijas, Elizabeth y “Kay”, en su hogar en la Quinta Avenida en los Upper Seventies. Nuestras familias habían sido amigas desde sus comienzos en Arizona.

Como presidente de un gran ferrocarril, el Sr. Douglas era un hombre ocupado. Los fines de semana le gustaba jugar tenis en el campo, y a mí también, así que éramos buenos amigos. Esa noche, había alrededor de diez jóvenes reunidos en casa de Douglas, antes de asistir al Baile de Navidad en el Hotel Ritz-Carlton. Entre los invitados a la cena había una

mujer rubia y bastante alta. Kay Douglas me había presentado cuando llegué con otros al salón, antes de la cena, pero no recordé su nombre.

Después de la cena, intrigado por su agradable sonrisa y sus modales vivaces, le pregunté a Kay nuevamente su nombre. “Anna”, me dijo, “¡Anna Banana! Así es como la llamamos en la escuela”.

Al ver mi semblante algo confundido, se rio y agregó: – Es Anna Roosevelt. Estuvimos juntas en Chapin.

– ¿De los Roosevelt de la Bahía Oyster de Long Island? – Pregunté.

– No, ella es de Hyde Park, en Hudson, y también vive aquí en la ciudad, con su familia en la Calle 65.

Una hora después, conforme las bailarinas se arremolinaban alrededor de un gran círculo de solteros que estaban parados con toda tranquilidad en el centro del salón, vi a Anna, la chica que se había sentado frente a mí en la mesa durante la cena, bailar.

Aparentemente notó que yo estaba de pie en la fila de solteros y dejó entrever una sonrisa cordial hacia mi dirección. Ciertamente surtió efecto, y de inmediato di un paso al frente, le di un golpecito en el hombro a su pareja de baile y “me metí”. El primer baile llevó a un segundo, y así comenzó a escribirse un segundo capítulo. Me llevó a esa ocasión especial cuatro meses más tarde, la que me tenía en Nueva York, en la oficina de la Compañía de Fidelidad y Depósito de Baltimore en un ambiente apropiado para su vicepresidente, Franklin Roosevelt.

Sus numerosos amigos y antiguos contactos políticos de Nueva York lo hicieron valioso en el negocio de seguros de fianzas y accidentes. La compañía era dirigida en Baltimore por su amigo, Van Lear Black.

La oficina de Franklin Roosevelt era bastante inusual. Las paredes estaban cubiertas casi por completo con fotografías de la marina. Esto no era sorprendente, ya que durante la Primera Guerra Mundial sirvió como Secretario Asistente de la Marina bajo el mando de Josephus Daniels. Algunas de las fotografías de aeronaves eran de interés especial para mí, por mi servicio en Inglaterra y en Francia durante la Primera Guerra Mundial en 1918 y 1919 con nuestras Fuerzas Navales de Aviación de los EEUU.

Mi futuro suegro me dio una calurosa bienvenida cuando entré. Se sentó detrás de un gran escritorio, relajado sobre una enorme y cómoda silla de piel, sin sus aparatos para las piernas.

Justo después de que me sentara frente a él, ordenó nuestro almuerzo. Fue servido en dos charolas sobre su escritorio. Empezó, según recuerdo, con un gran vaso de jugo de tomate.

Nos la llevamos de maravilla. Ambos estábamos en Wall Street, y aunque operáramos en distintas áreas, podíamos hablar del trabajo. Habló acerca de hombres que ambos conocíamos y me preguntó sobre mi trabajo con la firma bancaria de los Hermanos Lehman, ubicada en aquel entonces en el cercano Edificio de la Compañía Fiduciaria y de Préstamo al Campesino. Le expliqué que estaba organizando una venta al por mayor o un departamento sindical para la firma, que involucraba la venta total de mercancía nueva y emisión de bonos a numerosos distribuidores localizados en varias ciudades para que la revendieran a sus propios inversionistas privados.

Me preguntó quiénes eran los compañeros en la firma y le dije. Luego me comentó que recordaba tanto a Herbert Lehman como a John Hancock de los días de la Primera Guerra Mundial, en Washington.

Habiendo notado sus fotografías de barcos y aviones, cambié la conversación para hablar de la fuerza aérea naval y de aviones, y le describí un espectáculo inolvidable del que fui testigo en Francia al término de la guerra. Le intrigó tanto que lo repetiré aquí. Era sobre la llegada de Woodrow Wilson a Brest, Francia, a mediados de diciembre de 1918, rumbo a París y a la Conferencia de la Paz.

La escena tuvo lugar en el puerto de Brest, repleto con todo tipo de embarcaciones de la marina, que navegaban violentamente en el agua azotada por la lluvia. Anclado entre los barcos que guardaban una distancia respetuosa, estaba el buque “George Washington” de color gris plomo. Las calles de Brest estaban llenas de gente y las banderas de muchas casas eran arrancadas por la brisa. Las colinas rocosas más allá del puerto lucían café mate y estaban cubiertas con miles de soldados, marineros y marinos estadounidenses, sin mencionar la formación de tropas de las naciones aliadas que estaban reunidas allí.

Esto era en honor de la llegada a Francia del Presidente de los Estados Unidos. La guerra “para hacer seguro al mundo para la democracia” había terminado. Woodrow

Wilson iba en camino para asistir a la Conferencia de la Paz en París, y el mundo parecía estar en el umbral de una nueva era de paz. La atmósfera era tensa. La emoción se alzaba y los sentimientos reprimidos llenaban los corazones de las tropas y de los civiles reunidos.

Yo era alférez, ubicado en la Estación de la Fuerza Aérea de la Marina de los EEUU en Guipavas, a alrededor de unas ocho millas de Brest, ¡y había viajado a través de lodo espeso para unirme al recibimiento de nuestro Presidente! Colocado en una roca alta con vista al puerto, tenía un buen lugar para ver el acontecimiento. No muy lejos de donde estaba sentado, se encontraba el tren especial que llevaría al Presidente a París, con su motor resoplando, y sus oficiales bien arreglados. El último carro de observación generalmente tenía unas láminas de vidrio largas para las ventanas, y alrededor del tren estaba extendida la alfombra ceremonial roja sobre la que se paraba la mayoría de los militares de alto rango de Europa, resplandecientes en sus uniformes.

Luego, un bote de la marina de los EEUU, del puerto externo, pasó por el rompeolas y se dirigió a la superficie que estaba debajo de mí; subía y bajaba al ritmo de la marea invernal.

Con ayuda de varios marineros, dos personas desembarcaron del bote, un hombre y una mujer. Eran el Presidente y la Sra. Wilson. Se dirigieron al tramo que conducía a la cima de la colina donde estábamos agrupados. De repente, el bote cubierto de espray se inclinó abruptamente y el Presidente, fuera de balance, se resbaló y se habría caído de no ser por su escolta alerta que lo sujetó y lo enderezó.

Me parecía que tardarían mucho antes de que finalmente llegaran a la cima. Ahí, justo frente a mí, se paró el Presidente de los Estados Unidos, con su cara sombreada bajo un sombrero de copa brillante. La Sra. Wilson traía un abrigo negro de piel de foca adornado con una orquídea enorme. Se detuvieron por un momento, algo impresionados por la multitud. Luego el Presidente se quitó el sombrero y saludó.

De la masa de bandas militares sonaban las notas escalofrantes de *The Star Spangled Banner*. Era abrumador. Rodaban lágrimas por mis mejillas; era difícil de asimilar. Conforme las notas conmovedoras desaparecían en el aire frío, pensamientos vibrantes pasaban por mi mente: “la tierra del Libre”, “el hogar del Valiente”. ¡Deberá ser así siempre!

El resto de la escena fue anticlimático. Las bandas tocaron otros himnos nacionales y había muchos saludos y apretones de mano en la plataforma. Pronto, el tren especial se fue con su brillante séquito a París y a la Conferencia de la Paz, inconsciente de su última desilusión.

* * * * *

Por alguna razón que no comprendí sino hasta mucho después, FDR mostró gran interés en esta historia. Me preguntó detalladamente acerca de ciertos aspectos de lo que había visto, en particular sobre la gente en el andén que formó parte de la ceremonia de bienvenida. Desafortunadamente no pude proveerle los detalles, ya que sólo era un alférez y no tenía contacto con los diplomáticos y militares de alto rango.

No me explicó su interés personal en el espectáculo que había atestado, y no fue sino hasta después que supe que él había tenido un rol menor en la Conferencia de la Paz. El “George Washington” regresó más tarde a los Estados Unidos y, como Secretario Asistente de la Marina, Franklin D. Roosevelt era miembro de aquel grupo. No regresó representando a la Marina en esas sesiones diplomáticas cruciales; el Secretario Daniels le había asignado esa tarea al Almirante William S. Benson. Pero envió al Subsecretario de la Marina a Europa para ayudar a terminar ciertos asuntos de la marina, que le proporcionaron una oportunidad a FDR para llegar a París y asistir a algunas de las conferencias. Hizo el viaje junto con su esposa y otros en el “George Washington”, incluyendo a Bernard Baruch, Charles Schwab y al mismo John Hancock, de quien habíamos hablado durante el almuerzo.

En el viaje de regreso a los Estados Unidos, FDR y el Presidente Wilson iban en el “George Washington”, y para sorpresa de FDR, el Presidente Wilson lo invitó a su cabina para discutir sobre algunos aspectos del Convenio de la Liga de Naciones, que Wilson estaba aclarando para presentárselo al Senado para su posible aprobación. Es historia que FDR más tarde se convertiría en vocero [sic]¹ de la Liga de Naciones de Wilson, y sus charlas en el barco con el Presidente sin duda tuvieron mucho que ver con formar su opinión al respecto.

¹ [sic] En el texto original aparece *vocal 6hafnpion*; posiblemente se trate de un error de carácter tipográfico.

Sin embargo, aprendí muy poco de eso a la hora del almuerzo. Apenas me contó que cuando era Secretario Asistente de la Marina había inspeccionado la Estación de la Fuerza Aérea de la Marina en Guipavas y conoció al Comandante Landsdowne, mi “capitán” allá.

Entonces dijo: – Curt, conozco a tu tío Neely Agnew. ¿Todavía se encuentra en la Compañía Fiduciaria y de Préstamo al Campesino?

Le respondí que sí; que yo era muy apegado a él; que me había convencido a ir a Princeton. El tío Neely era miembro de la generación de 1891.

El pasado en Harvard de FDW y su agudo sentido del humor se hicieron presentes en su siguiente pregunta: – Curt, eh, ¿dónde se localiza esa universidad?

Respondí, con toda tranquilidad, que estaba situada en una localidad bucólica cerca de una ciudad pequeña en Nueva Jersey. Luego vino mi turno y agregué con énfasis: – Usted debió haber oído de ella porque cada dos noviembre mandamos a nuestro equipo juvenil a Cambridge a jugar contra Harvard.

Inmediatamente después, FDR, gozando mi respuesta mordaz, echó la cabeza atrás y rugió al reírse.

Una vez acabado el almuerzo me fui, pero el recuerdo de esa ocasión informal siempre ha permanecido como uno muy grato. Lo prefiero sobre algunas de las comidas más formales y menos íntimas que compartí con FDR y con muchos miembros de la familia Roosevelt.

Enfatizo la palabra “Luego”. Cuando los vi por primera vez, los Franklin Roosevelt eran tan simpáticos como lo puede ser una familia. Eran agradables y leales entre ellos, amigables con gente fuera de la familia en una atmósfera de informalidad sencilla. Tuve una oportunidad excelente para vivir esto en mi primera visita con ellos en el hogar en Hyde Park de la Sra. James Roosevelt.

Esa ocasión se dio poco después de que conociera a Anna en el Baile de Caridad. Me invitó a pasar el fin de semana de Año Nuevo en Hyde Park, donde planeaba ofrecer un banquete. Acepté la invitación con gusto y, junto con otros amigos, tomé el tren de la tarde de Nueva York a Poughkeepsie. En la estación del ferrocarril nos recibieron dos carros, uno de los cuales estaba lleno de personas, y el otro repleto de equipaje, patinetas, palos de hockey e indumentaria voluminosa para el invierno.

Después de un paseo de quince minutos, ingresamos a un largo carril delimitado por árboles al otro extremo de una gran casa de piedra y estuco con un pórtico con columnas sobre la puerta. Los coches se detuvieron en una enorme vuelta y los invitados fueron recibidos en la puerta principal por la Sra. Franklin Roosevelt, quien nos dio una calurosa bienvenida. Pronto se le unió su suegra, la Sra. Roosevelt, que nos invitó a pasar a la enorme sala a tomar té tan pronto como termináramos de desempacar.

Un árbol de Navidad muy grande dominaba un extremo de la sala. Del otro lado había una gran chimenea ardiendo con fuego. Nos reunimos frente a ella para el té, cerca del brillo de los maderos que crujían. Aunque era un cuarto muy espacioso, que iba desde el frente hasta la parte de atrás de la casa, daba una atmósfera informal, tal vez por los muros con paneles y los retratos de la pared.

Franklin Roosevelt no apareció sino hasta poco antes de la cena. Todos nos reunimos en el comedor, llamados por el sonoro “bong” de una gran campana china, colgada en la pared. Luego entró FDR sentado en su silla de ruedas y ocupó su lugar en un extremo de la larga mesa. Su madre se sentó del lado opuesto y su esposa se sentó a un lado, en medio. Él era de lo más amigable y cordial con la gente joven, pero no pude evitar pensar que sus ojos tenían una mirada reflexiva. También me pareció que, a pesar de su supuesta cordialidad, no se sentía muy seguro de sí mismo. Intentaba superar con valor el tremendo accidente que lo había incapacitado en 1921. ¡Yo admiraba su espíritu!

Los chicos Roosevelt estaban presentes y de inmediato me agradaron, aunque todos eran, excepto Jimmy, algo jóvenes para nuestro grupo. Permanecieron al margen de la fiesta. Jimmy y Elliot venían desde Groton para las fiestas de Navidad, y Franklin y Johnny venían de vacaciones desde Buckley, una escuela privada a la que iban en Nueva York. Johnny, siendo sólo un niño, veía a los invitados con recelo, ya que había personajes algo extraños que sólo a su hermana le podían parecer interesantes.

Después de la cena fuimos a la casa cercana de Archibald Rogers. Sus fiestas de Víspera de Año Nuevo eran famosas. El viejo Sr. Rogers, como anfitrión, me sorprendió al ser frío y hosco, pero su esposa, una amiga cercana de la Sra. Roosevelt, era graciosa y amigable. También lo era su hijo Edmond que había sido un amigo de la infancia de FDR, y padrino de Anna. A pesar de los lazos entre los Roosevelt y los Rogers, FDR no se quedó

mucho tiempo en esa fiesta de víspera de Año Nuevo. Anna me dijo que se sentía conspicuo con esos aparatos pesados, que le dificultaban moverse.

Lo que debía significar su aflicción se hizo más visible para mí al día siguiente en la iglesia. Fuimos al servicio del domingo cerca de la Iglesia Episcopal de St. James, en donde FDR era capillero mayor. El lindo edificio viejo me fascinó y me sentí muy intrigado por el gran cementerio de la parte de atrás. Los nombres que aparecían en las lápidas desgastadas decían algo como *Quién es quién* de las familias poderosas de Hudson River Valley.

Al llegar temprano, FDR caminó por el pasillo con sus muletas hacia un banco cerca del frente a la izquierda. Sentado justo detrás de él esa mañana, tuve la oportunidad de ver exactamente lo que su ataque de polio acarrearía bajo tales circunstancias. Se trataba de una rutina que vería posteriormente en repetidas ocasiones. Cada vez sentía una especie de angustia; sin embargo, nunca logré acostumbrarme.

Los aparatos de acero que utilizaba, que se ajustaban firmemente a la mitad de sus zapatos, debían tener las articulaciones sujetas a sus rodillas cuando sus piernas estaban estiradas, como cuando estaba de pie. Pero cuando se sentaba, soltaba los seguros con sus manos, uno a la vez, y lo hacía cuando ocupaba su lugar en el banco enfrente de mí. Sin embargo, una vez que quitaba los seguros, tenía que permanecer sentado hasta que estuviera listo para levantarse. Después, tenía que estirar las piernas, ajustar los seguros de las rodillas, y ser ayudado por alguien para ponerse de pie; luego le daban sus muletas, una a la vez. Esto era un suplicio que odiaba y que evitaba en público lo más posible.

También noté que, mientras se sentaba, tenían que ayudarlo a maniobrar los aparatos rígidos, pues tenía que sentarse de manera extraña con sus piernas aún estiradas hasta que soltara los dos seguros de las articulaciones de las rodillas. Sólo hasta entonces podía acomodarse sentado en una posición normal y doblar las piernas.

Por esta razón no podía ponerse de pie para unirse en el canto de los himnos de la congregación, y por su agitación, yo podía ver que esta situación era vergonzosa para él, aunque la disimulaba con una actitud de indiferencia. Después del servicio, se esperaba a que la mayoría de los feligreses se fueran. Entonces ponía los seguros de sus aparatos y yo lo ayudaba a ponerse de pie y lo sostenía firmemente del brazo hasta que le dieran sus muletas y las ajustaran. Luego caminaba lentamente por el pasillo, con sus propias fuerzas.

Afuera de la iglesia, algunos de sus amigos del vecindario que sabían lo sensible que era con respecto a caminar en público, se esperaban para saludarlo y conversar con él. Su madre, obviamente muy popular, pronto se veía rodeada por un grupo de amigos y yo notaba que extendía sus sonrisas y palabras amables a todos. Desde el principio me sentí cautivado con esa maravillosa mujer. Para mí, Sara Delano Roosevelt sobresalía de entre los Roosevelt de Hyde Park.

* * * * *

Uno de los eventos más coloridos que recuerdo de ese fin de semana de fiesta fue un juego de hockey informal y bastante poco ortodoxo que se llevó a cabo en el estanque congelado de Archibald Rogers, situado a medio camino entre su residencia señorial con vista al Río Hudson y el río en sí. El estanque estaba completamente rodeado de árboles altos y medía cerca de cuatro acres de área, lo que lo hacía una pista ideal. El “equipo” Roosevelt, compuesto por familia e invitados, jugó contra el “equipo” Rogers e invitados. El capitán del equipo Rogers fue el venerable “Pa” Corning, del famoso clan Coming Glass. Lo asistía Edmond Rogers en el trabajo de equipo, pues “Pa” estaba entrado en años, y se movía en la pista de manera bastante cautelosa pero sorprendente. Todos admiraban su ánimo en el juego.

Fui el capitán del equipo Roosevelt a pesar de que juego más o menos con el palo de hockey. Conforme el juego transcurría, el equipo Rogers claramente nos eclipsaba, en gran medida gracias a algunas poderosas asistencias mandadas por unos cuantos “invitados” que aparentemente jugaban hockey universitario.

Cuando cayó el sol, las chicas nos llamaron para que dejáramos de jugar, ya que era hora de volver a casa. Las jóvenes Anna, Kay Douglas, Helen Douglas Robinson, prima de Anna y sobrina nieta de Teddy Roosevelt y otros, convencieron a los jugadores de que salieran del hielo. Nos dirigimos de vuelta a la gran chimenea en la sala de los Roosevelt para tomar té. No se sirvió ningún licor en casa de los Roosevelt, pero recuerdo el cuantioso abastecimiento en la fiesta de Víspera de Año Nuevo de los Rogers, a pesar de la prohibición.

El domingo en la tarde, el día después de Año Nuevo, el banquete llegó a su fin. La mayoría de nosotros regresó a Nueva York en tren. Comenzaba a sentir deseos por Anna.

Lo que dominaba todos mis pensamientos, en retrospectiva, era la sensación de que los Roosevelt eran la familia grande más colorida que jamás hubiera conocido.

* * * * *

Después de regresar de mi servicio del otro lado del océano en la Primera Guerra Mundial a la vida de civil, fui a trabajar a Wall Street para un banco, luego para varias empresas de inversión. Después me volví gerente del Departamento de Sindicato de los Hermanos Lehman.

Aunque Nueva York por lo general era alegre con sus fiestas por las noches, las de los jueves las tenía reservadas para el Escuadrón “A”. Era una noche de práctica para la Tropa “C”, parte del cuerpo de la bien conocida Guardia Nacional. El Escuadrón “A” estaba cargado de tradición, se reflejaba en su impecable disciplina a la antigua y en su dominio de la equitación. En la Tropa “C”, yo era soldado de primera clase y después de un tiempo me convertí en el que tocaba la corneta de la Tropa.

Ahí montábamos, practicábamos y nos íbamos a caballo a medio camino del campamento de verano. Durante gran parte de esta actividad olíamos a caballo. Junto con compañeros soldados, estaba seguro de que *West Point* había “descartado” los caballos que el gobierno nos daba por tener mal temperamento.

En vista de esta situación, para un soldado era una buena estrategia llegar temprano en una noche de práctica para escoger primero de entre los mejores caballos disponibles. De lo contrario, uno podría terminar con un caballo que haría que la noche de práctica fuera muy ruda.

Uno de estos caballos turbulentos una vez me dio un paseo en la Calle 59 que jamás olvidaré. Estábamos pasando por el Hotel Plaza, hacia el oeste para llegar a Camp Dix, cuando mi caballo indomable, que había estado saltando de un lado a otro y desobedeciendo en general, resbaló en un carril del tranvía colocado en los guijarros que solían adornar esa vía pública. Cayó en las rodillas delanteras y se golpeó la nariz. Yo seguí adelante, sobre su cabeza y por unos diez pies o más, me golpeé la barbilla con los guijarros. Los testigos de la Calle 59 debieron impresionarse ante semejante espectáculo. En el fondo y detrás de mí, podía oír los comentarios entusiastas y familiares de mis compañeros de caballería que decían “¡Móntalo, soldado!”

Era una vida interesante la de ser soltero durante principios de los años 20 en Nueva York. Las actividades militares del Escuadrón “A” eran divertidas, en particular la fina compañía de sus miembros, Roland Palmedo, Dick Lamarche, Pete Voorhis, mis primos, Rea Agnew y Julian Romaine, entre muchos otros. El capitán de la Tropa “C”, George Matthews, era un buen oficial. En efecto, él era oficial de oficiales, ya que la mayoría de nosotros éramos oficiales de ultramar, veteranos de la Primera Guerra Mundial. Aparte de este simpático mundo de yeguas y de las actividades en Wall Street, estaba el lado social placentero de Nueva York: paseos en algún carruaje abierto en Central Park, cuando escoltaba a alguna señorita de regreso a casa después de una fiesta, numerosas cenas y bailes, y los fines de semana en el campo visitando a los primos. Había muchas actividades tales como el tenis y montar a caballo durante el verano. Los sábados de otoño había partidos de futbol que significaban viajes disfrutables de regreso a Princeton para las reuniones de la generación, para ser testigo de eventos emocionantes en el campo de futbol, y para relacionarse y tomar un trago con los viejos amigos.

Poco después del banquete de Víspera de Año Nuevo, me llegó una invitación para regresar a Hyde Park. Volví, y eso me condujo a mi almuerzo en marzo de 1926 con FDR, como su futuro yerno.

A principios de junio hubo una boda en Hyde Park. Kay Douglas era la dama de honor, y su compañera de escuela, “la alta señorita rubia”, la novia.

En 1926, los asuntos políticos me interesaban muy poco. Yo “creía” lo que dijeran los candidatos importantes para cargos públicos, como lo informaba la prensa y se esperaba que llevaran a cabo sus declaraciones formales e hicieran sus promesas ante el pueblo a cambio de su apoyo en las urnas.

El vaivén de varias contracorrientes políticas incrementaba conforme pasaba el tiempo. FDR sabía que yo veía a Wall Street como algo de vital importancia para seguir adelante. Pero también sabía que lo respetaba y que cooperaba por completo con él y con sus objetivos y aspiraciones.

En ese tiempo, yo no sabía nada sobre hacedores de reyes o de “imagen” ni de sus vastos poderes para controlar a la gente y a los sucesos. No tenía conciencia acerca de la técnica de noticias “manejadas”. En general, pensaba como un Republicano, pero un fuerte sentido de lealtad a la familia me llevó a cambiar y a unirme a las filas de los Demócratas.

Aun así, a menudo me sentía bastante a disgusto al observar de cerca el credo político de Louis Howe, quien era el consejero político más cercano de FDR. Louis ocupaba una habitación en el piso de arriba y estaba completamente establecido como un adorno en la casa de FDR.

Me parecía que su visión tenía un fuerte sesgo a la izquierda. Quizá percibí una diferencia entre la solvencia económica y la conveniencia política.

Después de muchos años de esfuerzo, Louis se hartó de trabajar en mí como un converso en potencia para sus ideas izquierdistas, pero trabajó “horas extra” en la esposa de FDR.

Así que, a pesar de muchas contracorrientes políticas que aparecerían más adelante, mi ex suegro y yo siempre compartimos una relación cálida y afectuosa. Así fue incluso después de que él se viera envuelto en las actividades de diplomacia de superioridad militar, en la Casa Blanca.

En el día a día de la mayoría de nosotros, el factor oportunismo juega un rol importante. Sin embargo, siempre lo he puesto en segundo lugar ante la lealtad y el afecto en asuntos familiares.

CAPÍTULO II

Franklin D. Roosevelt, I

Mucho se ha escrito sobre Roosevelt; mucho se escribirá sobre él. Mi enfoque en este tema, sin embargo, es personal y, en algunos aspectos, único.

Por lo general la gente conocida o sus escritores fantasma profesionales, cuando escriben sobre FDR o su esposa, lo han hecho de una manera cuidadosamente diseñada para crear una imagen política o ideológica específica encaminada a algún objetivo deseado posterior. Dedicaré varios capítulos de este libro a FDR, un caballero al que aprecié mucho como mi suegro en aquel entonces. Esto fue principalmente antes de que la política entrara de nuevo en escena y se convirtiera de manera gradual en una fuerza abrumadora.

Con respecto a esto, no necesito el toque creador de un Louis Howe ni que ninguna mente brillante de la “Avenida Madison” presente una descripción.

Aquí se abordan dos eras. La primera acabó cuando la política entró realmente. La segunda terminó con la muerte súbita de FDR, pero empezó cuando su “estrella” política estaba en su auge y comenzó su descenso gradual, llegando a su fin en W. Springs, Georgia, en abril de 1945.

Posteriormente, de acuerdo con algunos, su ataúd casi vacío viajó al norte de Georgia a Washington y a Hyde Park. Mientras tanto, se le llamó a un pensativo Harry S. Truman para que asumiera el cargo de Presidente del país y tomara las riendas del gobierno en Washington. Lo cual hizo con gran dignidad.

Las dos eras pertenecientes a FDR son bastante diferentes; por lo tanto esta situación que involucra lealtad personal, pero preocupación considerable, crea una anomalía. Debería ser posible ser amigo de alguien y aun así estar en desacuerdo con él en algunos temas de política. ¿Acaso no es razonable? Nunca hubo ni el más ligero vestigio de oportunismo político en mis sentimientos hacia FDR; primero, porque no me motivó así; segundo, porque no había nada discernible de significancia política cuando lo conocí por primera vez que pudiera aprovechar, incluso si ésa fuera mi inclinación.

Yo tenía a mi familia y a mi país en primer lugar, y a la política y al poder en segundo.

Me parece que la política es el sutil arte de tener que pretender ser algo que sabes que no eras, por propósitos de captura de votos, mientras te ayuda nuestra prensa. De este modo, detrás de una imagen propiamente creada, uno puede operar en el campo del gobierno como si fuera el protagonista de una obra en Broadway. A menudo, éste es el caso. Los escenarios teatral y político siempre han tenido mucho en común. Son similares en muchos aspectos.

El teatro o una película de Hollywood están diseñados para complacer a la audiencia y así invitar a muchos compradores de boletos a cambio de efectivo. Una producción política o presentación de imagen, a través de una supuesta y bien promovida “plataforma”, está diseñada para complacer y atraer a una “audiencia” más grande, no por dinero, sino por votos. Si tiene éxito, los empresarios políticos, por medio de unos cuantos proyectos de ley “sugeridos” (que proclaman a viva voz ser de interés común, por supuesto), encuentran formas para reconocerse ampliamente y a sus actores protagonistas. Por lo general, un grupo pequeño, elegido para *ambos partidos principales*, selecciona con cuidado a los “actores” protagonistas mucho antes del día de la elección, para así reducir el riesgo promocional a casi cero.

En el escenario político, uno debe capacitarse con “partidarios” para convertirse en “hombre de Estado”. Se desea que dicho candidato tenga gran *ambición personal* y, tal vez, que sea *vulnerable al chantaje* por algunos hechos pasados; por lo tanto, alguien no apto para convertirse demasiado independiente a tiempo, pero siempre sometido a las “sugerencias” en el nivel de políticas. Así, con tacto y mucho esfuerzo, junto con docilidad, uno pueda llegar a ser hombre de Estado.

A su debido tiempo, Franklin Roosevelt se convirtió en un talentoso súper “Barrymore” de la escena política, ya que estaba dispuesto a chapotear en las aguas de la conveniencia política, incluso de la indiscreción política, para asegurar los aplausos apagados de sus partidarios. Sin lugar a dudas, FDR sintió que siempre podría volver “¡a la costa!, ¡tanto él como sus seguidores!” Sin embargo, falló en su cálculo de la situación. En términos de fútbol, Joe Stalin corría por la “banda” a voluntad. A menudo corría derecho por el centro para anotar. Por varias razones, muchos de nuestros hombres más importantes en el campo de juego de la diplomacia en Washington apenas flexionaban los músculos en una especie de operación de “calentamiento” convencional. Con respecto a Joe Stalin,

tengan en mente que él y sus compañeros soviéticos solamente son una fase de esa operación de “calentamiento”. Se extiende hasta los campos de la banca internacional, la economía, la educación y nuestra llamada política Exterior, escrita con “E” mayúscula. No hay duda, compatriotas, de que es “exterior” en aroma.

No necesito decir que, por apegarme a mi concepto tradicional de la familia y el país primero, llegué *segundo*.

Sin embargo, había dos miembros importantes y distinguidos del clan Roosevelt que estaban de acuerdo con mi manera de pensar. Una era Sara Delano Roosevelt, quien era de bastante importancia; y el segundo era el primo Henry Parish, de Nueva York. Fue en casa de él donde su sobrina, Eleanor Roosevelt, se casó.

En muchos aspectos, FDR era claramente conocido como el “Caballo a la Delantera”. Pero no era el “Conductor” del vehículo político, el hombre que traía las riendas y azotaba el látigo. Podría denominársele como el “arma” de largo alcance, cuyas municiones eran provistas por “otros”... sus consejeros cercanos, incluyendo a su esposa y a algunos líderes del Consejo de Relaciones Exteriores.

El tema que acabo de tocar fácilmente podría convertirse en el único asunto para el resto del libro. No obstante, mi intención es escribir de manera breve acerca de algunos asuntos de interés general, y extenderme en algunos de estos temas en otra ocasión.

En la primer era, conocí a Franklin Roosevelt en el siguiente orden: como amigo, como suegro, como Gobernador, y luego, como un Presidente explotado. En la segunda era, fue Presidente de los Estados Unidos y pronto se volvió una figura líder en asuntos de política mundial, fuertemente influenciado y guiado por sus consejeros.

Es interesante conjeturar en qué medida, en ese rol final, llegó a convertirse en un prisionero ideológico y político, atrapado, como estaba. Para él, ¡parecía no haber vuelta atrás! Se inclinó ante todos los requisitos de oficina que aparentemente se habían apropiado de todos los ámbitos de actividad, incluso su salud. Estaba incapacitado para moverse de forma normal, como lo sabemos, por las consecuencias del ataque de polio. Por eso era de fácil acceso para la gente, las plantas en la Casa Blanca y las influencias políticas por venir que aprovecharon su inmovilidad.

Incluso en la segunda era que acabo de referir, mi sentimiento personal de afecto hacia él, en la vida privada, duró hasta el final, a pesar de mi consternación al observar algunas de

las políticas desastrosas que se originaron desde la Casa Blanca, desastrosas según las veía, para el interés del país. Comparto la profunda preocupación que sentían muchos estadounidenses al analizar algunas de estas políticas y al sufrir sus efectos secundarios. Ahí está la anomalía. Para mí, ¡los Estados Unidos de América y su futuro son lo *más* importante! Para mí, la era dos parecía como si estuviera viendo un drama, una tragedia política extendida. Eso ha demostrado ser en muchos aspectos. Así continuará hasta que las políticas de nuestro gobierno en Washington cambien y los ciudadanos soberanos las recuperen, por medios legales, para beneficio de todos los estadounidenses, y no para unos cuantos poderosos manejadores de dinero.

CAPÍTULO III

Los años en Wall Street, I

En 1924 fui a trabajar para los Hermanos Lehman, gracias a que mi amigo, Roland Palmedo, me presentó. En aquel entonces la firma estaba compuesta por el “Sr. Philip”, el “Sr. Arthur” y el “Sr. Herbert”; luego se incorporaron Harold, Allen, Robert (el hijo de “Mr. Philip”), Monroe Gutman y John Hancock. La firma, junto con la de Goldman, Sachs, había respaldado y distribuido las acciones de muchas de las empresas industriales líderes del país. Por lo general, Goldman, Sachs se encargaba de la sindicalización de réditos.

Sin embargo, aparecían nuevos rostros en ambas firmas. Sydney Weinburg era el gestor del sindicato para “Goldman”, y yo me convertí en el de “Lehman”. Ambas firmas eran moderadamente competitivas por la relación tan cercana de tantos años que había existido entre ellas.

Sydney era joven, capaz, muy enérgico, y en su camino, pronto se convirtió en un socio de esta firma. Nos hicimos amigos y yo pensaba que sus observaciones siempre eran interesantes y atinadas. Sólo en una ocasión estuvimos en desacuerdo acerca de los detalles sindicales de una oferta.

Varios años más tarde, alrededor de 1934, en una “excursión” anual del Club Bond, en el Club de Campo Sleepy Hollow, en Tarrytown, Nueva York, Sydney me jugó una broma. Como era costumbre, estaba la competencia de golf de todo el día, con la lotería, etc., tenis, y varios juegos como de carnaval, entre otras actividades para los recién llegados. En el jardín de afuera había una tienda de campaña donde servían refrigerios. La cena en la noche marcaba el fin del programa del día.

En ese tiempo, la Administración de Washington no era muy popular en Wall Street debido a su actitud dura hacia los negocios, al menos así se dejaba ver para fines políticos.

Parece ser que para el juego de dardos, una de las atracciones tipo carnaval favoritas, una mente brillante del comité de entretenimiento había hecho una enorme caricatura de FDR con comentarios graciosos. El retrato fue colocado cerca del juego de dardos. Sucedió que yo estaba esperando mi turno; tres tiros a quince pies de distancia por un premio. De reojo, por casualidad, vi a Sydney. Me estaba sonriendo, y parecía que estaba ocupado en

algo. Terminé de jugar a los dardos con algunos tiros cercanos, pero ninguno en la diana. Según recuerdo, Sydney se acercó y me dijo: – Curtis, quiero mostrarte algo.

– ¿Qué?, – le respondí.

– Mira, ven a ver aquí, – y señaló el gran retrato de FDR.

– ¿Puedes ver esas letras?, – Todavía riéndose, dijo: – Ahí; – conforme me acerqué, de la nada salió un fotógrafo y me tomó una foto, ¡entre carcajadas!

La fotografía apareció en la revista *Life*, en una sección de fotos sobre la Excursión del Club Bond, que incluía una fotografía de Sydney tirándole dardos a Fatima, una señorita alegre, y una que mostraba el “premio” al peor del torneo de tenis, un zorrillo desodorizado.

¡En los últimos años he leído con interés acerca de los éxitos continuos y sobresalientes de Sydney en Wall Street! Sin lugar a dudas es uno de los banqueros más influyentes del mundo. En los EEUU se ha convertido en un gran poder político “entre bastidores” para los dos partidos más importantes.

Tras haber trabajado por un tiempo para los Hermanos Lehman, empecé a conocer a los socios, especialmente a los más jóvenes. Harold y yo nos hicimos amigos cercanos, en especial después de mudarme a North Tarrytown. Él vivía en ese lugar. Ahí compré un terreno en la orilla noroeste del Lago Pocantico, y construí una casa con vista al lago. Estaba a tan sólo media milla de donde vivía mi viejo amigo Jock Wack con su encantadora esposa, Ethel. Cruzando en lago estaba la enorme finca de John D. Rockefeller y de su hijo, John D., Jr.

Muchos fines de semana de otoño e invierno, Harold Lehman y yo jugamos squash en la cancha de su casa en Tarrytown. Él y su esposa Cecile eran una gran compañía. Harold se esforzaba y jugaba bien. Jugaba tanto hándbol como squash y fumaba muchos cigarrillos finos. Harold mandaba traer un puñado de estos cigarros en una bandeja de una caja humectativa al final de la comida. ¡Eran realmente estupendos!

En verdad es triste relatar que de algún modo Harold contrajo neumonía, y cuando parecía que ya se había recuperado de la enfermedad, murió repentinamente, de manera prematura. En lo personal, este suceso fue una tremenda pérdida.

El “Sr. Herbert”, un hombre de la Universidad Williams, era mayor que Harold quien se había ido a Cornell. Mi relación con este último fue de lo más cordial y amistosa, pero, naturalmente, formal. Él conoció a FDR en Washington, pero sólo un poco, así como John

Hancock, en aquel entonces nuevo socio, quien había servido en la Marina durante la Primera Guerra Mundial.

Conocí algunas de las personas con quien FDR se había involucrado en negocios en Wall Street; no me impresionaron demasiado. El “Sr. Herbert”, yo creía, era un banquero sólido y solvente, y me decidí a reunirlos a él y a FDR con la esperanza de que de algún modo se ayudaran mutuamente, a sabiendas de que ambos se interesaban en la política.

Era muy difícil para FDR moverse debido a los pesados aparatos en las piernas y, en ocasiones, sus muletas. Sin embargo, sus ejercicios y la natación mejoraban su habilidad para caminar. La silla de ruedas gradualmente iba quedando relegada.

En numerosas ocasiones me tomé la molestia de elogiar las virtudes y habilidades de FDR y del “Sr. Herbert”, por separado, obviamente, y de organizar reuniones para acercarlos.

Por consiguiente, “El negocio creció a partir de un pequeño comienzo”, refiriéndome a mi “pensamiento simiente” con respecto a los dos hombres, FDR y Herbert Lehman. Más tarde, el “Sr. Herbert” se convirtió en la “mano derecha” de FDR en la arena política de Nueva York. Mis esfuerzos les rindieron frutos a ambos.

El departamento de mi sindicato también creció y se expandió. Aparentemente, todos los socios estaban satisfechos con los resultados alcanzados.

Alrededor de 1927, Frederick Warburg se unió al grupo de los Hermanos Lehman. Se declaró puntualmente que él estaba “a préstamo”, ya que era, de Kuhn, Loeb. Nos conocíamos bien, por contactos en Wall Street y por toparnos de manera frecuente en la fila de solteros en algunos bailes de temporada en la parte alta de la ciudad, ya que él era muy popular. Todos lo llamaban “Freddy”.

El humor radiante y encantador de Freddy era bien conocido por toda la “ciudad”. Tomé su llegada con gran alegría. Trabajó directamente con los socios en varias tareas.

Los años 27, 28, y 29 continuaron con muchos días emocionantes en Wall Street. Los siguientes años, 30, 31, 32 y 33, estuvieron llenos de trabajo duro, agotador y fueron cuesta arriba, con muchos dolores de cabeza. En 1927, 28 y 29, había muchas ofertas nuevas de emisión de valores y de bonos y yo estaba muy ocupado.

A veces, antes de una fecha oficial de una emisión de valores, nuestra oferta se vendía a uno o dos puntos sobre la prima del precio ofrecido, en el mercado libre, con una base de

“pago al momento de entrega”. Por lo tanto, con semejantes réditos, la lucha entre varias casas inversionistas “de todas partes” por participar era bastante agresiva y persistente. ¡El reparto de una participación normal y razonable a menudo resultaba bastante difícil! Naturalmente, todos los hombres de negocio querían muchos réditos “rápidos”, así que presentaban razones convincentes acerca de por qué no querían participar en los “lentos”.

Los “regalos” crearon un problema en varios aspectos, acerca de cómo manejar el asunto correctamente.

Mi primer “regalo” me llegó cuando estábamos sacando las acciones de *Kroger Grocery y Baking Company*. Al ser una fina y bien cotizada empresa, la opción de venta iba “a la alza”, con base en paga al momento de entrega, varios días antes de que se hiciera el ofrecimiento.

Una mañana, por “entrega especial”, llegó a mi oficina un paquete grande y pesado desde Ohio. Era de un hombre de negocios muy conocido allá, pero no uno regular en nuestra lista. Consistía en un set de hierros y tres maderas. ¡Un lindo juego de palos de golf!

Bajé las escaleras para ver a Harold, lo encontré y le dije: – Harold, acabo de recibir un fino juego de palos de golf de no sé quién en Ohio. Quieren mucho de Kroeger. ¿Qué hago? ¿Los devuelvo?

Harold me miró, sonrió y dijo: – Quédatelos. No hagamos más grande su participación. Qué bueno que lo mencionaras. – Así que me quedé con el set. ¡La opción de venta salió disparada y tuvo éxito!

Otro regalo que recibí tenía un matiz más político y se volvió responsable de “La batalla por el Salón Amarillo”, en la Casa Blanca, el Día de la Inauguración, en 1933. Se describirá en un capítulo posterior. Esa vez, mi regalo fue una caja de whiskey escocés, ¡en una época en la que habíamos batallado por mucho tiempo en el “Sahara” de la prohibición! La caja me la entregó, personalmente, en la Casa Blanca delante de los metiches del Servicio Secreto, un importante neoyorkino que llegó en taxi alrededor de mediodía, el 4 de marzo de 1933, para buscarme. El “regalo”, debido a la naturaleza de su contenido, despertó el interés local. Le di las gracias al donador, le dije que desafortunadamente yo no tenía ninguna influencia política, pero lo invité a volver al “Salón Amarillo” a las 3:30 con algunos de sus amigos para probar su regalo. Lo cual hizo.

La tarea de controlar el volumen creciente de las nuevas ofertas de valores originó problemas para la firma. Me ascendieron para deshacerme de algunas de las cargas que les habían llegado a los socios, principalmente a Harold y a Allen. Todos los valores de la firma, incluyendo clientes y nuevas opciones de venta, tenían que contabilizarse cada mañana y revisarse mediante una hoja de control, y luego ser llevados de la bóveda del número 15 de Broad Street a la oficina para resguardarlas. Por la noche, tenían que revisarse y ser regresadas a la bóveda en custodia. A menudo había que cuidar muchos millones de dólares en valores negociables. Era necesario un escrutinio, por supuesto, pero tedioso.

Con frecuencia, Freddy Warburg se encontraba disponible para ayudarme, y eran muchas las horas que pasábamos juntos, ¡abajo en la bóveda del 15 de Broad Street!

El jefe de guardias, un buen y enorme irlandés llamado Courtney, tenía un gran sentido del humor que, en cierta medida, competía con el de Freddy. ¡Nos las arreglamos para disfrutar de unas cuantas carcajadas! Esto sirvió para animar el proceso de conteo en la bóveda. Abarcamos muchos temas sociales, peleamos la guerra, etc. Freddy estaba bastante encantado con la grabación fonográfica, *The Two Black Crows*, a la moda en aquel entonces. Se divertía con la letra.

Una anécdota interesante que me contó tuvo lugar al final de la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918. Parece que su tío, Max Warburg, de Hamburgo, Alemania, había sido uno de los hombres del Servicio Secreto más importantes del Káiser. Fue él quien dirigió para que el primer tren sellado después del Armisticio cruzara Alemania, con \$500,000 en oro, para Totsky en Rusia. Me pareció que, en esa época, era mucho oro para Trotsky, ¡o para cualquier otro hombre! Sin embargo, Rusia, en mi mente, estaba muy lejos en ese entonces.

CAPÍTULO IV

Verano en la Residencia Warburg

A veces, en Nueva York, el clima del verano llega a ser muy caliente. Un día en la bóveda, me estaba quejando con Freddy Warburg del calor en Nueva York, y me dijo: – ¿Por qué no vienes a donde vivo y rentas “La caspa en la perilla” para el resto del verano? – Le contesté: – ¿Qué es eso? – ¡Oh!, – dijo riendo, – es una casita por donde vivo; se encuentra en una colina. ¿Qué te parece el nombre? – Respondí: – ¡Un nombre inflado! Juguemos tenis esta tarde y luego veamos la casa. – Después de jugar tenis, visitamos la casa esa noche y la renté en el momento, para el resto del verano.

A menudo en las tardes, antes de la cena, jugábamos mucho tenis; a veces yo ganaba, a veces Freddy. Éramos muy parejos. A veces jugábamos como equipo en dobles contra otros visitantes, que eran numerosos.

Muy seguido, yo jugaba tenis con Percy Douglas en su cancha en Hastings. Ahí tuvimos muchos juegos bravos.

De vez en cuando, la Sra. Felix Warburg, la mamá de Freddy, quien era una anfitriona de lo más encantadora, nos invitaba a participar en una de sus reuniones de los domingos al mediodía. Recuerdo una ocasión en especial. Había aproximadamente una docena de personas reunidas en un gran cuarto, incluyendo a algunos primos y al tío de Fred, Paul Warburg. Él había sido el arquitecto jefe de un proyecto de ley bancaria que, en 1913, se dio a conocer como el Acta de Reservas Federales, cuando la firmó el presidente Wilson, justo antes de Navidad.

Aunque Felix era una anfitriona cálida y amigable, me pareció que su hermano Paul era bastante austero y se mantenía apartado. Lo recuerdo muy bien, se sentó en una enorme silla al lado opuesto de quienes se reunieron a conversar, era un grupo algo ruidoso antes de que se sirviera la cena.

Como era costumbre, llegó el momento de algo de música, y en esa ocasión en especial, la Sra. Warburg le habló a uno de los invitados que estaba sentado al lado de ella, un joven algo tímido, y le pidió que tocara una pieza que recién había compuesto. Me resultaba bastante obvio que él habría preferido no hacerlo. Pero, en el ámbito musical de

Nueva York de esa época, una petición de ella para tocar o cantar era algo muy semejante a una solicitud viniendo del “Monte Olimpo”, o algo como “el Presidente te llama por teléfono”. Así que el muchacho, obligado, se sentó frente al piano y George Gershwin tocó su estupenda y nueva *Rhapsody in Blue* para el grupo reunido.

Un sábado por la tarde de ese verano de 1928, yo había jugado tenis en casa de mi tío, Cornelius Agnew, en Armonk, que se encontraba cerca. Siempre fuimos muy unidos, y mis primos, Rea, Donald y Sanford, y su hermana, Alice, eran como hermanos para mí. En efecto, crecimos juntos.

Éramos un grupo de ocho o diez de nosotros jugando dobles y dobles mixtos. ¡La tarde fue de lo más disfrutable!

Regresé a “La caspa en la perilla” justo antes de la cena y ahí, en la repisa de la chimenea, había un telegrama enviado desde Warm Springs, Georgia.

Decía lo siguiente: “Algunas personas de aquí quieren que me postule para Gobernador de Nueva York este otoño. ¿Qué piensan al respecto? Por favor envíenme un telegrama. Con cariño, FDR”.

Tras discutirlo un rato, se envió una respuesta a Warm Springs diciendo lo siguiente: “Recibimos tu telegrama interesante. Pensamos que es una gran idea. Creemos que ganarás. Haremos todo lo posible para ayudarte a ti y a la causa”.

Al día siguiente, llegó otro telegrama de FDR desde Warm Springs; decía: “Recibí su telegrama. Deberían darles una zurra”.

El segundo mensaje revelaba que estaba complacido con el apoyo caluroso y el ánimo mostrado.

El verano que pasé en la residencia de la familia de Freddy fue de lo más agradable.

No mucho tiempo después, el ruido de la próxima contienda para la gubernatura empezó a crecer en volumen así como las hojas comenzaron a cambiar de color.

CAPÍTULO V

Vecinos en Tarrytown

En la parte baja de una ladera inclinada vista desde mi casa y cruzando el lago, se encuentra la vasta residencia de John D. Rockefeller y de su enorme familia. Era un hermoso terreno de varios acres en el Condado Westchester.

Desde mi jardín podía ver la porción oeste, y echarle un ojo al Río Hudson, ya que corría por Tarrytown, en su camino por el puerto de Nueva York al Atlántico.

No tenía vecinos inmediatos. Los más cercanos eran John y Ethel Wack, y la madre encantadora de Ethel, la Sra. Barksdale. Era la hermana de Coleman Du Pont, el líder del famoso clan Du Pont de Wilmington.

Es preciso mencionar que en 1929 me vi completamente rodeado de vecinos prominentes.

Mi casa era nueva, y era divertido repararla y trabajar en los jardines. Había grandes rocas y altos árboles que se extendían a casi un cuarto de milla a lo largo de la orilla del lago. En la parte alta del lago, había fauna considerable. En esa área vivían muchos faisanes y patos salvajes, iban y venían con las estaciones. Durante el verano había garzas de distintos tamaños. Aparecían algunos castores trabajadores, hasta que el Departamento de Caza del estado rompió su presa. A principios de otoño, en ocasiones las águilas descendían del norte y a menudo se elevaban sobre la parte alta del lago, en círculos altos, parecían inmóviles. ¡Era una hermosa vista!

Yo corría de un lado a otro viendo a John y a Ethel. John y yo habíamos sido inseparables por años, por haber ido juntos al internado, y luego, cuando reuníamos los fondos necesarios, íbamos a dispararles a los patos. Cada viaje, de algún modo, resultaba ser un verdadero “acontecimiento” del que hablábamos una y otra vez; ¡varios eran eventos que jamás olvidaríamos!

Un viaje de dicha categoría se dio un sábado por la mañana en un pantano a varias millas de Princeton, Nueva Jersey. John y yo habíamos llegado algo tarde a la ciénaga para el vuelo matutino. Sin embargo, pronto apareció un pato a gran velocidad y, pensando que se trataba de una cerceta veloz, le apunté desde lejos y disparé. Cayó y la recuperamos.

Desafortunadamente, cuando recogí el pato, no era una cerceta, sino un pato joyuyo; muy ilegal cazarlo en ese tiempo.

El vuelo matutino de los patos, uno breve en el mejor de los casos, pronto acabó, así que emprendimos el viaje de regreso a la ciudad, esperando atrapar un faisán. Después de recorrer una corta distancia, salimos por un extremo del pantano a la orilla de un gran campo.

Caminamos derecho cerca de cuarenta yardas, algo se movió en el suelo por los arbustos y llamó mi atención.

– John, ¿qué es eso? – Pregunté señalando. Echó un vistazo y dijo: – ¡Parece un gallo enorme!

Avancé con cuidado. Mediante un murmullo ronco John me aconsejó: ¡Acéchalos como un alce!

Eso hice, y después de acercarme unas veinte yardas, me levanté y, bastante seguro, enfrente de mí estaba un gallo muy grande lejos de casa. Me vio y de inmediato se fue por donde vino, aproximadamente media milla, ¡pero no lo logró!

Esa noche, John y yo, serenos y cómodos en el *French Restaurant* tan frecuentado en Princeton, nos sentamos a disfrutar una comida suntuosa, Poulet a la “alce”, pan francés real, una botella de vino blanco y guarnición; y, después de eso, ¡el término “acéchalos como un alce” se convirtió en un proverbio!

Otro sábado de caza de patos con John siempre permanecerá en mi mente. Éste tuvo lugar en la Bahía Great South, Long Island.

Él había invitado a su reciente cuñado, Donaldson Brown, de Wilmington, para ir de caza con nosotros fuera de Bellport. Consistía en dispararles a los patos negros desde una batería. Este artilugio de lo más inseguro e incómodo es como una bañera poco profunda, con salpicaderos de cañamazo en las partes de adelante y atrás, que se extienden hasta el agua. Los extremos se sujetan con trampas de hierro pesado, para colocar al ocupante justo al nivel del agua circundante, con el fin de que permanezca completamente oculto. Se ponen muchos señuelos de madera alrededor. Cuando una parvada de patos pasa por encima, quien ocupa la batería se levanta y dispara. En los días rudos y fríos, cuando la caza se encuentra generalmente en su mejor punto, la batería puede tambalearse mucho y humedecerse.

Don Brown era un hombre de negocios muy importante en Wilmington, y poco después se convirtió en uno de los ejecutivos más significativos de *General Motors Corporation*.

Aceptó nuestra invitación, y los tres llegamos puntualmente a Bellport, fuimos a una posada cercana a la costa y nos pusimos nuestros atavíos para cazar. Nos subimos al enorme barco de motor para caza y pesca del guía, con el ya conocido bote de remos atado a popa, el cual estaba totalmente cargado de señuelos de madera, más la batería.

Avanzamos hacia el este, una milla aproximadamente, por el agua rumbo a la ruta migratoria, y anclamos. Para el almuerzo, teníamos algunos sándwiches y café en la pequeña cabina del barco.

Era un poco temprano para el vuelo, pero el guía nos dejó para que armáramos la batería a unas 500 yardas y colocáramos los señuelos de madera alrededor. Era una batería para una sola persona, así que tomamos pajillas para decidir los turnos, y Don salió último. Estaba bien, pensamos, ya que era el invitado; por lo general la caza justo antes de la puesta del sol era la más animada.

John y yo nos turnamos con suerte favorable; luego vino el de Don.

Yo no había notado el traje para cazar de Don, ni me había puesto a pensar en él, pero recuerdo que dijo que no había ido muchas veces a cazar patos.

Tenía un cuello alto y rígido debajo de su chaqueta de cazador y en la cabeza traía una cachucha negra de corredor de autos. Con mucho tiento le ofrecí mi gorra de caza. – No, gracias – me dijo, – usaré la mía. – ¡Y vaya que lo hizo!

Nuestro guía o “Capitán”, un sujeto con quien John y yo ya habíamos ido de caza antes, era amigo nuestro. Era un costeño típico, y por lo tanto, tenía un carácter independiente con mentalidad determinada. Miró sorprendido la cachucha de Don y comenzó a decirle algo al respecto, pero logré interrumpirlo a tiempo con un codazo suave.

Colocamos a Don en la batería, con algo de dificultades, y luego lo movimos “sotavento” aproximadamente un cuarto de milla, lo suficientemente lejos como para no perturbar el vuelo de los patos, y observamos.

El viento empezó a soplar con fuerza considerable; ¡el sol de la tarde comenzaba a ocultarse en el clima perfecto del oeste! Los únicos patos volando, que previamente me

habían favorecido, ahora eran “cadenas”, y entonces comenzaron a volar en la bahía parvadas por todas direcciones.

Le dije a John: – ¡Muchacho, Don está en una situación cómoda!

Para sorpresa mía, el Capitán dijo, con voz neutra: – Vaya que sí.

No oímos ningún tiro desde la batería. Los patos en verdad estaban volando. ¡Aun así no había un solo disparo! Entonces John miró y exclamó: – ¡Dios mío!

¡Me asomé por la puerta de la cabina y contemplé el espectáculo inolvidable! ¡Inolvidable!

Los patos se acercaban a la batería de Don y luego se dispersaban repentinamente, haciendo giros bruscos y evasivos, y volando como si olieran algo desagradable. No era así, pero vieron algo muy inusual, ¡si no es que sin precedentes!

En la batería, a más de un pie sobre el nivel del agua, se vislumbraba algo completamente negro en el mero centro de los señuelos. Parecía un indicador de canal, pero no lo era; era la gorra negra de corredor de autos de Don, ¡claramente visible a más de media milla! Aún no se disparaba un solo tiro. John y yo nos volteamos a ver con inquietud, luego él dijo: – Capitán, creo que deberíamos acercarnos a recoger a Don. – ¡Eso hicimos! Después dividimos los pescados entre tres.

Esa tarde en Bellport, el “nuevo look” para ir de caza en una batería ciertamente se dio a conocer. Por más importante que fuera la “Derby negra” en Kentucky, no estaba en la misma categoría afuera en la Bahía Great South para los patos negros.

John sugirió agregarle una pluma roja a la cachucha la siguiente vez para ocultarse mejor. Yo sugerí avisarle a Abercrombie & Fitch para que, de una vez, le agregara el nuevo accesorio al kit de cazadores de patos, como equipo opcional.

A un lado de mi casa en North Tarrytown se encontraban los restos de una vieja mina de piedras. Aún había mucha piedra natural y grava dispersa por todos lados. Eran unos cuatro o cinco acres con aspecto escabroso. Allí tuve el primer contacto con uno de los muchos miembros de la familia Rockefeller. Fue con John D. Rockefeller, Jr.

Un día, un hombre de su residencia llamó y dijo que había venido a verme a petición del Sr. Rockefeller, Jr.

Quería saber si podía utilizar parte de la piedra de la vieja mina para construir algunos caminos en la propiedad Rockefeller. Si aceptaba, tomaría lo que necesitara para los caminos, y luego mandaría aplanar el terreno alrededor de la mina.

Le dije que me encantaría darle toda la piedra que deseara y que “se sirviera”.

Lo hizo, y mucha de la piedra fue llevada a Pocantico Hills. Cuando terminó la operación de construir caminos, recibí una carta del Sr. Rockefeller y, a cambio, arregló el lugar donde estaba la vieja mina.

Mientras tanto, llegué a conocer a Nelson y a John, III. En aquel entonces, este último era estudiante en Princeton. En ocasiones, Nelson me invitaba a jugar tenis, ¡siempre era divertido! Nelson estaba lleno de entusiasmo y era muy activo.

En una ocasión, después del tenis, Nelson me preguntó si Anna y yo queríamos ir a cenar unos días más adelante en “Casa del Abuelo”. Acepté, y recuerdo que fue un sábado por la noche. Nunca había visto al Sr. Rockefeller, Padre, el famoso “John D.”, y estaba muy complacido por tener la oportunidad de hacerlo, debido a todo lo que se escribía sobre él. Por lo tanto esperé con ansias la ocasión.

Llegamos puntuales y subimos a la “Gran Casa”, en lo alto de una colina con vista a la casa de su hijo y el Río Hudson.

Había alrededor de una docena de invitados. Para mi sorpresa, me hallé sentado a la derecha del viejo caballero en la mesa.

La cena fue muy agradable. El Sr. Rockefeller me pareció extremadamente avisado y platicador, mucho más de que esperaba que fuera, porque ya estaba entrado en años.

Él conversaba con soltura, y parecía que disfrutaba mucho escuchar la conversación cercana.

Sus ojos me maravillaron. Eran perspicaces, brillantes; de hecho, tenían un inusual tono azul. Uno no podía olvidarlos fácilmente. Era bastante delgado.

Después del postre, le hizo una señal al mayordomo con la mano, quien la entendió. Éste desapareció y pronto volvió con algunos tableritos que colocó enfrente de cada uno de los que estaban en la mesa. Aparentemente eran para el juego favorito del Sr. Rockefeller. Se llamaba “Numérica”, y me recordó un poco al “Bingo”. Era muy fácil de jugar y bastante interesante. El Sr. Rockefeller se sentó en un extremo de la enorme mesa y su ama

de llaves, la Sra. Evans, se sentó al otro extremo. Parecía tener unos sesenta y tantos, y era una mujer muy digna y agradable.

El juego se llevó a cabo y todo el mundo pareció disfrutarlo. Concluyó con otra señal del Sr. Rockefeller, y entonces los tableros de “Numérica” fueron retirados.

En este punto, y lo recuerdo perfectamente, le dije al anfitrión: – Sr. Rockefeller, aunque nunca antes había jugado “Numérica”, ¡es un gran juego!

Me echo un vistazo con sus ojos penetrantes, que parpadearon ligeramente. Luego se recargó en la silla, aclaró su garganta como quien va a dar un discurso, o como quien pide atención. ¡Lo hizo de manera natural, de inmediato!

Todos se callaron. Aclaró la garganta una vez más y, viendo intencionalmente a la Sra. Evans, dijo alzando un poco la voz: – Sr. Dall, “Numérica” es un buen juego... los detalles los aprendí en la rodilla de la Sra. Evans, ¡cuando era un niño!

Luego se dio una palmada en la rodilla, echó la cabeza atrás, después de mirar a la Sra. Evans nuevamente, ¡se sacudió con júbilo!

Primero, la Sra. Evans parecía confundida, luego todos rugieron con carcajadas por el chiste del caballero a costa de ella. Así concluyó una cena memorable en “Casa del Abuelo”. No cabe duda de que la Sra. Evans también la recordó.

CAPÍTULO VI

Franklin D. Roosevelt, II

FDR nunca habló conmigo acerca de su padre, deduje que el Sr. James Roosevelt había muerto cuando FDR estaba en el internado.

En vista de me gustaba todo lo que fuera al aire libre, como la caza y la pesca, me interesaba mucho oír sobre algunos de sus primeros proyectos y actividades, como me los relataba de vez en cuando.

Edmond P. Rogers fue un amigo de la infancia y vecino en Hyde Park. Parece ser que Edmond y él eran compinches y, como tales, vagaban juntos por el campo de Hyde Park. Exploraban en el bosque, tiraban con resorteras, y tenían tantos otros proyectos de niños. Juntaron una colección de huevos de pájaro, por ejemplo, de muchas de las aves de la zona, colección que poco a poco asumió proporciones considerables. Con respecto a esto, a menudo se incluían en la operación los nidos de los pájaros, como una “pieza de museo”; así que después de un tiempo, toda la operación era “expuesta” en el ático de la Sra. Roosevelt. Luego una mano paternal ejercía una especie de restricción en defensa de las aves de la zona. Opino que, sin lugar a dudas, el Museo de Historia Nacional de la Ciudad de Nueva York habría estado o estaría interesado en adquirir, por una consideración nominal, la colección de huevos de aves Roosevelt-Rogers, si hubieran podido ver el futuro en una bola de cristal y visualizar la historia política en ciernes.

Me parece que, de no ser por Edmond, FDR no tenía “compinches” cercanos en Hyde Park. Esto era lamentable, puesto que los niños a menudo ayudan a limar las asperezas de sus amigos. Un amigo mayor que yo, que conocía a FDR, me dijo que era un pobre perdedor en deportes como el tenis.

Como en aquellos tiempos vivía en el campo, repleto de caballos y carruajes, no tenía una verdadera oportunidad de hablar mucho con la “bola de chicos” del vecindario, lo cual era muy malo; y encima de todo, era hijo único.

No le gustaban mucho ni los caballos ni montar, aunque lo hacía muy seguido. Le encantaba navegar, estar en el agua durante el verano, trabajar con las velas y las jarcias y todo lo que tuviera que ver con barcos de vela. Esto, mayormente en la Isla Campobello.

Allí, la marea era muy fuerte, y era un factor que siempre había que considerar, junto con el viento, cuando se navegaba en esas aguas truculentas y peligrosas.

Otro proyecto de largo plazo en el que se interesaba FDR era la colección de estampillas. Su color y la geografía involucrada parecían fascinarlo, aun cuando solía frecuentarlo, seguido lo encontraba vertiendo sus timbres, mejorando o añadiéndole a una u otra serie. Su colección, incluso en aquel entonces, ¡estaba por ser importante!

El valor de una estampilla, por supuesto, se encuentra en proporción directa al factor de escasez y a su condición. De vez en cuando, ciertamente, algún coleccionista sale con un gran “descubrimiento” de algún ático o de algún baúl solitario. Un suceso como éste “despierta la emoción” de la fraternidad de filatelistas de todo el mundo, ¡para que salgan y hagan lo mismo! ¡Todos tienen la esperanza de algún día lograr un “descubrimiento” semejante!

Un día, por el camino, FDR hizo un “descubrimiento”. El suceso creó una conmoción en la fraternidad de coleccionistas de estampillas, ¡marcada por uno que otro grito estridente de indignación y por comentarios negativos! Ciertamente, ¡puede decirse que en ese momento no todo era miel y dulzura! La causa del arranque violento... fue que un oficial del gobierno en Washington, cuando hacía una placa para una nueva emisión de estampillas de los EEUU, sin darse cuenta, de manera accidental u otra forma, colocó una de las figurillas en una posición invertida, lo que dañó la utilidad de la placa. Sin embargo, cuando se descubrió el error, la anomalía, incluyendo la figura que aparecía invertida, de inmediato y “con mucho cuidado” fue rescatada de la papelería y, de algún modo, ¡encontró el camino hasta la colección de un filatelista destacado en Washington! ¡Por ende los gritos!

También aprendí de FDR que era aficionado a la cacería, pero nunca lo escuché decir de manera directa exactamente a qué tipo de cacería era aficionado. Los chicos Roger y su padre a menudo salían a la caza mayor, por todas partes, y traían de vuelta a Hyde Park muchos lindos trofeos. Quizás FDR se iba con ellos en algunos de los viajes.

La primera fotografía que puedo recordar de FDR apareció en el *Literary Digest*, el 17 de julio de 1920. Era de política y en ella, se muestra a FDR al lado de un automóvil, un poco cansado, con una expresión como de esfinge, sosteniendo con toda tranquilidad un rifle de alto calibre en las manos. Sin embargo, se ve portando un traje formal, cruzado,

hecho a la medida, con un cuello rígido, corbata y alfiler de corbata. Esto fue aproximadamente cinco años antes de que lo conociera. Enseguida recuerdo que me puse a pensar, ¿por qué el rifle en semejante escenario? ¿De qué era la “caza”? ¡A lo mejor era caza política mayor! La “temporada”, sin embargo, ¡no es abrió para él ese otoño!

La ocasión para la fotografía fue cuando Cox y Roosevelt se organizaban para contender contra Harding y Coolidge en la elección nacional en noviembre de ese año.

El *Digest* dice:

“Los diarios republicanos, demócratas e independientes se unen para felicitar al Partido Demócrata en el nombramiento de Franklin D. Roosevelt como candidato para la vicepresidencia”. (pág. 11) “Si la candidatura demócrata es elegida”, dice *The New York Globe*, “incluso los republicanos estarán contentos por tener a Roosevelt en Washington”. *The Sun* y el *Herald* de Nueva York (republicano) le dan su ponderación. *The World* (demócrata) dijo que el nombramiento “añadió fuerza a la candidatura en lugares donde se necesitaba”. “Es afortunado para la nación”, dice *The New York Times* (demócrata), “que cada partido haya nombrado a un candidato para la vicepresidencia que pudiera, si surgiera la necesidad, ser Presidente, sin causarle al país un tremor de aprensión”.

Para mucha gente, los “tremores” vendrían después.

El afable medio hermano de FDR vivía en la casa contigua en Hyde Park. Su nombre era James Roosevelt. No he visto que se escriba mucho sobre él, pero siempre pensé que era un caballero bastante interesante. En apariencia, se parecía mucho al Rey Edward VII de Inglaterra: mismo tipo de cabeza y de barba gruesa y rasurada. Una vez FDR me dijo: – Curt, ¿qué te parece la barba de Rosey? – De muchos modos me recordaba a un hombre inglés.

El “Tío Rosey” se había retirado para cuando lo conocí, pero viajó bastante. Se me hacía difícil descifrar lo que hacía. Era mayor que FDR. Observé que no había mucho en común entre los dos caballeros. El ambiente, sin embargo, siempre fue cordial, pero bien pudieron vivir en dos mundos distintos.

La generación joven lo llamaba “Tío Rosey”. Era aficionado a la cacería y salimos un par de veces. Recuerdo una vez que fuimos a Millbrook y pasamos un día agradable cazando faisanes. Él tenía un par de escopetas inglesas Grant hechas a mano, ¡que verdaderamente me hacían agua la boca!

Tras la muerte del “Tío Rosey”, su viuda, a la que le decían Tía Betty, visitaba con frecuencia la Casa Grande.

Conforme pasó el tiempo, las actividades de FDR y su interés en asuntos sociales disminuyeron, mientras que su interés por actividades políticas creció. Solía pedirme que lo acompañara a varios mítines, para contar con un brazo atento y experimentado en el que pudiera apoyarse, y así aparentar el menor esfuerzo al caminar, franquear rampas y, en ocasiones, escaleras. Generalmente sostenía mi brazo derecho con su brazo izquierdo y, en su mano derecha, llevaba un bastón grueso con punta de goma, para prevenir la siempre presente posibilidad de un resbalón o caída. Jamás olvidaré una noche después de haber sido elegido Gobernador. Llegábamos a una reunión en el gran vestíbulo de Nueva York. Él era quien tenía el honor de hablar en el largo programa de la noche. ¡Ciertamente que las instalaciones no eran las mejores! Me pidió que fuera con él y se sostuvo de mi brazo. Avanzábamos lentamente hacia la plataforma, desde la calle, como siempre. Una combinación de cosas ocurrió simultáneamente. Alguien me habló, a mi izquierda, y de momento captó mi atención, mientras que a su derecha, un viejo amigo le habló. En todo caso, la punta del bastón se resbaló en un poco de grasa del piso pulido, ¡y cayó! Rápidamente lo levanté, con ayuda, y pronto avanzamos como si nada hubiera pasado. Todo lo que dijo fue: – ¡Por Dios, Curt! – Afortunadamente no se lastimó. Recuperó la compostura “en un santiamén”. Sin embargo, ¡sentí “mariposas” en el estómago! Los pisos resbalosos o grasientos eran siempre un peligro para él. Los programas nocturnos solían ser extensos y, cuando concluían, el camino a casa tenía que ser igualmente franqueado.

Estoy seguro de que apreciaba que yo “estuviera con él” en algunas de las ocasiones. Sus dos hijos mayores, Jimmy y Elliot, estaban en aquel entonces en la escuela y la universidad. No obstante, sabía muy bien que mi lealtad y afecto hacia él excedían mi interés personal en cuestiones políticas.

Al revisar algunos papeles viejos, me topé con un recuerdo de una gran noche en Carnegie Hall, Nueva York, el 1 de noviembre de 1930. En ese entonces se postulaba para reelegirse como Gobernador de Nueva York. En la parte superior del discurso preparado, cuando se lo habían entregado, ¡escribió unas cuantas palabras para mí acerca de aquella linda ocasión! Es uno de los recuerdos más preciados que tengo de él.

CAPÍTULO VII

Eleanor Roosevelt – I

(Desde una pequeña pradera)

Hemos oído que “la pluma es más poderosa que la espada”. Por lo tanto, ¡cualquiera que empuñe una pluma al aire libre debería hacerlo con mucho cuidado!

Además, es peligroso que un yerno escriba acerca de su suegra, en especial si emerge como Eleanor Roosevelt. Incluso si las Reglas del Marqués de Queensbury dominaran, ¿tiene oportunidad de sobrevivir? No obstante, la tiene; de ahí el reto.

A veces, en el horizonte aparece un escritor rudo que decide que es tiempo de desafiar la espada política y dejar que caigan las fichas. Ésta es una de esas extrañas ocasiones; tal vez una “pieza de colección”.

Sin embargo, la franqueza y la amabilidad se manifestarán mientras procedo con este literario Andar de la Viuda. Espero que este “paseo” de mi parte sea interesante y añada algo para lograr un futuro más solvente para todos.

Hago esta observación para aquéllos que son admiradores incondicionales de Eleanor Roosevelt, la mujer que encabeza este capítulo, y para aquéllos que son bastante críticos sobre sus actividades variadas, en particular durante y después de sus años en la Casa Blanca.

Cuando vi a Eleanor Roosevelt por primera vez, era un ama de casa tímida. Tenía un intelecto perspicaz, pero parecía bastante insegura en ocasiones, bajo una aparente calma externa. También se veía algo inquieta, como si estuviera en busca de pastos más amplios para darles una salida más grande a las actividades intelectuales que pudieran darle un mayor reconocimiento personal.

Cuando empleo el término “ama de casa”, me refiero a que ella dirigía muy bien a su enorme familia con ayuda de un mayordomo y varios sirvientes.

En aquel entonces, su esposo necesitaba mucha atención a causa del desafortunado ataque de polio que le impedía caminar sin asistencia. Sin embargo, puede decirse de

manera justa que Eleanor Roosevelt no pasó los primeros años de su vida como mujer casada en una tabla para planchar.

Cualquier familia que consista en marido y mujer, una hija y cuatro hijos, es algo de lo que hay que ocuparse.

El “lobo” económico no aulló por mucho tiempo en su puerta principal; el mayordomo sólo necesitaba espantarlo con una “escoba” práctica, una que le era provista por un pariente cercano para manejar la situación de manera adecuada.

Eleanor Roosevelt era gentil en su manera de ser, amigable y por lo general graciosa. Durante el tiempo en que la conocí, nunca intercambié una sola palabra con ella. Pero cuando llegué a tratarla bien, noté una vaga sensación de crítica, junto con insatisfacción, que expresaba de vez en cuando, sobre el estilo de vida y las metas de algunos de los vecinos en Hyde Park y Hudson Valley. Éstas eran las personas, asumí, con las que había crecido en Long Island y Hyde Park; lo cual me indicó un razonamiento rebelde por causas desconocidas.

Cuando Eleanor Roosevelt presidía la cena, era una anfitriona de lo más graciosa y observadora, se anticipaba a las necesidades de los invitados y mantenía la conversación balanceada y sensata. Su interés por cada invitado era evidente, aunque a veces algunos estaban en el lado aburrido. Hacía que todos tomaran asiento alrededor de la mesa, ¡los grandes y no tan grandes se sentían igual de importantes en una atmósfera amigable que hacía que la ocasión fuera un suceso tanto divertido como diferente!

Al principio, recuerdo, los problemas políticos y las presiones eran casi inexistentes; prevalecía una atmósfera cálida y relajada.

Aunque difícilmente podría describirse como de belleza fotogénica, ¡para mí poseía atractivo, color y encanto verdadero! Su risa era de lo más contagiosa; su cabello hermoso y bastante inusual. Sus hijos más jóvenes, Franklin Jr. y Johnny, estaban ocupados yendo y viniendo de Buckley, la escuela a la que asistían en Nueva York. Jimmy y Elliot iban y venían de Groton. Su hija, Anna, asistía a muchos de los bailes en Nueva York y tomaba un curso de agricultura sobre “vacunos de cuernos cortos” en Cornell, lo que era un serio problema para algunos de los jóvenes de la “fila de solteros”. Ithaca no estaba exactamente tan cerca de la ciudad como otros institutos de aprendizaje, bien ocultos bajo la muy conocida *Ivy Leaf*. Eleanor Roosevelt dirigía un hogar activo.

También recuerdo, con mucha diversión, algunas ocasiones alrededor de las 8:30 de la mañana, hora de la escuela. Parecía que en invierno le costaba trabajo a Franklin Jr. saber dónde estaban su bufanda y sus galochas, etc., así que cuando llegaba la hora para que Franklin Jr. y Johnny se fueran, a menudo ocurría una gran conmoción en el pasillo de enfrente. Se azotaban las puertas de los armarios; surgían voces en crescendo de niños enojados, con la de Mademoiselle, la gobernanta, aún por encima de la batahola, llamando con su acento suizo-franco-inglés, “¡Fraunklaine!, ¡Fraunklaine!” Pronto tenía que aparecer su madre en la escena para apaciguar el disturbio. Luego, la pieza de ropa de invierno perdida finalmente aparecía en algún lado. Con un suave regaño maternal como “Niños, no sean tan “rudos” con Mademoiselle”, y “tienen que cuidar mejor sus cosas”, la puerta principal se cerraba y los dos jóvenes, bajo el cuidado de la indignada y atormentada Mademoiselle, salían a la escuela; después de esto, el resto de la casa se relajaba en el desayuno para terminar la taza de café de la mañana, en aquel entonces en el lado fresco.

Los dos jovencitos estaban llenos de vida, siempre listos para hacer algo. Yo los apreciaba mucho.

Otra situación interesante y divertida ocurría de vez en cuando, una que sucedía a menudo en muchas familias grandes:

Eleanor Roosevelt se casó en la casa de su prima en Nueva York, la Sra. Henry Parish, mejor conocida como la “Prima Susie”. Estaba bien conservada, pero era más bien una distinguida viuda malcriada de Nueva York, sin hijos. Sentía que tenía una especie de derecho preferente sobre el cariño de Eleanor Roosevelt, y que merecía una estima un tanto mayor al afecto que le mostraba Eleanor Roosevelt a su suegra, la Sra. James Roosevelt. La Sra. Roosevelt y la Sra. Parish tenían casi la misma edad y cada una empuñaba un pesado cetro social de forma paralela, ¡pero en círculos distintos! Esto dio lugar a una rivalidad nata entre las dos augustas mujeres, la primera era del “Viejo Nueva York”, la segunda del “Viejo Hudson Valley”.

Eleanor Roosevelt disfrutaba la rivalidad natural que existía entre ellas y en ocasiones organizaba algún banquete y esperaba con anticipación y emoción disimulada qué “chispas” podrían surgir y volar. Siempre volaban.

“Susie” hacía algún comentario con mucha educación, pero con un poco de “veneno”, dirigido a la Abuela, algo como: – Sally, la verdad no creí que fueras a caer con esa idea.

Enseguida, la respuesta rápida de la abuela: – ¿Por qué, Susie?, puedo entender muy bien *por qué* te confunde; porque no parece que tengas idea del tema, y después de todo, se relaciona.

Luego, no mucho después de este intercambio, venía una segunda “carga” similar antes de que la noche terminara.

El “Primo Henry”, el esposo comprensivo de la “Prima Susie”, hacía como si no oyera el choque de navajas verbales en ese momento específico de la sobremesa. FDR no se atrevía a ver ni a su esposa ni a mí, por temor a soltar una carcajada, lo que habría sido impensable.

A Eleanor Roosevelt le encantaba porque obviamente las dos señoras justaban por su tan buscada aprobación, ¡algo de ninguna manera poco halagador! Generalmente vertía aceite diplomático para calmar las aguas turbulentas, a su debido tiempo, mediante alguna observación como: – Oye, Mama, es un tema complicado, y sabes, Mama, ¡Franklin te habló mucho al respecto apenas ayer! ¿Alguien gusta más café?

Por lo general el café funcionaba, y conforme la noche transcurría, se discutían los quehaceres de la generación más joven, junto con el último chisme de los amigos de “Susie”, a quienes “Sally” conocía, o viceversa.

Conforme pasaba el tiempo, la hendidura se hacía más y más notoria cuando las dos ancianas duelistas distinguidas lentamente retrocedían ante el paso del Padre Tiempo que avanzaba. ¡Nunca se rendían!

Sólo una vez se refirió a su padre, Elliot Roosevelt, mientras hablaba conmigo. Eso fue en el sentido de que era popular y encantador, y que socialmente poseía una personalidad más llamativa que su “Tío Ted” (Theodore Roosevelt). Pero, desafortunadamente, su padre se disipó. Ésta era la principal razón por la que no le parecía mal que sirvieran los cocteles antes que la comida. A veces, había vino en la cena, pero por lo general FDR tomaba Martini con los invitados varones en el piso de arriba, en su recámara, antes de bajar y ser llevado en su silla de ruedas a la mesa.

Durante los fines de semana en Hyde Park, noté que Eleanor Roosevelt, hasta 1928, parecía estar conforme con asumir una posición relajada y reservada. Ya sea porque sentía que estaba en casa de su suegra, rodeada de los suyos, o porque prefería relajarse con

algunos de sus amigos que a menudo la visitaban; es difícil saber. Lentamente, esta situación cambió.

Henry Morgenthau, Jr. y su esposa, Eleanor, de Fishkill, a menudo venían de visita, con frecuencia se quedaban a almorzar o cenar.

Las dos Eleanors eran amigas muy cercanas. A FDR le agradaba Henry. Seguido lo sorprendía. A veces trataba de “esquivar” las visitas frecuentes de Henry. Usualmente era imposible a causa de la silla de ruedas.

De vez en cuando, la Sra. Eleanor Roosevelt se irritaba un poco cuando aparecían unas cuatro o cinco personas para comer en el último minuto. Entonces decía, con tono bastante claro: – Eleanor, ¡tú sabes que es un poco difícil abastecer un grupo de quién sabe cuántos!

Era verdad, por supuesto, y entre los frecuentes invitados “inesperados” estaba Henry Morgenthau, Jr.

Eleanor Roosevelt tenía otras dos amigas que a menudo la visitaban en Hyde Park: la Señorita Nancy Cook y la Señorita Marian Dickerman, de Nueva York.

Alrededor de 1927, en la zona este de la gran propiedad Roosevelt, después de muchas discusiones, se construyó una “cabaña”. Era una casita de fin de semana para Nancy Cook y Marian Dickerman, adonde Eleanor Roosevelt también pudiera ir y salir de la rutina de los quehaceres en la Casa Principal. Estaba como a una milla de distancia.

Nancy Cook hizo de la “cabaña” en lo que luego se convertiría en la empresa *Val-Kil Furniture*. También ofreció un punto focal para reuniones informales en las que la Sra. James Roosevelt no era la anfitriona, y a la que rara vez se le incluía. Por consiguiente, en muchas ocasiones, la cabaña se convirtió en un tema de conversación competitivo y controversial.

Nancy Cook era una persona algo tosca, de cabello corto y alborotado, que siempre fumaba. Nació en el norte, en Messina, Nueva York, y había desarrollado una fobia temprana a la familia Mellon y a su *Aluminum Corporation of America*, que aparentemente dominaba esa ciudad. Recuerdo muy bien la actitud hostil de Nancy al respecto. Esas expresiones suyas, repetidas con tanta frecuencia, sin duda causaron una profunda impresión en Eleanor Roosevelt, cuya actitud y valores sociales, ayudados por Louis Howe, me parecieron que seguían una nueva tendencia.

En los círculos familiares, Nancy era vista como un “personaje”. Fue aceptada por la Sra. James Roosevelt como una especie de “mal” necesario, una amiga de su nuera.

Nancy era inteligente para hacer reproducciones de muebles antiguos, en su mayoría de diseño colonialista. Ofrecía precios excelentes. Sus muebles eran muy superiores a su ideología, yo pensaba. No obstante, respetaba su punto de vista diferente, y siempre llevamos una relación cordial. Me aceptaba, al igual que yo a ella, ¡como una especie de mal necesario proveniente de su desagradable Wall Street!

La manera de ser de Marian Dickerman era bastante distinta: muy correcta y educada. Se interesaba mucho en cuestiones educativas para niñas. Marian era flexible y atenta; pedía mis consejos en varios de los temas y los escuchaba de forma amistosa. No molestaba a la anfitriona de la Gran Casa.

Marian era alguien a quien yo podía presentarle ciertas ideas y puntos de vista que pudieran tratarse y discutirse. En cuanto a Nancy, con ella no había lugar para ninguna discusión.

En ese entonces, de entre las tres damas, Eleanor, Nancy y Marian, la personalidad dominante era la de Nancy. Curiosamente, ella asemejaba mucho la manera de pensar del siempre presente Louis Howe, quien continuamente influía en Eleanor Roosevelt, ¡cuando la “cera” era maleable!

No que queda duda de que la aversión que manifestó Eleanor Roosevelt hacia los Mellons en una fecha posterior se originó por los numerosos comentarios y la actitud de su vieja amiga, Nancy Cook.

Recuerdo que después, cuando la magnífica Galería de Arte en Washington fue completada y donada al pueblo estadounidense por el fallecido Andrew Mellon y su familia, la Administración Roosevelt en Washington le otorgó el mínimo reconocimiento. Ciertamente, tal vez Nancy Cook haya tenido sus “entradas” de un modo u otro, pero para mí, la Administración se mostró bastante mezquina y el regalo importante “se minimizó”, lo cual fue lamentable.

En ocasiones, algún sábado por la tarde, Mama y Marian montaban a caballo, por lo general en un paseo “a la cabaña”. Ninguna de las señoritas preparaba sus caballos correctamente. Me parecía que los montaban por encima, y así era. Con sumo cuidado, se habían elegido caballos que fueran callados y bien portados. Como ex soldado del

escuadrón “A”, ¡yo veía que los caballos eran “inservibles”! Sin embargo, no hay duda de que era un buen ejercicio y un “descanso” de los asuntos rutinarios en Nueva York.

Por lo general, Mama usaba una bufanda colorida y brillante alrededor del pelo, y se vestía con ropa informal para montar; se parecía mucho a algún jinete en Nueva York que hubiera contratado un caballo cansado para un paseo lento en Central Park.

Es oportuno mencionar la influencia de Louis Howe sobre Eleanor Roosevelt, tal como yo la veía. Mucho tiempo atrás, en 1920, Louis se había convertido en un “accesorio” de la familia Roosevelt. No podía descifrarlo bien, y no me interesaba mucho en maniobras políticas. Claramente no me incumbía.

Él vivía en la casa de la calle 64, en el 49 E.; buena parte del tiempo en la recámara del piso superior. Trabajaba parte del día en algún lado, pero no en Wall Street. No tenía función alguna en Wall Street.

¡Yo estaba consciente de que él tenía conferencias diarias con FDR y de que Louis pasaba más tiempo por la noche abordando temas políticos e ideológicos con Mama! por medio de ella, la gente “llegaba” a FDR en ciertos asuntos.

Noche tras noche, después de la hora de la cena, las largas conversaciones de Mama y de Louis tenían lugar en el salón del tercer piso. Usualmente, se discutían o estudiaban muchos artículos y recortes de varios periódicos sobre asuntos políticos. A veces, me unía a su confabulación durante algunos minutos, pero mis amistosas visitas casuales “de improviso” parecían ser una intrusión en el programa de Louis, así que pronto me iba.

¡Pronto tuve la sensación de que Louis Howe también me veía como una especie de “mal” necesario!

Su previa experiencia personal con Wall Street, o la falta de la misma, que parecía ser el caso, por lo general causaba que nuestra conversación terminara de manera controversial. Sin embargo, siempre éramos educados el uno con el otro, y esa atmósfera prevaleció hasta una noche en la Casa Blanca, en 1933, cuando le entregué mi “discurso de despedida” en presencia de la esposa del Presidente, ¡y con firmeza lo dejé quedárselo!

Desde entonteces, la influencia “Howe to Cook (Cómo cocinar)”, como yo la veo, tuvo un gran impacto sobre Eleanor Roosevelt y su cambio de actitud respecto a su punto de vista social, incluyendo Wall Street. Comenzó a desarrollar algunos objetivos personales, y la confianza en sí misma aumentó en proporción con su horizonte político creciente.

Hubo algo que siempre me desconcertó: el enfoque de Eleanor Roosevelt respecto al asunto del “dinero”.

En 1928, me estaba yendo bastante bien en Wall Street, para ser un joven que había empezado desde “cero” hacía ocho años. En la primavera de 1929, y con las bendiciones de mis buenos amigos en *Lehman Brothers*, me uní a la empresa de inversión de O’Brian, Potter, y Stafford, en Buffalo, Nueva York, como socio a cargo de la oficina de Nueva York.

En mis muchas conversaciones con Mama, el “dinero” rara vez se mencionaba, fuera de las transacciones bancarias nominales comerciales. Sentía que ella no sabía nada acerca de finanzas corporativas ni lo que representaba Wall Street, como el mercado líder del país en cuanto a capital. Su esposo era de quien ella dependía en esa área. El, en cambio, dependía enormemente de otra fuente confiable.

Mientras me estuviera yendo bien, ella parecía estar plenamente satisfecha, y yo no era el sujeto típico del mundo financiero.

Más tarde, en 1929, cuando la Crisis atacó Wall Street, su actitud hacia mí se volvió bastante crítica, como si yo hubiera sido personalmente responsable por ello. Después de sufrir, ¡el enfoque “How to Cook” debió estar en lo correcto todo el tiempo!

Mama me reveló un poco de filosofía financiera alarmante y siniestra en el desayuno, una mañana en Nueva York. ¡No mucho tiempo después de la Quiebra!

La furia de la Crisis de octubre había disminuido, pero aún permanecían enormes pérdidas, devastación extensa y escombros financieros para ser restaurados minuciosamente a la normalidad.

A principios del verano de 1929, mi cuñado, Jimmy, se acercó diciéndome que había recibido un lindo regalo desde Alemania para un viaje a Europa el siguiente junio. Que si podía invertir \$1,000 para él. En aquel entonces yo estaba a cargo de la oficina en Nueva York localizada en el 63 de Wall Street.

Jimmy agregó: – Quiero hacer algo de dinero en el mercado, Curt. Voy a ir a Europa el próximo junio.

Le contesté: – Mejor deberías depositar tus \$1,000 en un banco comercial y ganar algo de interés, o comprar bonos del gobierno. Jimmy, ¡es bastante difícil manejar \$1,000 en una cuenta de margen!

Jimmy insistió que quería hacer algo de dinero en el mercado y dijo que creía que los precios de las acciones serían mucho mayores el siguiente junio.

Le señalé que los precios podrían ser más altos para entonces, ¡o quizá más bajos! Además, no quería el “dolor de cabeza” de una cuenta de poco margen, en especial una de un cuñado.

Sin embargo, Jimmy persistió diciendo que conocía los riesgos, etc., así que finalmente cedí, abrí una cuenta de margen para él con sus \$1,000 para manejarlos de acuerdo con los requisitos de margen usuales, que prevalecían entonces en Wall Street.

Deseando ser extra cuidadoso y después de pensarlo un poco, compré unas cuantas acciones de *DuPont* para su cuenta, y otras cuantas de *National Dairy Products Stock*.

Pasaron varios meses, ¡luego vino la fatídica semana que comenzara el 24 de octubre de 1929! No fue lo que los escritores de finanzas comentan a menudo: “una brusca reacción técnica como resultado de una posición sobrevalorada”. Fue la limpieza general a largo plazo. De hecho, fue el “corte” calculado del público hecho por los poderes del mundo del dinero, detonado por el repentino recorte planeado del suministro del dinero listo para prestar en el mercado de Nueva York.

Nunca olvidaré esa semana que comenzó en mi cumpleaños, el 24 de octubre; las ventas registradas de acciones en la Bolsa de Nueva York ascendieron a 12’892,650; el martes 29, a 16’410,030 acciones; el miércoles 30, a 10’727,300; el jueves, la bolsa no abrió sino hasta mediodía, se registraron 7’149,390 acciones intercambiadas.

La cuenta de Jimmy no fue distinta a las miles de cuentas de pequeño margen de todo el país. En esa tormenta de caída de precios, ¡naturalmente se fue “al agua”!

El 25 de octubre de 1929, no creí saber dónde me encontraba, pasé un poco de mis fondos limitados a la cuenta de crédito de Jimmy, para tratar de mantenerla, al menos por un rato, de cualquier manera, esperando un rebote en el mercado.

Voy a citar un viejo memorándum, un verdadero recuerdo de aquellos días frenéticos:

“Octubre 25, 1929, C. B. Dall, Esq. – Office

Estimado Señor: solicitamos acusar recibo de su cheque por \$500, el cual ha sido acreditado en la cuenta del Sr. James Roosevelt.

Muy atentamente,
O’Brian, Potter y Stafford,

por B. B. Burgess”.

En ese día en particular, ¡\$500 era mucho dinero para mí!”

No llegó ningún cambio para bien en el mercado de valores; en cambio, llegó la depresión. ¡Los precios bajaron!

Un lunes de noviembre por la mañana, para seguir con la historia de Eleanor Roosevelt en las “finanzas”, yo estaba en Nueva York terminándome el desayuno con Mama; Jimmy había venido de Cambridge para estar los dos días previos en la ciudad y apenas había regresado a la universidad. Ella y yo estábamos hablando sobre algunos de los artículos del periódico de la mañana.

Cuando estuve a punto de retirarme de la mesa para dirigirme a mis actividades en el centro, Mama bajó su taza de café y dijo: – Curt, estuve hablando con Jimmy. – En ese momento, su voz se elevó y alcanzó un tono ciertamente familiar, lo que me indicó que algo inusual pasaba por su mente.

– Sí – continuó, – estuve hablando con Jimmy, y me dice que perdiste los \$1,000 que te dio hace un tiempo para invertir.

Yo contesté: – Sí, en efecto los perdió, muy a mi pesar, y el mercado sigue fluctuando bajo – añadí, – Mama, no los invertí por él; sólo hice lo que me insistió que hiciera. Él quería apostar en el mercado de valores, esperando hacer algo de dinero. Le compré unas cuantas acciones de dos empresas líderes, al margen, ¡y la Crisis puso su cuenta en mal estado!

– ¡Bueno!, – dijo ella, bajando la taza, – ciertamente sabías que él planeaba ir al extranjero el próximo junio, ¡así que creo que deberías regresarle su dinero!

Por un momento me sorprendió su comentario. No dijo “Creo que deberías hacer una “colecta” para él, ¡debido a las circunstancias!” Si lo hubiera hecho, con gusto me habría unido con otras personas.

No dijo nada parecido. Era algo hiriente, “creo que deberías regresarle su dinero”.

Finalmente, después de un silencio largo e incómodo, le dije: – ¿En verdad piensa que debería regresarle los \$1,000?

– Sí – respondió con bastante firmeza, – ¡lo creo!

Otro silencio extenso; esta vez no pensé solamente en Jimmy, sino en muchas cosas.

Le dije: – Está bien, Mama, lo haré.

La conversación me molestaba, no sólo por los \$1,000 implicados, sino también a causa del sorprendente razonamiento mostrado y el fracaso completo en visualizar el panorama financiero actual o en evaluar lo que había ocurrido. Sin duda yo era el hombre que había ocasionado la Crisis de 1929, y esa fuerte posibilidad nunca antes había sido publicada como es debido.

Poco después le escribí una carta a Jimmy, a su club, el *Fly Club* en Cambridge, y le dije que su madre me había pedido “enmendar” los \$1,000 antes de su graduación, y que me las arreglaría para hacerlo.

Tengo la carta de Jimmy ante mí, en respuesta, también tomada de un viejo expediente, un posible presagio de más sorprendente filosofía financiera, que pronto se revelaría en el Nuevo Contrato que brotó.

La carta tiene sello de Brookline, Massachusetts, del 24 de diciembre, a la 1 pm, de 1929; escrita en la papelería del *Fly Club*.

“Estimado Curt:

Tu fina carta ha permanecido sin respuesta demasiado tiempo y espero que sepas lo mucho que la aprecio.

En cuanto a asuntos financieros, por supuesto, \$1,000 me serían muy útiles la próxima primavera, pero quiero que sepas que entiendo que las acciones no tienen favoritos y que aunque no sé nada al respecto, si el dinero no está allí para abril, sé que no es tu culpa y además, si algún día llego a tener algo de dinero para invertir, espero que estés dispuesto a manejarlo por mí”.

Citando otra vieja carta descolorida, dice:

Nueva York, N. Y.

James Roosevelt, Esq.

Fly Club

2 Holyoke Place,

Cambridge, Mass.

Estimado Señor:

El Sr. Dall nos ha autorizado hacerle entrega del saldo acreedor, el cual se encuentra en su cuenta de esta oficina.

Por consiguiente, adjuntamos el cheque a su orden por mil cincuenta dólares, el cual liquida esta cuenta.

Reiterando nuestro gusto por estar a su servicio,

Muy atentamente,

O'BRIAN, POTTER Y STAFFORD

Con respecto a las últimas líneas, recuerdo muy bien que no me daba mucho *gusto* esa transacción.

Con el paso de los años, muchos amanuenses han escrito volúmenes sobre la Dama a la que conocí primeramente como Sra. Franklin D. Roosevelt, quien después se dio a conocer ampliamente como Eleanor Roosevelt.

En consecuencia, ¡parece que mi referencia acerca de “Eleanor Roosevelt en las finanzas” podría ser vista por algunos como una “exclusiva!” No volví a discutir este asunto con ella y no tenía idea de lo que Jimmy había dicho, antes de esa sorprendente conversación en el desayuno.

Aunque posteriormente se declaró que a Jimmy y a su socio, John Sargent, en poco tiempo les fue bien en el campo de los seguros. No volví a oír de Jimmy en los negocios.

Por varias buenas razones, ¡Mama no abrió una “cuenta de inversión” conmigo!

Jimmy se fue al extranjero.

CAPÍTULO VIII
Eleanor Roosevelt
(Después de Albany)

El interior de la Mansión Ejecutiva en Albany parecía frío y desolado. Nunca me sentí cómodo en ella. Deberían haberla movido a Wall Street porque ese lugar también era frío y desolado.

Sin embargo, Eleanor Roosevelt, la esposa del nuevo Gobernador, le daba mucho calor por medio de la adición de adornos de buen gusto y alegres para el interior. Se debieron hacer algunas alteraciones en la mansión para que el Gobernador Roosevelt pudiera subir y bajar las escaleras con facilidad, mediante un elevador, en su silla de ruedas. ¡Era el requisito número uno en importancia!

El Gobernador Alfred E. Smith, la Sra. Smith y su hija y yerno, los Warners, no pudieron haber sido más cooperativos al efectuar el cambio con ayuda de Emily Smith Warner y su esposo.

Al Smith siempre me intrigó con su voz tan ronca, su seguridad, su cigarro gastado y su modo de ser pícaro pero cordial.

Aunque nuestras escasas reuniones eran breves, siempre fueron muy interesantes. El Gobernador Smith había llegado del “modo difícil”, desde el Mercado de Pescado de Fulton Street. Esta sección de la ciudad de Nueva York era la puerta principal de Wall Street, o la trasera, dependiendo de cómo lo quieran ver. En ocasiones llegaba el olor a pescado hasta Wall Street, y en otras, a los pescaderos les llegaban algunos olores de Wall Street.

Por lo tanto, siempre tuve una sensación de interés por el Gobernador Al Smith, un interés vecinal, podría decirse.

Por lo general lo veía de noche, en las asambleas de Partido Demócrata, cuando FDR me pedía que fuera con él. Lo hacía, por la estructura escalonada. Las subidas y bajadas de la plataforma del orador eran desconocidas antes de nuestra llegada, y a veces no eran adecuadas para FDR.

A menudo el “Sr. Herbert” (Herbert Lehman) estaba allí y, una o dos veces, John J. Raskob. Los líderes del Partido Demócrata provenientes del Bronx y de Brooklyn por lo general también estaban presentes.

El Sr. Raskob, de Wilmington, Delaware, me sorprendió al ser huraño e inexpresivo, pero un poderoso “operador” del Partido Demócrata.

La mayoría de los discursos políticos reflejaban los puntos de vista para capturar votos de los escritores de discursos cercanos al Partido Demócrata y seguían un patrón familiar.

Recuerdo una vez que Al Smith tenía programado parar en casa de la Sra. James Roosevelt en Hyde Park para una reunión política discreta. Surgió un problema particular, bastante entretenido, que consternó a algunas de las mentes más maduras de la política. No se trataba de qué temas incluiría la conversación, sino de qué en el nombre del cielo iba a hacer Al Smith en la gran sala con su cigarro masticado, y quizás ansiando la muy necesaria escupidera de cobre, accesorio tan conocido en las actividades políticas rurales del siglo XIX, ¿ni siquiera se omitió en la oficina privada del viejo J. P. Morgan? Esa pieza de cobre en particular no podía hacerse fácilmente, digamos en el invernadero de Sara Delano Roosevelt. Sin embargo, los planificadores tenían que pensar con anticipación en proveer el confort adecuado para un Gobernador, ¡en las reuniones políticas de importancia! El buen Tom Lynch de Poughkeepsie hábilmente solucionó el problema tomando prestado temporalmente uno de los utensilios brillantes de cobre traídos a Hyde Park para la ocasión. De esta manera, la política demócrata siguió adelante sin ninguna “barricada” creada por la “vieja aristocracia de Hudson Valley”, quien con gusto proveyera el lugar de la reunión, ¡mas no todos los accesorios!

Tom Lynch no estaba consciente de, o deslumbrado por, el término engañoso “préstamo arriendo” que vino después, así que le regresó puntualmente al prestador en Poughkeepsie la artesanía de cobre. ¡La diplomacia de los primeros estadounidenses en todo su esplendor!

En Albany y en otros lados, el círculo de influencia de Eleanor Roosevelt crecía. ¡El sello dorado del Estado de Nueva York en el papel para cartas utilizado por su esposo para la correspondencia oficial era impresionante! ¡Las reacciones oblicuas no eran lo que podría describirse como inconsecuentes! Así que las dudas de Eleanor Roosevelt durante los años anteriores, la sensación de que sus parientes de Oyster Bay realmente lo “habían

logrado”, mientras que ella y su esposo *no*, ¡habían pasado a un segundo plano! Prados más grandes y verdes para el futuro se alzaron a la vista.

Eventualmente, incluso la Crisis de 1929 tomó una apariencia académica en el futuro brillante que estaba justo al frente. Por supuesto que nada parecido a una crisis o depresión podía volver a ocurrir.

Sin lugar a dudas, a finales de 1932, los días prometedores estaban “a la vuelta de la esquina” y respecto a eso, los chicos que controlaban esa “esquina” visitaban a FDR e instruían a Louis Howe. Era cuestión de presentar la imagen y un poco de tiempo antes del aniversario.

Mientras que Mama, antes de Albany, acostumbraba salir de su casa en la ciudad por la mañana cargando un maletín de aproximadamente unas tres pulgas de grosor, pronto llevó uno de cerca de diez.

Desafortunadamente para mí, mis “jardines” en Wall Street no eran muy verdes en ese entonces o no crecían a una buena velocidad. Allí, la operación no poseía nada de glamor, ¡nada al final del arcoíris! En Hyde Park, durante las visitas ocasionales de fin de semana, el “nuevo look” en la política se volvía bastante evidente. Obviamente, mucho trabajo de contacto valioso y deberes no oficiales podían ser manejados por la capaz esposa del nuevo Gobernador. Ella hizo exactamente eso y lo hizo con gran habilidad. Su desarrollo no estaba perdido para su suegra, quien de buena gana retrocedía ante las fuertes corrientes políticas y sus exigencias siempre crecientes. Su principal interés en la vida se centraba en su hijo y sus nietos.

La madre del nuevo Gobernador silenciosamente dejó de lado muchos de sus sentimientos personales. De todo corazón trató de participar en el nuevo juego en el que su nuera se había convertido en una figura importante, al centro del escenario.

La antigua importancia de la “cabaña” en Hyde Park, y todo lo que acarreaba, se desvaneció con la llegada del nuevo día. La política poco a poco entró a la escena del Titán indiscutible; la familia retrocedía ante ella, teniendo menor importancia conforme pasaban los días.

Los días de adoctrinamiento socialista en Eleanor Roosevelt, cortesía de Louis Howe, con ayuda de Nancy Cook entre otros, comenzaron a rendir frutos.

Los políticos demócratas que buscaban un “objetivo” en Washington señalaron al Presidente Herbert Hoover. ¡La quiebra había sido culpa suya! Él fue el chivo expiatorio; ciertamente no los banqueros que creían en un solo gobierno con sus reducciones de crédito y ventas de valores, realizadas por “frentes” bien recompensados.

A mediados de 1929, los administradores del dinero mundial imaginaron que era hora de hacer un cambio en la Administración de 1932. Se encargaron de que la “recuperación” de la Crisis se aplazara hasta después de la Inauguración de su candidato, el Presidente Franklin D. Roosevelt, en 1933, para sacar el mayor beneficio tanto financiero como político.

Incluso para muchos aficionados, quedaba de manifiesto que los “conductores” del vehículo político Demócrata no deseaban cooperar con el Presidente Hoover para salvar muchos bancos de la bancarrota a finales de 1932 y a principios de 1933; querían que el enredo financiero se intensificara severamente, tanto por el efecto político beneficioso que comenzaría el 4 de marzo, como por que el máximo de ganancia aumentara para los empleados de la casa, al recoger los “pedazos” deseables a los precios más bajos. Sin embargo, muchas personas sintieron que el Presidente Hoover realizó un enorme esfuerzo bipartidista en nombre de todos los ciudadanos cuyos bienes estaban guardados en “bancos inestables”. A cambio, se le rechazó y se le confrontó con el estrecho oportunismo político de la Administración Demócrata entrante y sus timoneles de las finanzas.

Mientras regresaba al este, después de la exitosa Convención Demócrata en Chicago, leí sobre la parada del Presidente electo, Roosevelt, y su esposa para visitar en Massachusetts al viejo Coronel E. Mandell House. Él era el antiguo “consejero cercano” del Presidente Woodrow Wilson. ¡Habría sido sumamente interesante saber los nombres de todos los presentes con el Coronel House en aquel entonces y *qué* sucedía! ¿Acaso era una pregunta de House a Howe, o de Howe a House? Eso no parece importante por la probabilidad de que ambos fueran colocados y mantenidos por los mismos poderes de alto rango, por un determinado tiempo, para asegurarse de que se llevara la “munición” correcta a las futuras “grandes armas” para su debido uso en la escena política.

En 1929, FDR comenzó a confiar más en su esposa para que lo ayudara en sus asuntos políticos conforme la presión aumentaba, especialmente en dos áreas:

Primero, ella se había vuelto su asociada capaz y quien daba opiniones en cuestiones políticas; segundo, lo ayudaba con respecto a su disponibilidad con numerosas personas que le llamaban, aquéllos que pudieran hacerlo perder el tiempo y recursos físicos para ventaja limitada.

No hay duda de que Eleanor Roosevelt superaba el rol que interpretó la Sra. Edith Galt Wilson en los últimos años de su esposo, el Presidente Wilson. Esa situación paralela haría un estudio comparativo interesante. La Sra. Wilson entendía bien y vio con escepticismo el programa Internacionalista que tanto influyó en su marido. Eleanor Roosevelt, por el contrario, lo asistió de muchas formas, por razones egoístas.

La gente importante que deseaba ver al Presidente a menudo pasaba con la esposa del Presidente o con Louis Howe; luego, con Grace Tully.

Sin embargo, la Srta. Marguarite Le Hand y la Srta. Grace Milly eran mujeres buenas y muy capaces, verdaderas adiciones en la parte alta de la Secretaría de la Casa Blanca. Estaban en contacto directo con el Presidente, por supuesto, en numerosos asuntos.

Harry Hopkins había sido “capacitado” cuidadosamente, y a su debido tiempo fue presentado para que se sumara al grupo ejecutivo de la Casa Blanca cuando la salud de Louis Howe empeoró.

Después de 1933, muy rara vez vi a mi ex suegra. Cada vez más se volvía la primicia de la prensa. Sin embargo, ocasionalmente intercambiábamos notas. Una de las últimas veces que hablé con ella fue en una breve reunión en la ciudad de Nueva York, no sin algunos detalles divertidos, en lo que a mí respecta.

Según recuerdo, la ocasión sucedió alrededor del invierno de 1934. Supuestamente, Franklin Jr. le había dicho un comentario cruel sobre mí a alguien, que llegó hasta mis oídos, la naturaleza del cual no era ni correcta ni apreciada. Aunque dudé que Franklin Jr. lo hubiera dicho, ¡decidí ponerle fin a cualquier posible comentario fuera de lugar de una vez por todas! Creí que su madre podía manejar perfectamente el asunto con su toque hábil y maternal, y en esa atmósfera.

Por lo tanto, le llamé a su secretaria para pedirle una cita en Nueva York a fin de mencionar el asunto y pedirle su cooperación.

La cita de concertó para una mañana, varios días después, a las 9:00. El lugar fue su apartamento en Nueva York.

Al llegar a tiempo al apartamento, situado cerca de la Plaza de Washington, me sorprendió ver a Harry Hooker, un conocido abogado de Nueva York y amigo cercano de FDR, sentado en un pequeño vestíbulo, también esperando verla. Harry y yo siempre habíamos tenido una relación cordial. Él había preparado los papeles de mi divorcio para que FDR los revisara y aprobara. Por eso éramos amigos.

Charlamos a gusto por un rato, y pronto la Sra. Eleanor Roosevelt apareció en la puerta, dándonos a ambos una cordial bienvenida. Le respondí de la misma manera.

Luego, voltee a ver a Harry y le dije: – Harry, llegaste antes que yo. Ve primero. No me importa esperar.

Ante el comentario, Harry pareció avergonzado. También Eleanor Roosevelt.

De inmediato me percaté de la situación; no me sorprendió en lo más mínimo.

Rápidamente, Harry rompió el silencio y dijo: – Curt, sólo pasé para ver si podía ser de alguna ayuda para Eleanor en lo que tienes en mente.

Entonces mi antigua Mama añadió apresuradamente: – Sí, Curt, sólo le pedí a Harry que viniera esperando que pudiera ser de ayuda.

Noté que le temblaban las manos mientras estaba en la puerta.

Enseguida respondí: – Ciertamente no necesitamos molestar a Harry sobre esto. Únicamente quería pedirle que le advirtiera a Franklin Jr. acerca de un supuesto comentario que se hizo de mí, el cual es mentira.

Una mirada de inmenso alivio se reflejó en su rostro y dijo: – ¡Oh! ¡Por supuesto que lo haré! ¿No vas a entrar, Curt?

Contesté: – No, muchas gracias. Estoy seguro de que hoy tiene su siempre tan ocupado programa, así que me retiro ya.

Entonces, despidiéndome cordialmente, me fui.

En el metro, rumbo al centro, reflexioné acerca de por qué la esposa del Presidente consideró necesario tener presente un consejero, especialmente conmigo, ¡de toda la gente! Evidentemente, se habían desarrollado situaciones “difíciles” al mismo tiempo con algunos de sus otros parientes políticos.

Sin embargo, ¡los resultados de mi visita tuvieron éxito!

Pasaron años, durante los cuales se hizo obvio que la ideología política de Eleanor Roosevelt se había encaminado firmemente a la Izquierda. En contraste, la mía se inclinaba hacia el lado conservador, moviéndose a la Derecha.

El trasfondo engañoso de Pearl Harbor, los términos de paz pro-soviéticos al término de la Segunda Guerra Mundial, la negativa del general Eisenhower para permitirle al General Patton culminar un objetivo militar adecuado y tomar Berlín, el inaudito y cruel programa de repatriación forzosa de Eisenhower; el Arreglo del Corredor de Berlín, Harry Hopking mandándoles a los soviéticos nuestro dinero estadounidense, papel y tinta, para que nos robaran y nos dejaran sin nada, el asunto trágico del Gobernador Earle (no para detener la Segunda Guerra Mundial, sino para lidiar con ella más tarde), ¡todas estas cosas no me parecían adecuadas y me perturbaban!

Por otra parte, Joe Stalin, asistido por sus asociados y secuaces en ambos lados del Atlántico, enseguida tuvo éxito en quitarle hasta los “calzones” a FDR, es decir, a usted, querido lector, así como a este país y a mí mismo. Stalin, curiosamente, ni siquiera tuvo que esforzarse en negociar. El resultado fue exactamente el que algunos asesores del Consejo de Relaciones Exteriores y otros deseaban. Los planes se convirtieron en una realidad, ¡y en una ganancia inesperada para los soviéticos!

Al hacer referencia a los eventos recientemente mencionados, estoy seguro de que Eleanor Roosevelt estuvo cerca de todo. Es incierto si ella ejerció su influencia para oponerse en algo a ello, como se revela.

Nunca conocí a Harry Hopkins, pero lo veía como un agente completamente dedicado a los internacionalistas de élite que intencionalmente lo colocaron en la Casa Blanca para desempeñar su “deber” cerca del Presidente.

El conocimiento de Eleanor Roosevelt sobre relaciones raciales “sureñas” era muy superficial. Su enfoque era meramente político. Era una operación para capturar votos inteligente pero lamentable, una que aplaudieron enormemente, por supuesto, numerosos grupos comunistas extendidos y periódicos izquierdistas. ¡Los efectos perturbadores y los resultados incendiarios de su safari político en esa región no pueden subestimarse!

En ese sector político general, una palabra acerca de la N.A.A.C.P. puede estar en orden. Esa organización se planeó e inició como una gran pionera política, por así decirlo. Fue financiada y manejada en su mayoría por algunos internacionalistas que parecían

bastante deseosos por explotar la fricción racial, incluso al punto del desorden civil. La N.A.A.C.P. siempre ha tenido acceso a finanzas de importancia y ha “avanzado”, para convertirse en una joya valiosa en la corona de las Fuerzas Revolucionarias Socialistas-Comunistas. Afortunadamente, la mayoría de nuestros responsables ciudadanos de color sienten una profunda desconfianza en el liderazgo egoísta evidenciado en la N.A.A.C.P. Este sentimiento, sin duda, está bien fundado.

El derecho a *preferir* es algo de valor, deseado por todas las razas y credos que buscan disfrutar la vida, la libertad y la felicidad. La palabra *discriminación* se asemeja a una espada de doble filo que corta por ambos lados. Tanto mayorías como minorías *prefieren* discriminar en áreas numerosas, es un hecho bien sabido.

Las palabras *igual* e *igualdad* a menudo se emplean a la ligera y en muchas ocasiones aparecen como las favoritas de los hacedores de imagen y de sus columnistas.

Salvo en la apreciación de Dios por el alma de cada humano en la Tierra, ¡la *igualdad* no existe! Es un mito. Tal vez la *igualdad* no se encuentra en la naturaleza, sólo en los salones repletos de humo justo antes de una elección. Esas palabras generalmente aparecen como imágenes crueles y falsas para confundir y engañar a la mayoría de nosotros.

De estas observaciones fácilmente se puede ver que Eleanor Roosevelt y su ex yerno, el escritor, llegaron a adquirir sentimientos que diferían en gran medida cuando se les veía a través de un telescopio político. Reconozco que ambos extremos del telescopio tienen sus respectivas zonas de influencia. Pero, al observar a los liberales, también me he percatado que no están muy dotados de flexibilidad mental u óptica.

Una cualidad que siempre admiré de Eleanor Roosevelt fue el fino sentido de lealtad hacia sus cinco hijos. Sin importar qué ocurriera o qué estuviera sucediendo, siempre estaba cerca, manifestándoles todo su apoyo.

Para mí, la lealtad a nuestro país, a nuestra República Constitucional, entra en la misma categoría que la lealtad a la familia.

Muchas veces me he preguntado si el gran interés de Eleanor Roosevelt en las dudosamente engendradas Naciones Unidas poco a poco eclipsó sus deberes de mayor importancia con el país.

Fue muy difícil para mí darme cuenta que Eleanor Roosevelt, de quien fui muy cercano durante muchos años, pudiera jugar conscientemente un rol protagónico en el equipo

internacionalista de las Naciones Unidas. Básicamente, la ONU sólo es un aparato bancario internacional de largo alcance para obtener ganancias financieras y políticas, establecido cuidadosamente por un pequeño grupo de poderosos revolucionarios, con hambre de lucro y poder, que creen en un solo gobierno.

Obviamente, los verdaderos objetivos de los líderes del Gobierno de poder mundial y sus siempre cercanos banqueros, son extremadamente taimados. Ellos ya han adquirido total control del dinero y de la maquinaria de créditos de los Estados Unidos de América, por medio de la creación y el establecimiento de la Reserva Federal *privatizada*. Ahora planean desarraigar y destruir gradualmente el trasfondo espiritual de toda la gente. En un inicio, el Cristianismo es el objetivo principal, luego el Judaísmo, ¡después todas las otras religiones! Para ellos es absolutamente necesario llevar a cabo ese programa poco prometedor, si es posible, antes de que alcancen poder impío, dirigido para beneficiar a unos pocos, pero para hacer títeres de nosotros, la mayoría.

Cuando oigan y lean acerca de la palabra *paz*, tan salpicada con fines políticos por las Naciones Unidas, pregúntense: ¿La paz de quién? Todo gobierno e individuo tiene su propia definición de lo que significa la palabra. A menudo sólo es una imagen vaga, erigida para despistar y confundirnos hábilmente.

Con respecto al valor neto de la contribución de Eleanor Roosevelt para el progreso o decadencia del país, parecería que el asunto no podría ser evaluado por una sola persona. Sin embargo, se puede citar mi opinión brevemente.

Me parece que después de 1932, su participación política e ideológica se volvió cada vez más endeble. Lamento agregar que algunos de sus esfuerzos, aunados con aquellos de su esposo, ayudaron enormemente al programa *One-World* supuestamente dirigido por soviéticos poco fiables, que ahora dominan al pueblo ruso. Su líder, Nikita Khrushchev, tuvo la arrogancia de decirnos “¡Los sepultaremos!” Se le hizo fácil hacer ese comentario, por supuesto, ¡pero está muy equivocado! Un “grillo” no hace la “noche”.

Fuera del factor de ser lucrativos, no logro comprender por qué los objetivos del Programa Internacional Socialista-Comunista atrajeron el fuerte apoyo de Eleanor Roosevelt. Considerándolo todo, los resultados que ella alcanzó parecen egoístas y bastante desconsiderados para el interés de su nación.

Sin lugar a dudas, algunos de los principales líderes en el Consejo de Relaciones Exteriores o las personas designadas a las que capacitaron cuidadosamente estarán en desacuerdo conmigo en lo que concierne el valor de esos esfuerzos. Sin embargo, asumo que los comentarios que se hagan sobre ese asunto delicado, si es que acaso se hacen, apenas serán audibles.

Ahora, mi “paseo” ha terminado y la pluma emerge para confrontar a la espada política.

CAPÍTULO IX

La convención de Chicago – y el Senador Huey Long

Cuando se llevó a cabo la Convención Demócrata en Chicago, decidí ir, sólo para echar un vistazo y ver si sutilmente podía ayudar a FDR a ganar la candidatura.

Le dije a Louis Howe que iría, a costa mía, y que me hiciera saber si podía ayudarlo en algo. En silencio levantó las cejas hacia el cielo, con el conocido gesto de completa incredulidad. FDR todavía estaba en Nueva York.

Al llegar a Chicago, sentí como si fuera a asistir a una convención de banqueros, no a una convención política. Iba por mi cuenta, sin ninguna responsabilidad hacia nadie. ¡Era interesante y emocionante!

Ahí me topé con Jim Farley, le dije dónde me quedaría y me ofrecí como “aguador” para lo que pudiera suceder. Jim siempre era tan genial como ocupado. Me agradeció calurosamente.

La Convención estaba en marcha.

Mientras deambulaba por la sede de la Convención, me topé con un amigo banquero, Tom K. Smith, en aquel entonces vicepresidente del Banco Boatman’s en St. Louis, Missouri.

No parecía estar muy seguro de las “reglas básicas” de la política o de su propio rol allí. Tampoco yo lo estaba. Por eso nos dio gusto vernos.

Me dijo: – Curtis, ¿qué haces aquí? – Le respondí: – Promuevo a mi suegro, FDR, o al menos trato.

Entonces le dije: – Tom, ¿Qué haces tú aquí?

Contestó: – Vine con Tom Pendergast y la delegación de Missouri. Estamos aquí de parte del Senador Rankin.

Le comenté: – ¿Quién dijiste, Tom? – Me respondió: – Rankin, el Senador Rankin. Lo respalda la organización Pendergast, es hijo nativo, y pensamos que tiene una gran oportunidad de ganar.

En ese momento, una idea pasó por mi mente y, recordando las cejas alzadas de Louis que me parecían un tanto molestas, al instante decidí *jugármela*.

Le dije: – Tom, ¿de qué tiene oportunidad Rankin?

Me miró bastante sorprendido y explicó: – Pues para la candidatura para la presidencia, ¡por supuesto!

Fanfarroneando, agregué: – Tom, eres banquero. No seas tonto. ¡Rankin no tiene ni la más mínima oportunidad! Roosevelt va a ganar; ¡la tiene segura! ¿Dónde está tu delegación de Missouri ahora?

Me contestó: – Están en una gran junta en la Sede de la Delegación y tengo que unirme pronto.

Le dije: – Tom, cuando llegues, dile al Sr. Pendergast que voy a ir a verlo en treinta minutos exactamente – miré el reloj.

Se mostró bastante perturbado y dijo: – Curtis, ¡por favor no hagas eso! No les agradaría. Además, ¡son muy rudos! Quizá te traten mal, Curtis. ¡No lo hagas!

Le indiqué: – Tom, estaré allí en treinta minutos.

Enseguida se marchó bastante molesto.

De inmediato tomé un taxi para dirigirme hacia donde la delegación de Missouri estaba llevando a cabo la importante reunión, esperé diez minutos y, exactamente a la hora establecida, caminé por un gran corredor que conducía hacia la sala de reuniones al fondo.

Allí, se encontraba un hombre grande y fuerte impidiendo el paso. Enseguida pude ver que estaba armado con lo que llaman “hardware” en Texas.

Me miró atentamente, con algo de sospecha, y dijo bruscamente: – ¿Qué quieres?

Le respondí con gusto: – Mi nombre es Curtis Dall. Vengo de la delegación de Roosevelt de la Sede Demócrata y quisiera ver al Sr. Tom Pendergast de inmediato. El Sr. Tom Smith está adentro y sabe que vengo.

El hombre dudó un momento, luego entreabrió la puerta y le susurró algo a alguien de adentro. Pude notar que había muchas personas reunidas en esa sala. Alguien se dirigía a ellos.

Luego, después de más murmullos detrás de la puerta parcialmente abierta, se abrió un poco más. ¡Pronto distinguí el rostro de Tom Smith cerca de ella y se veía pálido y agitado!

Rápidamente un sujeto caminó frente a él y me dijo: – ¿Qué quieres? – La voz era ronca y exclamó bruscamente: – Soy Pendergast. – Le dije: – Sr. Pendergast, Vengo de la

delegación de Roosevelt. He venido a verlo para decirle que sería muy inteligente que se uniera al partido ganador de Roosevelt, ¡únase enseguida!

Me miró con ferocidad y dijo: – Jovencito, cuando quiera tu consejo en política, ¡te lo pediré! – ¡La puerta se cerró de golpe! Inmediatamente, el guardia me indicó que me marchara con el pulgar de manera elegante. Me fui, preguntándome qué podría seguir, si acaso llegara pasar algo. De todos modos, fue una apuesta, y de seguro le di el mensaje a “García”. ¡Cuán asustado lucía Tom! Louis Howe no se le hubiera imaginado.

Regresé en taxi al hotel, revisé mi correo, compré un periódico, leí los encabezados y me dirigí al cuarto. Tenía planeado almorzar a medio día con un viejo amigo del negocio de las inversiones.

Entré al cuarto y cogí el teléfono que estaba sonando. Era Tom Smith. ¡Parecía agitado!

Dijo: – Curtis, ¡las cosas se aceleraron aquí después de que te fuiste! Nuestra delegación va a cambiarse del lado de Rankin al de Roosevelt. Tom Pendergast me pidió que les diera las gracias a ti y al gobernador Roosevelt por su llamado a tiempo, y se disculpa por ser cortante contigo y quisiera saber dónde puede contactar a Louis Howe o a Jim Farley.

Le di la información deseada y terminé la conversación diciendo: – Tom, ¡está muy bien! Podrías pedirle al Sr. Pendergast, a su debido tiempo, ¡que le mencione a Louis Howe *mi llamado a tiempo* para impulsar a Missouri para que se uniera al partido ganador de FDR! ¡Missouri es un favorito de FDR! No lo olvides, Tom, usa esas palabras, *a tiempo*.

Tom dijo: – Por supuesto que lo haré, Curtis. ¡Fue genial verte! te buscaré mañana. Asegúrate de visitarme a cualquier hora cuando estés en St. Louis.

¡Así es como FDR obtuvo Missouri *a tiempo*!

Sin duda Tom pasó una media hora turbulenta después de que dejé la sala de reuniones de Tom Pendergast, ¡pero se le recompensó muy bien por su “oportuna” y “perspicaz” agudeza política! No pasó mucho tiempo para que lo promovieran a la presidencia del Banco Boatman’s, y luego, a su debido tiempo, a la oficina principal como Presidente de la junta directiva.

En años posteriores me pregunté si, de casualidad, un cierto político prometedor de Missouri llamado Harry S. Truman podría haberse sentado con la “delegación Rankin”. Nunca tuve el gusto de conocerlo o de preguntarle.

Después de que la emocionante Convención llegara a su fin y de que FDR ganara y aceptara la nominación, empaqué mis cosas y me fui de Chicago en un tren que se dirigía a Nueva Orleans para continuar un viaje de negocios.

A bordo del tren que iba a Nueva Orleans, enseguida me dirigí al comedor del tren delante de la multitud que empezaba a aparecer.

Estaba cansado de todas las actividades de la convención y contento por alejarme de la gente, así que me senté y ordené un buen bistec para cenar y me relajé, planeando irme a la cama temprano.

Cuando la mesera me trajo la cuenta, después de cenar, creí que se había equivocado, pues era de alrededor de diecisiete dólares. Le dije: – Mire, señorita, esta cuenta.

En ese momento, una explosión de carajadas provino de cuatro hombres sentados en la mesa de atrás, del lado opuesto del vagón. Eran Huey Long con un amigo y Joe Messina, su guardaespaldas personal, y otro más. Huey saludó con la mano y exclamó: – Está bien, Curt, ¡muchas gracias! Todos comemos bistec a cuenta tuya esta noche. ¡El mío está delicioso! ¡Cocido a la perfección!

Su descaro era claro; ciertamente parecía como si la “broma” me la jugaran a mí, de seguro. Sin embargo, me sorprendió, era divertida, así que pagué la cuenta. Luego, cuando uno de sus hombres dejó la mesa, me senté al lado de Huey y ordené otro platillo de helado. ¡Éste corría por cuenta de Huey! Hablamos acerca de eventos y sucesos en la Convención y de otras cosas. Me preguntó dónde podría contactarme en Nueva Orleans y le dije que por medio de un compañero de la universidad, Willis Wilmot, en el Banco Hibernia. Me dijo que quería organizar un almuerzo para mí mientras estuviera ahí, y lo hizo, en Antoine’s.

¡El almuerzo en Nueva Orleans en Antoine’s es divertido y la comida es buena! Los ostiones de Bayou Cook y los de Lynhaven en Norfolk son “lo máximo”. Ahora, ambos son casi un recuerdo del pasado.

Al finalizar el almuerzo, Huey dijo: – Curt, debemos tener una fotografía de esta ocasión para mi libro. ¡Quiero leer un libro para mantenerme al día con lo que hacen los chicos en Washington! – Alguien le dio un libro.

De repente, sacó de su bolsillo un paquete cuadrado de tabaco, me ofreció un pedazo y dijo: – Curt, prueba un bocado. – Le contesté: – Gracias – y, cuando me estiraba para trozarlo por la mitad, su fotógrafo espabilado nos tomó una fotografía. El drama fue bastante divertido y supongo que la fotografía se convirtió en un artículo de su molino político.

Huey Long era el pensador más veloz que conocí, siempre “de pie”. Huey me parecía muy amigable y era una persona sumamente dinámica. Con frecuencia, algunos de sus rizos le caían sobre la frente mientras hablaba y gesticulaba y continuaba golpeteándolos. ¡Nada parecía molestarlo!

A menudo me preguntaba cuál habría sido el efecto en Washington, con respecto a la legislación promovida por los Demócratas, si elementos izquierdistas no lo hubieran asesinado en Luisiana, bajo circunstancias que ahora son más claras para el público estadounidense.

No hay duda de que Huey Long llegó a ser visto como una verdadera amenaza y peligro político para algunos expertos de la Administración Demócrata de Washington y que habría sido más problemático si no lo hubieran matado con premeditación.

Se discutieron algunos detalles del asesinato de Huey en la prensa y en diferentes partes. La prensa ignoró otros detalles y han permanecido en la oscuridad. En este respecto, parece que hay algunos posibles elementos de semejanza concernientes con la muerte de Huey Long y la del difunto Presidente Kennedy, algunos creen que los detalles de las muertes han sido manejados cuidadosamente por el Informe Warren.

Con el deceso de Huey Long, ¡el Senado perdió a una de las figuras más coloridas de todos los tiempos!

En el famoso “Cuarto Rojo” de Antoine’s, en Nueva Orleans, está colgada la fotografía de Huey Long y Curtis Dan mascando de manera amigable “un poco de tabaco”.

CAPÍTULO X

“Profesor” Felix Frankfurter

El tremendo éxito político de FDR en las elecciones de noviembre de 1932 no redujo en gran medida la factura de supermercado de su madre en Hyde Park, Nueva York.

Los fines de semana, especialmente los domingos, aparecía mucha gente. Decir que eran de varios tipos habría sido una gran atenuación.

De cualquier manera, aquéllos que estaban sentados alrededor de la gran mesa para la comida de mediodía representaban un grupo interesante.

Por qué venían, o cómo encajaban en el “mosaico” político creciente (si es que en algo encajaban), a menudo estaba por encima de mí. Pertenecía a otro mundo.

Mi atención en el frente económico se centraba en sacar a Wall Street de la Depresión que lo amenazaba y tratar de compensar las pérdidas causadas por el recorte planeado y repentino de fondos para préstamos en Wall Street en otoño de 1929, descrito para el público no informado como “¡La Crisis!” Era una buena palabra, ¡pero no la correcta!

Sin lugar a dudas, si en ese entonces hubiera tenido la oportunidad de empezar desde cero en la política, de aprender las maniobras políticas básicas, habría podido emerger en seis meses, junto con otros neófitos como algún tipo de “autoridad” política. Sin embargo, el ritmo se movía de prisa y no había tiempo para entrenar aficionados como yo. Por lo tanto, desde el nicho político donde me encontraba, me conformé con ayudar de cualquier forma posible el programa político de FDR y promoverlo.

Naturalmente, en cualquier reunión, tenía que adivinar quiénes eran los “importantes”, quiénes los “relativamente poco importantes” y, por último, quiénes los “¡insignificantes!”

Era un gran salto pasar de la atmósfera de Wall Street a aquélla que se cernía sobre la nueva Administración entrante. Esta última era objetiva, cargada con nuevas teorías. ¡Odres viejos y odres nuevos!

Por todo el país, muchos de los bancos estaban quebrando y no había nada teórico al respecto. ¡Wall Street estaba nervioso!

Alrededor de la mesa, un domingo a mediodía en diciembre de 1932, se encontraba la habitual reunión de gente interesante.

Sucedió que uno de ellos era el Profesor Felix Frankfurter, quien había llegado de la Universidad de Harvard para una conferencia con FDR.

Según recuerdo, estaba situado a la derecha de Mama; por ello supe que se le consideraba “importante”. Por lo general, los dos personajes de mayor importancia se sentaban a su lado. El Presidente electo y su madre ocupaban el siguiente escalón de importancia durante la comida.

Más tarde, en su oficina por el pasillo, FDR realizaba numerosas sesiones privadas, un horario que a menudo duraba toda la tarde.

Ese domingo, alrededor de las 4:30, me preparaba para dejar Hyde Park y regresar a la ciudad de Nueva York. Justo antes de partir, Mama me dijo: – Curt, el Profesor Frankfurter también va a regresar a Nueva York. ¿Podrías acompañarlo en el tren?

Le respondí que estaría encantado de hacerlo; luego salimos juntos a Poughkeepsie y al tren que se dirigía a Nueva York.

Hasta ese punto, apenas había cruzado unas cuatro palabras con el “Profesor”, y eso ocurrió cuando nos presentaron.

No obstante, algo con lo que tenía pensamientos recurrentes me desconcertaba: ¿por qué un profesor de Harvard vendría desde Cambridge, Massachusetts, a Hyde Park para ver a FDR a esa hora? ¿Podría estar relacionado con algún nuevo programa educativo en Harvard? ¿Se trataba de una visita social o acaso Frankfurter quería algo para sí? ¿La mayoría de las visitas querían algo! ¿Qué era?

Nos subimos al tren en Poughkeepsie.

El Profesor escogió un asiento del lado derecho al lado de la ventana, y por un rato contempló el Río Hudson conforme nos encaminábamos a Nueva York. Esa tarde, el Río Hudson lucía muy triste y frío, y el paisaje del campo, con su atavío invernal, se veía igual.

Durante un rato, me vi absorbido por el periódico para ponerme al corriente de las noticias. Frankfurter parecía estar ensimismado también, y seguía viendo por la ventana. Obviamente, no se interesaba en lo más mínimo en mí, y, de hecho, yo tampoco estaba interesado en él. Así, viajábamos rumbo a la gran ciudad.

Conforme nos aproximábamos a Harmon, de repente me percaté que, leyendo el periódico, no estaba ayudando mucho al programa de FDR. También recordé la petición de Mama antes de partir de que “acompañara” al Profesor en el tren.

Es cierto que había oído que se le consideraba como una mente brillante en cuanto a lo legal y que contaba con apoyos poderosos, pero no sabía nada acerca de sus inclinaciones ideológicas ni de sus metas políticas.

Mientras reflexionaba sobre la situación y me preguntaba qué hacer, me vino una idea de repente. Un viejo compañero, James Landis, era miembro de nuestra generación en Mercersburg (1916). Su apodo en la escuela era “el Chino”. Siempre obtenía “A” como calificación. Aunque “el Chino” comenzó ese otoño en Princeton con mi generación (1920), por alguna razón se fue por un año y luego volvió a la universidad. Se graduó con la generación de 1921.

Supe que luego estuvo activo en la Facultad de Derecho de Harvard; de hecho, pronto se le nombró Decano, un puesto muy distinguido.

Así que decidí traer a colación el tema del “Chino” Landis con el Profesor, esperando engancharnos en alguna conversación ligera para así avivar el tan tedioso viaje en tren.

En resumen, parece ser que Frankfurter y Landis, en 1928, escribieron juntos de manera extensa acerca de un tema llamado *The Business of the Supreme Court* (El negocio de la Suprema Corte). Por consiguiente, el trabajo convirtió al “Chino” en una especie de colega del Profesor. En ese momento no lo sabía.

No preví que se citara al Profesor, a su debido tiempo, al decir: “Los verdaderos gobernantes en Washington son invisibles, y ejercen el poder tras bambalinas”. Esta alarmante observación es de cierto modo una paráfrasis de la declaración de Benjamin Disraeli, quien, en 1844, publicó su novela *Coningsby*, en la cual ocurre el pasaje: “Ya ves, mi querido Coningsby, el mundo es gobernado por personajes muy distintos a los que imaginamos que no están tras bambalinas”.

Además, yo no había leído que “la primera gran excursión de Felix al campo de actividades subversivas tuvo lugar en 1917, cuando, como secretario y abogado de la Comisión de Mediación del Presidente Wilson, discutió por la liberación de Tom Mooney, quien, junto con W.K. Billings, había sido condenado y sentenciado a prisión en la Penitenciaría de San Quintín, California, por bombardear el desfile del Día de la Preparación de San Francisco, el 22 de julio de 1916, matando a diez e hiriendo a cincuenta personas”.

Finalmente, no recuerdo haber leído en aquel entonces “la arrogancia provocó que Frankfurter iniciara una comunicación controversial por correspondencia con el expresidente Theodore Roosevelt”. La carta de Roosevelt, junto con la respuesta de Felix, fue leída en el *Registro del Congreso* del 12 de mayo de 1930 por el Senador Walsh de Massachusetts (apenas dos años y medio antes de aquel viaje en tren). La carta que Theodore Roosevelt escribió a Frankfurter, con fecha del 19 de diciembre de 1917, contenía las siguientes declaraciones: “... usted ha asumido... una actitud que me parece que fundamentalmente es la misma de Trotsky y la del resto de los líderes bolcheviques de Rusia; una actitud que puede estar llena de malicia contra este país...”

Estas observaciones que cité son esclarecedoras, en retrospectiva, ¡por decir algo!

De todos modos, cuando muy inocentemente saqué a colación con Frankfurter el tema de Landis, en verdad caí en “algo”, ¡y caí *de lleno*!

Así pasó.

– Profesor Frankfurter, creo que tenemos un amigo en común en la Facultad de Derecho de Harvard.

Saliendo de su ensimismamiento con algo de trabajo, respondió: – ¿Quién es ése, Sr. Dall?

Le contesté: – El Chino Landis.

– ¡Oh! – Dijo. – ¿Conoces a James?

Era obvio que había despertado su curiosidad momentáneamente, pues mostró más interés y ánimo.

– Sí – respondí, – lo conozco. Hemos sido amigos desde la escuela. También fuimos alumnos de primer año en Princeton.

– Bueno – dijo, – es muy interesante, desde la escuela.

Agregué: – El Chino siempre obtuvo excelentes notas en la escuela y en la universidad, y aun así no podía llamarlo “matado”. Es muy capaz.

Hasta entonces, Frankfurter me veía sin despegar la mirada. Luego preguntó: – ¿Qué piensas de James hoy?

No noté nada extraño en su pregunta y, por supuesto, no estaba ni alerta ni en espera de una trampa. No obstante, su pregunta resultó ser una “¡con cartucho cortado!”

– Bueno, Profesor – respondí, – no he visto al Chino en varios años. Sin embargo, conociendo su habilidad, digo que le iría muy bien en cualquier empresa que lleve a cabo. No obstante, algunas de sus inclinaciones, es decir, de sus inclinaciones políticas, tienen un sesgo considerable a la izquierda. A veces oigo de manera indirecta acerca de él por medio de mi cuñado, Jimmy, y...”

Dejé de hablar en ese instante, ¡bastante sorprendido!

El rostro del Profesor se puso rojo de sorpresa y enojo ante mi observación casual. No intentó esconderlo. Me miró echando fuego por los ojos y desde luego nuestra conversación se interrumpió abruptamente. Un silencio siguió.

Quedé bastante desconcertado ante el insospechado cambio de circunstancias y me pregunté qué pude haber dicho para causar semejante reacción tan desfavorable y violenta en la mente de la bien conocida “Luz Legal” de Harvard.

Conforme se acentuaba el silencio, me sentía bastante molesto ante lo que parecía un despliegue injustificado de temperamento de su parte.

Más tarde, después de un año, durante el cual me había separado del “Círculo Político” de Frankfurter en Washington, empecé a iluminarme con respecto a por qué bien valía la pena el tiempo que invertía el Profesor de Harvard para realizar dos peregrinajes de fin de semana desde Cambridge hasta Hyde Park, en 1932.

Concluyendo mi historia del desafortunado paseo en tren, cuando llegamos a la Gran Estación Central y salimos de la plataforma, dije tan agradablemente como pude: – Buenas noches, Profesor Frankfurter.

En respuesta, dijo fríamente: – Buenas noches, Sr. Dall. – Y tomamos distintas direcciones.

Entonces me di cuenta de que, si yo hubiera sido un estudiante de su clase en la facultad de derecho, ¡no habría aprobado su materia! ¡Era obvio!

Mi desempeño al “acompañarlo” en el tren resultó ser un fracaso.

Por otro lado, tenía la sensación de que sus esfuerzos por “acompañarme” pudieron haber sido mucho más exitosos.

“El Profesor”, más adelante el Juez Frankfurter, pronto floreció hasta convertirse en el segundo operador político más éxitos del país.

En mi opinión, Bernard Baruch conservaba la posición no. 1, aunque tal conclusión podría ser muy cerrada. Como líder, el Sr. Baruch recaudó la mayor cantidad de dinero para la campaña y para gastos; el Sr. Frankfurter aprobó directa o indirectamente la mayoría de las designaciones gubernamentales más importantes. Ambos eran, sin lugar a dudas los “Gemelos de Oro”.

Sus observaciones y operaciones, según entiendo, a menudo le provocaron indigestión mental a FDR.

Uno de mis vecinos, un amigo que estudió derecho en Harvard con el Profesor Frankfurter, viajó al extranjero un verano con varios de sus viejos compañeros de la facultad de derecho, justo después de terminar el curso en Cambridge. Frankfurter, como gesto de amistad, proveyó al joven con cartas de recomendación dirigidas a Harold Lanski, un amigo cercano de Londres. Según se me dijo, más tarde, Lanski recibió cordialmente al grupo de jóvenes abogados estadounidenses y expresó sus sentimientos con bastante libertad en muchos asuntos.

Como suelen hacer los jóvenes que tienen confianza, le hicieron a Lanski algunas preguntas bastante indiscretas, las cuales al parecer respondió sin dudar en lo más mínimo.

Entre las preguntas había algunas como: – Sr. Lanski, ¿es usted comunista?

– ¿Qué?, sí, soy comunista.

– ¿Desde hace cuánto, Sr. Lanski?

Respuesta: – Desde hace un tiempo.

Continuación: – Sr. Lanski, ¿su amigo de Cambridge, el Profesor Felix Frankfurter, es comunista?

Una larga pausa: – ¿Me preguntaron si Felix es un comunista?

Respuesta: – Sí, así es.

Lanski: – Pues, no, no diría que Felix es comunista, pero somos buenos amigos. Nos hablamos al menos una vez por semana, con el teléfono trasatlántico.

Naturalmente, los jóvenes turistas estadounidenses en Londres se sintieron bastante intrigados con la entrevista. Los comentarios de Lanski causaron una impresión que perduraría en ellos y les daría mucho en qué pensar.

En 1933, FDR le ofreció al Profesor Frankfurter el cargo de Procurador General de los EEUU en el Nuevo Contrato, ¡el cual rechazó de inmediato! Evidentemente, el Profesor

tenía *cosas mucho más importantes* en mente, así que decidió no aceptar un puesto que habría confinado sus actividades a un campo limitado.

Por lo tanto, luego me pareció que lo que en verdad me sucedió aquella tarde memorable de un domingo no fue un paseo en tren sino “en trineo”.

¡El Profesor Frankfurter siguió adelante! De la misma manera lo hizo su grupo siempre creciente, el cual seleccionó cuidadosamente y luego colocó en Washington. Dicho grupo cerca de FDR se volvió una red política muy poderosa en varios ámbitos. Sus sucesores son exactamente eso hoy en día.

CAPÍTULO XI

El “Sr. Baruch” visita

Mucho antes de que la Primera Guerra Mundial estallara, Bernard Baruch era una figura importante en Wall Street. Después de ella, ¡se convirtió en un Titán!

Para 1914, Bernard Baruch había desarrollado dos cualidades inusuales. Primero, aquéllas de un financiero capaz. Segundo, era alguien que se había ganado la confianza de políticos importantes en el mundo y de gente poderosa en el mundo de las finanzas. Esta combinación de talentos atrajo la “mirada” del dinero del mundo y el “oído” de los líderes políticos del mundo, de aquéllos quienes en realidad preparan y seleccionan por adelantado los candidatos para Presidente y Vicepresidente, tanto para la lista de los Republicanos como para la de los Demócratas.

Si, por casualidad, algunos lectores se sorprenden con dicha observación, simpatizo con ellos y sus sentimientos, porque yo también me sorprendí cuando escuché por primera vez acerca de esa situación. Luego comencé a estudiar el asunto, que no aparece en los libros de texto de preparatoria o universidad, pero que emerge sólo a partir de un trabajo sumamente exploratorio, y de reunir las piezas hasta formar un mosaico.

Antes de la Primera Guerra Mundial, se decía que “Barney” Baruch valía un millón de dólares o más. Después, se alegaba que valía cerca de doscientos millones, una cifra adecuada para un Titán.

¡He oído que lo describen como *el* sorprendente “Chico-pierna” entre las figuras de la economía y la política del mundo! Para mí, la descripción es acertada. De hecho tenía buenas “piernas” porque en su juventud fue un boxeador excelente, y, para un boxeador, tener buenas piernas es un requisito primordial.

Durante la mayoría de la Primera Guerra Mundial, Bernard Baruch estuvo en Washington, en donde desempeñó servicios destacados para la Administración Wilson.

Como presidente designado de la junta directiva de las Industrias para la Guerra, él estaba al tanto de todas las órdenes importantes de compras de municiones y material de guerra recibido de Francia, Inglaterra y otros países. Cuando los Jueces Brandeis y Wilson

finalmente consiguieron llevar a nuestro país a la guerra, en 1917, su visión financiera creció en gran medida.

¡“Las órdenes de guerra” hacen grandes a las empresas pequeñas y vuelven enormes a las grandes!

No hay duda de que desde su punto de vista inusual, El Sr. Baruch fácilmente podía contemplar un “valle” económico muy amplio y fértil, listo para explotar. Se explotó como era de esperar.

En los años treinta, poco a poco dejó a un lado el rol de político-financiero y de manera callada asumió la responsabilidad de “viejo hombre de Estado”, consejero de los presidentes. Disfrutaba esta poderosa responsabilidad y la desempeñó con gran dignidad por muchos años.

En Wall Street se había convertido en algo más que un Titán, se había vuelto una figura legendaria.

Por ende, cuando una mañana oí de boca de Mama, en el 49 East de la calle 65, que esa misma tarde vendría el Sr. Baruch a ver a Franklin para una visita informal, enseguida decidí estar presente, por decirlo así, en caso de que pudiera intercambiar unas cuantas palabras con tan distinguida visita. Esto fue a principios de enero de 1933.

Siempre había hecho hasta lo imposible por preservar para FDR la integridad de lo que yo, su yerno, consideraba que era apropiado seguir en Wall Street. El pensamiento de lo que quizás sería una conversación breve con Bernard Baruch me pareció estar en orden. Para un joven en Wall Street, ¡era casi electrizante!

No les dije nada a los compañeros de la firma, salvo que tenía planeado salir un poco más temprano de lo usual esa tarde para asistir a una reunión. ¡Lo que definitivamente sería!

En la zona residencial, me arreglé con mucho cuidado, después me senté como por casualidad en la biblioteca paneleada del salón del segundo piso alrededor de las cinco treinta. Fingía leer pero, por el contrario, estaba esperando a que sonara la campana de la puerta principal.

Pronto sonó y Reynold, el mayordomo, anunció: – El Sr. Baruch.

Le di la bienvenida en cuanto ingresó al cuarto, me presenté y lo invité a tomar la silla más grande. Se sentó.

Pues ahí estaba, con un traje azul marino y corbata formal, con cabello canoso y mirada alerta y fuerte. En verdad era un hombre muy apuesto.

Tomé una nota mental de que debió haber sido capaz de lanzar algún “trancazo” devastador, en sus días de boxeador, con su largo brazo derecho.

Nos miramos el uno al otro muy atentamente. Él comenzó: – He oído que usted está en Wall Street, Sr. Dall.

Respondí: – Así es, Sr. Baruch. Ha sido muy duro estos últimos años.

– Eso he oído – respondió, – pero las cosas lucen mejor, y creo que mejorarán.

Agregué: – Me da gusto oírlo decir eso, Sr. Baruch, es bastante alentador.

– ¿Qué hace en Wall Street, Sr. Dall? – Preguntó.

– Actualmente, la mayor parte del tiempo me encuentro en el área de la bolsa para *Goodbody & Company*, pero también trabajo en la oficina después de que cierra. Sé que usted está muy bien relacionado con mis amistades en la firma de *Lehman Brothers*, para quienes he trabajado también.

– En efecto, Sr. Dall, conozco a la mayoría de los socios de *Lehman Brothers*, un buen grupo.

Al sentir que ya se había “roto” el hielo, decidí que era hora de entablar una conversación constructiva y tal vez obtener algo para el “marcador”, de la figura legendaria que venía de fuera del Estadio de Wall Street. Así que lo dejé ir, por así decirlo, y dije: – Sr. Baruch, ¿qué piensa de las acciones de la empresa nacional de productos lácteos como inversión? – (Mi buen amigo, Harold Lehman, estaba en aquel entonces en la dirección.)

Me mostró una sonrisa muy agradable y paternal, y en efecto dijo: – Una buena empresa, bien administrada, debería continuar funcionando bien con el tiempo.

Me di cuenta de que había fallado, así que traté una vez más.

– Sr. Baruch, ¿qué opina de DuPont como negocio?

Nuevamente, la misma sonrisa paternal y el mismo tipo de respuesta: – Muy buena empresa, espléndida administración, en efecto debería continuar funcionando bien como para invertir en sus acciones.

Las dos respuestas bien elaboradas me vencieron, así que me recargué en la silla con la sensación de que estaba hablando con el escritor experimentado de una “letra de mercado” para una firma “cualquiera”, escrita para los chicos al oeste del río Hudson.

Así que dejé los asuntos relacionados con Wall Street y recuerdo que entonces parecía que me estaba mirando, alerta, pero no con una sonrisa tan grande.

Tras un silencio, expresó calmadamente: – Sr. Dall, me agrada la plata.

Por un momento, me sentí derrotado, muy equivocado. Apenas logré decir: – ¿En serio, Sr. Baruch?

– Sí – replicó, – ¡así es! De hecho, poseo cerca de 5/16 del abastecimiento visible de plata del mundo.

Me esforcé para tomar aire, por así decirlo, y me las arreglé para decir de repente: – ¡En verdad es mucha plata, Sr. Baruch!

Respondió, con su modo fuerte y afirmativo: – *¡Sí, es mucha plata, Sr. Dall!*

Antes de poder reunir mis pensamientos dispersos acerca de la “plata”, Reynolds entró al cuarto y anunció: – Sr. Baruch, el Jefe lo espera arriba, y está mezclando algo.

Nos levantamos y nos dimos la mano cordialmente. El Sr. Baruch ingresó al elevador mientras Reynolds sostenía la puerta y se dirigió arriba para ver a FDR, en donde estoy seguro de que un excelente Martini, hecho en una pequeña coctelera de la familia, estaba siendo preparado para el invitado distinguido.

Cuando desapareció el Sr. Baruch, me senté abruptamente para reflexionar sobre el repentino e inesperado giro de los acontecimientos.

¡Plata! ¿Qué demonios quería decir? Qué sabía yo sobre la “plata”, casi nada, sólo que podía comprarse con un margen del 10%.

Bien, ciertamente no lo hice muy bien, medité; ¡pude haber aprendido más leyendo una columna de finanzas en uno de los periódicos vespertinos!

La medida de *cuán poco* comprendí de dicha conversación fue que *olvidé* todo al día siguiente.

Sin embargo, unos meses después, ¡aparecieron en la prensa noticias alarmantes sobre la plata de forma bastante casual! Las noticias se publicaron a lo largo de un fin de semana, cuando nuestros mercados de finanzas estaban cerrados. A fin de extender un amable gesto político, por así decirlo, a nuestros estados mineros del oeste, el Congreso autorizó que la Tesorería de los EEUU *duplicara el precio* que pagaría por la plata en el mercado abierto.

La maniobra fue recibida de manera calurosa por la prensa del país. Pero en China, por ejemplo, fue un gran golpe para los granjeros y almaceneros. En efecto, redujo a la mitad la

cantidad de plata que podían obtener a cambio de sus productos. El alza repentina en el precio provocó enormes privaciones ahí y en otros países.

En cuanto a mí, quedé pasmado por la cadena de eventos relacionada con la plata. Sin embargo, marcó mi debut en el diplomado de educación política, de la mano de un típico instructor estadounidense.

Analizando en retrospectiva la conversación con el Sr. Baruch, contenía el mejor “consejo” que jamás haya recibido, ¡o que esperara recibir!

Años después, cuando la prensa anunció que Sir Winston Churchill había llegado al país y que estaba en Nueva York visitando al Sr. Baruch *antes* de que viajara a la Casa Blanca, por asuntos relacionados con el Estado, ¡no me sorprendí! ¡Primero lo primero!

Tampoco me sorprendí cuando el Sr. Baruch gradualmente se convirtió en el símbolo más conocido del vasto poder del dinero del mundo. Incluso cuando estaba sentado en la banca de algún parque público, alimentando a las palomas, mientras daba consejos, sus observaciones fácilmente podían moldear la política del gobierno a largo plazo. Sus palabras reflejaban un tremendo poder financiero, tanto visible como invisible, de tal magnitud que rara vez han escuchado o siquiera soñado la mayoría de los ciudadanos estadounidenses.

CAPÍTULO XII

Día de Inauguración

4 de marzo de 1933

El 4 de marzo de 1933 llegó, ¡frío y despejado!

El primer evento del saturado calendario de ese día fue el servicio religioso en la Iglesia Episcopal de St. John, no muy retirada. Nos reunimos cerca de la puerta principal de la Casa Blanca alrededor de las 10:30. La situación me parecía algo irreal, como una película.

Se contaban los rostros y, ya que todos estuvieron sentados en automóviles, la cabalgada se dirigió lentamente fuera de la entrada para coches. Los hombres del Servicio Secreto se agruparon junto con el Presidente electo en el primer carro.

Todo el mundo se sentía y lucía muy solemne. El ambiente era tenso y la importancia del evento quedaba de manifiesto. Muchas cosas sucedían en ese día.

En el tercer automóvil, en un traspuntín del lado izquierdo, me senté.

Conforme nos acercábamos desde el norte al frente de la Iglesia de St. John, escoltados, nos detuvimos. Yo estaba cerca del bordillo, exactamente al lado opuesto de la escalera para incendios del lado sur del Hotel Lafayette. Nadie en el carro había dicho una sola palabra desde que abandonamos la Casa Blanca.

De pronto, una gran voz resonó: — ¡Curtis! ¡Hola, Curtis! ¿Qué haces aquí tan arreglado y tan temprano?

Bastante sorprendido, miré hacia la dirección de la voz resonante y contemplé algo extraño, algo que rápidamente rompió la tensión.

De pie en la escalera para incendios del hotel, a unos tres pisos del suelo, ¡se encontraba un hombre vestido con traje formal, sombrero de copa, bastón y toda la cosa! Era Freddy Peabody. Había estado un rato con él y con su esposa doce horas antes en una de las muchas reuniones, en Washington, de índole pre inaugural.

Evidentemente, Freddy debió de haber pensado que la noche había sido demasiado corta, así que extendió el periodo de celebración, ¡de manera que mejor le sentara!

Le sonreí de vuelta, saludé y dije (pero no en voz tan alta): – ¡Hola Freddy! – Entonces, con una mano se quitó el sombrero de copa, hizo una reverencia, y luego, de la manera más entusiasta, agitó tanto el sombrero como el bastón por encima de su cabeza. Por un momento, temí que perdiera el equilibrio y cayera. Sin embargo, no pasó, pero la escena era tan incongruente con los sentimientos de los que estábamos en el automóvil que todo el mundo se rio.

Aunque ciertamente Freddy tenía la mirada distinguida y la conducta de un Presidente del Tribunal Supremo, ¡su comportamiento en ese momento pareció un tanto contrastante!

Pronto nos dirigimos hacia el sur por la Calle 16 y en silencio entramos a la iglesia.

Después de que el servicio hubo concluido, la mayoría de nosotros se dirigió al Capitolio, con la enorme y amigable multitud de gente de todo el país que había ido a Washington para ver y participar en el comienzo de la nueva Administración.

Sin embargo, el Presidente electo no fue al Capitolio sino hasta después. Estaba recibiendo las sugerencias de último minuto concernientes a lo que debía decir en su discurso inaugural. (La situación bancaria había empeorado.)

Mientras tanto, ¡el tiempo parecía transcurrir lentamente y yo esperaba con ansias el momento en el que realmente fuera Presidente! ¡Me sentía orgulloso de su gran logro!

El Presidente Hoover, por la apariencia que logré vislumbrar a una distancia bastante cercana, se veía muy desgastado y cansado, ansioso por terminar con las formalidades y buscar privacidad.

Súbitamente recordé las palabras familiares: “El rey ha muerto; viva el rey”.

Finalmente terminaron los protocolos formales.

De vuelta en la Casa Blanca, las cosas estaban patas arriba, pero bajo la dirección capaz de la esposa del Presidente asistida por un personal cooperativo, las cosas rápido tomaban forma. Se estaban llevando a cabo los preparativos para el *gran* té de la Casa Blanca, programado para que tuviera lugar esa misma tarde a las 4:00. Se trataba de una empresa de gran magnitud incluso bajo condiciones normales. Algunos de nosotros comimos sándwiches y café de la despensa como almuerzo, mientras tanto.

En el piso superior, a mano izquierda, al entrar a la Casa Blanca, se encontraba el Salón Amarillo. Fue en ese cuarto donde me alojé. Era una enorme habitación en la esquina con una gran vista. De lo más impresionante.

Más o menos a esa hora, como se menciona previamente, un amigo mío apareció en la puerta principal de la Casa Blanca con una caja de fino whisky escocés, un “regalo” para mí. Con la prohibición aún acechándonos, *¡en verdad* era un regalo! Bajé, le di las gracias, y le sugerí que él y sus amigos “entraran un momento” alrededor de las 3:30 para catarlo. Dijo que lo haría y se fue. Bajo supervisión apropiada, hice que pusieran el “regalo” con cuidado arriba en mi cuarto.

Al mirar por la ventana, vi formaciones de soldados pasando por la Avenida Pennsylvania, después de ello decidí salir a ver el gran espectáculo, nuestras tropas de todos lados reunidas y marchando juntas.

Así que, escoltando a Sisty, una pequeña señorita de unos cinco años bastante asustada, salí a ver a “los soldados”. “Buz” no podía hallar su abrigo. ¡El clima se había vuelto mucho más frío y el viento de marzo hizo su aparición en términos inequívocos!

Tanto había pasado desde temprano en la mañana, que es muy difícil mantener el mismo paso que los hechos. Pronto, me acerqué a una orilla de las graderías, instaladas para que muchas personas se sentaran a observar el espectáculo. Las tropas marchaban a paso acelerado; ¡era una vista sensacional! ¡Las bandas eran geniales!

Después de un rato, para mantenernos calientes mientras cambiábamos de lugar, nos aproximamos al centro de las graderías, desde la parte de atrás. De repente algo pasó por mi cabeza. ¿*Quién* estaba allí afuera representando al Presidente o a la Casa Blanca para unirse a recibir el saludo de las tropas? No había oído nada al respecto, pero supuse que Jimmy o Elliot debían estar en representación de su padre. Esto habría sido normal, porque en un día frío, los aparatos ortopédicos del Presidente conservaban en frío, y tendría que haberse vestido de manera calurosa para sentarse en ellos. No le habría gustado hacer eso, en vista de las tensiones de ese día. Conforme nos acercábamos a la sección marcada como “Oficial”, eché un vistazo y me llevé una tremenda impresión. Una sola figura militar parecía estar allí. Era un soldado con un pesado abrigo, que se ponía de pie y devolvía el saludo a cada unidad que pasaba. Se trataba del General Douglas MacArthur.

Estaba sentado solo; ¡su rostro se veía severo! Ni una sola persona de la Casa Blanca se encontraba con él y era obvio que el General notaba la falta de atención. ¡Alguien de adentro se había descuidado! Sin embargo, para ese entonces el Desfile Inaugural ya casi había terminado.

¡El único General estadounidense con el que los soviéticos no se querían meter era el General MacArthur! representaba una política “ganadora” para los Estados Unidos de América, ¡en contraste con lo que ha llegado a ser descrito por muchos como una política “no ganadora”!

A las 3:30, varios amigos entraron al Salón Amarillo de la Casa Blanca para verme. Había dejado instrucciones con el portero de que por favor le indicara a cualquiera que viniera a verme que lo hiciera arriba en el Salón Amarillo. Así es como tuvo comienzo el “combate” que podría denominarse a la ligera como “la Batalla del Salón Amarillo”.

Como se menciona previamente, el viento de marzo tenía algo de piquete. Además, como dicen en Texas, “algunos de los chicos cayeron mordidos por una serpiente”. Estas “víctimas” estaban buscando algún remedio casero para calmar el “dolor”, en especial durante semejante ocasión de júbilo. Por consiguiente, bajé por un poco de agua mineral, hielo y vasos, los cuales pronto llegaron. El donador de la caja se encontraba presente y valientemente se ofreció para “catar” el producto, para asegurarse de que todo estuviera en orden, por así decirlo. Lo hizo y todos los presentes vieron su gesto de aprobación. Para las ocho o diez personas reunidas en ese momento, el contenido de la botellita de la caja no sobreviviría por mucho tiempo. Pronto, otro grupo de amigos entró con varios de los suyos. Afuera, ¡el fuerte viento de marzo aún resoplaba!

¡Mandé traer más hielo, más vasos y más agua mineral! Para este momento, alrededor de unas veinticinco personas se habían reunido y probado. Invité cordialmente a los que tenían dudas a repetir la operación, para asegurarme de que la prueba se había efectuado como es debido.

Pronto, aquéllos que se dirigían al Salón Amarillo eran los amigos de mis amigos. Curiosamente, de seguro se corrió la voz abajo, de algún modo, de que lo correcto, al entrar a la Casa Blanca, ¡era preguntar por *mí*! Ya sea cierto o no, ¡el “goteo” de “amigos” gradualmente se había incrementado hasta convertirse en un torrente! Todos parecían disfrutar la ocasión especial en el Salón Amarillo.

Enseguida intenté calcular el número de amigos míos y paré de hacerlo al llegar a sesenta. Charolas con hielo y vasos estaban subiendo. La caja de la alegría parecía estar peleando una batalla que perdería. Usando fraseología ortodoxa de fútbol americano, ¡el tiempo se le agotaba en la parte final de último cuarto!

Aun así, a la puerta seguían apareciendo nuevas caras con miradas expectantes, ¡amigos de amigos de los amigos!

Miré mi reloj. Eran las cuatro y cuarto.

En ese momento, el portero apareció. Era un hombre de color, alto y de buen aspecto, poseía gran dignidad. Su librea era impresionante; se paraba muy erguido. En sus manos enguantadas sostenía una enorme bandeja de plata. En ella había un pequeño sobre blanco. Al acercarse, extendió la bandeja y dijo de manera seca: – Sr. Dall, tengo un mensaje para usted. – Le di las gracias y cogí la notita, escrita en papel de la Casa Blanca, con la letra conocida de mi suegra, Eleanor Roosevelt. Decía lo siguiente:

“Querido Curt, ¿podrías *dejar* de repartir generosidad? ¡No *puedo empezar* el té de la Casa Blanca!” (Itálicas mías.)

Tras asegurarme de tener la atención de los invitados del Salón Amarillo, con dificultades, dije: – Damas y caballeros, ¡ha sido un enorme gusto verlos a todos ustedes aquí! La fiesta terminó; ¡ahora están todos invitados abajo a tomar el té!

¡Así terminó la “Batalla del Salón Amarillo” con el té emergiendo victorioso!

¡Muchas cosas pasaron el Día de la Inauguración!

CAPÍTULO XIII

Cena con Henry

Poco después de las actividades inaugurales, fui a Washington a pasar el fin de semana en la Casa Blanca. Provenir de Wall Street, en aquel entonces, era un strike en mi contra en aquella arena política. Además, haber reprobado el curso de liberalismo del Profesor Frankfurter era un segundo strike. Lo que me dejaba con tan sólo un strike más.

No había recibido ninguna invitación especial para el fin de semana. Yo era “insignificante”, jamás aparecería en la lista de invitados de Louis Howe.

Sin embargo, sentí curiosidad por ver lo que pasaba ahí y decidí deambular un poco.

La Casa Blanca era un gran sitio. En realidad, pocas personas sabían lo que verdaderamente sucedía, tal vez cuatro o cinco, y estaban bien recluidos. El resto parecía ser llevado por el viento de poder, que permeaba la atmósfera. En ocasiones, ¡se emplea una referencia conveniente para aquella figura borrosa y desinformada que se hace llamar contribuyente! Al Congreso, a veces, se le percibe como útil. Presenta una imagen popular, por supuesto, y tiene un lugar, como lo concibe el tan extendido Departamento Ejecutivo.

Mi primera metida de pata en aquel viaje ocurrió poco después de mi llegada a la Casa Blanca. Pensé que sería agradable llamar a algunos amigos que vivían al otro lado del Potomac, en Virginia. Así que solicité uno de los autos de la Casa Blanca que estaban parados enfrente esperando a que algo sucediera para que me llevara a casa de mi amigo. Esto tardó cerca de una hora, y al regreso la esposa del Presidente me advirtió que no debía gastar el dinero de los contribuyentes, que debí haber tomado un taxi. Sin duda era un buen consejo, así que lo tomé en cuenta. Quizás algunos otros, como Harry Hopkins, a su debido tiempo, debieron haber sido advertidos de la misma manera.

A menudo he pensado acerca del desperdicio de dinero de los contribuyentes por parte de ocupantes posteriores de la Casa Blanca. ¿Cómo consiguió Harry, quien estaba instalado para pasar tiempo allí, operar tan exitosamente de una manera bastante inconsciente hacia el confiado contribuyente? Desde luego no era ningún accidente. Allí, con la ayuda de “consejeros” de la Casa Blanca, papelería de la Casa Blanca y teléfonos de larga distancia de la Casa Blanca, consiguió “prestarle” unos \$6,000’000,000 adicionales de nuestro

material de guerra crítico y tan necesitado, a finales de la guerra, ¡a Joe Stalin y a su compañero bolchevique! Por este lindo logro, ni Hopkins ni los EEUU jamás recibieron una sola palabra de agradecimiento por parte de los soviéticos. ¿Acaso Harry era un chico de Joe?

De acuerdo con el libro revelador del Mayor Jordan, *Major Jordan's Diary* (El diario del Mayor Jordan), Harry Hopkins, de la Casa Blanca, era fundamental al montar y transportar uranio ultra escaso, agua pesada, grandes cantidades de alambre delgado de cobre y otros numerosos artículos importantes a los soviéticos. Además, con ayuda de Henry Morgenthau, Jr. y su socio cercano, Harry Dexter White, Hopkins les despachó a los soviéticos varias cargas de avión con nuestras *placas de dinero, papel especial y tinta especial*, como se utilizan aquí al hacer nuestro propio papel moneda. ¿Acaso no parece increíble?

Estos envíos de placas de dinero de incalculable valor fueron directo a la Rusia Soviética, por aire, desde una enorme instalación creada para este propósito en Great Falls, Montana. Exactamente cuánto “dinero militar” se ha impreso hasta ahora no debe discutirse y es un misterio político. Esta es una pregunta para la generación *64 dollar*, pero no para que los ciudadanos estadounidenses indaguen sobre ello. Además, ¿exactamente cuántas oficinas, hoteles y porciones valiosas de propiedades en este y otros países han sido adquiridos por desconocidos mediante el intercambio de dicho “dinero militar”? ¿Cuántos “refugiados desarraigados, cuidadosamente seleccionados,” han llegado a los EEUU con montones de dinero escondido en valijas viejas y maltratadas, o llevando una tarjeta de crédito conveniente en sus carteras, de algún banco suizo, por ejemplo, al tener una cuenta numerada? Parece que, al llegar aquí, empezaron un negocio y lo hicieron bastante bien. Aparentemente, el asunto de la placa de dinero Hopkins-Morgenthau-White tenía la no-desaprobación de los principales oficiales de la Casa Blanca.

Para describir tal suceso, cito lo siguiente:

“Espectro de dinero persigue a la Tesorería de los EEUU” (Del *American Mercury*, junio de 1957, extractos de la reimpresión del *Economic Liberty*, Oakland, California).

“Henry Morgenthau, Jr., Secretario de la Tesorería, con Harry Dexter White, Subsecretario, y Harold Glasser, todos a cargo de la Tesorería, les dieron placas de dinero a los rusos junto con cargas de papel especial por avión para imprimir nuestro dinero en

Alemania del Este, a fin de pagar dos años de salario a los soldados rusos. Los refugiados trajeron millones de este dinero a los Estados Unidos para montar negocios.

“Se nos dice que se estima que el conocido movimiento de tal dinero en los Estados Unidos asciende a cerca de \$19 miles de millones (\$19,000'000,000), ¡de los cuales \$3 mil millones vienen de Canadá y \$1,800'000,000 por medio de bancos suizos!

Siguiendo con mi historia de fin de semana, cuando cayó la tarde, FDR fue a una cena importante y a un compromiso. Su esposa e hijas también tenían programado asistir a una gran cena política organizada para mujeres demócratas.

Antes de partir, FDR y yo tuvimos una muy agradable reunión informal. Me dijo: – Curt, este programa de Washington me está cansando.

Al parecer, “Mama”, ahora esposa del Presidente, había organizado que Henry Morgenthau, Jr. me invitara a cenar aquella noche a solas en el Hotel Shoreham. Me sorprendí bastante por su invitación y aprecié lo que pensé que era un gesto amigable. Henry y yo habíamos estado siempre en buenos términos y lo veía como amigo.

Su padre, “el Tío Henry”, como todos le decíamos de cariño, parecía hablar muy poco, al menos eso hacía en las varias ocasiones que lo vi, ¡pero tenía la apariencia y el comportamiento de un hombre que sabía lo que quería y que sabía cómo conseguirlo! Su esposa era una mujer bastante reservada pero encantadora.

Parece ser que en 1912 “el Tío Harry” compró y pagó por su arranque en la política, en los tiempos de la “designación” de Woodrow Wilson, un candidato para la presidencia, por algunos consejeros poderosos agrupados en la Sede Demócrata en la parte baja de Nueva York y otros centros, en el verano de 1912.

“El Tío Harry” supuestamente proporcionó \$10,000 para ayudar la causa demócrata. Como recompensa por su lealtad al partido, el Presidente Wilson le otorgó la Embajada de Turquía.

Como operador de bienes raíces en Nueva York y de otros proyectos especulativos, ¡“el Tío Henry” abrió muchos caminos! Realizó una “matanza” al desarrollar las enormes propiedades de la finca Levi P. Morton en el Bronx.

Por medio de sus actividades políticas y financieras se familiarizó con Franklin D. Roosevelt.

Con el tiempo, una fuente confiable me dijo que aconsejó y alentó a FDR a hacer algunas compras en la bolsa con fondos que le habían sido prestados por su familia, sin duda por “Granny”.

También se me dijo que una de las tan recomendadas inversiones del “Tío Henry” salió bastante mal y que por eso perdió una fuerte suma de dinero como inversionista desafortunado.

Ahora viene un punto muy interesante, ¡en vista de lo que pasó después! “El Tío Henry”, se me dijo, hizo *toda* la inversión de Franklin, pero, y había un “pero”, Franklin, por su parte, accedió a ser *receptivo a futuras sugerencias políticas* del “Tío Henry”, cuando se hicieran, para ayudar a su hijo, Henry, Jr., ¡a lo largo del camino espinoso de la vida para salir adelante! Como consecuencia, los respectivos intereses de FDR y del “Tío Henry” que surgían de una pérdida financiera, iniciada por “el Tío Henry”, se “equilibraron”. Este asunto ocurrió en 1929. La “sugerencia” fue hecha varios años después por “el Tío Henry”. ¡Era una sugerencia convincente!

Esto claramente indica por qué se encontró tan rápido un “sitio” para Henry, Jr. en Washington. El “sitio” resultó ser el Secretario de la Tesorería.

En 1929, un amigo mío oyó comentar al “Tío Henry” en un elevador: – Es muy malo mi Harry. He hecho todo lo posible por él, pero no entiende de negocios. – El Secretario de la Tesorería, sin lugar a dudas, no *necesita* tener sentido de negocio alguno. ¡Recibe órdenes!

Henry Morgenthau, Padre era un fuerte anti-sionista. Se enfrentó agresivamente a varios grupos poderosos pro-sionistas financiados aquí y en el extranjero. Se le cita diciendo: “el Zionismo es la falacia más estúpida en la historia del Judaísmo. Está mal en principio y es imposible en realización; es inseguro en su economía, fantástico en su política y estéril en sus ideales espirituales”. (*What Price Israel* [Qué le da precio a Israel], Alfred M. Lilienthal, página 175.)

En aquel entonces no tenía idea de las profundas diferencias entre los pro-sionistas y los anti-sionistas, o el gran impacto que ejerce el movimiento Sionista Mundial sobre la Política Extranjera de los Estados Unidos. Sin embargo, conforme pasó el tiempo, leí acerca del movimiento Sionista Mundial y su importante, aunque oculta, influencia sobre las vidas y el futuro de todos los estadounidenses. Se trataba de un tema extremadamente

vital. Actualmente, la mayoría de los estadounidenses no entienden mucho al respecto debido a su deseada obscuridad en materia política.

A “Henry, Jr.” generalmente se le veía como a alguien que no era capaz de llenar los zapatos de su padre. Por lo que conocía de él, parecía ser un hombre bastante sensible, un tanto inclinado a “atarse” a la gente, por así decirlo. Se le describía como un “granjero”, y cultivaba manzanas en su granja de Fishkill, Nueva York, no lejos de Hyde Park. FDR disfrutaba jugar bromitas inofensivas con Henry, a menudo a expensas de este último. Por supuesto, realista, “¡con dinero a la mano!” Henry, Padre siempre estaba al acecho en el trasfondo de cualquier asunto importante.

En particular, esa tarde de marzo en Washington de 1933 me pareció que Henry, Jr. iba a tientas en el “remolino” político para obtener algo para sí, y sentí un poco de lástima por él. Mi sentimiento ingenuo me decía que debía crearse algún tipo de “puesto” para Henry, Jr. Cuán poco sabía en aquel entonces acerca del funcionamiento tras bambalinas del dinero del mundo en la ciudad de Nueva York.

Tras vestirme para la cena, tomé un taxi (esta vez) al Hotel Shoreham. Para sorpresa mía, Henry tenía una suite lo suficientemente grande como para “impresionar al César”. La mayoría de la gente a la que conocía tenía gran dificultad para reservar una o dos habitaciones en cualquiera de los hoteles atestados.

Cenamos a solas en su comedor. La comida estaba buena, la compañía aburrida. Comencé a preguntarme por qué me había aventurado a Washington esa semana. Después de la cena, platicamos acerca de “esto y aquello” por un rato. Entonces recuerdo a Henry preguntándome, casi en tono de queja, si tenía algunas sugerencias que pudiera hacer para realizar posibles nuevas mejoras en el Gobierno, las cuales ayudarían en el programa de la Administración. Una “trampa” tendida para mí era lo último que me habría cruzado por la mente.

Respondí: – Henry, no sé mucho sobre política, lo sabes, y en lo personal no quiero nada. La única sugerencia que podría hacerte sería en el área de finanzas, si acaso fuera de *alguna ayuda para ti*.

Henry pareció alegrarse un poco y dijo: – ¿Qué es? – Le contesté: – Tiene que ver con una distribución más amplia, la extensión incrementada del Negocio de la Comisión de Productos Básicos del Gobierno, principalmente en algodón, se trata de incluir una cantidad

de grandes firmas. Se me ha dicho que una firma, creo que era Harris and Vose, supuestamente manejó la mayoría de los Negocios de la Comisión de Algodón del Gobierno durante la Administración de Hoover. Creo que debería extenderse más, al menos a una media docena de firmas grandes y bien equipadas. – Henry se alegró aún más y dijo: – ¿A quién sugerirías? – Entonces alcanzó un lápiz y un bloc de hojas de su escritorio. Le respondí, tras reflexionar un poco: – Thompson, McKinnon, E.A. Pierce, Hornblower and Weeks, Harris Upham, Bache & Co – y le mencioné una o dos firmas más, pero intencionalmente omití el nombre de Fenner, Beane y Ungerleider, en las cuales yo era un socio colectivo. Henry, para sorpresa mía, escribió cuidadosamente en el bloc cada nombre que mencioné, guardó la hoja en su bolsillo, luego puso el bloc de vuelta en el escritorio.

Poco después le di las gracias a Henry por su hospitalidad y me fui alrededor de las nueve y media a la Casa Blanca para acostarme. Me las arreglé para dormir aquella noche en la cama de Lincoln, en la recámara de Lincoln. Sólo puedo decir que fue algo asombroso, una experiencia emocionante para mí, sentirme incluso en la presencia distante de tan gran estadounidense. Era una cama muy larga.

Quizá contar aquella cena aburrida con Henry, en este punto, parezca igual de aburrida para el lector. Permítanme continuar...

En la Ciudad de Nueva York, varios días después, Anna y yo estábamos conversando. Pronto en nuestra conversación, ella dijo, en efecto: – Me senté con Pa en su cama después del desayuno esta mañana (en Washington) mientras leía el periódico y se terminaba el café. La estábamos pasando bien platicando y visitando. ¡Realmente estaba *sorprendida* al escuchar lo que habías estado diciendo!

Como respuesta, pues estaba sorprendido por su comentario, le dije: – ¿Qué quieres decir?

Respondió: – Bueno, Henry (Morgenthau, Jr.) vino a ver a Pa después del desayuno. Empezó a hablarle de ti y luego sacó un pedazo de papel de su bolsillo y dijo: “Franklin, tenemos que ser *más cuidadosos* con Curt, ¡mucho más cuidadosos! La otra noche cenamos a solas en el hotel y me dio esta lista de firmas de inversión bancaria y corredoras de bolsa a las que *deseaba* que se les diera la Comisión de Productos Básicos del Gobierno. ¡*Pensé que debías saber al respecto!*” Entonces, Henry rompió el papel y tiró los trozos a la papelera.

El uso de la palabra “*nosotros*” era en verdad sorprendente. Yo estaba bastante desconcertado.

Por supuesto, Anna sólo oyó lo que Henry había dicho pretendidamente aquella mañana. Ella no sabía nada sobre la conversación de la cena en Shoreham, acerca de la pregunta lastimera de Henry hacia mí o lo que intenté sugerir para ayudarlo *a él*.

No sé si hoy en día Henry tenga algún presentimiento, debido a aquella inusual coincidencia, de que tengo la imagen completa de su pequeño “acto”, interpretado a mis expensas con “Franklin”, en su recámara de la Casa Blanca. Naturalmente estaba sorprendido e indignado, pero sólo dije: – Bueno, estaré... ¡*Qué* gran amigo! ¿*Qué* está tratando de hacerme?

A su debido tiempo, FDR colocó a Henry en un “puesto” adecuado, uno para el cual no se requiriera gran experiencia en finanzas... La Secretaría de la Tesorería. Sin embargo, en la mente de algunos banqueros de aquí y de fuera, la inexperiencia de Henry era la aptitud sobresaliente para dicho puesto. Lo volvía receptivo a muchos “consejos” necesarios. El “consejo” se propagó en su dirección, por supuesto, era *de esperarse*.

Harry Dexter White, el socio cercano a Henry y mano derecha trabajadora de la Tesorería, pronto fue “desenterrado” para él. ¿Quién organizó dicha maniobra? Sin duda no fue FDR. ¿Acaso fue el Sr. Baruch o el padre de Henry o algún grupo bancario foráneo? Harry Dexter White se volvió un mensajero rentable para ellos, pero no para nosotros. Ciertamente sus desastrosas manipulaciones financieras tenían como objetivo enriquecer principalmente los poderes del dinero que estaban próximos a ser mucho más discernibles para alertar a los estadounidenses que su internamiento reportado de Nueva Inglaterra, tras su súbito ataque cardíaco, curiosamente contraído en la mañana de su exposición atrasada ante una investigación del Congreso.

Me he preguntado si Henry, de casualidad, alguna vez se acercó a la cabecera de la cama del Presidente y le dijo: – Franklin, tenemos que ser muy cuidadosos con Harry Dexter White. – ¡Debió hacerlo! También me he preguntado si Henry Morgenthau, Jr. alguna vez anotó en su muy voluminoso diario aquella conversación que tuvo conmigo en Shoreham. ¿Quién le dio el “empujoncito” para que llevara a cabo esa operacioncita contra mí? ¿Acaso pudo Felix Frankfurter o Louis Howe, tal vez, haberle pasado la palabra de que yo no era un “liberal” verdadero, y quizá convertirme en un estorbo, incluso en

alguien peligroso? ¿Acaso se dio la “orden” a través de mi suegra para que Henry pudiera reunir suficiente valor como para darle ímpetu a la “Operación Tobogán”?

De cualquier modo, qué buen equipo resultaron ser Henry Morgenthau, Jr. y Harry Dexter White en nuestra Tesorería. ¡Qué “frente” tan perfecto fue Henry como figura financiera! No pudo haber salido mejor para el poderoso Grupo Banquero de Nueva York y en el Extranjero. Lograron ocuparse con éxito de Henry y de sus socios cercanos para que “se sacaran la lotería”. Después de cierto tiempo, esta situación causó la pérdida de la mayor parte de nuestra reserva de oro en Fort Knox. Esto se planeó antes del 4 de marzo de 1933.

Se le presentó la legislación inicial para el nuevo programa del oro a FDR para que la firmara, haciendo el oro *inaccesible* para los estadounidenses pero *disponible* para los europeos, por medio de sus bancos. Por lo tanto, con ayuda de la mayoría de nuestra prensa cooperativa, varias entregas de propaganda hicieron sentir al pueblo estadounidense que ser capaces de tener o adquirir algo de oro, si así lo deseaban, era algo pasado de moda, ¡una Fantasía Económica anticuada! (Sientan lástima por los Banqueros Internacionales “menesterosos”).

Ciertamente tras el acto lamentable de Henry en el Hotel Shoreham, no necesitaba ninguna sugerencia mía en materia de finanzas. Obviamente había “arribado” a la escena nacional, ¡una situación que contenía tanto aspectos serios como *humorísticos*!

Algunos aspectos reveladores acerca de la promoción pendiente de Henry a la oficina principal pueden describirse de la manera siguiente:

Recientemente, mientras pasábamos una tarde muy agradable en la casa de unos amigos en Nueva York, Norman Dodd y su esposa, empezamos a recordar viejos tiempos. Norman es bien conocido en Nueva York por ser un ecónomo consultor.

A su debido tiempo, por alguna razón, el nombre de Henry Morgenthau, Jr. salió a colación. Le relaté a Norman las no muy entusiastas observaciones que Robert Lehman me hizo un día en Nueva York, cuando comentamos acerca del nombramiento de Henry como Secretario de la Tesorería.

Como respuesta apropiada a aquella observación, Norman me escribió, a su debido tiempo, acerca de un almuerzo interesante al que asistió en la Casa Blanca, el cual cito:

“Después de una entrevista en su casa de Nueva York, terminado el té con tu suegra (la Sra. Franklin D. Roosevelt) que fue organizado por un amigo en común, durante el cual presenté mi tesis en el sentido de que las condiciones que confrontaban al Presidente habían sido *artificiales*, se me invitó a aparecer en el almuerzo en la Casa Blanca a finales del mes de mayo de 1933. No necesito decirlo, acepté dicha invitación y, como resultado, me encontré sentado en un pequeño comedor en presencia de tu suegra, la Srta. Le Hand, Henry Wallace y Henry Morgenthau, Jr. De inmediato la Sra. Roosevelt me pidió que declarara lo que le había dicho en Nueva York. Lo hice, con la idea de que había llegado la hora de que los arquitectos en las condiciones antes mencionadas fueran *expuestos* y circunscritos a través de los poderes legislativos del gobierno, en el interés público”.

“Enseguida me vi envuelto en una intensa discusión con el Sr. Morgenthau, Jr. (esto fue antes de su nombramiento como Secretario de la Tesorería) con respecto al efecto en el interés público de las finanzas, como se ha estado practicando, y a asuntos económicos en general. Durante dicha discusión, ambos olvidamos nuestros almuerzos. El resto de los ahí presentes permanecieron en silencio. Después de alrededor de unos treinta minutos, el Sr. Morgenthau declaró: ‘En realidad, Sr. Dodd, *prácticamente no sé nada* sobre el tema que hemos estado discutiendo. *Estoy en Washington bajo órdenes*, y pienso hacer lo mejor que pueda’. Francamente, me sorprendió su voluntad de hacerme semejante declaración, aunque la justifiqué con base en que, habiendo sido presentado por la Sra. Roosevelt, era seguro hacer cualquier comentario que quisiera. Cuando fue *elevado* al puesto de la Tesorería, *esta observación tomó un significado extra, ¡cómo podrás imaginar!*”

“Para entonces, el Sr. Wallace había terminado su almuerzo, lo que le permitió entrar a la discusión. Fue gratificante oírlo decir que *estaba totalmente de acuerdo con lo que yo había dicho*, entendió mi punto de vista por completo y esperaba que los esfuerzos por poner mis ideas en circulación entre hombres de negocio de importancia, influencia y buena voluntad tuvieran éxito. Sin embargo, expresó duda en cuanto a si podía tener éxito, pues a su juicio, *la oposición probaría ser demasiado fuerte*. Terminó lo que tenía que decir con la observación: ‘Debido a la fuerza de la oposición, es probable que la tarea de refrenarla tendrá que ser llevada a cabo por el gobierno como una necesidad y, cuando esto se consiga, significará el fin de los Estados Unidos’. Nuestro almuerzo concluyó con dicha nota, con la partida de los Sres. Wallace y Morgenthau a sus respectivas oficinas”.

“Con su gracia como anfitriona, la Sra. Roosevelt me invitó a una habitación en la parte de arriba para tener una charla, durante la cual me agradeció sobremanera por haber venido. Lo tomé como ejemplo de *su diplomacia*, y la dejé después de unos treinta minutos. Es una experiencia que *no he sido capaz de olvidar* y que, en vista de *los eventos que siguieron, intento recordar*, principalmente por lo *que reveló el Sr. Morgentahu*”. (Itálicas, autor.)

En referencia a las noticias reveladoras y sorprendentes de Norman sobre Henry, desde entonces he deseado tener la oportunidad de preguntarle a Henry lo siguiente: ¿Bajo las “órdenes de quién” estaba (Henry) en Washington, y *para quién intentaba hacer su mejor esfuerzo*?

En mi mente, Henry inicialmente me presumía su poder, como una operación de calentamiento. Sin lugar a dudas, ¡estaba actuando “bajo órdenes”!

Tal vez Henry tuvo una visión en aquel entonces y decidió actuar. Quizás advirtió una futura conferencia imaginaria, en la cual se veía flanqueado por dos Harrys, los Sres. White y Hopkins, y sí, Curtis Dall también ocupaba una silla en dicha mesa de conferencia. El asunto a discutir era “las láminas de dinero de los EEUU para la Rusia Soviética”, ¡un asunto de suma importancia! ¿Qué clase de plan podría desarrollarse por medio del cual los EEUU, actuando bajo “Poderes de Emergencia para Guerra”, incluso *después* del término de ésta, pudieran hacer muy rico a un grupo selecto de europeos, junto con varios de sus amigos cercanos aquí en el país? Dicho plan, por supuesto, debía estar diseñado de manera que los contribuyentes no se alertaran por la dilución de su dinero o por la dura redada contemplada en la Tesorería de los EEUU y así proferir fuertes gritos de protesta. Este “plan de las láminas de dinero” de alto nivel fue sin duda alguna un motivo por el que los EEUU fueron llevados a la Segunda Guerra Mundial, aun cuando la mayoría de los ciudadanos no querían formar parte de ella. Fue un trato astuto, ¡uno costoso para ustedes!

Entonces la conferencia imaginaria se puso en marcha. Henry oyó a Harry Dexter White terminar su elocuente presentación muy a favor del plan de láminas de dinero, que requería, por supuesto, la aprobación del Secretario de la Tesorería. Esto se indicó y se apoyó de inmediato por medio de una segunda señal con la cabeza en gesto de aprobación proveniente de Harry Hopkins. Luego, la voz imaginaria de Curtis Dall se hizo oír, con bastante claridad: – Sr. Secretario, ¡lamento decir que el plan que usted presentó para la

aprobación del Sr. White y apoyado por el Sr. Hopkins es inconstitucional y también altamente cuestionable! Las láminas de dinero, el papel y la tinta de los EEUU jamás deben abandonar este país, ¡nunca deben ir a la Rusia Soviética! Tal vez podríamos poner en circulación algo de ‘papel moneda militar’ en cantidades limitadas, aquí, pero aun así sólo bajo estricta supervisión.

La visión imaginaria se esfumó entonces, pero quizá para Henry, el recuerdo de las palabras dichas por Curtis Dall haya permanecido en su mente.

CAPÍTULO XIV

El consejo de los asesores del C.F.R.

Oro de los EEUU para extranjeros solamente – Mi carta de despedida a la Casa Blanca

Después del Día de la Inauguración, los vientos borrascosos de marzo comenzaron a disminuir en Washington y pronto fueron remplazados por Flores de Cerezo y un torbellino de una nueva legislación desde Capitol Hill.

Muchos problemas serios tenían conexión con el cierre de los bancos y con su reapertura subsecuente bajo circunstancias restringidas. Era un asunto de vital importancia para todos sin importar la clase social.

Un factor significativo en esta situación general era el *oro* como base de una moneda y crédito solventes.

Si se hubiera iniciado el asunto de “los bancos” antes de marzo de 1933 de acuerdo con la cooperación de la siguiente administración solicitada por Hoover, se habría ahorrado mucho tiempo y, por consiguiente, muchos bancos se habrían salvado. Numerosos eran los llamados a la Corporación de Reconstrucción de Finanzas en busca de asistencia urgente. Algunos bancos estaban desahuciados como para recibir ayuda, otros sólo necesitaban ayuda razonable para salir adelante hasta el regreso de tiempos normales. A menudo, un banco débil podía unirse convenientemente a uno más fuerte, lo cual ofrecía una oportunidad atractiva de expansión a este último, sin pasar por alto las posibilidades de sacar provecho que resultaran de compras oportunas de las acciones de los bancos en la bolsa otorgadas por “gente de confianza”, previo al anuncio de la fusión.

Cuando el Nuevo Contrato tenía cerca de un mes de edad, un amigo muy cercano, Willis Wilmot, de Nueva Orleans, llegó a Washington para verme por unos asuntos bancarios importantes. El banco de su familia estaba en aprietos.

Fue invitado a cenar, de manera informal, a la Casa Blanca la tarde del domingo de Pascua. La esposa del Presidente se puso a la altura de la circunstancia y preparó huevos revueltos en una olla en la antecocina.

Cuando se acabó la cena, FDR dijo: – Muchachos, ¿no les gustaría subir a mi estudio a fumar y tener una charla? No tengo ninguna cita hasta las 8:30. Sumner Wells va a venir a esa hora a una cita como Embajador en Cuba.

Subimos al estudio oval. FDR parecía bastante relajado y empezó a hablar. Dijo: – Curt, tenemos que hacer algo para subir el nivel de los precios antes de que el país experimente una recuperación. – Luego señaló varias maneras posibles en las que pensó que podía lograrse, incluyendo alzar el precio del oro. Posteriormente nos dijo a Willis y a mí que estaba *totalmente en contra de eso* y que “¡bajo ninguna *circunstancia* lo haría!”

Al final de esa larga charla, tanto Willis como yo tuvimos la sensación inequívoca de que el nivel de los precios se elevaría, pero *no* alzando el precio del oro, y así diluir nuestra moneda.

Imaginen la gran sorpresa que me llevé cuando leí en el periódico unos días después que habíamos “perdido” gran parte del oro. Me parecía muy difícil de creer. Más aun la historia sin confirmar, después, de que una vez por semana, el Presidente, con Jesse Jones y Henry Morgenthau, Jr. se reunían para determinar cuál sería el precio del oro para esa semana, una vez que giraran los dados. Este procedimiento duró casi un año, hasta que el precio del oro finalmente había *aumentado* de \$20 la onza hasta \$35 la onza. Luego se estabilizó.

No fue un “mal” trato de seis meses para algunos banqueros internacionales con respecto al oro, ¿o sí? ¡De veinte a treintaicinco dólares la onza!

Una “legislación” inspirada les quitó el oro a los estadounidenses, salvo en algunos casos limitados, pero se volvió disponible para extranjeros por medio de sus bancos. FDR no inició esa legislación en particular. Fue una orden “de arriba”.

Haciendo referencia al torbellino de la nueva legislación en la tolva del Congreso y a la rapidez con que se promulgó, fue bastante obvio que gran parte del trabajo preparatorio había sido elaborado durante varios meses por grandes grupos centralizados en Nueva York. Algunos de estos individuos se convirtieron en las autoridades verdaderas, o “expertos”, en temas como la banca, trabajo, agricultura, fiscalidad, etc.

Los líderes clave de la Casa y el Senado fueron debidamente enterados e *informados*, para que la legislación avanzara hacia la compleción a un ritmo sorprendentemente acelerado.

Durante los meses previos a la elección, en 1932, yo había recibido una “paliza” verbal, por así decirlo, en Wall Street, al discutir con muchos amigos Republicanos acerca de los respectivos méritos de los candidatos Demócratas y Republicanos. Por supuesto, mis argumentos a favor de FDR eran personales y se originaban por un sentimiento de lealtad hacia él.

Sin embargo, creo que la mayoría de las personas imparciales reconocieron que la *plataforma Demócrata* de 1932, como tal, era un buen documento.

Después de varios meses, empecé a darme cuenta de que la “plataforma” Demócrata de 1932 preparada para los votantes era meramente algo para leer y olvidar luego de que se contabilizaran los votos.

En lugar de que la administración implementara la *plataforma*, como se representaba ante el pueblo, surgió una supuesta “Orden de Especialistas”. Se trataba de un grupo pequeño de hombres, individuos de buen ver que promovían ideas políticas de los consejeros, de algunos líderes del C.F.R. de unos cuantos banqueros y de otros internacionalistas a la administración para acción legislativa. Los Expertos funcionaban con talento considerable, a menudo con un aire exagerado de superioridad profesoral, acompañados de mucho humo de pipa. Esta nueva atmósfera tuvo éxito por un tiempo.

Me parece que el término “Orden de Especialistas” era muy colorido. Era bastante teátrico, una “Pista que engaña” astuta y pintoresca diseñada para desviar la atención del público de algunos consejeros del C.F.R. pro-sionistas que en efecto estaban operando entre bastidores. Sin lugar a dudas, Jimmy Farley estaba manejado hábilmente un vasto número de citas usuales y otros trabajos de manera políticamente normal perteneciente a una nueva administración. Sin embargo, para puestos importantes en el gabinete, especialistas de la Orden y consejeros de la Casa Blanca, estos hombres valiosos eran los aprendices aprobados de los consejeros a nivel estratégico. Requería de ellos un fuerte acento en “ideología objetiva”, repleto de parafernalia de distracción, adquirido a través de una búsqueda extensiva en terrenos socialistas del mundo no puestos a prueba.

Me es bastante desagradable sentirme forzado a marcar el Consejo de Relaciones Exteriores (C.F.R.) como lo que realmente es. ¿Por qué? Porque tengo amigos y conocidos inscritos a esta membrecía así como a sus afiliaciones regionales. Habiendo hablado con algunos de ellos, parece ser que se hicieron miembros principalmente debido al “estatus”

imaginado, manteniéndose con los “vecinos” de la clase alta. Quizás una o dos veces al año, los miembros se reunían y se codeaban, o chocaban, con algunos peces gordos en algún banquete, y veían sus nombres grabados cuidadosamente en algún programa. Tal vez puedan hacer contacto valioso con alguna firma legal de primera categoría o aterrizar en alguna gran cuenta bancaria comercial, o vender un gran bloque de acciones o algún seguro de vida a algún colega durante la hora del coctel o mientras toman café. Quizá puedan encontrarse con algunos aprendices cuidadosamente seleccionados y colocados en las enormes fundaciones libres de impuestos, o decir “hola” a varios presidentes de universidades de la Liga Ivy que *de seguro* estarán allí, u oír algunas palabras escogidas con cuidado acerca de cómo y dónde la ONU puede preservar “la paz” por medio de comenzar la *siguiente* guerra, para *ayudar* a alguna nación o grupo desfavorecido a emerger hacia “la luz”, adornada, por supuesto, con el manejo de una nueva moneda de la ONU. Quizá puedan asentir para “aprobar” a un nuevo miembro en el C.F.R. para llenar alguna vacante en nuestra Suprema Corte, o dirigir alguna importante diócesis protestante con algún político escogido de cabeza cuadrada con collar, o aprobar el nombre sugerido para el nuevo puesto de Secretario de la Tesorería. ¡Tal vez puedan! Sin embargo, pocos miembros del C.F.R. conocen los planes de largo plazo de su pequeño grupo de la alta dirección. Por consiguiente, poner en práctica todas las áreas de estado precedentes, noventa por ciento o más de los miembros no comprenden ni remotamente quién es exactamente el que “mueve los hilos arriba”. No obstante, a menudo mueven los hilos y el C.F.R. no pierde el tiempo en enseñarles a bailar a muchos de nuestros funcionarios electos.

Por consiguiente, dicha situación no constituye exactamente un gobierno del pueblo; ¡es una sutil dictadura de unos pocos! Es una dictadura internacionalista de “trajeados”, erigida sobre la base de muchos buscadores de estatus confundidos y perplejos, presentando un frente distinguido, poco conocido, por supuesto, para el público crédulo que no va a aprender de ello.

Sin lugar a dudas, pude haberme asegurado un asiento cómodo en la mesa del banquete hace algunos años, pero la percatación de que nuestra República Constitucional es algo muypreciado que debe ser protegido, no explotado, eclipsó cualquier otra consideración para mí. Después de un tiempo, los verdaderos objetivos del C.F.R. y de los gobernadores

que regían la Reserva Federal fueron muy claros. Viéndolo como debe ser, es “el dinero” contra “el pueblo”, ¡y el “dinero” está ganando!

Sin embargo, a la larga, la gente prevalecerá sobre la degradación, los programas del dinero del mundo que están implementando los aprendices entrenados y los títeres del C.F.R. y sus contrapartes de bancos europeos.

* * * * *

Respecto al asunto de alzar el precio por onza del oro, siento que el Presidente nos habló con bastante candidez a Willis y a mí. Sus consejeros banqueros del C.F.R., quienes habían planeado el asunto mucho antes y que sólo esperaban el momento justo para implementar ese pedazo de legislación muy lucrativo pero drástico cuando el escenario político estuviera listo y los actores hubieran aprendido sus líneas, debieron haberle dicho que elevara el precio del oro.

Algo es seguro, los poseedores poderosos de oro aquí y de fuera no sufrieron mucho con esa legislación de los EEUU. El beneficio, a su debido momento, para los poseedores de oro fue enorme. Podría escribirse con precisión mucho acerca del tema. Esta posibilidad, sin embargo, no es para nada probable.

La solvencia o el valor del dinero de la gente, su disponibilidad en cantidades adecuadas para sus necesidades en la economía de una población siempre creciente, sin reservar dinero o manipular el crédito (expandiéndolo y contrayéndolo por lucro), es de gran importancia para todos.

Cuando muchos Demócratas leyeron en el diario de la nación sobre el oro, se reservaron su primera sorpresa ante el Nuevo Contrato, se les comunicó el primer indicio, bajo ningún término incierto, de que había nuevas jugadas del “mariscal” en el juego, ignorando los cuidadosos y bien descritos planes esbozados en la plataforma del partido. Naturalmente, muchos Republicanos manifestaron miradas de desaprobación respecto al asunto, y me explicaron: – ¿Qué te dijimos; qué puedes esperar? – Este sentimiento vino del votante promedio, no de unos cuantos Republicanos de muy alto nivel que estaban, como lo están hoy, encerrados cómodamente entre el grupo de concejeros que controla *ambos* partidos, tanto el Republicano como el Demócrata.

En mis limitadas idas y venidas a la Casa Blanca, no había visto mucho al enigmático Louis Howe. Sin embargo allí estaba, habiendo trasladado su campo de operaciones de Albany a Washington, D.C. No había perdido el tiempo morando en la ciudad de Nueva York, en ruta, durante el periodo que va del día de la elección en noviembre al 4 de marzo, a veces señalado como el periodo “de transición”.

Sin embargo, de reojo, por casualidad, en dos ocasiones noté que Louis recibía pequeños grupos de hombres, llevándolos a un cuarto bastante discreto para una conferencia. Una mañana después del desayuno, al subir vi a varios hombres que eran guiados por un portero de la Casa Blanca a aquel cuarto. Louis estaba parado ahí, listo para darles la bienvenida. Los hombres parecían bastante intimidados por los alrededores y se escabulleron detrás del portero, sin ver ni a la derecha ni a la izquierda. Varios de ellos tenían lo que parecía ser una barba de diez días en sus rostros. En general, parecían un grupo bastante inusual como para ser invitados tempraneros de la Casa Blanca.

Parecían contentos por ver a Louis esperándolos. Los recibió cordialmente; entraron al cuarto; la puerta se cerró. Le pregunté al portero quiénes eran los hombres. Me respondió que no sabía, pero que el Sr. Howe esperaba visitas a las 9:00. Llegaron justo a tiempo. Esa escena breve, incluyendo el comportamiento furtivo de los visitantes, más su apariencia en general, me pareció vagamente inapropiada en la Casa Blanca a esa hora.

Aunque no me di cuenta esa mañana, por un ligero vislumbre que obtuve de Louis a la distancia, mi “Carta de despedida” de la Casa Blanca no estaba lejos de presentarse. A veces el “clima” es impredecible y las tormentas caen de repente.

Esa noche, alrededor de las 9:30, decidí retirarme temprano. Me detuve frente a un cuarto enorme a medias del segundo piso, según recuerdo, para darle las buenas noches a Mama. Ella estaba sentada conversando con Louis. El Presidente había salido a una cena, y el segundo piso parecía estar vacío.

Siempre le había dado crédito a Louis por su gran esfuerzo político al ayudar a FDR a alcanzar la presidencia. De hecho, dudo si lo hubiera conseguido sin el esfuerzo ininterrumpido de Louis, combinado con el de otros tantos. Felicité a Louis de todo corazón el día de la inauguración; lucía contento y también bastante sorprendido.

En todo caso, la breve conversación de la noche entre nosotros tres en aquella última ocasión comenzó de manera muy callada y normal, sobre asuntos sin importancia. Luego

intercambié comentarios con Mama acerca de algunas declaraciones públicas que Jesse Jones acababa de hacer, con relación a la situación bancaria, sugiriéndole una idea constructiva de mi cosecha, una que habría sido bien recibida en Nueva York.

Por alguna razón desconocida para mí, en ese momento Louis decidió meterse de manera descarada en la conversación, comentando que mi observación sonaba muy típica de Wall Street. La manera en que lo dijo me molestó. El puente para aquellos en Wall Street había sido largo de cruzar, de octubre de 1929 a marzo de 1933, y los nuevos políticos y sus secuaces aparentemente no tenían mucho uso para nada ni nadie en Wall Street. Me molesté mucho con el comentario de Louis, así que me levanté para irme.

Los tres estábamos de pie en la entrada de la gran habitación. Viendo fijamente a Louis le dije: – Louis, ¿quiénes eran esos hombres, o debería decir personajes, que vinieron aquí a verte esta mañana? ¿Les has estado dando buenos trabajos? ¿*De dónde* vienen?

Hubo una pausa. El rostro de enano de Louis se ruborizó, asumió un aspecto muy enojado y comenzó a moverse nerviosamente.

Me miró con coraje y respondió: – Curtis, más te vale no hablar de ese modo por aquí. – Así que, reuniendo fuerza, pensé: “Sufiente”. Entonces pisé el acelerador. – Louis – dije firmemente, – ¿desde cuándo te han seleccionado como para decirme lo que puedo decir o hacer por aquí? ¿Desde cuándo? ¡*Vete con cuidado!* Para tu información, ¡cada uno de tus invitados madrugadores parecía como si hubiera llegado directo desde la Rusia Soviética!

Louis se balanceaba y parecía como si le fuera a dar un ataque cardíaco. Mama también se puso pálida con mis palabras. Louis seguía sin responder mi pregunta. El silencio se volvió staccato, no se dijo nada después de eso. La hora, marzo de 1933, ¡ya era “suficiente”!

Mi pertinente “carta de despedida” para Louis y para Mama, de manera indirecta, lamentablemente no se grabó ni en cinta ni en televisión. ¡Sin embargo quedó grabada en la mente de tres personas!

Sin embargo, tomando en consideración eventos posteriores, fue una observación mordaz, una que estoy seguro que Mama y Louis nunca olvidarán.

En ese momento, como “consejero” no tan aficionado y comentarista sin portafolios, dije “buenas noches” y me retiré.

Ésa fue la última vez que vi a Louis.

CAPÍTULO XV

Sara Delano Roosevelt

(Magna Cum Laude)

Es muy placentero mirar atrás y recordar los muchos momentos agradables que pasé en casa y compañía de aquella señorita encantadora, Sara Delano Roosevelt.

En todo el sentido de la palabra, ella era exactamente eso.

A menudo he observado los esfuerzos literarios de muchas personas, comentarios que intentaban crear en la mente de los lectores cierta imagen. La imagen de que Sara Delano Roosevelt era una persona altiva, dominante; de que sólo le agradaba la gente “linda”. Los esfuerzos propuestos, respecto a eso, por algunos escribas con mente de político, son fustigantes y en su mayoría egoístas. La imagen desplegada por semejantes comentarios es falsa.

He reflexionado acerca de las razones fundamentales que produjeron los numerosos intentos por establecer esa falsa imagen y siento que principalmente fueron dirigidas para promover los objetivos políticos e ideológicos a largo plazo de su nuerca.

Mi propósito en este capítulo es demoler esa imagen falsa. Como lo señalara Al Smith de manera tan convincente: “Ahora, ¡echemos un vistazo al registro!”

No hay otra parte en este libro que me dé más placer escribir. La Primera Actriz ejercía una posición altiva en su círculo familiar y hogar que proveía una inspiración y un escenario para permitirles a las generaciones que la seguían, a aquéllos que se acercaban al calor de su hogar incluso de manera breve, salir al mundo con confianza y bases maternas.

Eso forjó varias carreras, algunas distinguidas, otras, en cambio, exigen un rotundo aplauso para la única persona que hizo posible tal situación. La firmeza de su posición y su influencia eran inexpugnables. Por consiguiente, mi artillería verbal, disparada en su defensa, debería verse como proveniente de un admirador cercano, no político en lo absoluto, ¡desde hace mucho!

Sara Delano, la Sra. James Roosevelt, madre del Presidente Franklin D. Roosevelt, proviene de la fina familia Delano de Newberg, Nueva York, al centro de la región del Río Hudson... gente obstinada que pronto se había puesto a trabajar para desarrollar este país.

Se casó con James Roosevelt, de Hyde Park, un ciudadano sólido, respetado, cuando no era un joven. Evidentemente, James Roosevelt había estado al tanto y había participado en varias promociones de ferrocarril y uniones en este país a finales del siglo XIX. Estaba relacionado con las familias Astor y Vanderbilt; por lo tanto, claramente le iba bien en los negocios, de manera conservadora. Tuvo una vida de hacendado.

La familia Delano, según se me relató, en un inicio era una familia de marineros proveniente de Fairhaven, Massachusetts. Se incorporaron al comercio del Lejano Oriente, fuera de Fairhaven. Sucedió que al mismo tiempo uno de mis antepasados, Elijah Austin, también se enroló en el comercio del Lejano Oriente, sólo que navegando cerca de New Haven, Connecticut.

Un vistazo interesante de estas intrépidas y emocionantes actividades estadounidenses puede citarse aquí sobre mi bisabuela, del libro *Mary Austin Holley*, una fina biografía de Rebecca Smith Lee:

“El año 1793 fue afortunado para Elijah Austin. Varios de sus cargamentos de las Antillas y de Europa resultaron rentables; pero fueron olvidados cuando, al final, llegó el rumor de que su buque de Canton se había apartado del Faro (New Haven). Se hizo historia el día en que navegó lentamente hacia el puerto. Cada hombre, mujer y niño sano en el pueblo se juntó a la orilla para verlo deslizarse hacia el muelle. El casco del barco estaba ennegrecido y las velas parchadas, pero las radiantes banderas ondeaban con la briza... la bandera estadounidense con las mismas trece estrellas y trece rayas que tenía cuando zarpó y, debajo, el gallardete de la casa Elijah”.

“Elijah Austin formó parte activa este invierno y primavera al organizar una compañía que construyera un barco mucho más grande para el mercado chino. En vista de que el experimento exitoso Canton había sido idea suya, invirtió hasta el último de sus recursos en el nuevo proyecto, tomando prestado de su suegro y de Timothy Phelps, de sus parientes de los Molinos y la Cerveza, ¡y de dónde pudo! La quilla del nuevo buque fue llevada a Hartford bajo la dirección de Daniel Greene, quien la comandaba. El proyecto habría costado cuarentaiocho mil dólares, todo ello proviniendo de bolsillos de Connecticut.

Grandes esperanzas invadían el aire, y afianzar las ganancias del nuevo negocio para su propio puerto, una veintena o más de los hombres prominentes del pueblo establecieron la Cámara de Comercio de New Haven. Elijah, naturalmente, fue uno de los fundadores, así como algunos de sus parientes”.

En todo caso, los Austin y los Delano, junto con muchos otros, fueron los pioneros de Nueva Inglaterra en actividades tanto de tierra como de mar, y quienes ayudaron a construir y a desarrollar Nueva Inglaterra en sus comienzos. Se encontraban al frente como líderes de la libre empresa.

La familia Delano era grande y evidentemente la unía un factor que siempre he respetado y admirado: la lealtad familiar.

No mucho después de que Sara Delano se casara con James Roosevelt, su hogar en Hyde Park creció; se construyó una nueva ala, la cual añadió mucho a las instalaciones y a su arquitectura. Justo entonces, el “Tío Rosey” compró el sitio contiguo que no conozco. Era más pequeño, pero muy atractivo.

Cuando uno entra a la gran casa de la Sra. Roosevelt, el tamaño del enorme cuarto a la izquierda, debajo de varias escaleras, es sorprendente. La mayor parte de la actividad familiar se centró en el extremo este de aquel cuarto. Un retrato de Isaac Roosevelt colgaba sobre una gran chimenea, se trabajó mucho en él a finales de otoño e invierno. Era un caballero de edad avanzada con aspecto alerta, o más bien “brusco”, vestido con un traje de fines del siglo 18. Yo tenía la sensación de que fácilmente podía “venderme” en cualquier trato. Una vez, cuando estaba comentando sobre el retrato con FDR, sonrió ampliamente y dijo riendo entre dientes: – Curt, pienso que deberíamos abotonarnos muy bien nuestros abrigos antes de hablar con él, ¿no crees? – Estuve de acuerdo.

La mayoría de nosotros podemos rastrear a nuestras familias varias generaciones atrás. Sin embargo, cuando uno va “muy atrás”, entonces el asunto se vuelve bastante complicado.

Por lo que entendí, el pasado de la familia Roosevelt era el compuesto de un surtido inglés, alemán, judío y francés.

Nunca pensé mucho en el asunto, salvo que era un pasado estadounidense muy sólido. Los Delano, como familia, estaban acentuados del lado francés.

Una de las historias favoritas que recuerdo haber escuchado por parte de FDR fue que Sara Delano, cuando era muy joven, tomó un largo paseo por el mar con su “papi” en el velero que tenía el nombre “Surprise”. Este viaje extenso estimuló su interés en geografía y en lenguas y, por decir algo, en aquel entonces fue una experiencia inusual y engrandecedora para una jovencita. El viaje se llevó a cabo cuando el mundo era mucho más “grande”. ¡Treinta millas por hora era increíble!

Recuerdo cuando estuve hablando con “Granny” sobre veleros y el mercado chino, fuera de Fair Haven, New Haven y New Bedford, acerca de varias familias marineras, comentó que cuando su padre regresaba a casa de algún largo viaje en el mar del Lejano Oriente, jamás “hablaba de negocios”. Sólo cuando se analizan aquellos días duros en los que el viento llenaba las velas (o no), antes de la máquina de vapor, del gasóleo, del motor de reacción y de la energía nuclear, se da uno cuenta de que aquellos hombres que resistían los elementos asumían grandes riesgos personales, incluso enormes, y a menudo no sobrevivían para regresar a casa. Aquéllos que lo lograban conseguían una buena ganancia y se les permitía conservarla, la cual ciertamente estaba en regla, mucho más razonable y apropiada que el actual arrodíllate ante un aparato federal títere de ojos verdes que intenta quitarnos la mayor parte de nuestras ganancias mediante impuestos numerosos, supuestos beneficios ¡dejándonos gastados!

Para cotinuar, estoy consciente de que los primeros capitanes tenían que asumir, y así lo hacían, grandes riesgos en la transportación e intercambio de productos del Lejano Oriente tales como seda, porcelana, ron, esclavos, marfil, caoba, teca y, quizá, narcóticos. Algunos columnistas reconocidos, haciendo referencia a los antepasados de FDR, han mencionado el último artículo, en efecto, como uno de los más desagradables. Probablemente dicho artículo ahora es llevado en secreto, aquí y allá, ¡por medio de aviones supersónicos a todo el mundo! No hay duda de que parte de esas observaciones descansan en los hechos. En aquellos tiempos, el capitán de un velero representaba la ley, como *él* la viera, y de la cual era personalmente responsable. El capitán fuera de New Haven, por ejemplo, era mucho más creativo y responsable que la mayoría de los ejecutivos corporativos más importantes y líderes de la unión de hoy en día. Los capitanes eran responsables por la salud, la seguridad y las vidas de su tripulación y del barco, así como del éxito y fracaso de la aventura.

* * * * *

Vi por primera vez a la Sra. Roosevelt en Hyde Park, Nueva York. Su finca en el Río Hudson, añejada con el paso del tiempo, tenía una gran vista del Hudson desde la ribera del este, alrededor de unas cinco millas al norte del Poughkeepsie. Su hogar en la ciudad de Nueva York era la mitad oeste de una gran casa doble con los números 47 y 49 de la Calle 65 Este. Ella ocupaba la mitad oeste y su hijo y su familia la mitad este. Hablando de manera no política, por supuesto, la entrada a la casa de la ciudad de la Sra. Roosevelt era la de la *izquierda* y la de su hijo la de la *derecha*.

La habitación en la parte delantera del segundo piso en el 47 Este de la Calle 65, a la que ella se refería como su biblioteca, era llamativa e informal. El salón situado atrás era bastante formal y rara vez se usaba.

La Sra. Roosevelt albergó ese tumultuoso banquete a finales de diciembre de 1925 en Hyde Park, el cual incluyó asistir a una de las fiestas de víspera de Año Nuevo más famosas, auspiciada por la familia Archibald Rogers, en su propiedad cercana.

Para esa fiesta anual, los miembros de las familias que vivían por el Río Hudson vinieron desde miles de millas de distancia.

La Sra. Rogers era una amiga muy cercana de la Sra. Roosevelt. Era una anfitriona encantadora y graciosa; uno de sus hijos, Edmond, como se menciona previamente, era el amigo de la infancia de FDR.

Cinco meses más tarde, cuando fui de visita con la Sra. Roosevelt a su biblioteca en Nueva York, como el prometido de su nieta, empecé a tener la oportunidad de conocerla, así como de apreciar sus muchas cualidades.

En junio, Anna escogió el día de la boda. La ceremonia se llevaría a cabo en la Iglesia St. James, Hyde Park, y le seguiría un recibimiento en Springwood, la casa de campo de su abuela. FDR era capillero de la Iglesia St. James desde hace mucho tiempo, la cual era muy pintoresca.

Los planes se pusieron en marcha con tiempo de antelación. Muchas personas fueron invitadas y muchas vinieron.

Como Springwood estaba algo retirado de la región, fue necesario hacer arreglos exhaustivos para comodidad de los invitados.

Debido a sus aparatos ortopédicos, FDR no quería caminar mucho. Así que decidió que Jimmy acompañara a su hermana por el altar lateral de la iglesia y que luego su padre lo relevara.

Habiendo dejado temprano la oficina de Nueva York, Robert Lehman y yo fuimos a Hyde Park la tarde previa a la ocasión, para las festividades de la tarde. Pasamos la noche en Springwood. Desde Baltimore, Van Lear Black también llegó temprano con un grupo a bordo de su yate, el Sabalo. Ancló en la costa del Río Hudson, a casi una milla de distancia de la casa donde el Sr. Black daría un almuerzo al día siguiente a bordo para la familia y la fiesta nupcial. Era un anfitrión fino, distinguido y muy querido por FDR.

El perro policía de Anna, “Chief” (Jefe), percibió que algo inusual estaba ocurriendo y se veía muy inquieto. Era algo pequeño como para ser un perro policía, pero era muy bueno; le agradaba a todo el mundo. Se decidió que Chief debía ser propiamente “decorado” con una enorme corbata blanca alrededor del cuello. Así se hizo y de esta manera trajo el periódico con gran distinción al día siguiente.

Después de junio de ese año, Granny se refería a mí como su “nieto”. Era un gesto muy amigable y caluroso de parte suya, uno que aprecié y jamás olvidé. Para mí, ella se volvió “Granny”, y así fue hasta el final.

Su biblioteca en Nueva York era inusual. Estaba decorada con una mezcla de formal e informal. La alfombra Aubusson en el suelo era formal, pero los retratos en las paredes no. En cuanto al escritorio, literalmente estaba atestado con adornos de plata, papeles, cartas recibidas y por ser contestadas, libros y revistas que estaba leyendo, todo rodeado con fotografías en abundancia de la familia. Sin embargo, la mayoría de las veces, su biblioteca era el sitio de reunión de la casa.

En el piso de abajo, su comedor era bastante oscuro, del lado inglés, con revestimiento de roble, llamativo pero definitivamente cargado.

En el segundo piso, había una entrada o camino que comunicaba ambas casas, de manera que era posible pasar de una a otra sin tener que salir. Ambas estaban diseñadas o trazadas casi de la misma manera.

Como en la mayoría de las grandes familias, los asuntos que crean armonía o fricción no se manifiestan durante la noche.

No hay duda de que la Sra. Roosevelt deseaba hacer eso en un principio, e hizo un alboroto para su nueva nuera cuando su hijo se casó. Les dio una casa y compró la mayoría de los muebles para la casa de su hijo. ¿Acaso podía él haber comprado la casa y los muebles en aquel entonces y pagar por ello? Es bastante dudoso. Quizás ella proveía algunos de los sirvientes y hacía los arreglos para los viajes de verano a Campobello y otros sitios. ¿Qué hay de malo en eso? La mayoría de las parejas jóvenes, estoy seguro, ¡habrían recibido con gusto semejantes atenciones tan consideradas y generosas! FDR era su único hijo y, como su madre había enviudado a temprana edad, era natural que dedicara buena parte de su atención al hijo, ¡y a toda su familia!

Puedo señalar que FDR no estaba forzado a aprovechar semejantes ventajas y facilidades maternas que con tanto cariño se le ofrecían, a menos de que decidiera que aceptarlas era lo más adecuado para su programa. Por lo tanto, para describir propiamente a su madre, las palabras generosa, devota, interesada, considerada, etc. deberían remplazar algunas palabras maliciosas que se utilizaban, tales como dominante, autócrata, exclusivista, entre otras.

Haciendo referencia al comentario de que a Sara Delano Roosevelt sólo le agradaba la gente “linda”, las insinuaciones están completamente fuera de lugar. Por supuesto que le agradaba la “gente linda”, pero, estimado lector, ¿a quién no? Sin embargo, las inferencias de que *sólo* le agradaban las personas bien posicionadas socialmente, que era una exclusivista, que no tenía tiempo para “trabajadores”, esa palabra nebulosa, eran incorrectas. La mayoría de nosotros somos, en efecto, trabajadores, todos menos los zánganos.

Sara Delano Roosevelt se comportaba de manera *natural* con todas las personas, ¡en todo momento! ¿Por qué habría de actuar *ella* como candidato político conteniendo por alguna plaza? Su granja por ejemplo, y su personal doméstico había estado con ella por muchos años. Eso ciertamente habla por sí solo, ¿no es así?

Obviamente, la “jugada” política barata era hacerla parecer una exclusivista, algo altiva, creando una imagen con la cual su nuera atrajera un poco de “simpatía política” para escenificar una “ruptura” de manera de salir y conocer al pueblo. Solamente era una maniobra para capturar votos, porque con respecto a *votos*, ¡los desposeídos poseen! Ese pensamiento estaba en primer lugar en la mente de su nuera.

Tan frecuentemente como era posible, Sara Delano Roosevelt se las arreglaba para visitar a sus dos hermanas viudas a quienes era unida. Ellas eran la Sra. Paul Forbes y la Sra. Price Collier. La primera era bastante mayor cuando la conocí; la segunda no. Ambas damas eran extremadamente encantadoras y siempre era una oportunidad interesante estar presente y oír la conversación cuando las tres hermanas Delano se reunían.

En ocasiones, Granny iba a ver a su hermano mayor, Frederic A. Delano, quien era bastante activo en los negocios tanto en Nueva York como en Washington.

Durante los meses de invierno, los cuales pasábamos en Nueva York, Granny a menudo invitaba amigos a su casa para la cena del domingo, a la una. A veces, sus invitados eran muy interesantes, a veces no. Sin embargo, eran sus amigos. Cuando estábamos en la ciudad, seguido nos invitaban para unírnos a la reunión. Aunque de distinta edad, añadíamos algo al “bouquet” general de la conversación, por decirlo así. En verdad disfrutaba estas ocasiones de los domingos.

Sin desear parecer malagradecido, mi suegra por lo general evitaba las cenas de Granny de los domingos, implicando que eran “bochornosas”. Posiblemente en algunas ocasiones, pero no duraban mucho y en vista de los muchos beneficios directos que habían llegado a su camino, siento que ella debía haber sido más comprensiva. Después de todo, en aquel entonces Granny estaba entrada en años y no tenía muchas oportunidades para ver a su familia activa y a sus amigos durante la semana. Para ella, ¡las “sombras” de la vida empezaban a prolongarse!

El almuerzo de un domingo de 1927 resalta en mi mente por interesante y divertido. Fue antes de que FDR fuera elegido Gobernador de Nueva York y por ende todavía estaba algo a la defensiva, políticamente, pero tenía sus esperanzas y objetivos. Otros compartían esos sentimientos también.

Granny había invitado al Dr. y a la Sra. Nicholas Murray Butler así como a otros a la cena del domingo. Ella había asegurado por adelantado la confirmación de “Eleanor y Franklin” para estar entre los presentes.

En aquel tiempo, el Dr. Butler estaba a punto de terminar su papel distinguido como Presidente de la Universidad de Columbia. Además, todavía era un “pez muy gordo” en el Partido Republicano del estado de Nueva York. El Dr. Butler, en mi opinión, estaba mucho

mejor informado como para ser considerado un “cerebritito”, incluso por cualquiera en el “invernáculo” liberal de Felix Frankfurter.

Pronto, el Dr. Butler y FDR tuvieron un cortés enfrentamiento conversacional en la mesa. Mirando atrás, aquélla no fue una cena de domingo aburrida en la que todos comieran demasiado y luego buscaran alguna excusa a fin de tomar una siesta para que se les bajara la comida y prepararse para un lunes ocupado.

A pesar de que yo estaba bastante “desprevenido” en aquel entonces, como lo mencioné previamente, escuché junto con otros ocho la justa entre el Dr. Butler y FDR, tras prestarle la debida atención al rosbif y al pudín de Yorkshire.

Ese “rodeo” en verdad era mucho mejor que la mayoría de las supuestas “entrevistas” de TV sobre asuntos de actualidad, porque no había cintas que los dueños de las estaciones de izquierda tuvieran que bajar de tono para ser “aprobadas” por adelantado, tal como lo ordenan ahora nuestros dictadores ideológicos del presente, a la noticias manejadas. “Butler vs. Roosevelt salido del horno”, ¡calientito!

FDR y el Sr. Butler tocaron los temas de “energía eléctrica”, nuestra deuda nacional, impuestos, la alta burocracia en Washington, demandas crecientes de líderes de sindicatos y su control sobre la vasta suma de dinero puesto a su entera disposición por los miembros que ganan experiencia. Me pareció que ambos caballeros argumentaban bien, en especial el Dr. Butler, quien aparecía en el papel de invitado y, por ende, un tanto en secreto. Mama escuchaba con atención, pero mantenía una actitud de total reserva.

Después de que se sirviera el café en el piso de arriba, ¡los invitados empezaron a alistarse para irse! Sujetando el brazo de FDR, lentamente lo acompañé de vuelta al número 49, por la entrada del segundo piso. En el camino me dijo mientras nos movíamos: – Curt, ¿qué piensas de las observaciones del “Milagroso Nicholas?” – Le respondí con mucho tiento: – Pa, ¡pienso que las de *ambos* fueron en efecto muy interesantes! La reunión debió haber durado mucho más, En lenguaje de béisbol, yo diría que al final de la novena entrada el marcador fue cero a cero. – Se rio con ganas.

* * * * *

Durante un día festivo en el verano de 1928, en un pequeño pueblo, Bécherel, justo afuera de París, un grupo de nosotros se reunió para almorzar en un viejo molino, hoy en día un restaurante con el nombre de Le Moulin de Bécherel.

Era pequeño y bastante pintoresco. La comida estaba muy buena. Todos disfrutaban la atmósfera inusual y pronto todos los que estaban reunidos en la mesa se pusieron de modo festivo. Las dos atractivas y distinguidas hermanas Delano estaban en su mejor momento aquel día.

De reojo, poco después, vi al Maître d'Hôtel echándoles un ojo con una mirada de franca admiración. Se esmeró bastante con tal de proveer todos los detalles y arreglos para un almuerzo encantador.

Pronto se acercó a mí de manera prudente y me preguntó el nombre de Granny.

En respuesta lo miré directamente y, con mi mejor (aunque limitado) francés, le dije solemnemente, no sin mezclar un rastro de temor: – Elle est La Duchesse de Bécherel (Ella es la Duquesa de Bécherel). – Por un momento pareció sorprendido y bastante atónito, con la mirada vacía. Luego se echó a reír de repente y dijo: – ¡Oh!, ¡ustedes americanos! – Ciertamente, ¡Granny vio el papelito! Después, en varias oportunidades, me referí a ella como La Duchesse de Bécherel, lo que agregó la risa amigable de todos a los agradables recuerdos de aquella feliz ocasión.

Siendo extremadamente leal y dedicada a su único hijo, es natural que Granny adoptara una política que mejor se ajustara al objetivo de éste, que era convertirse en Presidente de los Estados Unidos. Así, conforme los políticos se mudaban con ella, ella se retiraba con gallardía. Eso no era fácil para alguien que estaba entrado en años, alguien tanto observador como conocedor.

Ella sabía el marcador, y rápidamente pudo recoger la tiza del queso, el trigo de la paja. Sin embargo, había algunas veces en las que simplemente se aburría con algunas de las “albóndigas” políticas que aparecían y reaparecían en el horizonte, en especial durante la hora de la comida.

Pienso que “perdió terreno” con gallardía, con respecto al programa político de su hijo y su nuera, apoyando sus objetivos, aunque obviamente veía a algunos de su programa con preocupación, si no es que con completa sospecha.

Los primeros dos años en Albany indicaron el camino a seguir, y Granny lo siguió. A este respecto, no merece ser criticada, con base en datos egoístas e imprecisos, sino una ronda prolongada de aplausos por su verdadera grandeza.

Conforme pasó el tiempo, me daba pena verla fracasar lentamente. El Padre Tiempo, sin embargo, no tiene favoritos.

Recuerdo muy bien a mi madre conversando con Granny en varias ocasiones alegres. Cuán graciosamente abordaban varios problemas de sus vidas en las pláticas, dos señoritas comprensivas y amigables en todo el sentido de la palabra, de las que hoy en día hay tan pocas, como resultado de varias influencias que degradan nuestra cultura.

Cuando me retiré de la escena en Washington, en 1933, pero no sin “pequeños honores” que FDR conocía bien, Granny anunció calladamente que deseaba que yo *continuara en el acto* como uno de sus tres Fideicomisarios. Ellos habían estado laborando por alrededor de diez años y eran Frederic A. Delano, Franklin D. Roosevelt y Curtis B. Dall. Este gesto leal y deportivo de parte suya fue muy apreciado. Así que continué funcionando como Fideicomisario para Sara Delano Roosevelt hasta que partió de este mundo para recibir su justa recompensa.

No fui capaz de asistir a su funeral. Su fallecimiento, sin embargo, jamás lo olvidé.

A pesar de estar en una situación financiera modesta a la hora de su muerte, le escribí una carta al Presidente, con una copia para el Sr. Fred Delano, ambos compañeros fideicomisarios. Fue en ese momento cuando se necesitó mi firma para completar varios documentos legales de la finca de Granny. Mi carta a FDR decía en parte: “Apruebo la contabilización tal como se presenta”, añadiendo, “haber estado al servicio de su madre por tantos años ha sido un gran privilegio para mí. Por mis sentimientos hacia ella puedo decirle, como uno de sus fideicomisarios, que elijo no presentar una factura. Por favor aconséjele lo mismo al ‘Tío Fred’”.

Poco después, el Presidente respondió a mi carta expresando su profundo aprecio por mi actitud y sentimientos hacia su madre. Al parecer fue una carta muy difícil de escribir para él.

De esta manera, el Padre Tiempo hizo que mi Fideicomiso hacia Sara Delano Roosevelt llegara a su fin. Con el Presidente, el lazo de amistad continuó, pero en áreas

sociales, las cuales ciertamente desconcertaban a algunas de las mejores mentes de la política.

Mis cálidos sentimientos y gran admiración por Sara Delano Roosevelt permanecieron por siempre. Cuando pienso en su nombre, de alguna manera, hay tres palabras que parece que mejor van con ella. Es entonces cuando la imagen en mi mente se completa en su totalidad, y dice: “Sara Delano Roosevelt, Magna cum Laude”.

Éste es el saludo de su “Nieto”.

CAPÍTULO XVI

Louis McH. Howe

¿Quién fue exactamente Louis McHenry Howe? Muchas personas me han hecho esta pregunta. En respuesta sólo puedo decir que no sé exactamente ni *quién* ni *qué* fue. Ciertamente fue uno de los hombres más enigmáticos que jamás haya conocido.

Una vez FDR me contó que había conocido a Louis desde sus primeros días en la política, en Albany, y que le pareció muy útil y confiable. Ahí terminó el asunto.

Granny me dijo en una ocasión que “se cansaba de tener cerca a Louis todo el tiempo” y que “no estaba segura de que fuera una buena influencia para Franklin y Eleanor”. En aquel entonces, yo no sabía la influencia a la que se refería, debido a mi muy limitado conocimiento en ideologías y políticas del mundo. Sin embargo, noté que Louis Howe claramente estaba un tanto “en contra del Gobierno”.

Por parte de otros supe que Louis había tomado cierto aprecio por FDR en sus primeros días en la política, en Albany, había llegado a verlo como un “contendiente” en los círculos políticos Demócratas, y luego “se amarró” a él para promover los objetivos a largo plazo de FDR, incluso al grado en que la mayor parte de su tiempo se centró en dicho proyecto. En aquel entonces, Louis era reportero en Albany que trabajaba para un periódico de nueva York, así que los esfuerzos de relaciones públicas que emprendía en nombre de FDR rápidamente se ajustaron a su imagen. Por supuesto, conforme pasó el tiempo, FDR le pagó a Louis por sus esfuerzos, pero gradualmente desarrollé la sensación de que otros también recompensaban a Louis en esa área. Me pregunto si tal vez las mismas “influencias” que pusieron al Coronel E. Mandell House con Woodrow Wilson a principios de 1912, como aprendiz potencial de gran valor, colocaron a Louis Howe con FDR y su esposa, ¡como dos aprendices de valor semejante! A su debido tiempo, Louis llegó a vivir con FDR y tuvo una habitación en la planta alta de la casa en el 49 E. de la Calle 65 en Nueva York. Allí lo veía muy seguido, por lo general a la hora de la comida.

Cuando Louis se ponía su cuello duro, ¡era uno grande! Alto y grande, alrededor de unas dos tallas demasiado grande. Los hombres usaban cuellos duros la mayoría del

tiempo. Generalmente Louis aparecía rodeado por un cuello; por consiguiente, una ocasional referencia amistosa a “Louis, el Cuello Gigante”.

En retrospectiva, Louis usaba un gran “cuello político”, mucho más grande e importante de lo que yo imaginaba en los veintes, cuando lo conocí. Lo usaba, y se lo había ganado, por el incesable trabajo en su proyecto.

El proyecto era hacer a Franklin Delano Roosevelt Presidente de los Estados Unidos, mediante la “parada familiar” en el camino, es decir, en Albany, Nueva York.

Francamente, yo siempre había subestimado la importancia de Louis en su propio campo, la política, y deseaba grabar algún comentario admirativo sobre él por el trabajo que realizaba, sin tomar en cuenta lo que era o qué podía haber sido su filosofía política de largo plazo.

Como personalidad, él era inusual, tanto en acciones como en apariencia. De hecho, ¡era un tanto extraordinario! La mayoría de nuestras perspectivas y opiniones, para ser franco, ¡se originaban desde lados opuestos del espectro! Por eso pensaba que era interesante.

Nunca oí a nadie acusar a Louis de usar en exceso o de desgastar su cepillo de la bañera hasta hacerlo pedazos, ¡como para emerger fresco y rubicundo! Semejante observación imaginaria de parte mía habría sido vista con gran sorpresa y quizás alguna risilla.

A veces, Louis agarraba incienso de su cuarto en la planta alta. El olor a humo viciado de cigarro mezclado con incienso creaba una extraña combinación que ningún perfumista se sentiría tentado a imitar para atraer al consumidor.

La familia de Louis vivía en Fall River, Massachusetts, y con frecuencia salía de Nueva York para estar ahí por varios días. Magnolia, Massachusetts, era donde el Coronel E. Mandell House vivía en retiro, lo cual es interesante por varias razones:

Hay una sorprendente diferencia entre Louis Howe y el Coronel House, en mi mente, uno podría extenderse para llenar muchas páginas.

Abordaré brevemente esta comparación entre Howe y House. Como se menciona previamente, Louis se interesó a una temprana edad en la política y en los programas de los partidos políticos de la ciudad de Nueva York y Albany, mediante su trabajo como reportero de periódico.

También el Coronel House en Austin, Texas, por medio de su trabajo en el estado y campañas locales.

De manera incidental, la palabra “Coronel” en “Coronel House” se remonta a un mero gesto político de lisonja por parte de un Gobernador de Texas, que le dio por algunos servicios políticos que le fueron otorgados. Dudo si el Coronel House o Louis alguna vez tuvieron un día de servicio militar activo.

Tanto Howe como House eran bastante delicados, físicamente, y por lo tanto se inclinaban a colaborar con, y a gravitar alrededor de aquéllos que eran físicamente más activos y agresivos.

Ambos se percataron que para ser “exitosos” tendrían que operar mediante, o detrás de, una personalidad fuerte. Eso hicieron, a través de FDR y Woodrow Wilson.

Tanto Howe como House eran bastante negativos en su manera de pensar. Ambos estaban dispuestos a recibir órdenes “de arriba”, así se volvieron eslabones confiables y un tanto reservados en una estrategia a largo plazo.

Naturalmente, conforme la “gran estrategia” de sus respectivos proyectos crecía en importancia, sus estatus “tras bambalinas” crecían de igual manera. Esta situación alimentó ampliamente el ego de cada uno, con la sensación, sin lugar a dudas, ¡de que todo el elogio y aplauso del público para “su hombre” era el resultado directo de sus esfuerzos personales! Esto era en parte cierto, por supuesto.

Louis vio en FDR una estrella política en ascenso, antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Como subsecretario de la Marina, la estrella de FDR, en círculos Demócratas, siguió ascendiendo. No sé si hubo quienes le dijeron a Louis que se le pegara firmemente a FDR y a su esposa para “quedarse quieto y lanzar”. Sin embargo es muy posible.

El Coronel House estuvo alerta de Woodrow Wilson, cuando este último se convirtió en Gobernador de Nueva Jersey, en Trenton; cuando empezó a hacer “ruidos para anidar en la política”, dirigidos a las personas influyentes, los primeros one-worlders². Con la aprobación de los consejeros, el Coronel House se le pegó a Woodrow Wilson y se volvió su político con iniciativa, consejero y álter ego.

² **Nota del traductor:** Personas que apoyan o creen en alguno de los varios movimientos para establecer un gobierno mundial o una federación de naciones con más poder que cualquier nación en particular, con el propósito de promover el bien común.

Líderes sionistas le pidieron a Inglaterra que cumpliera con el trato acordado para 1916, de “darles” Palestina.

Los Consejeros, con tal de ayudar en el programa internacionalista, pusieron a Harry Hopkins en la Casa Blanca tras la muerte de Louis Howe. De esta manera, Harry Hopkins se convirtió en un “segundo Coronel House”, cercano a FDR. Hopkins operó de manera mucho más abierta como un títere internacionalista, apuntando a un gobierno de poder mundial mediante una estrategia a largo plazo, laborando directo desde la Casa Blanca.

Me resulta difícil decir qué tan a “la izquierda” Louis se colocó finalmente en materia de filosofía política, no había duda acerca de que tenía una mentalidad ávidamente socialista.

Cuando vi a Louis por última vez, en 1933, algo nuevo se había agregado a nuestras discusiones. Antes, éstas eran intramuros o exclusivamente de carácter local. Pero, lo que advertí una mañana en la Casa Blanca, por casualidad, al ver uno de los grupos que visitaban a Louis, no me impresionó demasiado. De hecho me perturbó. Parecía haber un “olor” político ahí, no de incienso, proveniente de las operaciones de Louis. El “olor” que percibí no tenía cabida en la Casa Blanca. Es por ello que le hablé de manera tan franca durante mi última noche allí.

Cuando Louis Howe murió, FDR no sólo perdió un buen amigo de muchos años, sino también a un astuto consejero político.

FDR no fue capaz de remplazar semejante pérdida, pero en aquel entonces, era claro que los dos “pupilos” de Louis se habían “graduado”, y fueron operadores de tiempo completo en su propio derecho.

La muerte de Louis representó una gran oportunidad para que nuevos rostros se acercaran a FDR en la Casa Blanca e implementaran el factor de proximidad para los propósitos taimados de los Consejeros, es decir, poner en práctica el usar a nuestro Presidente como su herramienta. Naturalmente, ¡esto sucedió!

CAPÍTULO XVII

“El Pánico”

Joe Kennedy vendido al descubierto

“El gas Tennessee” triunfa

Durante seis años, el mercado de valores y otros habían estado a la alza.

Enormes ganancias se habían sacado de comienzos modestos de muchas personas. Gran parte se encontraba en papel. La mayoría de los pronosticadores de la bolsa aún eran alcistas y decían que el mercado era una “compra” en reacciones importantes. Roger Babson, un consejero reconocido en inversiones, había estado difundiendo continuamente una nota de precaución, que las acciones eran una “venta” en puntos fuertes. Por supuesto, había estado mal por mucho tiempo, pero el 24 de octubre de 1929 estuvo más que correcto.

En una o dos ocasiones previas, la crisis comercial casi había empezado. Quizá fuerzas poderosas habían investigado el mercado de valores. Tal vez intereses foráneos estaban saliéndose, primero aquéllos que por lucro buscaron y planearon el reajuste de la baja de precios.

De cualquier modo, el 24 de octubre de 1929, ¡empezó la verdadera quiebra!

A finales de la mañana, en la Bolsa de Nueva York, la cinta se encontraba sin esperanza detrás del mercado. “Precios por los suelos” en acciones líderes tenían que mostrarse en las cintas directamente desde los puestos de los especialistas. En muchos casos, los precios estaban “puntos” por debajo de los precios de venta final que aparecían en la cinta por todo el país. Este hecho por sí solo creó miedo y mucha incertidumbre, lo que añadía ímpetu a las olas recurrentes de ventas de acciones.

Alrededor del mediodía, conforme me las ingeniaba para pasar entre la multitud, comenzaron a esparcirse feos rumores acerca del acorralamiento de “esta casa” y “esa casa”, ¡como Doak & Company!

Nuestra oficina en Nueva York, como otras, se encontraba en tremenda barahúnda. Yo estaba luchando por conseguir acciones del Piso para nuestros pedidos, e información

“puntual” de ventas sobre grandes acciones líderes para la oficina y así pasarles a nuestros clientes frenéticos.

¡El Piso en sí era una escena! Allí, los modales y el protocolo fueron hechos de lado. Por momentos casi era un motín. En muchos casos, se trataba de vender o ser “llamado” de inmediato por un banco que protegía su préstamo.

Según recuerdo, Sir Winston Churchill apareció cerca de las 2:15 en la Visitor's Gallery como “espectador”. Estaba en el país, supuestamente, en lo que se describe simplemente como un Tour de Conferencias. Sin embargo, nadie en el Piso de la Bolsa le prestó la más mínima atención, pero echó un gran vistazo. A lo mejor había almorzado con el Sr. Baruch. Tal vez había sido invitado para ver “el show”, que algunos creen que se planeó varios meses antes.

La Crisis rabiaba con toda fuerza. ¡En efecto era un show!

Feos rumores persistían y se intensificaban. Algunas personas distraídas habían saltado de altas ventanas en edificios cercanos al no poder enfrentar sus pérdidas. Sonaban sirenas de carros de la policía, que creaban una sensación extraña y misteriosa. Yo no quería saltar. Sólo me sentía tenso. Era como una batalla; la gente estaba muriendo.

Nadie sabía con exactitud cuántas casas estaban “temblorosas”. Los bancos no estaban tan involucrados mientras descendían los precios. Cuando cayó la noche, los grandes edificios de Wall Street eran iluminados con luces que ardían en la noche, algunos ardieron toda la noche. Muchos gerentes de oficina, empleados de margen y cajeros se dormitaban en sillas o se dormían en el suelo de las oficinas. Los socios se veían los unos a los otros con gran consternación y hablaban en voz baja. Ese día, 12'894,650 acciones se comerciaron; el 29 de octubre, 16'410,030 acciones. ¡Récord!

¡El Boom de los Veintes había acabado!

Por supuesto, hubo breves mítines subsecuentes en el mercado, pero fueron efímeros. Los estados de cuenta de fin de año de la mayoría de las firmas mostraban pérdidas asombrosas. Los míos también.

El mercado de bienes raíces, luego las tiendas y posteriormente los negocios en general pronto sentirían los efectos de la gran caída de los precios de las acciones. El valor de los bienes raíces se desplomó de mala manera.

La comunidad financiera empezó a reagrupar sus fuerzas lentamente. Algunas firmas fuertes tomaron el control de casas más pequeñas.

Sólo Wall Street no se involucraba; ¡“Main Street” estaba allí con ello!

Sin lugar a dudas muchos factores contribuyeron a aquel evento catastrófico. Incluso aquéllos dentro de los negocios del mundo no pudieron decir con exactitud cuándo ocurriría la gran “ruptura”. Sólo sabían que ocurriría.

Recuerdo la observación hecha por Bernard Baruch, haciendo referencia al mercado de valores, en la primavera de 1929, que “veía señales de tormenta”. Más adelante, en julio, la prensa reportó haberlo visto visitando y vacacionando al sur de Francia con amigos banqueros. De acuerdo con los reportes del periódico, dejó el sur de Francia junto con Winston Churchill rumbo a Escocia a principios de agosto para asistir a la gran apertura de la temporada de Caza de Urogallos.

En septiembre, cayó otra “ráfaga” en el mercado de valores, y luego en octubre, “¡la auténtica!”

Al analizar la caída de 1929, a menudo me he preguntado si la reunión que se reportó de los líderes financieros muy influyentes en Europa en junio y agosto tuvo algo que ver directamente con la apertura en octubre de la “Temporada de Caza de Urogallos Financieros” en Main Street, Estados Unidos. Yo creo que sí.

Sir Winston asistió a ambas “aperturas” planeadas en aquel verano y otoño, y sus observaciones en este último evento fueron especialmente interesantes para muchos de nosotros, quizá bastante reveladoras.

Varios meses después de la Quiebra, nuestra firma decidió unirse con la reconocida firma neoyorkina de Goodbody and Co. Pasé la mayor parte del tiempo en el Piso para la firma y en la oficina después de las tres treinta de la tarde.

Marcus Goodbody, nuestro socio principal, era un hombre de carácter recio, representaba de la mejor manera al corredor de bolsa y al banquero inversionista. Tenía un sentido del humor perspicaz. Cuando las cosas estaban aburridas en el Piso, yo solía dibujar un pato volando, mi único “garabato”, en un bloc para anotar las compras, luego se lo mandaba a Marcus diciéndole – ¿Quieres comprar un pato? – Él enmarcaba uno de esos patos y lo colgaba en su oficina.

Tras el turbulento verano de 1933, me uní a la gran firma de Fenner, Beane and Ungerleider, hoy en día junto con otras, con el nombre de Merrill, Lynch, Pierce, Fenner and Beane. Alph Beane era mi primo segundo. “El joven Alph” y su hermano Frank eran muchachos geniales. Les fue muy bien en Yale, tanto en el salón de clases como en el campo de fútbol.

Les Vivian, un socio, venía de Plainfield, Nueva Jersey, donde viví y asistí a la Secundaria Plainfield, y posteriormente a la Preparatoria, antes de ingresar a Princeton. Naturalmente, Les y yo teníamos muchos amigos en común. Sam Ungerleider y yo nos volvimos amigos. Disfrutábamos asistir a las fiestas Demócratas. Por ello era una asociación agradable. Sin embargo, la “canoa” política en la que me encontraba presentaba verdaderos problemas para conservar el balance, problemas entendidos por pocos de mis amigos en Wall Street, incluyendo mis socios.

En agosto de 1932, la campaña presidencial del Presidente Hoover vs. el Gobernador Roosevelt se puso en marcha.

Louis Howe, como se menciona, tenía muy poca utilidad para mí trabajando en Wall Street. Sin embargo, quería que yo escribiera un reporte detallado para decirle “al Jefe”, como le decía a FDR, qué estaba mal en Wall Street. Los Demócratas querían usar Wall Street como un asunto de campaña, me indicó.

No había muchas cosas “mal” en Wall Street, para usar la palabra de Louis. Había unos cuantos puntos o áreas menores, como yo lo veía, así como mejoras en el papel del Especialista, más información pública perteneciente a las ventas de valores, información más completa provista en estados de cuenta en determinadas fases de algún prospecto de oferta, en nuevas publicaciones de valores de alguna empresa así como la posición de las acciones de los “miembros” y detalles acerca de sus opciones con respecto a las acciones de la empresa. Era todo lo que se me podía ocurrir. No tenía nada que ver con el *control* que ejercía la Reserva Federal sobre las tasas de interés, créditos y el suministro *disponible* de dinero listo para prestar, y crédito en general. Lo “incorrecto” se originaba desde los manipuladores de más alto nivel, ¡aquí y en el exterior! ¡Enfréntenlo!

El principal problema, según lo veía yo, era el control sobre el suministro de dinero, el cual controla las tasas de interés y el mercado de préstamo de dinero que, a cambio, tiene efecto sobre el amplio mercado de acciones, ya sea a la alza o a la baja. Ese tema estaba

más allá de mi conocimiento en aquel entonces e incluso si FDR lo hubiera comprendido, lo cual es dudoso, ¿no se habría atrevido a abordarlo o lo habrían destrozado! Recibió mucho “consejo” con respecto a ese asunto.

De cualquier manera escribí un memorándum honesto y cuidadosamente preparado para “el Jefe”, mediante Louis, en “Wall Street”, como me lo pidió. ¡A Louis no le gustó! Mi memorándum le dio la clara impresión de que había muchas cosas *bien en Wall Street*, ¡lo cual así es! Louis quería preparar un dragón despiadado que respirara fuego, por decirlo así, contra el que FDR, revestido con armadura política y con valentía, pudiera ir a conocer y jugar. Durante los siguientes 100 días de actividad de campaña, Louis y yo tuvimos fuertes discusiones respecto a ese asunto que creó un desapego entre nosotros.

Nada se oyó sobre mi memorándum y mi crítica constructiva... pero Louis de inmediato *puso a otros* a hacer un verdadero trabajo político hecho a la medida en Wall Street, y así fue como nació otra Comisión burocrática federal. La S.E.C., a su debido tiempo, se convirtió en un paraíso para los abogados políticos, en una bonanza.

En la primavera de 1933, Wall Street miró con ansias a Washington por su señal, y quedó fascinado pero consternado con el espectáculo político llamativo que se estaba escenificando allí.

“Profesores políticos” que representaban a la gente con el alfabeto fueron seleccionados cuidadosamente, como se aplicó a numerosas nuevas Comisiones, Departamentos y Agencias instaladas en Washington, provistas de personal, por supuesto, por los protegidos de los Consejeros y sus mentores del C.F.R. A ese respecto, el consejo del Profesor Frankfurter fue importante. Su no-desaprobación fue necesaria.

Otros han *observado que* el sello característico de Frankfurter ha sido colocar Títeres obedientes en puestos de importancia dentro del gobierno, herramientas dispuestas que finalmente formaban la red más grande de agentes que operara en el país *bajo un solo hombre*.

Las quejas respecto a las imperfecciones y fechorías de Wall Street pronto se calmaron tras el ritual de conteo de votos del noviembre previo. Louis Howe, asistido por importantes abogados del Nuevo Contrato, incluyendo a mi compañero de clases, James Landis, entre otros, rascándose para doblar sus alas en vuelo sobre una nueva área vasta, estaban ocupados empollando los *Valores* y la *Comisión* de la Bolsa (SEC). Dicha comisión era

para llevar a cabo ciertas mejoras necesarias, sin lugar a dudas, pero en realidad se dirigió para *extender el Control del Gobierno Federal* sobre gran parte de la maquinaria financiera del país. Por un tiempo, nadie en el ámbito de las inversiones siquiera se afeitaba o desayunaba sin buscar el consejo de algún abogado que “conociera a alguien” en Washington. Incluso entonces, uno tenía que afeitarse hacia la dirección apropiada, para confort, o someterse a una “dieta” reductora recomendada.

La atmósfera en el Piso de la Bolsa de Nueva York comenzó a reflejar un mejor tono que el año anterior. Esto indicaba que planeadores de alto nivel junto con tenues signos de recuperación económica estaban repartiendo algo de confianza.

Puedo recordar haber observado dos tonos completamente diferentes, ambos de cerca. Mantengan en mente que el Piso de la Bolsa de Nueva York es algo así como un espejo que refleja el impacto de diversos sucesos que tienen lugar en otra parte.

Entusiasmo alcista, por ejemplo, se desbordaba en 1928 y parte de 1929, el cual terminó con el largo periodo de expansión de negocios y alza de precios.

Una de las acciones que estimulaba el optimismo general en aquel entonces era Radio Corporation of America, mejor conocida como “Radio”.

Mike Meehan, como especialista, dirigía el consorcio “Radio”. Era un irlandés brillante y engreído, de cabello rojizo, y éramos amigos. Su siguiente socio en la fila era George Garlick, un chico perspicaz y crudo pero efectivo. A George le agradabas o no. Con el tiempo nos hicimos amigos, cuando en defensa propia tuve que hablarle firme. ¡Eso hice y le agradó! Muchos corredores de bolsa se juntaron alrededor del puesto de Mike en el Piso cuando la “Radio” estaba operante.

Una vez, cuando la “Radio” estaba activa, Mike llegó con una horrenda laringitis por haber forzado la voz. Sus socios trataron de hacerlo irse a casa para que descansara un par de días, pero no quiso. Casi al el mercado, a las tres, Mike se paró entre la multitud de la “Radio”, deseoso de cerrar la acción con buen tono. Alzó la mano, trató de gritar su oferta, se tensó hasta que resaltaron las cuerdas vocales de su cuello y se le puso la cara roja. El sonido apenas fue un susurro, pero lo oí, por estar cerca de él. ¡Era por *diez mil* acciones! La “Radio” cerró con buen tono y Mike se fue a casa a descansar.

Un día recibí la orden de comprar 500 acciones de la “Radio” para un cliente de la Casa, a un precio limitado justo por debajo del mercado. Podía convertirse en una orden de

vida si el mercado se debilitaba, así que decidí mantenerme en la multitud y “aguantar”, esperando ser capaz de ejecutarla. Me paré en el puesto de Mike.

Afuera era un caluroso día de verano, y esa mañana del sábado, yo había usado un traje fresco de lino blanco como preparación para el fin de semana. Conforme estaba en la multitud, el travieso George Garlick me vio y vio el traje blanco, o viceversa.

De repente noté que alguien detrás de mí estaba escribiendo en mi espalda. Alaridos de risa empezaron a oírse por todas partes. Yo estaba completamente atorado. No había nada que pudiera hacer, salvo pararme allí, sonreír y aguantarme.

Cuando George Garlick (quién más) terminó su obra con un gran lápiz dirigido con suavidad sobre toda mi espalda, con enormes letras negras tenía impreso “¡Ten un Horton!” Ese anuncio se refería al reconocido eslogan de los helados, algo que se parece al “Good Humor Man”, una figura familiar vestida de blanco en el verano. George *en verdad* me fregó, pero nunca más le di la oportunidad de repetirlo. Debió haber ahorrado sus talentos en el mercado para el campo de la publicidad, que crecía en aquel entonces en Madison Avenue. Tras soportar con éxito esa broma, no había nada que ese grupo de irlandeses en el puesto de Mike no hiciera por mí.

Asimismo recuerdo cuando un corredor alerta recortó de un periódico de Nueva York la fotografía de una niñita linda montando un pequeño caballo en un show de caballos en Southampton. Atoró la fotografía encima de “General Electric” en el Puesto de los Especialistas.

La niñita parecía tener cerca de cuatro años. La pequeña montura era guiada por su padre, Jack Bouvier, a pie, quien era un hombre muy bien parecido y de cabello oscuro. Su padre, en el Piso, era un especialista en General Electric, y estaba sentado justo debajo de aquella fotografía. Fue objeto de muchas bromas esa mañana, como dónde se encontraba su caballo, en qué *generación* estaba él, etc. Jack guiaba a su linda hijita, “Jackie”, quien después se convertiría en la distinguida esposa del fallecido Presidente Kennedy.

El afable padre de Jack, el Sr. Bouvier, solía aparecer en el Piso de vez en cuando, pero en ese entonces ya estaba entrado en años.

New Street entraba como un listón delgado, por detrás de la Bolsa, mostrándose en algunos restaurantes, comercios pequeños, alguna tienda de arte, etc. Cerca de la esquina de Wall Street, por lo general se veía un puesto rodante de fruta, salvo en mal clima. Era

bastante conveniente para los miembros y chicos del equipo salir y coger una manzana o una pera durante los días ocupados.

Un día, alguien preparó una broma para el popular propietario del puesto de frutas, un ítalo-americano llamado Tony. Había duraznos frescos; Tony los tenía. La broma consistía en salir e inspeccionar los duraznos, luego preguntarle a Tony si realmente estaban maduros y apretarlos, sólo para asegurarnos. Conforme pasaba el día, Tony no había vendido sus duraznos buenos y la mayoría de ellos, habiendo sido *bien apretados*, comenzaron a “*marchitarse*” bajo el cálido sol de verano. La boca de Tony se marchitaba perceptiblemente, como los duraznos. No sospechaba nada raro.

Uno de los chicos del equipo, actuando como si fuera un “scout”, nos reportó que Tony estaba muy molesto y desconcertado, y que estaba a punto de admitir su fracaso e irse. Mientras tanto se había hecho una colecta, una generosa, para resarcir el daño causado por la ferviente “inspección” de los duraznos de Tony. Por lo tanto, una comisión apropiada fue a ver a Tony, le dio unas palmadas en la espalda y le entregó la colecta, en medio de mucho ánimo y agitación de manos. A Tony le fue bien ese día y se fue de New Street con una gran sonrisa. Sin embargo se desquitó a la mañana siguiente cuando reapareció a la hora y lugar habituales con un cartel en su puesto de frutas, que decía “Si van a pellizcar fruta, ¡pellizquen los cocos!”

Estos eran pequeños incidentes de los días animosos y optimistas de 1928 y 1929 en Wall Street.

Dos elementos eran bastante notables en la Depresión. Uno era las fuerzas constructivas llenas de esperanza, el otro podría decirse que representaba las fuerzas de destrucción-destrucción por lucro.

Después de que se sacudiera la confianza, el 24 de octubre de 1929, la destrucción debió hacerse más profunda, para que los socios pudieran finalmente recoger una cosecha sustancial antes de que se diera la señal para el comienzo de la operación “readquisición”.

Por supuesto que habría sido muy importante para nosotros saber quién hizo el “llamado” del 24 de octubre de 1929. Probablemente el día fue accidental, aunque el mes evidentemente fue escogido por el retiro repentino del suministro normal de crédito. Mi sospecha es que “la señal” provino de fuera. Obviamente, muchas de las ventas y ventas al descubierto sabidas de acciones vinieron *antes* de la misma Quiebra, así como después, en

los mítines. El sentimiento en Street, en los meses que siguieron, era que había, en particular, tres grandes vendedores al descubierto de acciones, supuestamente Tom Bragg, Ben Smith y Joe Kennedy.

Tom Bragg sólo era un nombre para mí. Yo conocía a Ben Smith y lo veía casi todos los días de trabajo en el Piso. Joe Kennedy, proveniente de Boston, era un hombre a quien después conocería de manera breve en una reunión Demócrata. Según se dice, él era alguien de importancia políticamente activo en el área de Boston, y algunos lo describían como un político de apariencia suave, pero muy “rudo”. Asumí que él había molestado ligeramente a Louis Howe y a FDR por ser bastante lento como para aparecer en su retrato político personal. Sin embargo, contribuyó de manera generosa, Louis me dijo a su debido tiempo. Tal vez ese retraso fue por alguna buena razón. Consideren esto:

Si el grupo todopoderoso europeo-americano del dinero decidiera que es tiempo de echar abajo la estructura de precios de las acciones por aquí y por allá, por una ganancia que valga la pena, una verdadera “trasquiladura”, por así decirlo, y de paso eliminar al Presidente Herbert Hoover, no se atrevería a escoger un Rothschild, un Sasoon, un Warburg, un Sieff, un Morgan, un Monteflore, un Schiff o un Whitney para esgrimir “la maquinilla para cortar pelo”. Esa tarea no tan delicada, en el lado negativo, debe ser manejada por otros, por un frente separado, sin embargo lo suficientemente confiable. Por lo tanto, ¿qué mejor frente podía proveerse para sus operaciones extensivas de acciones que llamar a unos cuantos irlandeses “aceptables” y agresivos que fueran asistidos por otros al liderar la trasquiladura del pueblo?

Sea como sea, la operación se llevó a cabo con finesa y vigor despiadados. ¡La destrucción fue enorme!

Ben Smith tenía un ojo de vidrio, y esa desafortunada discapacidad me daba la sensación de que, cuando lo veía, él no me estaba viendo. Durante aquellos meses oscuros, con frecuencia veía a Ben llamar a sus aproximadamente diez corredores de bolsa, de manera bastante casual; luego, a escasos minutos antes de la hora de cerrar, “golpeaban” el mercado, luchando contracorriente, con montones de órdenes de venta para varias acciones por todo el piso. La maniobra hacía que el mercado luciera débil, creando el mismo efecto en todo el país. Ciertamente es que no era precisamente constructivo, y Ben no era popular. No hay nada de malo, por supuesto, con las ventas al descubierto si se está desprovisto de

tácticas de incursión. Las tácticas de Ben, yo diría, se asemejaban bastante a una incursión. Yo aún no había aprendido que las ganancias más grandes y rápidas que pueden acumular los banqueros poderosos y manipuladores de crédito es vender justo *antes* de que creen un desastre para hacer temblar la confianza en todo el mundo financiero, en específico, guerra, pánico, etc. Quizá sería conveniente reflexionar sobre esto. Tom Bragg y Joe Kennedy supuestamente operaban mediante varias grandes firmas de telégrafo, elegidas como su locación, para de esta manera hacer que las órdenes de venta parecieran como si provinieran de todo el país. Sin embargo, yo veía a Ben operar a la escasa distancia de cinco pies. De los tres reconocidos vendedores al descubierto mencionados, Joe Kennedy supuestamente era el más importante, el más poderoso y el más exitoso. Este servicio u operación, si tal fuera el caso, lo hacía invaluable, pero obviamente controlable de manera política por gente muy importante del mundo de la economía. ¿Acaso Joe Kennedy fue cuidadosamente seleccionado por líderes del mundo de las finanzas para vender al descubierto?

Más adelante, cuando se colocó al Embajador Kennedy en Londres e hizo su famoso comentario “sobre mi cadáver” acerca de que el país no se involucraría en la Segunda Guerra Mundial, se dice que pronto se le destituyó de su puesto en Londres, relegado a Florida durante algún tiempo para refrescarse, así como para volver a adquirir el punto de vista “correcto”. Se fue a Florida. ¿*Quién* y *por qué* reorientó su punto de vista? Su juicio en Londres, tan fuertemente expresado, acerca de permanecer al margen de la guerra, era sano.

Viendo en retrospectiva ese incidente histórico, en un intento por responder la pregunta, no hay duda de que el grupo de poder del mundo de las finanzas en Nueva York, Londres y París, que está firmemente atado a la propiedad privada de oro, deseaba antes que nada utilizar la Segunda Guerra Mundial como medio para reprimir el rápido crecimiento del Programa de Intercambio de Hitler para el mercado mundial, y así eludir en gran manera el uso extensivo de oro. Por lo tanto, el paso planeado de aquel grupo para elevar al trono las hordas de Joe Stalin contra Europa Central como objetivo principal de guerra para ayudar a la desintegración por partes de nuestra cultura y civilización del oeste, como las conocemos, en aquel entonces fue un objetivo secundario para ellos. Sin embargo,

¿acaso necesito decir que las tragedias estadounidenses y de otras naciones eran necesarias para que ellos alcanzaran semejante resultado ruin?

Sin lugar a dudas, el Embajador Kennedy se encontró en un aprieto al haberse opuesto al plan a largo plazo de los poderosos del dinero con el comentario franco y patriótico que hizo en *beneficio* de la *gente* de su país. Sus labios y su corazón ciertamente estaban en el sitio correcto, pero su mano fue obligada a inclinarse ante los deseos egoístas del poder del mundo de las finanzas, dirigido desde Nueva York, pero con líneas directas al #10 de Downing Street y la Casa Blanca.

Siguiendo con el tema de Wall Street, en ocasiones abandonaba el Piso para irme de viaje por el país visitando las varias oficinas de Fenner, Beane & Ungerleider con Alph Bean de Nueva York y Charlie Fenner de Nueva Orleans. En aquel entonces nuestra firma tenía cincuenta oficinas. Dejábamos la ciudad de Nueva York, nos deteníamos en Washington y luego nos dirigíamos al sur visitando muchos lugares. Primero estaba el área Piedmont, luego Atlanta, Tulsa, la ciudad de Oklahoma, Dallas, Fort Worth, Houston, Nueva Orleans, y de regreso. Era agotador y algo duro para la digestión, después de muchas fiestas, parrilladas, almuerzos, desayunos y cosas por el estilo.

Sin embargo era muy interesante. Los primos Alph y Charlie eran buenos compañeros de viaje. Este último era especialmente comprensivo sobre la constante tensión emocional a la que estaba sujeto, al tratar de ser leal a FDR y a su grupo, aunque alerta y crítico de muchas de sus tácticas políticas experimentales, de aquel entonces.

Durante un viaje a Atlanta, conocí a Bobby Jones, verdaderamente un gran tipo, en el Mountain Lakes Club. Ahí, un sábado, se organizó un enorme almuerzo para los clientes de nuestra firma. Después del almuerzo, programé tenis porque necesitábamos ejercicio. Jones dijo que a lo mejor se nos unía. Le respondí: – Está bien, hagamos una apuesta, Bob.

Respondió: – ¿Qué clase de apuesta?

– Te reto a un juego de golf de 18 hoyos, mira, por \$500... Todos los putts tienen que hacerse. – Luego hice una pausa, conforme la conversación se detenía repentinamente. Sonrió de cierta manera y dijo: – Ok. ¿Eso es todo?

– No, – respondí. – No es todo, *si* aceptas jugar tenis conmigo, el que gane dos de tres, por \$500. – ¡Las carcajadas estuvieron buenas! Más tarde llegó a la cancha de tenis, se

tomó la fotografía con nosotros, sosteniendo en la mano no su famoso putter, “Calamidad Jane”, ¡sino una raqueta de tenis!

En Dallas tenía que oír todo sobre las aburridas actividades de peleas de gallos de Earl Hulsey; en Ft. Worth, el chiste gastado de Amon Carter acerca de que llevaba el famoso sándwich de jamón consigo cuando iba a Dallas por negocios para no tener que gastar un quinto.

En el Ft. Worth Club, ¡la colección de pinturas de Remington y objetos de bronce era simplemente estupenda!

Una vez, en un viaje a Victoria, Texas, a pesar de que mis antepasados, los Austins, habían empezado la primera colonia anglosajona, que después se convertiría en el Estado de la estrella solitaria, recibí la cálida “iniciación” usual en el sur de Texas y sobreviví.

Jim Waelder, uno de los propietarios de rancho más grandes allí, me apostó que tenía una mula que le “apuntaba” a las codornices. Escuché incrédulo y, por supuesto, tenía la sensación de que, al venir de Nueva York, me estaba “tomando el pelo”. La apuesta fue de diez dólares, así que salimos a la mañana siguiente a dispararles a las codornices de su rancho. Era finales de otoño y cazar era legal.

Tuvimos varios compañeros de cacería, incluyendo, desde luego, a la mula, cabalgada por un jovencito muy agradable.

No había tomado la apuesta muy en serio, sentía que Jim sólo me estaba tomando el pelo. El campo estaba bastante seco. En la parte baja por donde se extendía la pradera había muchos racimos de arbustos muy pequeños con hojas rojas, algunos con vides de madreselva entrelazadas. Estos parchecitos eran más o menos del tamaño de una gran habitación, a veces más grandes.

Jim dijo: – Entonces, Curtis, la apuesta está en marcha. ¿Estás listo?

Respondí: – Claro, vamos.

Así que Jim les hizo una seña a la mula y a su jinete para que nos rebasaran y avanzamos. Pensé en todas las actuaciones locas, ¡esto es todo! Tras caminar casi 100 yardas, nos acercamos al primer grupo de arbustitos. Jim me hizo una seña para que me colocara a un lado, y él se colocó al otro. Avanzamos, nada sucedía. La mula siguió moviéndose y pensé, en verdad tengo a Jim’sten en jaque. Él también estaba sonriendo. La mula estaba delante de nosotros, y nos aproximamos al siguiente grupo de arbustos bajos.

Nerviosa, la mula se detuvo, sus dos orejas *se echaron arriba* y tres codornices salieron disparadas de repente. Recogimos dos y no le dije nada a Jim durante un largo rato.

Jim agitó su gorra y, desde el camino cerca de una milla a la derecha, oímos el bocinazo de los cláxones de los autos de nuestros amigos disfrutando la broma y el safari. Pagué los diez dólares y dije: – ¡Tú ganas!

Parece ser que en el Sur de Texas, cuando el clima es seco, las codornices hacen un ligero crujir si se les molesta al moverse entre las vides y grupos de arbustos en busca de albergue.

Ese sonido es lo que la mula oyó. Por lo tanto, sus orejas se elevaron con el ligero crujir, y era su “punto”. Era bastante válido.

¡Todos los amigos de Jim disfrutaron oír cómo “cayó” el del este en la apuesta de la mula!

* * * * *

Después de varios años me retiré de la gran firma y tomé unos cuantos trimestres en Broadway para trabajar en negocios especiales y para tomar un leve respiro de las tensiones conflictivas de Wall Street vs. Washington.

En un viaje a Nashville, Tennessee, a principios de 1940, al ver una posible fusión de algunas propiedades de fosfato en aquella zona, me topé con un proyecto que me interesó enormemente.

Algunos amigos me describieron cuán beneficioso sería el gas natural de Texas si se llevara a la zona de Nashville; de hecho, a toda la zona de los Montes Apalaches. El gas natural es un suplemento del carbón y es un combustible muy limpio. Nashville, situada en los confines de una especie de cordillera volcánica circular, era muy sucia, en especial durante el invierno, debido al dúctil polvo de carbón.

En Chicago, Victor Johnson era un fuerte defensor de la idea. Con el tiempo vino a verme a Nueva York y acepté crear una empresa de tuberías de gas natural y asumir los riesgos de dirigir y desarrollar el proyecto. Era un esfuerzo considerable.

Organicé la Tennessee Gas and Transmission Co., Inc. en Nashville Tennessee, el 1 de abril de 1940, el Día de los Inocentes, pero no resultó de esa manera. De hecho, después haría a mucha gente rica, y hoy en día ha crecido hasta convertirse en una empresa de

millonaria, una de las mejores cuyas acciones se encuentran en la lista de la Bolsa de Nueva York.

Siempre lamenté no haber sido ya un miembro cuando la primera compraventa tuvo lugar en las acciones ordinarias de Tennesse Gas and Transmission.

La corporación era de tamaño razonable en un principio, diseñada para llevar gas natural del suroeste de Luisiana y del este de Texas a la zona de los Montes Apalaches. Los intereses del ferrocarril en Tennessee se opusieron a nuestros esfuerzos. Asimismo los del poderoso J.H. Hillman de Pittsburg. También John L. Lewis y sus United Mine Workers (Trabajadores Mineros Unidos). De igual manera la Standard Oil Company de Nueva Jersey. Fuera de estos grupos, no había oposición para el proyecto.

Para evitar que los poderosos oponentes del proyecto nos arruinaran mediante una acción en la corte de Nashville, rápidamente volé una noche a Washington, presenté una solicitud ante la inexperta Comisión del Poder Federal, por un certificado de conveniencia y necesidad pública. Regresé a Nashville al día siguiente por aire.

Llegué justo a tiempo al tribunal para ver al Sr. Fourny Johnson de Birmingham, uno de los grandes abogados del sur, representando a Southern Natural Gas Company, recibiendo un telegrama dirigido a su cliente por parte de la Comisión del Poder Federal en Washington, que decía que había asumido jurisdicción sobre el Estado de Tennesse, con respecto a “Tennesse Gas”. El Sr. Johnson caminó callado hacia la ventana con el telegrama abierto en la mano y miró afuera en silencio durante un largo rato. De esa manera sobrevivimos “por un pelo de rana”, listos para otro round en nuestra lucha para empezar y construir la larga tubería de gas natural desde el suroeste.

En la primavera de 1942 fui acosado debido a retrasos causados por varias ramas del gobierno antes de que pudiéramos proseguir. Yo no buscaba favores, pero ciertamente tomaba a mal los sentimientos de algunos de que si hacían algún negocio conmigo, el ex yerno de FDR, podría haber repercusiones políticas sobre el que hiciera semejante negocio en una agencia del gobierno. Por consiguiente hubo considerable galimatías. La demora nos costaba dinero que mi empresa no tenía. Era muy difícil recaudar dinero en aquel entonces para una nueva promoción vista como especulativa.

Finalmente le escribí una carta a FDR a principios de marzo de 1942 pidiéndole que atendiera mi desafortunada posición. Su respuesta, con fecha del 11 de marzo de 1942,

bastante aliviadora, fue escrita, desde luego, para el registro. La “mostré” y avanzamos otro poco.

Una espina de nuestro lado fue una solicitud de interposición ante la F.P.C. (Comisión del Poder Federal), que se oponía a nuestra tubería propuesta y presentada por una compañía subsidiaria de petróleo estándar, Hope Natural Gas Co.

Finalmente fui con mi amigo, Nelson Rockefeller, que recientemente había sido designado por la Administración para un puesto bajo el término “Coordinador para Latinoamérica”. Era un gran trabajo en Washington. Muy amablemente organizó una cita para tener una pequeña charla conmigo.

La reunión sucedió más o menos así: yo empecé.

– Nelson, estoy tratando de empezar una tubería de gas natural que venga desde Texas hasta esta zona del este, pero estoy teniendo muchos problemas con una de tus principales empresas subsidiarias, Hope Natural Gas.

Él dijo: – Curt, ¿qué puedo hacer yo al respecto? Estoy *fuera* del negocio de petróleo. Estoy en el servicio del gobierno.

Respondí: – Yo sé, Nelson, no tienes nada que ver con el negocio de petróleo, pero, ¿no le llamarás a alguien en Hope Natural para sugerirle que durante tiempos de guerra, ambos cooperemos, y cuando la paz regrese, podamos seguir por nuestros caminos separados? Tu equipo de Standard Oil es grande y el nuestro es pequeño, pero ambos aspiramos servir el interés público y ambos peleamos esta guerra como estadounidenses. Estoy atascado en el Pentágono y mi mano derecha en la empresa está maniatada pues la están mutilando. – Hice referencia a nuestro Vicepresidente, Harry Tower.

Nelson me miró de manera pensativa y dijo: – ¿Con quién estás lidiando en Hope Natural?

Contesté: – Con un tal Sr. Tonkin, su Presidente.

Entonces Nelson respondió: – Está bien, Curt. Te sugiero que le mandes un telegrama para organizar una cita con él a fin de ahorrar material crítico de guerra y discutir cómo pueden ajustar sus respectivos intereses hasta que la hostilidad haya cesado.

Le dije: – Lo haré, muchas gracias por tu comprensión y consideración, Nelson. – Después me retiré.

Mientras iba directo al Williard Hotel, le envié un telegrama con mucho respeto al Sr. Tonkin sugiriéndole que nos reuniéramos en Washington o en algún otro lado que le conviniera para discutir cómo arreglar los intereses de nuestras respectivas empresas hasta que pasara la guerra y el ahorro de material crítico de guerra.

Al día siguiente, recibí en Washington, como respuesta, un telegrama mordaz por parte del Sr. Tonkin que decía que no estaba interesado en lo más mínimo en reunirse conmigo para discutir nada, aun el ahorro de material crítico de guerra.

Me sentí enormemente desilusionado con su mensaje. El dinero de nuestra empresa se estaba agotando, ya que los costes para contratar ingenieros y abogados, y los pagos por alojamiento en hoteles, renta y artículos diversos eran considerables, para una nueva firma sin ingresos.

La manera de expresarse en ese telegrama me pareció tan intemperada y tan arrogante, que decidí sacarle copias, en especial por la referencia al ahorro de material crítico de guerra.

Mientras le escribía a Nelson una carta de agradecimiento, anexé una fotocopia de la desalentadora respuesta del Sr. Tonkin. También le envié copias al Secretario de la F.P.C. para nuestro archivo allá, y una al Consejo de Planificación de Guerra. Empezaron a suceder cosas.

Al poco tiempo, el programa de nuestra empresa avanzó otro poco. Al caballero que me mandó ese telegrama terminante pronto se le retiró.

Un domingo al mediodía, poco después de mi charla con Nelson, fui al Hotel Willard desde el Pentágono. El domingo era el único día que podía arreglármelas para ir a una junta de la empresa. Varios de nuestro grupo estaban esperando que Victor Johnson, nuestro mayor accionista, se nos uniera. Tenía una habitación dos pisos arriba de Harry Tower en el Willard. Finalmente, algo preocupados, fuimos al cuarto de Victor y tocamos la puerta, pero no hubo respuesta.

Luego le llamamos a la señora de la limpieza. Abrió la puerta y allí en la cama yacía Victor, muerto.

Su muerte había sido causada por un supuesto ataque al corazón durante la noche; nunca supimos. Fue muy triste para su familia en Chicago y muy triste para todos nosotros. Habíamos planeado una importante reunión de la empresa para aprobar un trato financiero

que la corporación Chicago nos ofreció, con el cual tomarían el control de las finanzas de la tubería. Apenas habíamos recibido “aprobación condicional” por parte de la F.P.C., sujeta a que propusiéramos obligaciones financieras adecuadas para el costo inicial estimado de la línea, de cincuenta a sesenta millones de dólares.

Debido a la muerte de Victor Johnson, además de mi uniforme, los banqueros cerraron un trato financiero muy desigual con mi equipo. Sin embargo nos hicimos a un lado de manera realista, a favor de la nueva y poderosa administración. El proyecto nuevamente siguió adelante.

La tubería se construyó aproximadamente en un año y Gardiner Symonds, quien apareció como el nuevo presidente, representando a los banqueros, ha realizado una labor espléndida al construir una gran empresa y ha extendido sabiamente sus actividades a varios sectores asociados de actividad.

Tras entregar este importante proyecto desarrollado con éxito a manos más grandes y fuertes, seguí dedicándome a los asuntos urgentes de la Fuerza Aérea en el Pentágono. Al finalizar la guerra, pasé unos meses interesantes en Baltimore con mi familia, y en 1946, nos mudamos a San Antonio, Texas.

Cuando dejamos el Este para ir a Texas, me despedí de Wall Street y de mis numerosos amigos, veteranos de los días de “sol y tormenta”. ¡Siempre será de esa manera!

CAPÍTULO XVIII

El “Árbol Penny”

En el considerado y amistoso arreglo legal que concluí con el abogado personal de FDR, Harry Hooker, de parte de FDR, Anna, y yo en la primavera de 1933, de acuerdo con los sentimientos que le expresé en Hyde Park, era una derecho que me reservaba el de hacer que Sisty y Buzz me visitaran en ocasiones convenientes, especialmente en días festivos y durante el verano.

Los padres de mi amigo cercano, Willis Wilmot, en Nueva Orleans, tenían una isla pequeña pero pintoresca en el Lago Plum al norte de Wisconsin. Se le conocía como la Isla Wilmot. El Sr. y la Sra. Wilmot habían viajado por muchos años de la tibia Nueva Orleans al cálido Wisconsin para pasar julio y agosto. Junto con ellos iban sus tres hijos: Maude, Dorothy y Willis. En 1933, Dorothy era la Sra. William Seward Allen de Nueva York, la esposa de un abogado reconocido.

Muy atentamente me invitaron al el Lago Plum con Sisty, Buz y la leal Katy, su enfermera, para el mes de julio de 1933. Había sido un tiempo muy difícil para todos nosotros. El Lago Plum era un sitio silencioso y encantador para pescar, nadar y remar. Sin embargo, lo más importante era que el Sr. y la Sra. Wilmot y Willis eran muy atentos con Sisty, Buz y conmigo.

La Sra. Wilmot era una mujer callada pero con mucha gracia. El Sr. Wilmot, para su edad avanzada, era bastante activo, y su gran sentido del humor era realmente tremendo.

¡Acepté la invitación con mucho gusto! Anna tenía planeado estar un tiempo en Nevada, así que Katy me ayudó con los dos niños mientras tanto.

A causa del protocolo y de la cansada publicidad sin fin respecto a Sisty, Buz y todos los asuntos de la Casa Blanca, pedí permiso para que un miembro del FBI me acompañara en mi visita al bosque al norte de Wisconsin.

Así que un día de julio fui a Washington a ver al gran estadounidense, J. Edgar Hoover, a la cabeza del FBI. Conseguí un permiso para portar arma y conocí a su agente designado, Charles Reich. Era un gran tipo, y pronto todos nos hicimos buenos amigos.

Le agradecí al Sr. Hoover por su considerada cooperación y partí con Charlie, Katy y los dos niños por ferrocarril rumbo a Chicago para ver a Willis y luego ir al Lago Plum, un viaje de noche desde Chicago.

La Isla Wilmot tenía forma irregular, medía alrededor de ocho o diez acres. El suelo se elevaba gradualmente a una altura de aproximadamente cuarentaicinco pies sobre el nivel del lago que rodeaba a la isla. La manera de llegar era por agua. Al llegar a la isla, uno se subía a un pequeño muelle de más o menos unos sesenta pies de largo, luego uno subía un camino en espiral hacia un gran aposento. Numerosos altos árboles de pino crecían por todo el camino que conducía al aposento. El más grande era lo que el Sr. Wilmot nos describía como “el Árbol Penny”, esto por la edificación especial de Sisty y Buz. Parecía, según él, que durante los meses de verano, en especial durante el mes de julio, el Árbol Penny dejaba caer por las noches algunas flores redondas en el camino. Ojos jóvenes y vivos, si buscaban lo suficiente antes de la hora del desayuno, antes de que el sol saliera, podrían encontrar algunas de esas “flores”. Les llamaban peniques. Esta información, adecuadamente explicada, provocó que los ojos de Buz se abrieran por asombro. Sisty también estaba muy impresionada. Se rio, no completamente convencida en cuanto a la autenticidad de este inusual acontecimiento del Árbol Penny.

Sin embargo, cada mañana justo antes del desayuno, Buz, seguido de cerca por Sisty, o viceversa, bajaban rumbo al Árbol Penny para ver si podían encontrar algunos peniques. Generalmente los veían. Algunas mañanas regresaban a desayunar con tres o cuatro peniques, ¡pero un día consiguieron un total de siete! El Sr. Wilmot, desde un miradero oculto en el aposento, no se perdía ningún detalle del “acto”, y disfrutaba enormemente de la magia del Árbol Penny.

Una noche después de cenar, estábamos hablando de los acontecimientos del día. Los niños ya se habían ido desde hace mucho. El Sr. Wilmot estaba sentado en su cómoda silla en el cuarto principal y seguía riendo. Willis y yo lo veíamos pensativamente. Pronto se inclinó y me dijo: – Curt, Sisty y Buz sólo encontraron dos peniques esta mañana, y la oí decirle a Buz, como susurrándole al oído, en la esquina de la casa, “Buz, creo que al viejo se le está acabando la lana”.

Como se menciona previamente, el humor del Sr. Wilmot era perspicaz. Un día estaba cortando un pato para el enorme grupo reunido alrededor de la mesa para una gran comida

al mediodía. De algún modo, su cuchillo resbaló y el pato, en medio de alguna salsa resbalosa, se deslizó del plato a la mesa. Naturalmente hubo algunas exclamaciones de emoción y sorpresa. El Sr. Wilmot miró con calma al grupo y al pato, y luego dijo, con su típico humor seco: – Bueno, luché muy duro con ese pato, ¡pero me ganó!

A veces Charlie Reich y yo íbamos al extremo de la isla y practicábamos disparándoles a latas colocadas sobre varas de cinco pies de largo. Aunque en este deporte competía contra uno de los secuaces con ojos de lince del Tío Sam, por así decirlo, no me iba tan mal. Sin embargo, con una escopeta, disparando a aves, le habría ganado a Charlie.

En ocasiones llevaba a los dos niños a viajar en canoa por el lago, y a veces pescábamos, pero todos los días nos regresábamos nadando al muelle. Vigilaba atentamente a los jóvenes porque nadar en el lago puede ser peligroso.

Willis a menudo iba a tierra firme a jugar golf con su padre, deporte que ambos disfrutaban enormemente.

Después de varias semanas en esa feliz isla aislada, semanas que pasamos con gente estimada, llegó la hora de regresar al Este. Así que una tarde dejamos la Isla Wilmot despidiéndonos de todos los reunidos en el muelle. A la mañana siguiente, al llegar a Chicago, nos bajamos del tren y me las ingení de tal manera para esquivar por completo a un grupo de fotógrafos reunidos en la parada del tren para tomar fotos en cuanto pasáramos por ahí.

Al día siguiente estuvimos de vuelta en el Este. Para mí, ¡habían terminado unas encantadoras vacaciones en el Lago Plum!

El Sr. y la Sra. Wilmot fallecieron desde entonces. Willis y yo nos reunimos cada vez que podemos. Sin embargo, me pregunto si aquel alto y augusto pino de la isla en el Lago Plum aún sigue allí, tan majestuoso. Eso espero. Además espero que en el corazón de ese árbol permanezca el recuerdo de dos niñitos en sus raíces, buscando a gatas algunas de sus raras “flores”... que cayeron durante algunas noches de julio, hace treintaitrés años. Sé que en los corazones de un cierto número de personas, la memoria de Robert Wilmot y de su “Árbol Penny” en el Lago Plum siempre brillará, ¡jamás será olvidada!

CAPÍTULO XIX

Franklin D. Roosevelt, Final

FDR disfrutó mucho el incidente que le mencioné acerca de la delegación de Missouri de Pendergast cuando estuve en Chicago, y el esfuerzo valiente pero aficionado que hice en su nombre en la Convención de Chicago.

Por casualidad se lo mencioné a Louis Howe, que pareció bastante sorprendido y fingió no haberlo entendido. Pero lo entendió.

Como se esperaba, en ocasiones había fricción entre Basil O'Connor y Louis Howe, hombres cercanos a FDR.

El primero era su socio activo en la firma Roosevelt and O'Connor, y Louis Howe era el consejero político cercano de FDR. Básicamente, sus antecedentes eran muy distintos, así como sus objetivos. Por ello tenían una competencia amistosa por el tiempo y la atención de FDR.

A veces me enganchaba en algunas discusiones que trataban esta situación, por lo general después de la cena en alguna conversación con Mama, Louis y yo. Ambos sabían que yo estimaba a Basil, apodado "Doc". Doc y yo a menudo almorzábamos juntos.

Invariablemente, de alguna manera solía encontrarme en la postura de defender a Doc durante aquellas discusiones, una actitud de parte mía que notablemente irritaba a Louis y, en cierto grado, a mi exsuegra. Después de varios de estos incidentes empecé a sentir que tanto Louis como Mama querían "ir" por Doc, especialmente Louis, para dejarlo fuera del juego. Debí haber estado alerta de esas tácticas, pues las cosas después marcharían en dirección hacia mí.

Louis sentía, y me lo dijo, que Doc se había vuelto "algo peligroso", y que se estaba haciendo demasiado social. De manera vaga y precavida implicó que tal vez la lealtad de Doc hacia FDR "se estaba desviando".

Disparé de vuelta: – ¡Tonterías, Louis, Doc es tan fiel a Pa' como tú! – Esto no le agradó a Louis, pero lo dejó callado.

En todo caso, decidí dejar de boxear contra la sombra, de ser posible. La siguiente vez que tuve una charla antes de la cena con FDR y estuvimos a solas en su recámara, le

mentoné la situación que estaba surgiendo respecto a Doc y concluí diciendo: – Doc es tan fiel como Louis y este “tiroteo” hacia Doc debería parar. En mi opinión, Pa’, no es muy justo.

Respondió al instante, bastante sorprendido: – Muchas gracias por la información y tu franqueza, Curt. ¡Lo detendré! – Lo hizo.

Pasamos la Navidad de 1932 en Hyde Park con Granny. Había un gran árbol navideño, cantamos villancicos alrededor del piano, llegaron fotógrafos del periódico a retratarnos, y la atmósfera estaba cargada de emoción.

Durante el periodo pre-inaugural, desde el día de la elección hasta el 4 de marzo de 1933, sucedió bastante. Muchos invitados iban y venían de Hyde Park y Nueva York. El grupo de planeación de la administración informal, en aquel entonces desconocido para mí, estaba trabajando todo el tiempo para preparar la “nueva” legislación *del Congreso*. El “Sr. Herbert” se había ido a Albany como Gobernador.

El Presidente Hoover había solicitado sin éxito “cooperación” a FDR y a sus consejeros para la endeble situación bancaria. En el frente doméstico, gané el afecto de FDR por la manera en que manejé un asunto familiar delicado relacionado con un proceso de divorcio inminente. Wall Street mostraba señales de vida. ¡Estaban por venir mejores días para el país!

Para el 4 de marzo, muchas personas habían echado una mano en el asunto de preparar y redactar el discurso inaugural del Presidente. La actividad en ese respecto permaneció incesante hasta casi cinco minutos antes de la presentación frente a la vasta multitud reunida en Capitol Hill. Sin embargo, así como la fina plataforma Demócrata de 1932, no se trataba de un compromiso, como debió haber sido, sino simplemente de un mensaje político dirigido para complacer a los votantes. Después de que los miembros clave del gabinete y otros cargos le habían sido “sugeridos” al nuevo Presidente y debidamente confirmados, las cosas fluyeron de manera bastante tranquila. La plataforma Demócrata había sido olvidada convenientemente.

Cualquiera, incluso yo, puede ser removido con facilidad como miembro de nuestra sociedad. A muchos ciudadanos verdaderamente importantes de los EEUU se les ha tratado de esta manera cuando exploran situaciones pertinentes para expresar opiniones “no autorizadas” o controversiales, y buscan acción constructiva. Sin embargo, ¿acaso pueden

imaginar algo más impropio que un *estadounidense* que permite que sus pensamientos y observaciones francas sean censurados por elementos sombríos, sin esfuerzos legales de su parte por remediarlo?

Bueno, estimado lector, ¡se les censura con premeditación y ventaja! La libertad de prensa, algo por lo que lucharon y derramaron sangre nuestros antepasados, ¡es en gran parte un mito! ¿La libertad *de quién*? ¿La prensa *de quién*? Bueno, es tiempo de mejorar, de revisar y analizar todo nuestro aparato de comunicaciones en el país.

Cuando el Nuevo Contrato empezó a hundirse aquí, apareció Adolph Hitler. El dinero del mundo respaldó sus esfuerzos en un inicio. Luego cambió y nos respaldó a nosotros, complacido con Pearl Harbor, con el famoso comentario de Churchill: “Ahora estamos en el mismo barco”, lo que indicaba su entera satisfacción como resultado de aquel incidente planeado.

Después de la muerte de Louis Howe, desempolvaron a Harry Hopkins, un trabajador social, y desde un rincón oscuro lo presentaron como remplazo. En algunas cosas lo logró; en otras, nunca pudo.

Siempre haciendo reverencia a sus partidarios del one-world, sobrepasó los esfuerzos y la influencia de Louis en el plano internacional. Eso se esperaba de él, desde luego, pero sólo era posible con el apoyo de la esposa del Presidente y la “dirección” de la Casa Blanca.

El Presidente era demasiado vulnerable a los “invitados”, en especial aquéllos que no se encuentran en la lista oficial de la Casa Blanca. Aquellos “consejeros” y operadores privilegiados incluían a Bernard Baruch, Felix Frankfurter, Henry Morgenthau Jr., al general George Marshall, etc.

Líderes sindicales, magnates del Consejo de Relaciones Exteriores, entre otros, zumbaban como abejas en un panal. ¡Y qué panal era...! La riqueza, energía y poder de gran gente amigable: Los EEUU.

Cuando los chicos del ABC, quienes aparecieron en 1933, abrieron su cerrojo; cuando los tambores de guerra en Europa, alzándose de la abortiva conferencia de paz de 1919 en París, comenzaron a sonar de nuevo, los consejeros prepararon nuevos planes y le dieron a FDR algunas “jugadas” nuevas.

Esta técnica familiar llevaría a un capítulo de distracción y desviaría la atención de extraños problemas domésticos sin resolver.

La administración Demócrata, mientras abogaba en voz alta por la “paz”, una palabra usada en exceso que significa seis cosas distintas para seis personas diferentes, empleó varias medidas y planes que finalmente involucraron a este país en dos guerras en el extranjero, mediante sus líderes amantes de la paz: Woodrow Wilson y Franklin Roosevelt.

Para los consejeros, en cambio, era un asunto de controlar noticias y sincronizar correctamente, para que el pueblo estadounidense no supiera que estaba a punto de ser hábilmente victimizado y saqueado. Sus noticias controladas reiteradamente señalaban un castillo político en el aire, “la guerra para dar fin a todas las guerras”, etc.

El “castillo” estaba en el aire, por supuesto, y los escombros de negligencia del deber manifiestamente en Washington. Debido al astuto manejo de algunos líderes políticos estadounidenses y británicos, entre otros, una mañana de diciembre el “castillo” cayó del cielo directo sobre las crédulas cabezas de miles de nuestras fieles e inadvertidas tropas estadounidenses en Pearl Harbor. ¡Más de 3,800 de ellos murieron! ¡Qué traición!

Fija para siempre en mi mente está la extraña imagen del General George Marshall, según se dice, montando su caballo en el soleado campo de Virginia y sus otros quehaceres en Washington aquel fatídico domingo por la mañana. Sus perezosos mensajes de advertencia, enviados a través de canales lentos, fueron simplemente un terrible gesto, sincronizado para que llegara tras el ataque “sorpresa”, como una estratagema para guardar las apariencias.

¿Cuántas de las 4,500 bajas estadounidenses y de nuestras gigantescas pérdidas navales sufridas en Pearl Harbor pudieron haberse evitado?

A menudo me he preguntado si, como parte de un plan a largo plazo, FDR deliberadamente ignoró la posibilidad y el peligro de un ataque en Pearl Harbor de la masiva fuerza especial japonesa que se acercaba, un ataque que casi nos llegó por invitación especial. ¡Debió ser así! Y si ése fuera el caso, debió haberlo querido. ¿Quién le dijo que lo “quisiera”? ¿Qué clase de liderazgo era ése? ¿Acaso el virus del gran poder había alterado la química y el carácter del hombre que tanto estimaba hasta tal grado que ya no podía reconocerlo? ¿Podía ser el mismo hombre cuyo brazo sostuve firmemente en numerosas ocasiones mientras caminaba para que no se cayera? ¿Acaso era el mismo hombre con el que alguna vez había compartido muchas esperanzas y aspiraciones?

Ciertamente parecía improbable, de hecho, ¡increíble!

Sin lugar a dudas está muy bien portar la bandera de la marina y aparecer en un punto prominente donde pega el aire en un pesado crucero de los EEUU para una conferencia de prensa; pero, ¿qué hay de nuestra lista de bajas en Pearl Harbor? ¿Las lágrimas? ¿La deuda? ¿Por qué los muertos a traición?

¿Quién le dijo a FDR que era necesario un “Pearl Harbor”? ¿Acaso se dejó engañar con la teoría despotista one-world? ¿Acaso ahí era donde se suponía que tenía que aparecer por la Gloria?

Por consiguiente, ¿acaso me es difícil entender lo que sucedió después? No, es más que eso. ¡Es implemente imposible!

Ya no vi o hablé con FDR después de mi nombramiento en la Casa Blanca a principios de 1943.

¿Acaso nuestros departamentos de Estado y de Tesorería igualaron aquella actuación en sus respectivos campos? ¡Difícilmente!

¿Acaso sería apropiado mandar erigir un monumento a Harry Hopkins en Great Falls, Montana, y que se erigieran monumentos para Henry Morgenthau, Jr. y Harry Dexter White en otra parte? Además, ¿qué hay del batallón Frankfurter encuartelado en Washington D.C.? ¿Acaso ese grupo tiene en mente erigir su propio monumento? Posiblemente sí.

No hay duda de que las largas reuniones eran agotadoras para FDR y absorbieron gran parte de sus limitadas reservas físicas.

Debió permanecer en su propia Embajada, ya sea que tuviera o no “micrófonos ocultos”. Aún mejor, debió quedarse en su hogar en la Casa Blanca. Habría sido mejor para su salud y la de todos.

Al cierre de ambas guerras mundiales, nuestros dos Comandantes en jefe, el Presidente Wilson y el Presidente Roosevelt, sufrieron una gran frustración, justo antes de sus muertes.

Una breve comparación de ciertas cualidades de los dos Presidentes es reveladora.

WOODROW WILSON Y FRANKLIN D. ROOSEVELT

Woodrow Wilson era miembro de la generación 1879 de Princeton. FDR era miembro de la generación 1904 en Harvard, un cuarto de siglo después.

Quizás en mis observaciones sobre estos dos individuos sobresalientes se espera que favorezca al de Princeton por mi lealtad y afecto hacia la “vieja Nassau” y todo lo que significa para mí. Sin embargo, ¡ése no es el caso! Haré algunas observaciones y les permitiré sacar su propia conclusión.

Hablando de política, veo a Woodrow Wilson como un hombre que le vendió su alma al programa internacionalista, a las fuerzas de financiación de deudas One-World, y por ello abrió los *primeros grandes hoyos* en nuestros “diques” constitucionales y financieros. Veo a Franklin Roosevelt, después de 1932, de la misma manera, vendiendo su alma política a las mismas fuerzas de financiación de deudas internacionalistas del One-World y, bajo su coerción, hizo más grandes los “hoyos en el diques” de Woodrow Wilson. La red desprovista de fanfarrias políticas e ideológicas, si es que alguna vez sucede, es obvio que ambos hombres fracasaron en proveer un buen liderazgo para los Estados Unidos, pero tuvieron éxito en promoverse a ellos mismos y a un patrón o política que fomentó varios programas respaldados por extranjeros, nuestra Política Extranjera. Este resultado fue especialmente notorio en FDR conforme su salud empezó a faltar y sus consejeros tomaron el control. Eleanor Roosevelt, sin embargo, ciertamente no era una Edith Galt Wilson en ese momento.

La comparación es entre el hombre que hizo los “primeros hoyos” y el hombre que lo sucedió e hizo más grandes los mismos “hoyos”. Aún estamos girando bajo el gran daño infligido a este país por ambos hombres. Como resultado directo, ¡hoy en día el futuro de nuestro país no es para nada seguro e inigualable! La “jugada” fue la misma en gran medida. ¡Los actores tuvieron roles protagónicos similares a desempeñar y los desempeñaron!

Woodrow Wilson fue criado en un ambiente modesto e intelectual. FDR creció en un ambiente protegido, con riqueza, y en un campo más amplio de contactos sociales.

Wilson era egoísta, engreído, ambicioso, algo arrogante y muy terco. FDR era muy egoísta, engreído, igual de ambicioso y algo arrogante en ocasiones. En sus primeros años era conocido por ser un mal perdedor en los deportes. Era alguien que a menudo resentía la habilidad sobresaliente de un oponente. Por ejemplo, criticaba y envidiaba al General Douglas MacArthur en ciertas áreas, un hombre al que sin duda reconocía que tenía más

habilidades reales innatas que él, con un récord múltiple mucho más destacado. Probablemente el General nunca lo supo, pero espero que sí.

Wilson, al comienzo, tenía un gran idealismo y aptitud para las palabras y frases. No dudaba en comprometer sus ideales. Cuando era un profesor destacado en Princeton, me han dicho, sus conferencias sobre jurisprudencia y ley internacional a menudo eran reveladoras y emocionantes.

Las ambiciones y la terquedad de Wilson lo metieron en problemas con el Decano de Princeton, Andrew West, y en una lucha por ciertas políticas básicas de la universidad. Wilson quedó en segundo. Luego, con el respaldo financiero de varios exalumnos reconocidos de Princeton, un editor de Nueva York, y unos cuantos más, ingresó a la arena política y se convirtió en Gobernador del estado de Nueva Jersey. Parecía dispuesto a decir lo que fuera, o a hacer casi lo que fuera, para promover sus persistentes ambiciones. Se le olvidaron las repercusiones casi hasta su muerte.

Es pertinente mencionar que cuando Woodrow Wilson se convirtió en Gobernador de Nueva Jersey, el hermano de un amigo cercano mío, miembro de la generación 1895 de Princeton, se volvió la mano derecha de Wilson y un consejero cercano. Era el reconocido Decano de Reporteros Legislativos de Nueva Jersey, y representaba el *Newark News*. Su nombre era James F. Dale. ¡Jim Dale era un Princetoniano ferviente! Sólo se perdió dos juegos de fútbol Yale contra Princeton en toda su vida adulta, y eso ocurrió cuando estaba en el servicio militar de su país.

Se declara de manera fidedigna que Woodrow Wilson no ponía su firma en ningún documento importante del estado en Trenton a menos que las iniciales “J.D.” estuvieran en la esquina inferior izquierda, pues Jim era capaz y todos los oficiales de alto rango le tenían confianza.

Cuando Jim Dale falleció, periódicos del este señalaron tal suceso con una columna de elogio. Cito del *Newark News* del 29 de enero de 1945, página 18, acerca del difunto James F. Dale:

“... Fue corresponsal del Estado para *The News* en la Casa de Estado desde 1904... (41 años)... mientras estudió jurisprudencia y leyes internacionales en Princeton con Wilson... *Se separó con Wilson...* Un gran admirador de Wilson, el Sr. Dale se puso en su contra cuando se volvió Gobernador en 1911. Mientras cubría la Oficina Ejecutiva, el Sr. Dale

declaró que *Wilson quebrantó la mayoría de los preceptos de práctica en el gobierno que había enseñado en Princeton*". (Itálicas mías.)

Las breves expresiones significativas aquí citadas resumen con precisión el precio que las ambiciones políticas de Wilson a menudo le exigían. Lo hicieron vulnerable.

El Gobernador Wilson, cuando se convirtió en Presidente electo de los Estados Unidos, invitó a Jim Dale a Washington para ser Secretario del Presidente. Jim rechazó la halagadora oferta.

Jim Dale, sin embargo, consiguió los servicios de otro hombre para el Presidente electo, y fue el responsable de juntar a Wilson y a Joe Tumulty, también de Nueva Jersey. A Tumulty se le ofreció el importante puesto de Secretario presidencial y de inmediato lo aceptó.

Otro admirador temprano del Presidente Wilson que quedó desencantado fue el Coronel George Harvey, editor del Harper's Weekly. Cito: "El Coronel George Harvey fue uno de los primeros iniciadores de la candidatura de Woodrow Wilson a la presidencia. Luego se separó de él y se volvió su enemigo más acérrimo.

Woodrow Wilson pronto dejó de lado lo que decía de manera idealista en las conferencias de su aula en Princeton y lo remplazó con oportunismo político cuando asumió un alto cargo público.

En 1912, la sede de Nueva York del partido Demócrata se localizaba en la parte baja de la Quinta Avenida. Un buen amigo mío, joven en aquel entonces, pasó tiempo considerable en la sede trabajando como una especie de mensajero. Era el hijo de una reconocida familia neoyorkina con ascendencia judía, y me relató la siguiente historia intrigante que ocurrió justo frente a sus ojos.

En ocasiones, algún sábado por la mañana durante el verano de 1912, Bernard Baruch entraba a la sede Demócrata con Woodrow Wilson siguiéndolo, "llevándolo como si fuera un perro con correa".

Wilson tenía un aspecto solemne, vestido con ropa oscura y formal, habiendo apenas llegado a Nueva York desde Trenton.

De acuerdo con mi amigo, varios de los principales consejeros le daban a Wilson su "curso especial de adoctrinamiento" en política. El curso consistía principalmente en señalarle y que aceptara en *principio* a:

1. Ayudar y promover la Legislación proyectada de la Reserva Federal por medio del Congreso cuando Paul Warburg aprobara el proyecto final del acta propuesta, en la que se trabajaba en aquel entonces.

2. Ayudar a cambiar el método para elegir a los Senadores de los EEUU al establecer el voto directo del pueblo, lo que proveía más *control* del Senado por parte de *políticos profesionales*.

3. Aceptar ayudar e introducir el impuesto sobre la renta gradual y personal, traído desde Inglaterra para drenar el resultado de nuestra iniciativa individual.

4. Si se requería, prestar atención y ayudar a la “política” indicada en caso de que estallara la guerra en Europa.

5. Escuchar atentamente las recomendaciones hechas por la “política”, con respecto a llenar los puestos clave del Gabinete.

Wilson recibió y absorbió su adoctrinamiento como es debido, les estrechó la mano a todos y partió.

Después de ello, los líderes y consejeros fueron al “cuarto de atrás” de la sede, cerraron la puerta, ¡y se rieron largo y tendido! Alguien preguntó después: – ¿Cómo le está yendo a nuestro otro candidato?

El otro candidato era Theodore Roosevelt, el líder Bull-Moose. Por ende, el fuerte apoyo de ese “comité directivo” en la elección de 1912 se fue con *ambos*, Woodrow Wilson y Theodore Roosevelt, quienes se habían alistado contra el Presidente Taft. Parecía que el Presidente Taft no había sido muy receptivo y desaprobó los deseos políticos expresados por ciertos líderes políticos pro-sionistas con respecto a la relación de los EEUU con Rusia.

En consecuencia, los “Bull Moosers” insurgentes fragmentaron por completo el voto Republicano, y el candidato Demócrata, Woodrow Wilson, ¡ganó!

Me interesó leer la página 54, en donde *Felix Frankfurter comenta* acerca de la elección de 1912 diciendo: “Yo... apoyé cándidamente al Sr. Roosevelt”. (T.R.) A su debido tiempo, el tío del Sr. Frankfurter, Louis Brandeis de la Suprema Corte de Justicia, pronto se volvió importante en Washington en la nueva administración Wilson.

No necesito decir que Woodrow Wilson cambió su rol de idealista de aula para convertirse en un pupilo político bien portado, consciente de su cuidadoso adoctrinamiento. A su debido tiempo verdaderamente les cumplió a sus consejeros.

Si nos detenemos para echar un vistazo a FDR y comparar, parece que él tenía menos idealismo innato que Wilson, y mucho más espíritu político. Recibió consejo de muy pocas personas a finales de los veinte y a principios de los treinta, particularmente de Bernard Baruch, Felix Frankfurter, Louis Howe, Jim Farley, Herbert Lehman, su esposa, Sam Rosenman, entre otros. También fue “aconsejado” por su madre quien poseía un gran sentido común. Debió escucharla *a ella* con más atención en numerosas ocasiones y le habría ido mucho mejor. Hago esta tranquila observación en vista del gran criticismo egoísta hacia la madre de FDR, “Granny”, por parte de escritores de izquierda, quienes no fueron desalentados por “Mama” al preparar sus esfuerzos distorsionados. Ese tipo de escritura política es muy injusta y debió haberse cortado de raíz, pero no fue así.

El 17 de marzo de 1905, el Presidente Theodore Roosevelt viajó a Nueva York desde Washington para dar un importante discurso político. Dicho evento concluyó a media tarde, después ocurrió otro evento importante. Sin embargo, era de índole social. Hablando de manera relativa, lo que siguió quizá no superaría al discurso en importancia política, pero el acontecimiento social lo superó por mucho en importancia histórica.

Entre las muchas flores del hogar decorado del Sr. y la Sra. Henry Parish de la Calle 76 Este, Nueva York, había una tímida pero atractiva novia. Era de Long Island, Nueva York, y su nombre era Eleanor Hall Roosevelt. A su lado estaba el joven novio guapo de Hyde Park, Nueva York. Su nombre era Franklin Delano Roosevelt.

Había invitados para el feliz matrimonio... de hecho, muchos invitados, reconocidos en Nueva York y en la Sociedad de Hudson River Valley. Se trataba de un importante acontecimiento social. El Presidente de los Estados Unidos estaba dando en matrimonio a su sobrina, Eleanor, y la habitual recepción de los novios estaba a punto de tener lugar en la casa parroquial cuando algo, por casualidad, le inyectó un nuevo tono. Lo que sucedió, desafortunadamente, fue que al inicio la mayoría de los invitados a la boda estaban más deseosos por estrechar la mano del distinguido invitado de Washington, el Presidente Theodore Roosevelt, que la de los novios que esperaban.

La nueva pareja nupcial, parada en solitario, se miraba y esperaba. Tal vez en esos momentos de espera, que debieron parecer horas, los valores de la vida, con su florecimiento y su embellecimiento variados, causaron una gran impresión en los jóvenes novios.

Ciertamente era *su* tarde, y aun así de alguna forma un tal “Tío Ted” de Washington se estaba apropiando de ella.

Sin embargo, después de un rato regresó la normalidad y los invitados a la casa parroquial se acordaron de Franklin y de Eleanor Roosevelt y la fila de la recepción empezó a moverse. La ocasión, muy feliz, prosiguió conforme al plan.

Veinticinco años después Mama me dijo: – Tanto Franklin como yo nos sentimos muy poco importantes en materia de política en aquella ocasión y el Tío Ted nos robó el show sin querer. – Sin embargo, la impresión permaneció y no tengo duda de que tanto el novio como la novia hicieron el juramento... ¡algún día *ocuparemos* el centro del escenario! Ese día finalmente llegó, ¡y lo ocuparon!

Las semillas plantadas en Nueva York aquel día de San Patricio rindieron fruto. La ambición saldría y tendría su propio “Día de Inauguración” el 17 de marzo de 1905, mucho antes del 4 de marzo de 1933.

Como se menciona previamente, una cualidad importante en un hombre de Estado es su ambición ardiente, y tal vez algo de vulnerabilidad a cierto tipo de chantaje, siempre una herramienta útil que se puede tener disponible, por si acaso, en manos de consejeros de alto rango.

Franklin Roosevelt tenía la ambición ardiente, ciertamente, y también Woodrow Wilson. Además, Wilson conseguía rechazar la primera base, por así decirlo, en vagar por Lover’s Lane.

En el área de jurisprudencia, esto no es muy importante. Sin embargo, en el área de programas políticos y en el creciente arte de gobernar podría ser un candidato más valioso por el hecho de ser controlable, en caso de que fuera necesario.

Es bien sabido que una tarde en Trenton se le llamó al Departamento de Bomberos de Nueva Jersey para que brindara transporte seguro, por medio de una escalera larga, para el Presidente, del piso de arriba a un callejón en la parte de atrás de una casa privada justo enfrente del Capitolio. Sin lugar a dudas se trataba de una buena oportunidad para que el Presidente probara la eficacia de dicho departamento del gobierno civil. Al parecer la inspección de aquel servicio público recibió un cálido elogio gubernamental. ¡Así debió ser!

Como factor político en el caso de Woodrow Wilson, se volvió parte del historial confidencial.

Hace unos cuantos meses leí el interesante libro *When the Cheering Stopped* by [Cuando la ovación llegó] de Gine Smith. (Publicado por William Morrow and Company, Nueva York, 1964.) Muestra la necesidad del pueblo estadounidense de ser protegido de manera más adecuada en la rama ejecutiva de nuestro gobierno en caso de que el Presidente se enferme o caiga incapacitado súbitamente.

El libro arroja interesante información acerca del segundo matrimonio del Presidente Wilson con la Sra. Edith Galt y de su completa devoción hacia él a través de los años; asimismo, acerca de cómo dirigió el país por un tiempo cuando él se enfermó. Al examinar de la página 20 a la 23, quedé intrigado con el trato del conocido asunto de las cartas “Peck”, las numerosas cartas escritas a la Sra. Mary Allen Peck (después Hulbert) por Woodrow Wilson. Al final, la Sra. Hulbert adoptó nuevamente el nombre Peck tras un divorcio. Sin embargo, mi propia opinión acerca de las cartas Peck no está de acuerdo con algunas observaciones que se hacen en el libro mencionado.

Conforme se me relataba la historia, el asunto no se centra en la Sra. Galt y la Sra. Peck. Me muestra más cómo Wilson llevó a Louis Brandeis a la Suprema Corte de los EEUU. Se centra en Louis Brandeis... e ilustra, supuestamente, la política en su máximo esplendor, no a las mujeres.

A menudo se le llamaba a Woodrow Wilson “el Chico Malo de Peck” antes de 1913 (página 23) y como sea que se les pidiera a los “ocurrentes” que lo llamaran. El título se remonta a sus días en Princeton.

Parece que el hijo de la Sra. Peck se había metido en dificultades financieras en Washington. Necesitaba alrededor de \$30,000 para salir del problema, pero la Sra. Peck no tenía semejante cantidad a la mano. Supuestamente contrató a Samuel Untermyer, un poderoso abogado de Nueva York, para que la representara y le ayudara a recaudar el dinero para su hijo.

Al parecer, los sucesos ocurrieron más o menos así: Se pactó una cita en la Casa Blanca y el Sr. Untermyer habló con el Presidente y le presentó el caso de su cliente diciendo que necesitaba dinero y que por la suma de \$250,000 le daría al Presidente Wilson ciertas letras; si no, dispondría de alguien más.

Presidente Wilson... – No tengo esa cantidad de dinero, Sr. Untermeyer. Déjeme pensarlo. Retomemos el asunto, digamos en una semana más o menos, y veré qué puedo hacer.

Después, a la mañana siguiente, Wilson continuó: – Sr. Untermeyer, no puedo reunir \$250,000, pero puedo recabar alrededor de \$100,000, si satisface a su cliente.

Sr. Untermeyer: – No, Sr. Presidente, no satisface a mi cliente, pero acabo de tener una idea... y, bueno, tal vez se convierta en una feliz solución. Si me dice que considerará designar al Sr. Louis Brandeis a la Suprema Corte, entonces discutiré este desafortunado asunto de las letras con algunos amigos míos. Quizá sean capaces de arreglar este asunto en beneficio de todas las partes concernientes.

El Presidente Wilson consideró el asunto; también los hicieron el consejero Untermeyer y sus amigos. A su debido tiempo, Louis Brandeis se sentó en el estrado de la Suprema Corte.

El incidente Peck quedó olvidado en el Washington político.

El juez Brandeis significó una suma clara para la Corte. Pronto fue visto por todos como un juez muy capaz. En el movimiento del mundo pro-sionista, demostró ser una importante figura agresiva e hizo grandes esfuerzos al respecto, tanto aquí como en el exterior.

Al comienzo de la vida de FDR, como casi todos saben, sus piernas quedaron incapacitadas tras su severo ataque de polio. Sin embargo, con gran coraje individual superó esa dura discapacidad y persiguió el objetivo político de alcanzar la presidencia. Su enfermedad no hizo a FDR más “controlable” (tenía que ser así en asuntos políticos de importancia), pero lo hizo mucho más “disponible”.

Tanto FDR como Woodrow Wilson tenían gran ambición personal. ¡Ambos fueron *explotados* con facilidad!

No necesito decir, compañeros ciudadanos, que debemos ejercer la labor de reparar ese daño y tapar los hoyos de nuestro dique financiero y político para asegurar, al menos por un tiempo, la no recurrencia a un mal gobierno flagrante, que comenzó en 1913, si deseamos que esta nación sobreviva.

Tal vez sea apropiado felicitar a las fuerzas atrincheradas del poder monetario de Nueva York, a aquéllos que exitosamente adoctrinaron a Woodrow Wilson y a FDR (sin

olvidar a su líder más cooperativo y obediente, Dwight Eisenhower, quien ha promovido sus objetivos internacionalistas). A dichas fuerzas deben destinarse las frutas más selectas obtenidas mediante discernimiento, juicio político, junto con muchos miles de millones de dólares en utilidades cómodamente ganadas en su carretera política de cuatro carriles, que coinciden con la desaparición de la mayor parte de la reserva en oro de los EEUU, ubicada en Fort Knox.

La continua explotación del grupo presidencial apunta al decaimiento.

Asimismo deberían extenderse unas palabras de aprecio al funcionamiento sin complicaciones del Consejo de Relaciones Exteriores (CFR) con su contraparte en Londres, el Instituto Real de Asuntos Internacionales, en realidad, los “Gemelos de Oro”. Woodrow Wilson preparó el escenario, FDR se convirtió en el actor principal. Luego, Dwight Eisenhower generosamente les pagó a los tramoyistas, según parece, para otro show.

Que el próximo no sea tan caro para el pueblo estadounidense.

* * * * *

Para mí, la parte más difícil de escribir en este libro es un análisis correcto de mis sentimientos con respecto a mi exsuegro y su esposa, Eleanor Roosevelt, después de 1933.

Cuando el alarmante encabezado del 12 de abril de 1945 anunció la muerte repentina de Franklin Roosevelt en Warm Springs, yo no estaba preparado. La dolorosa noticia pareció concluir para mí el capítulo final de un espectáculo cada vez más trágico.

Quizás hubo algunos que no se sorprendieron con la noticia, pero yo sí. Creí en lo que decían los periódicos. Más tarde se publicaron varios libros que discutían el asunto ampliamente con un matiz algo confidente.

Los reportes concernientes a la muerte de FDR diferían considerablemente.

Para mí se trataba de un asunto triste, nunca deseé pensar en ello.

Poco después de cambiarme a San Antonio, estuvimos cenando en un club de campo un sábado por la noche. Fue agradable.

Había catorce señoritas y caballeros sentados alrededor de la mesa y todos estaban de humor festivo. A mi derecha se encontraba una señorita atractiva cuyo esposo era un abogado importante de San Antonio; ambos eran amigos. La hora del coctel había concluido y estaban sirviendo la sopa. Podría decirse que yo estaba a la mitad de la sopa

cuando, de repente, la señorita a mi derecha comenzó la conversación con una frase de lo más sorprendente: – Supongo que conoces Warm Springs.

Contesté con toda tranquilidad que no, que sólo había estado ahí una vez, y que fue antes de que FDR comprara “The Springs”. Añadí: – En aquel entonces yo era un invitado que diario nadaba en la alberca.

Pronto se me dirigió un segundo “tiroteo”: – Supongo que sabes lo que le pasó al final a FDR ahí.

Respondí, esta vez con bastante firmeza: – No, no sé. He leído varias opiniones al respecto. – Luego me enfoqué en partir un panecillo para untarle mantequilla, como una operación para distraerme.

– Bueno, – dijo ella, – ¡qué extraordinario! – Después comenzó a decirme algunos supuestos datos con referencia al doloroso incidente, mientras tanto yo buscaba en vano algún alivio a mi lado izquierdo. Desafortunadamente, la señorita estaba envuelta en una conversación con el caballero a su izquierda.

Aquel recital sobre Warm Springs me golpeó como un rayo. Empecé a sentirme mal y le dije francamente: – ¿Cómo sabes y dónde oíste todo lo que me estás contando?

Contestó con la misma firmeza: – Mi primo, Frank Allcorn, era Mayor de Warm Springs en ese entonces; ¡él me contó!

Dejé la cuchara y casi abandono la mesa, pero decidí que era mejor aguantar sentado. La cena había terminado para mí. Al parecer, por lo que había oído, Henry Morgenthau, Jr. estaba *ahí* en Warm Springs en ese momento. ¡Qué extraña coincidencia! Me pregunté quién se había ido de Warm Springs en el carro con él.

Oí que el cuerpo de FDR fue llevado a Macon, Georgia, donde fue cremado. Luego, el ataúd casi vacío que contenía sus cenizas viajó al norte.

No era de extrañar que Joe Stalin, aquel realista tosco y poco amigable, comentara intencionadamente en la prensa: – ¡El cuerpo no yace en el Estado!

Subsecuentemente leí algunos de los comentarios de Doc O’Connor al respecto junto con los de otros escritores. Muchos sonaban como material “enlatado”, bien pulido para algún efecto político específico. Me hicieron sentir bastante vacío y perturbado. De los tres fideicomisarios que actuaban en nombre de Sara Delano Roosevelt, yo era el único sobreviviente. Ya se *habían encargado* de la mayoría del grupo interno de FDR en la Casa

Blanca, de “su séquito”, por así decirlo, de alguna forma u otra habían tomado sus respectivos rumbos o habían dejado esta vida. En cuanto a mí, ¡nunca me pasó por la cabeza que “se encargaran de mí”! Jamás hubo una etiqueta colgando de mi solapa, por mi lealtad y afecto. Era normal. Aquéllos que buscaban ganancias y sinecura asociadas con altos cargos públicos eran *otros...* ¡no yo! Mi familia ha estado en este país desde 1700... mucho tiempo.

Hasta 1932, la familia Roosevelt parecía como cualquier otra familia estadounidense normal y distinguida. Sin embargo, después de 1932, el “poder” aplicado por los emisarios despiadados del poder monetario apareció. Luego, la química cambió de manera gradual en FDR, parecía pasar de la fórmula A a la B.

En aquel entonces, la personalidad de FDR no había cambiado de manera perceptible, pero pronto me pareció que estaban apareciendo nuevos rasgos en lugar de los viejos familiares. Mis sentimientos hacia él fueron disminuyendo gradualmente después de la muerte de Granny. Al contemplar la nueva personalidad de FDR, incluyendo la manifestada por su esposa, comencé a adquirir un sentimiento de distancia y reserva, incluso de dolor. Asimismo, no dejó de mezclarse con una profunda preocupación y una sensación creciente de que nada estaba bien en la Casa Blanca, por lo tanto, el país se enfrentaba al peligro.

Cito nuevamente: “Parecería que el hombre que ostenta poder es *incorregible*. Habla con pretensión de virtud y compasión, y un mundo crédulo escucha e incluso cree; pero con un *cambio de tiempo, compañía y humor*, su reincidencia innata actúa libremente” (itálicas mías).

Este sentimiento no se desarrolló de la noche a la mañana, sino de manera gradual, causada en gran medida por: un énfasis forzado del internacionalismo en nuestra política extranjera inclinándose ante el tío Joe Stalin, mientras lo fortalecían de forma encubierta, en gran parte a expensas del cristianismo y de los ciudadanos estadounidenses que pagaban impuestos; la máquina política extensiva organizada que Felix Frankfurter, actuando como el Primer Ministro de la Corte de Baruchistán, montó en Washington; los malabares con oro y el trato con las placas de dinero estadounidense de Henry Morgenthau, Jr. y Harry Dexter White, actuando “bajo órdenes”; el desarrollo de la NAACP con tintes revolucionarios, astutamente diseñada para distorsionar los problemas raciales y así generar

discordia que resultara en violencia ocasional entre segmentos de nuestros ciudadanos; el engaño en cuanto a la salud de FDR; y por último, Pearl Harbor.

Esos incidentes que se originaron en la Casa Blanca me resultaron sumamente difíciles de entender.

Pero después de un tiempo, la confusión desapareció y el programa que se le presentaba al crédulo pueblo estadounidense, casi infantil, emergió lentamente.

Nuestros *líderes* claramente son responsables por el *bienestar* de quienes les han otorgado el poder de dirigir, ¡no de engañar y violar la confianza pública! Lamentablemente, FDR menospreció y violó la confianza en busca de su ambición política personal.

Se le puede atribuir el mal juicio a un solo incidente, ¡no a un *programa*! Eso es otra cosa. Por lo tanto desarrollé un sentimiento hacia FDR y su esposa, dos personas a las que alguna vez les tuve gran aprecio, que habían muerto; mucho antes de que apareciera la noticia en la prensa.

Estoy seguro de que la madre de Franklin Roosevelt, Sara Delano Roosevelt, en sus últimos años, no estaba contenta con la tendencia de los acontecimientos políticos que ocurrían en Washington antes de su fallecimiento. Definitivamente sé que el primo Henry Parish, en Nueva York, ¡no lo estaba! Él decía: – Están utilizando a Franklin.

Sin embargo no parecía haber vuelta atrás para FDR, por así decirlo. Parecía convertirse cada vez más en un “cautivo”. En cambio, su esposa participó abiertamente en el juego de los internacionalistas hasta el final. Era activa en el desarrollo del programa del Consejo de Relaciones Exteriores para la treta de las Naciones Unidas, y en el desarrollo de la N.A.A.C.P., no destinada a proteger a los ciudadanos de color responsables y fieles, sino a ayudar a los internacionalistas de poder mundial para explotar a los ciudadanos color, a menudo utilizándolos como pioneros para algún programa de poder mundial planeado. Ese grupo, entre otros propósitos, no pasa por alto el control del dinero en naciones desfavorecidas.

Al final, parecía que FDR mostraba remordimiento y preocupación en Warm Springs, Georgia, por cómo Joseph Stalin lo había “derrotado”. Eran sentimientos entendibles, ciertamente, pero expresados un poco tarde. Para ese entonces, ¡Stalin y sus partidarios en

los EEUU habían exprimido todo el “jugo” de la “naranja” presidencial explotada de FDR! De este modo nos quedó la “pulpa” para que la digiriéramos y aprovecháramos.

Woodrow Wilson, extrañamente, mostró el mismo remordimiento conforme se acercaba a su fin. Al final dijo: – Soy un hombre muy infeliz... inconscientemente he arruinado a mi país. – Rompió relación con el Coronel House, quien se retiró de la vida pública, aunque continuó trabajando tras bambalinas para los Money Barons.

En verdad debió haber sido devastador tanto para Woodrow Wilson como para FDR, conforme transcurría la vida, tener que encarar la dura realidad y darse cuenta de que por engrandecidas ambiciones personales y algunas decisiones políticas egoístas, su propio país se perjudicó tanto. ¡Qué precio a pagar por el ascenso político!

CAPÍTULO XX

Veinte años después

(El Comandante Earle pudo haberlo detenido)

Mi conversación en el almuerzo con el exgobernador George Earle, veinte años después, fue electrizante. Lo que me contó parecía increíble.

Edward W. Shober, de Filadelfia, organizó la ocasión para ver a su tío, George H. Earle. El lugar era uno de los puestos de mando de Filadelfia en el frente social The Rittenhouse Club.

En varias ocasiones, yo había discutido con Ed sobre algunos de los acontecimientos que habían llevado a nuestro país a la Segunda Guerra Mundial en contra del deseo de la mayoría de los estadounidenses. Las pérdidas subsecuentes de vidas, materiales y tesorería estadounidenses parecían proveer los medios para una victoria soviética, planeada de antemano.

Asimismo habíamos discutido a detalle cómo Woodrow Wilson, con ayuda del Juez Louis, entre otros, había manipulado con inteligencia al país para que fuera a la Segunda Guerra Mundial. En ella emergimos con nada salvo grandes pérdidas de hombres y material.

Ed me dijo: – Curtis, ¿conoces a tío, George Earle?

Le respondí: – No, pero claro que he oído y leído mucho sobre él. ¿Por qué?

– Bueno, – continuó, – él podría contarte una gran historia sobre él y tu suegro, FDR, capaz de erizarte la piel. Deberías oírla directo de él. El pueblo estadounidense debería conocerla.

Pregunté: – ¿De qué es, Ed?

– Bueno, es acerca de una propuesta de paz de los alemanes para dar fin a la Segunda Guerra Mundial, que nos presentaron las máximas autoridades, y sobre más información invaluable que recopiló en Estambul en 1943, – dijo. – En aquel entonces, los soviéticos supuestamente eran nuestros aliados, pero estaban ocupados instalándose en Europa como nuestro enemigo potencial. Por supuesto que nuestra asistencia militar y nuestros materiales los apoyaban. Quizá puedas recordar que el Presidente Roosevelt nombró a mi tío como su

Agregado Naval personal en Estambul, Turquía, para asegurarse de la información con respecto a lo que estaba sucediendo en realidad en los Balcanes y en Alemania. ¡Lo hizo! Al parecer lo hizo demasiado bien como para agradecerles a los hacedores de política de Nueva York y Washington que estaban a favor de la guerra.

George Earle fue uno de los primeros “consentidos” que respaldaban el Nuevo Contrato, un hombre que admiraba a FDR y su filosofía política. En el momento justo soltó un cheque de cinco cifras en el tamborín del Partido Demócrata. Tal como se esperaba, el Comité de Finanzas se percató del gesto.

Aunque no compartía la mayoría de las ideas políticas de George Earle, quedé intrigado por las observaciones de Earle y le dije que me encantaría conocer a su tío. Ed notó que FDR y su administración habían maltratado a su tío, así que yo esperaba con ansias el día. Sin embargo no estaba preparado para el sorprendente impacto que me provocarían las palabras relajadas de George Earle, en un almuerzo dos semanas después.

Conforme veía al tío de Ed, sentado frente a mí en la mesa, observé a un hombre de mediana estatura que estaba muy interesado en el bienestar y el futuro de su país. No podía detectar ningún deseo de retaliación, sólo frustración y decepción por la falta de resultados beneficiosos para el país en la Segunda Guerra Mundial.

El Gobernador Earle no habló de políticas locales o nacionales, habrían sido “nimiedades” en vista de la importancia del asunto. Habían ignorado con descaro su consejo importante y oportuno. Los “guardias reales” de la Casa Blanca, o quizá su viejo amigo, Franklin D. Roosevelt, quien parecía estar bajo su dominio, cuidadosamente lo habían hecho de lado.

George Earle había ocupado numerosos puestos de confianza para su país. Por ende, sus palabras representaban una autoridad considerable.

Algunos de los puestos eran: en la Primera Guerra Mundial fue Oficial de la Marina de los EEUU, comandó un subchaser, y fue condecorado por valentía; en 1933-34 fue nuestro Ministro de los Estados Unidos en Austria; en 1935-39 fue Gobernador de Pensilvania; en 1940-42 fue Ministro de los Estados Unidos en Bulgaria.

En 1942 regresó al servicio activo de la Marina como Teniente Comandante y fue Oficial Jefe de Artillería en el transporte “Hermitage” que llevó al gran General estadounidense, George S. Patton y a sus tropas al norte de África.

En 1943, justo antes de que FDR y Churchill se encontraran en Casablanca para dar a conocer la política de “rendición incondicional” imprevista para Alemania; FDR nombró al Comandante Earle como su Agregado de la Marina personal en Estambul, Turquía. Era un puesto inestable. Fue por eso que el amigo de FDR, George Earle, fue enviado allí.

Al comienzo del almuerzo le dije al Comandante Earle que yo también había servido a la Marina, a la Armada y a la Fuerza Aérea en ambas Guerras Mundiales, y que en 1956 me habían colocado en la “brigada inactiva” de la Fuerza Aérea.

Me refería a él como “Gobernador”, parecía agraderle más que “Comandante”.

El Gobernador comenzó, como lo haría un Oficial de Artillería de la Marina, ¡con un tiro directo!

Dijo: – Dall, le dije a tu exsuegro, FDR, cuando era su agregado naval en Estambul, cómo podíamos acortar la Segunda Guerra Mundial en gran medida (*casi dos años*). No me escuchó, o debería decir, ¡no *tenía permitido escucharme*! ¿Puedes creerlo?

Parpadeé, luego respondí: – ¿Cómo fue eso, Gobernador?

– Bueno, – dijo, – ¿de casualidad has leído lo que le dije a Fowler de *Human Events* [Eventos humanos] en Washington y lo que escribió al respecto?

Contesté: – No lo he leído, pero un amigo me platicó algo al respecto.

Entonces el Gobernador empezó a contarme una historia sorprendente. La comida que pusieron frente a mí pasó prácticamente desapercibida.

Llegó a Estambul, Turquía, en la primavera de 1943.

Al parecer, el Gobernador se había involucrado previamente en una querrela con unos Nazis importantes en un restaurante reconocido de Bulgaria. Los Nazis le habían pedido a la orquesta del restaurante que tocara “Deutschland Uber Alles”, cosa que hizo. Luego, George Earle contrarrestó el número musical al mandarle una concisa hoja estadounidense al líder de la orquesta pidiéndole que tocara “Tipperary”, lo cual hizo. En la pelea que se sobrevenía, el Comandante Earle supuestamente le dio un golpe diplomático directo con una botella al vaso de un cierto Nazi. El suceso provocó considerable publicidad internacional y mucho gusto en los círculos políticos de Washington cercanos a la Casa Blanca. Como resultado, más adelante hubo algunas repercusiones en *círculos Anti-Nazi* poderosos. ¡Estambul fue el lugar de la acción!

El Gobernador me dijo que una mañana tocaron a la puerta de su hotel. La abrió y había un sujeto de estatura media y anchos hombros vestido de civil que solicitó una reunión informal. Se presentó como el Almirante Wilhelm Canaris, líder del Servicio Secreto alemán.

El motivo de la conversación fue que había mucha gente alemana razonable que amaba a su patria y a la que le disgustaba Adolph Hitler enormemente, pues sentía que estaba llevando a su nación por un camino destructivo.

El Almirante Canaris prosiguió diciendo que la política “de rendición incondicional” que Roosevelt y Churchill recientemente habían anunciado en Casablanca era algo que los generales alemanes jamás podrían soportar. Sin embargo dijo que si el Presidente Roosevelt *simplemente quería indicar* que aceptaría una *rendición honorable* del ejército alemán, que se le ofreciera a las *Fuerzas estadounidenses*, algo podría organizarse; que entonces el verdadero enemigo de la civilización occidental (los soviéticos) podrían ser detenidos. El ejército alemán, si así se le indicaba, se movería del Frente Este para proteger el Oeste contra el paso aplastante del ejército soviético que venía del Este, fortalecido, alimentado y armado con el equipo arrendado por Roosevelt. Los soviéticos buscaban establecerse en Europa como el poder supremo y obviamente estaban engañando al pueblo estadounidense, ayudados por muchos agentes de alto rango instalados en los EEUU.

El Gobernador señaló que al principio titubeó, pero fue extremadamente cuidadoso en su reacción con el Almirante y su alarmante propuesta.

Enseguida tuvo una reunión con el Embajador alemán, Fritz von Papen, un católico devoto con fuertes sentimientos anti-Hitler.

Se concertó una cita secreta por la noche en un sitio solitario bajo algunos árboles, cinco o seis millas fuera de Estambul. Ahí hablaron el Gobernador y el Embajador alemán a solas durante varias horas.

El Gobernador me contó que pronto quedó convencido de la sinceridad de los alemanes anti-Nazi. Al enterarse de los planes ocultos de las Fuerzas rusas lideradas por soviéticos, enseguida envió un mensaje codificado a FDR en Washington, por medio de la Valija Diplomática, informándole todo al respecto. Luego esperó la respuesta inmediata. *¡No llegó!*

Treinta días después, como se había acordado, el Almirante Canaris le llamó y preguntó: – ¿Tiene noticias?

El Gobernador contestó: – Estoy esperándolas, pero no tengo hoy.

El Almirante dijo: – En verdad lo *lamento*, – luego hubo silencio.

Poco después, el asunto evolucionó.

El Gobernador dijo haberse percatado de algunos comentarios anti-Hitler que la Baronesa von Papen, esposa del Embajador alemán, hizo en una conversación privada en Estambul. Luego conoció al Barón Kurt von Lersner, quien encabezaba la Sociedad de Oriente, una organización cultural alemana. Éste le dijo a Earle que había leído acerca de él en las noticias y que estaba familiarizado con algunas de sus ideas sobre los Nazis y que por lo tanto sentía que compartían ciertas cosas en común. Pronto se pactó una reunión entre ambos, en el mismo punto aislado, por la noche. Duró varias horas.

Allí, el Barón von Lersner le hizo la misma pregunta al Comandante Earle: si las fuerzas anti-Nazi en Alemania le entregaran el Ejército alemán a las fuerzas estadounidenses, ¿podrían contar con una cooperación aliada para mantener a los soviéticos fuera de Europa Central? Por consiguiente, si Roosevelt aceptara simplemente una “rendición honorable”, declaró von Lersner, incluso si su grupo no asesinaba a Hitler, se lo entregarían a los estadounidenses. Además, el Ejército soviético estaría bajo control en zonas convenientes.

Nuevamente, dijo el Gobernador, envió un mensaje urgente codificado a la Casa Blanca, pidiéndole al Presidente Roosevelt que analizara lo que los anti-Nazis ofrecían. ¡Aún no le llegaba *respuesta*!

Luego hubo otra reunión con von Lersner que llegó con un plan adicional para rodear la remota Sede Militar del Este de Hitler y posteriormente movilizar el Ejército alemán hacia el Frente del Este hasta que pudiera concertarse un alto al fuego.

El Gobernador Earle dijo que después envió un mensaje de extrema urgencia al PRESIDENTE Roosevelt en Washington, no sólo por medio de la Valija Diplomática, sino a través de canales del Ejército y la Marina para *asegurarse* que esta vez el mensaje importante le *llegara* a FDR. Dijo que sentía que FDR y sus principales consejeros estaban bajo el encanto de Joe Stalin, o que Roosevelt equivocadamente sentía que podría encantar

a Stalin. Además, el Gobernador señaló, *¡la Casa Blanca ciertamente no era lugar para tratar de exponer la verdad sobre la Rusia soviética!*

Ante semejante declaración alarmante del Gobernador parpadeé una vez más y me senté en silencio.

Prosiguió diciendo que estaba muy seguro que la fuerte “influencia” de la Casa Blanca tenía el “oído” del Presidente, dispuesto a ver *todo el pueblo alemán erradicado*, sin importar cuántas *vidas de soldados estadounidenses tuvieran que sacrificarse* en el campo de batalla, en el mar y en el aire para lograr el objetivo monstruoso.

Se habían establecido planes en Estambul, dijo que al recibir la esperada respuesta favorable de FDR para llevar a cabo una rendición honorable, el Gobernador Earle voló a un sitio no divulgado en Alemania para recibir más detalles que llevarían a los términos de rendición de los enemigos de Hitler para enviárselos de inmediato a la Casa Blanca para tomar medidas. Un avión en Estambul esperó el siguiente paso, ¡esperó y esperó!

El Gobernador dijo que cada vez se sentía más desalentado y frustrado cuando no llegaba respuesta de Washington a sus mensajes urgentes.

Finalmente, en efecto, llegó una supuesta respuesta. Decía que debería aceptar con el Comandante de Campo cualquier propuesta para una paz negociada. ¿Acaso podía haber un procedimiento más impráctico o trágico?

Alarmado, comenté que debió haber sido un “desaire” desgarrador. ¡Ciertamente me pareció que eso era!

Recuerdo, en un instante, que a la decisión taimada del General Eisenhower de que nuestras fuerzas estadounidenses *no* tomaran Berlín ni Praga, cuya gente pedía de manera frenética rendirse ante los estadounidenses, equivocadamente se le denominó una “gran metida de pata”. Se dice que el mismo General Eisenhower tomó la decisión de contenerse, de esperar la llegada de las Fuerzas soviéticas y permitirles “ir primero”, para así atrapar un gran segmento de la civilización occidental para una fuerza enemiga.

El patrón mostraba gran parte de la manera de pensar del General Eisenhower en aquel entonces, si es que se puede decir que es discernible. No es de extrañar que Joe Stalin lo haya elogiado profusamente, ¡a su debido tiempo! Sin embargo, el encanto de los objetivos a largo plazo del Poder Monetario Mundial no estaba en la mente de los incontables buenos

estadounidenses uniformados, quienes hicieron el sacrificio supremo por su país. ¡Lejos de ello!

Ahora la civilización occidental deberá pagar muy caro, en las décadas venideras, por ésa y otras “metidas de pata” cuidadosamente planeadas. No fueron “metidas de pata”, simplemente reflejaban el Plan a largo plazo de Baruchistán, bien conocido por el General Eisenhower. ¿Qué oportunidad tenía el Comandante Earle de contactar a FDR?

Me senté frente a la mesa, adormecido, y recordé que el comienzo de la Invasión Normanda ocurrió a un año de los sucesos mencionados.

Nuestra reunión estaba por terminar. Le pregunté al Gobernador: – ¿Qué sucedió después?

Respondió: – Estaba sorprendido, muy desalentado y sentía que mi utilidad casi llegaba a su fin, así que regresé a los EEUU, volví a casa, y la Segunda Guerra Mundial siguió su rumbo planeado hasta que los soviéticos se sentaron a horcajadas sobre Europa.

Luego añadió: – Sin embargo, después de un rato decidí dar a conocer algunos de mis puntos de vista sobre nuestros supuestos aliados, los soviéticos, para alertar al pueblo estadounidense acerca de lo que estaba pasando en realidad. Contacté al Presidente, pero me prohibió de manera tajante darle a conocer mi opinión al público. Luego, cuando me solicitó el servicio activo de la Marina, fui enviado a Samoa, en el lejano Sur del Pacífico. Allí, mi vasta experiencia con los hipócritas soviéticos y nuestra oportunidad perdida para detener una carnicería innecesaria, para impedir una gran victoria soviética en Europa, no causaría ninguna impresión en los amistosos samoanos.

El Gobernador terminó la sorprendente historia de manera callada y reminiscente.

Me faltaban palabras para hacer algún comentario apropiado. No sentía que estuviera viendo a un exgobernador de Pensilvania, figura política del nuevo contrato, ¡sino a un valiente Oficial de la Marina de los EEUU!

Han pasado seis años o más desde aquel inolvidable almuerzo.

Recientemente hablé con el Gobernador y le dije que estaba escribiendo este libro. Le pedí permiso para describir los múltiples detalles que mencionó en nuestro almuerzo. Fue muy cortés e incluso me sugirió que contactara, por medio de su sobrino, a su amigo, B. Norris Williams, líder de la Sociedad Histórica de Pensilvania, para pedirle permiso de leer y examinar su colección de cartas personales archivadas. Sabiendo la situación de la Casa

Blanca hasta cierto grado, aprecié enormemente la oportunidad de leer y copiar algunas de las cartas entre FDR y Earle. Aportaron mucho en la discusión de uno de los episodios más dramáticos e importantes de la Segunda Guerra Mundial. Se ignoraron de manera deliberada los esfuerzos constructivos de mucha gente alemana razonable, lo que hizo posible los planes de los socialistas del mundo y sus banqueros de entronizar a los soviéticos, a expensas de la humanidad, en especial la civilización occidental.

Por consiguiente, “Las cartas George Earle” son de suma importancia. Sólo Dios sabe cuántos vidas habrían podido salvarse si FDR hubiera tenido el deseo y la habilidad para haber enviado un telegrama diciendo “George, díles, sí; envía detalles. FDR”.

En la Sociedad Histórica de Pensilvania fui muy bien recibido por el Sr. William y obtuve permiso para ver las cartas de Earle. Varias horas más tarde, tras verlas y reflexionar, me fui con gran pesar.

Recordarán que los esfuerzos del Comandante Earle tuvieron lugar 18 meses antes de que la Segunda Guerra Mundial llegara a su sospechoso y opresor fin. Por lo tanto, parece que los consejeros de FDR estimaron que las muertes estadounidenses “asignadas” eran bastante prescindibles. Si en 1943 se hubiera detenido la guerra, como *pudo haber pasado*, habría habido millones de víctimas menos, menos deuda, no habría habido montaje soviético temerario y descarado, ni Berlín “oriental” y “occidental”. No habría habido diluvio de “dinero fantasma” (moneda militar rusa) filtrándose de vuelta a los EEUU para enriquecer enormemente a unos cuantos promotores interinos del poder mundial, por un valor de muchos miles de millones; ¡no habría habido Muro de Berlín! Sin embargo, el verdadero Muro, para engañar al pueblo estadounidense, se ha establecido en círculos importantes de Washington y funciona bien.

¿Acaso alguien puede pensar por un segundo que un General de Campo pudo haber recibido por parte del pueblo alemán una sugerencia confidencial de alto rango para lograr una “paz negociada”, a través del Comandante Earle? Lo dudo. La respuesta oculta que finalmente se le envió al Comandante Earle en Estambul desde la oficina presidencial era cínica, cruel y evasiva.

El General Patton sabía el resultado, pero murió “temprano”. El Secretario James Forrestal sabía el resultado y también murió “temprano”. El General Douglas MacArthur ciertamente sabía el resultado. Al parecer, Harry Truman no; tal vez no quería saberlo. Una

copia de la carta del 28 de febrero de 1947, dirigida al Gobernador Earle, que aparece al final del capítulo junto con otras cartas, bien pudo haber sido firmada por “Alicia en el país de las maravillas” en lugar de por un Presidente de los Estados Unidos. (Prueba I) Con respecto a las cartas, dos resaltan en mi mente; ambas con fecha del 24 de marzo de 1945 y enviadas desde la Casa Blanca al Comandante George H. Earle en Filadelfia.

Según parece, el Comandante Earle recientemente le había enviado un regalo al Presidente Roosevelt por medio de su hija, Anna. Ella firmó una de las dos cartas a las que hago referencia. (Prueba II) El sobre tiene sello de las 9 p.m., Washington, D.C.

Un estudio de éste indica que George Earle (un anti-Nazi ferviente) se había percatado de los planes de nuestro “aliado”, los soviéticos. Por lo tanto, quienes favorecían a las personas designadas o algunos líderes del Consejo de Relaciones Exteriores para que estafaran al pueblo estadounidense mediante las políticas básicas de la Segunda Guerra Mundial, lo percibieron como *extremadamente peligroso*. Con excepción de los últimos dos renglones de la carta, me parece obvio que algún leguleyo izquierdista instalado en la Casa Blanca que estaba listo para tales asignaciones cuidadosamente la preparó para la firma de Anna.

Fíjense en el primer párrafo que contiene la trampa legal cuidadosamente parafraseada para el Comandante Earle, que dice que si llevara a cabo el programa señalado de criticar y comentar públicamente algunos de los movimientos de los soviéticos, se le declararía culpable de traición. (La traición se define como proporcionar ayuda y facilidades al enemigo en tiempos de guerra). Por consiguiente, no podía haber fraseología más fuerte o peligrosamente hecha por un abogado.

Por supuesto, muy pocos sabían que, en 1943, George Earle, actuando bajo garantías confiables de primera mano en Estambul, pudo haber dado los pasos necesarios para *negociar una paz con Alemania* si tan sólo FDR hubiera dicho la palabra “procedan”, y no hubiera permanecido callado.

Continuando, las palabras sorprendentes con las que empezó el segundo párrafo eran: “Conforme nos *acercamos* a la fase crítica de la guerra contra Alemania” y “tal vez nos cueste miles de vidas”. En vista del valiente esfuerzo de George Earle en 1943, ciertamente fue un *gran fracaso*. Leí la carta con un sentimiento de consternación.

Estoy seguro de que FDR ya había recibido el regalo de George Earle, como se menciona, pero no quería dejar constancia de haberle agradecido, agradecerle a un amigo en la misma carta en la que estaba cerca de destruir la credibilidad del Comandante así como su utilidad como Oficial importante de la Marina estadounidense.

Al leer la segunda carta con fecha del 24 de marzo de 1965, la de FDR al Comandante Earle, (Prueba III) sobre el mismo asunto, es claro que quien la haya preparado para la firma de FDR tenía miedo siquiera de mencionar el nombre de *los soviéticos*, o incluso el término inexacto, rusos. Obviamente, los consejeros debieron ver que la situación era muy delicada.

Al parecer, en aquel entonces no querían que nadie *viera o leyera* semejante carta, ¡por miedo a que “la presa se les fuera de las manos!”

La carta emplea la palabra “traición”. Es extraño y feo que *alguien* utilice la palabra para referirse a un Oficial distinguido de la Marina que ha arriesgado su vida, junto con las de muchos otros, para enviar información de inteligencia certera y vital a su Comandante en Jefe; información acerca de un grupo que no es realmente nuestro aliado, sino que incluso en ese entonces buscaba hacernos sangrar y destruirnos para entronizar su culto sin dios en todas las naciones europeas con mentalidad espiritual.

Uno sólo puede preguntarse con gran pesar, ¿*dónde* ocurrió la verdadera “traición”?

Por supuesto, FDR tenía el derecho, como Comandante en Jefe, de prohibir la publicación de los comentarios que *cualquiera* hiciera en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, salvo que se aprobaran debidamente. Pero, ¿a qué le tenía tanto miedo FDR, como para hacerle tomar semejantes medidas extremas? ¿Por qué el sorprendente trato hacia el Comandante Earle? ¿El millón de vidas humanas en juego? ¿Los 18 meses más de carnicería? ¿Por qué?

Alrededor de tres semanas después de que se le escribiera la carta al Comandante Earle, FDR partió de esta vida en Warm Springs, Georgia. El Comandante Earle se encontraba en Samoa, al Sur del Pacífico. El ejército soviético, bien armado con nuestras municiones de guerra, continuó dirigiéndose hacia el Oeste de Europa.

No hay duda de que el 24 de marzo de 1945 la salud del Presidente estaba flaqueando, o había flaqueado. Al parecer sus consejeros se habían instalado. También es posible que FDR se hubiera vuelto una especie de “cautivo” político. Sin embargo, había algunas

personas cercanas que no tenían razón para seguir adelante, alegremente, y hacer la licitación de los Planeadores del poder mundial, a no ser que fuera por algún propósito egoísta.

Tal vez, en sus últimos días, FDR reflexionó profundamente sobre las observaciones pertinentes de su amigo político y de la universidad, George Earle. ¡Quizás al final se haya dado cuenta de que él había sido la persona engañada! Si no lo habían engañado, *¿qué había sido? ¿Qué éramos nosotros?*

El Almirante Canaris, como resultado de su valiente esfuerzo patriótico y humanitario, fue capturado y colgado por Hitler, con un collar de hierro alrededor del cuello. ¡Tardó *treinta minutos* en morir! Colgaron y ejecutaron a muchos otros líderes anti-Nazi de alto rango. El plan subsecuente para eliminar a Hitler por medio de la explosión de una bomba en la sala de mapas en su sede en el bosque, a penas lo hirió. El plan fracasó, con la pérdida de varios miles de vidas de alemanes patrióticos. El Coronel Conde Claus von Stauffenberg llevó la bomba en su maletín.

Franklin D. Roosevelt ya no vive y no se le puede llamar para que explique la razón por la que rechazó o evadió los mensajes urgentes que le envió su agregado personal, el Comandante Earle, en 1943, acerca de considerar una posible paz negociada con Alemania. Sin embargo, ahora parece que los estadounidenses justos deben una muestra tardía de gratitud, extendida por nuestro Gobierno, al pueblo alemán, en memoria de los muchos buenos ciudadanos alemanes que, por medio del Comandante Earle, intentaron destituir a Hitler para acortar la Segunda Guerra Mundial. La misma muestra se le debe al Comandante Earle.

Un reciente artículo de periódico decía:

The New York Times, 21 de julio de 1964, página 8...

“Líderes políticos y religiosos de Alemania Occidental se unieron para honrar a los hombres que, el 20 de julio de 1944, intentaron asesinar al dictador Nazi, como mártires y salvadores de la tradición moral de ‘otra Alemania’ no Nazi”.

“– Los mártires murieron para que pudiéramos vivir por esa otra Alemania, – dijo el Cardenal Julius Döpfner en una misa fúnebre en Berlín Occidental”.

“El Obispo Evangelicano de Hanover, el Dr. Hans Lilge, dijo en otro servicio fúnebre que el 20 de julio los conspiradores actuaron porque creían que la cadena de inhumanidad y la ‘culpa’ del régimen Nazi se podían romper...”

“En Bonn, el Canciller Ludwig Erhard, el ex Canciller Adenauer y el General Heinz Trettner, Jefe de las Fuerzas Armadas, colocaron guirnalda en una ceremonia en la Universidad de Bonn”.

“Se llevaron a cabo muchas otras ceremonias fúnebres por todo el país en el aniversario del atentado del Oficial del Ejército, el Conde Claus von Stauffenberg, de asesinar a Hitler con una bomba en un maletín en la sede de Prusia Oriental”.

“La bomba explotó, pero Hitler sólo fue herido levemente. Rápidamente se reprimió la movida tardía del grupo anti-Nazi que intentaba dar un golpe de estado”.

“Más tarde ejecutaron a dos cientos participantes en la conspiración y liquidaron a 5,000 personas más, sospechosas de actividad de resistencia antes de que la guerra terminara diez meses más tarde”.

“Eugen Gerstenmair, Presidente del Parlamento, quien fuera otro sobreviviente de la resistencia alemana, dijo que era un *error asumir* que los movimientos contra Hitler *comenzaron cuando quedó claro que la guerra estaba perdida*”. (Itálicas mías.)

Por consiguiente, el gran error de FDR, malamente llamado “metida de pata”, al ignorar por completo aquella oferta oportuna de negociar una paz temprana, fue semejante a una calamidad nacional para los Estados Unidos y para el Mundo, una victoria para sus consejeros y sus planes.

Sólo se puede agregar que los creadores de las imágenes falsas están operando hoy... tiempo completo, engalanados en la Casa Blanca y en Capitol Hill, ocupados creando “noticias manipuladas” para usted y para mí, incluso reteniendo algunas noticias. Con respecto a ello, el Comandante Earle sabría exactamente lo que quise decir. Al parecer, hoy en día las víctimas estadounidenses siguen siendo poco importantes.

PRUEBA I

La Casa Blanca, Washington

28 de febrero de 1947. Querido Gobernador:

Agradezco mucho su nota del 26 de febrero y estoy muy contento por su decisión con respecto a la Asociación Anticomunista Estadounidense.

La gente está muy consternada por la “pesadilla” comunista, pero soy de la opinión que el país se encuentra perfectamente a salvo en cuanto al Comunismo se refiere. Tenemos demasiada gente cuerda. Nuestro Gobierno está hecho para el bienestar del pueblo y no creo que llegue el tiempo en que alguien verdaderamente quiera ponerle fin.

Atentamente:

Harry Truman

H. George H. Earle,
Grays Lane, Haverford, Pensilvania.
(93744-388A)

PRUEBA II

La Casa Blanca, Washington

24 de marzo de 1945, 9 PAL

Estimado Comandante Earle:

Su carta del 21 de marzo me perturbó enormemente ya que me es muy difícil creer que usted quiera llevar a cabo un programa, tal como lo señaló, cuando resulta bastante obvio que le daría ayuda y facilidades al enemigo. No puedo entender por qué un ciudadano estadounidense querría hacer eso.

Conforme nos acercamos a la fase crítica de la guerra contra Alemania, parece evidente que toda acción que perturbe la relación de amistad con nuestros aliados le ayudará al enemigo y, al hacerlo, quizá nos cueste miles de vidas. Con base en ello, por lo tanto, estoy segura que mi padre no querría que llevara a cabo su programa.

Llegó su interesante regalo para mi padre, se lo daré esta noche.

Atentamente:

(Firmado) Anna Roosevelt Boettiger

Com. George H. Earle

Club de Tenis
Filadelfia, Pensilvania

PRUEBA III

La Casa Blanca, Washington

24 de marzo de 1945

Estimado George:

Leí la carta del 21 de marzo dirigida a mi hija Anna y me preocupó su plan de publicar su opinión desfavorable sobre uno de nuestros aliados en una época en que algo semejante por parte de un ex emisario mío dañaría nuestro esfuerzo de manera irreparable. Como dice, ha ocupado importantes puestos de confianza en el Gobierno. Publicar información obtenida en esos puestos sin la autoridad competente sería una gran traición. Dice que la publicará a no ser que le diga antes del 28 de marzo que no quiero que lo haga. No sólo no quiero, sino que le prohíbo tajantemente publicar cualquier información u opinión sobre algún aliado, que haya adquirido durante el cargo o servicio de la Marina de los Estados Unidos.

En vista de su deseo por el servicio activo continuo, retiraré todo conocimiento de que usted sirve como emisario mío y le indicaré al Departamento de Marina que continúe con su trabajo en donde sea que puedan hacer uso de su servicio.

Lamento que la presión de los asuntos me impidiera verlo el lunes. Valoro nuestra antigua relación y espero que el tiempo y las circunstancias algún día nos permitan reanudar nuestro buen entendimiento.

Atentamente:

Franklin D. Roosevelt

Com. George H. Earle
Club de Tenis
Filadelfia, Pensilvania
(93744-387A)

PRUEBA IV

La Casa Blanca, Washington, D.C.

2 de abril de 1945

5 P.M. Washington

Estimado George:

Acaba de llegarme su carta del 26 de marzo y ya se ejecutaron sus órdenes de prestar servicio en el Pacífico. Ya cambié instrucciones una vez, creo que es mejor que siga adelante, las ejecute y vea qué piensa sobre la guerra en el Pacífico como uno de nuestros problemas.

Los mejores deseos;

Atentamente:

Franklin D. Roosevelt

Comandante George H. Earle, Reserva de la Marina de los Estados Unidos

Club de Tenis, Filadelfia, Pensilvania.

(Subrayado mío)

CAPÍTULO XXI

Mi visita al Almirante Kimmel

(Nota del autor: fue un placer, durante las fases finales de la edición del libro, el que se me haya concedido una entrevista exclusiva con el Almirante Husband E. Kimmel, cuya mala fortuna fue ser heredero, de manera completamente injusta, de parte de la culpa por el desastre en Pearl Harbor. Sus comentarios durante la conversación fueron tan pertinentes para el propósito de este libro, que los añadimos aquí para señalar con aún mayor claridad la perfidia que se le impuso al pueblo estadounidense en aquellos oscuros días de la historia de los Estados Unidos.)

El Almirante Kimmel, más que ningún otro oficial de la Marina, ciertamente conoce el “resultado” de “Pearl Harbor” y hoy puede declarar la verdad.

Me perturbó leer en la publicación del 12 de diciembre de 1966 de una reconocida revista un artículo sobre el 25º aniversario de “Pearl Harbor” en el que “Kimmel de 59 años se vio forzado a retirarse tres meses más tarde y desde entonces ha vivido en un estado de desgracia suspendida”. Esa clase de reportaje no era sino un pobre intento por servir a la causa del Poder Mundial para sustentar su mosaico de desinformación cuidadosamente armado y diseñado para esconder hechos reales y, en este caso, ocultar y continuar desviando la atención de las fuerzas que están al acecho detrás del ataque japonés promovido en Pearl Harbor, y culpar injustamente a nuestros comandantes militares en Hawái.

Aunque nunca había conocido al Almirante Husband E. Kimmel, en ese mismo momento decidí escribirle una carta para ver si nos reuníamos a fin de saber con mayor certeza a quiénes culpar, no al Almirante Kimmel ni al fallecido General Short, a quienes el gobierno trató de manera equivocada y fueron victimizados por grandes poderes dentro y fuera de Washington.

Recuerdo haber leído que el Almirante William (Toro) Halsey le escribió al Almirante Kimmel: “Te colgaron el sambenito”. Sí, es muy claro que “le colgaron el sambenito” al Almirante Kimmel, pero cada vez es más claro que el “sambenito” que le colgaron no “fue hecho en Alemania”, por así decirlo, sino “en Washington”.

Por consiguiente, el 16 de diciembre de 1966 le escribí al Almirante, me presenté y le pedí que nos viéramos en su hogar a una hora conveniente para discutir asuntos de mutuo interés, incluyendo Pearl Harbor.

A su debido tiempo recibí una respuesta cordial de parte suya en la que decía que había estado sumergido en una inundación como de seiscientas cartas que recibí a partir del 25º aniversario de Pearl Harbor. Estableció la fecha de nuestra reunión para el 3 de febrero de 1967.

Ese día viajé desde Filadelfia para verlo en Groton, Connecticut, con mucha anticipación, para lo que resultó ser una tarde memorable.

Tras manifestarle el gusto que me daba visitarlo, me pareció apropiado decirle al Almirante, al comienzo, que trataría cualquier comentario que él hiciera con total confidencialidad si así lo deseaba.

Ante eso se rio y respondió: – Coronel Dall, puede repetir todo lo que yo diga a cualquier hora y en cualquier lugar.

Hice referencia a varios artículos que aparecieron en periódicos y revistas de prestigio que lo citaban ampliamente sobre el asunto de Pearl Harbor.

Asintió desde las profundidades de una gran silla y dijo: – Mis declaraciones son ciertas.

Luego mencioné el modesto servicio que presté en la Marina durante la Primera Guerra Mundial y que mi amigo de años posteriores, el Almirante Zacharias, fue quien me alertó primero sobre el hecho de que habíamos descifrado el código secreto de Japón muchas semanas antes de Pearl Harbor.

El Almirante asintió nuevamente. Luego sus observaciones y recuerdos sobre líderes militares y figuras políticas reconocidas comenzaron a revelarse.

Entonces me relajé en un gran sillón viendo al Almirante Kimmel en su cómoda biblioteca y la conversación tocó numerosos temas de interés.

El brillo usual en sus ojos combinaba con la luz que entraba al cuarto y reflejaba el paisaje cubierto de nieve que rodeaba su casa. Era un hermoso y fresco día de invierno. Sin embargo, en ocasiones el brillo en los ojos del Almirante desaparecía y su voz, que normalmente era suave, de repente se alzaba y se volvía fuerte y enfática.

El Almirante Kimmel dijo que pensaba que la razón por la que recibió semejante diluvio de cartas desde el día de Pearl Harbor, en 1966, era que muchos estadounidenses se habían percatado del gran engaño empleado en ese momento y que sentían que aún se nos alimenta con la misma dieta fraudulenta y que todavía nos victimizan los que promueven el poder mundial, cuidadosamente colocados en las altas esferas del gobierno.

De repente dije: – Almirante, ¿por qué su predecesor, el Almirante Richardson, fue removido de su puesto?

Su respuesta vino rápida como el rayo: – Quería que la base de la Flota estuviera en nuestra Costa Oeste. De hecho, fue a Washington, habló con Stark [Almirante Stark, Jefe de Operaciones de la Marina] y le pidió a él y a otros tal movimiento, en vista de la tensión que empezaba a provocarse en el Lejano Este. Richardson lo pensó y dijo que era difícil defender Pearl Harbor con las fuerzas y el equipo disponible ahí: 360 grados de océano que cuidar, difícil mantener la flota con suficiente combustible, vulnerable a un ataque submarino, artillería anti-aviones inadecuada provista al ejército; todo era bastante cierto. Al no poder hacer ningún progreso con el Almirante Stark, decidió ir a ver al Presidente. A él también le pidió que la Flota en el Pacífico tuviera una posición más segura y estratégica. Roosevelt se hizo de oídos sordos, ¡no escuchó! Finalmente, Richardson golpeó con fuerza la mesa diciendo que le había presentado sus recomendaciones a la máxima autoridad y regresó a Hawái.

– Pronto fue relevado de su cargo y lo sustituí. Enseguida hablé con Richardson y le dije que yo tenía nada qué ver con el asunto en Washington y que estaba de acuerdo con las recomendaciones que rechazaron.

El Almirante continuó: – Coronel Dall, bastante interesante o quizá bastante significativo, no había estado mucho tiempo al mando cuando llegó una orden desde Washington para que transfiriera varios acorazados mayores y algunos auxiliares, incluyendo buques petroleros hacia otras áreas, lo que redujo mi fuerza en un 20%. Luego, varios meses después, en junio de 1941, según recuerdo, se me ordenó destacar y transferir más acorazados mayores. Muy perturbado en ese momento, fui a Washington y protesté contra la orden proveniente del Almirante Stark. De cierta forma logré que modificara la orden, pero se me debilitó más; es algo que me desconcertó muchísimo.

Señalé: – Almirante, en el viaje de junio, ¿fue a ver a FDR?

– Sí, – fue la respuesta, – traté, pero Roosevelt no quiso verme.

Ante mi mirada de sorpresa, el Almirante continuó: – Para resumir, a finales de otoño de 1941, no mucho tiempo antes de que sucediera el ataque, el Departamento de la Marina en Washington ordenó que se destacaran mis tres cargadores, enviando uno a vigilar, otro a medio camino y uno a aguas nacionales. Así que, el 7 de diciembre de 1941, mi flota estaba desprovista de la fuerza de los cargadores aéreos. El General Short tenía alrededor de 12 aviones de reconocimiento del Ejército, ¡de los cuales sólo seis estaban en condiciones para hacer reconocimiento sobre agua!

Enseguida, el Almirante se puso de pie y caminó lentamente por el cuarto para estirar las piernas y prosiguió con sus alarmantes observaciones.

– Coronel Dall, esto tal vez lo sorprenda más, pero descubrí que la Fuerza Especial japonesa que se aproximaba a Pearl Harbor tenía órdenes específicas, si las Fuerzas estadounidenses en Pearl Harbor se daban cuenta *antes* de iniciar el ataque, ¡de regresar inmediatamente sin atacar! Por consiguiente, para mí esto explicaba por qué mucha información de suma importancia contenida en los telegramas japoneses decodificados y traducidos que se recibieron en Washington se le negaron deliberadamente a los Comandantes de EEUU en Hawái, para que los japoneses no alteraran sus planes de atacar bajo las condiciones favorables que Washington había creado para ellos.

En ese momento, el Almirante citó un mensaje secreto enviado desde Tokio a la Embajada japonesa en Washington D.C. el 1 de diciembre de 1941: – para prevenir que los Estados Unidos desconfíen demasiado, les hemos estado diciendo a la prensa y a otros que aunque hay enormes diferencias entre Japón y los Estados Unidos, las negociaciones siguen en pie. (Lo anterior es sólo para su información.)

– Nunca recibí esa información, – dijo el Almirante Kimmel y añadió: – la tarde del domingo del 6 de diciembre de 1941 se interceptó y decodificó un mensaje que venía de Tokio a la Embajada en Washington, que indicaba que un mensaje muy importante de catorce puntos iba en camino para su Embajador en Washington.

– Alrededor de las tres de la tarde del 6 de diciembre de 1941, habíamos recibido, decodificado y traducido trece de los catorce puntos. A medianoche se distribuyeron a los funcionarios del gobierno más importantes.

– Cuando se le entregaron los trece puntos al Presidente en la Casa Blanca, alrededor de las 9:00 P.M. (3:30 de la tarde del sábado en Hawái), señaló: – Esto significa guerra.

¿*Por qué* el Comandante en Jefe de nuestras Fuerzas Armadas o el Almirante Stark, que actuaba bajo su dirección, no enviaron un mensaje de radio, por medio de las excelentes instalaciones de la Marina, al Almirante Kimmel y al General Short, que los *alertara* del peligro inminente? ¡Duele tanto pensar en esa pregunta! ¿Por qué?

Una de las responsabilidades principales de los funcionarios es cuidar las vidas y la salud de los hombres que sirven bajo su cargo, como simple deber. Representa la fe que existe entre hombres fieles y combatientes. Incluso aunque los líderes del poder mundial y sus amigos en los grandes salones bancarios del poder monetario mundial presionaran políticamente en gran medida a FDR, tanto aquí como en el exterior, para involucrarnos en una guerra, y aunque FDR nunca se hubiera dedicado mucho “tiempo”, como soldado, a los campos de entrenamiento y de batalla. ¡Por mucho tiempo no logré entender *por qué* el Presidente no les envió una alerta de radio al Almirante Kimmel y al General Short! Sin embargo, dos días después apareció el rotundo mensaje de FDR, perfectamente enviado al sorprendido, pero engañado Congreso que se había reunido de manera solemne. ¡Mucho más importante habría sido la advertencia oportuna que se le enviara el sábado al Almirante Kimmel!

Recuerdo las palabras a menudo citadas: “una fecha que permanecerá en la infamia”. Ciertamente no se trataba de una atenuación de parte suya. La “infamia” estaba presente de manera manifiesta en varias áreas, ¿pero dónde estaba exactamente su corazón? Estaba muy lejos de las bombas que llovían sobre los miles de estadounidenses crédulos y fieles en Pearl Harbor.

El Almirante Kimmel me dijo: – Temprano al día siguiente, la mañana del domingo del 7 de diciembre, el General Marshall y el Almirante Stark se reunieron en la oficina de este último en el Departamento de la Marina. Alrededor de las 9:00 a.m., acababa de interceptarse, decodificarse y traducirse la decimocuarta parte del mensaje japonés. Seguían siendo apenas las 3:30 a.m. en Pearl Harbor, bastante tiempo para la alerta.

– El General Marshall se movía por toda la oficina de Stark pretendiendo no haber entendido las trece partes recibidas la tarde del sábado. En cuanto a su viaje a caballo

durante la mayor parte de la mañana en Virginia, que tanto había hecho público, era una mera fabricación.

– Stark le dijo a Marshall: – *Llamémosle por radio a Kimmel y alertémoslo.* – Marshall respondió: – *Mejor no. Podrían detectarlo los japoneses* y complicar las cosas. (Énfasis proporcionado.)

– Stark, puedo contactarlo por el radio de la Marina en unos 15 minutos.

– Marshall, le enviaré un telegrama más tarde.

– Y finalmente sólo hizo eso, – exclamó el Almirante, – Marshall me envió un telegrama normal, por Western Union, ¡en el que me indicaba que no había ni urgencia ni prioridad de trato!

Para concluir el episodio, el Comandante retirado dijo: – Aproximadamente dos horas después de que las bombas *hubieron caído*, recibí el telegrama de Marshall, por Western Union; estaba tan enojado por haber recibido un telegrama comercial de Western Union que, después de leerlo, lo arrugué y lo eché al basurero. Sin embargo, el Almirante Stark le había enviado su mensaje al Almirante Bloch, justo *antes*, para tratar de averiguar qué había sucedido. En aquel entonces Bloch era Comandante de la estación local de la Marina en Pearl.

¿Cuánto he conjeturado sobre lo que sucedió en la Casa Blanca poco después de que las bombas japonesas explotaran, cuando FDR y otros altos funcionarios en Washington habían recibido los sorprendentes detalles del holocausto en Pearl Harbor?

Se informa que Francis Biddle, el Procurador General, recuerda haber observado a FDR en ese entonces, quien parecía aturdido, apartado y callado. Para mí, no era de sorprender tal reacción, en vista de la magnitud de sus errores, ¡o el no advertir al Almirante Kimmel sobre el peligro inminente la noche previa! (Ref: *Newsweek*, 12 de diciembre de 1966, página 42.)

El Almirante luego me preguntó si lo acompañaría a tomar una taza de café, así que nuestra conversación se desvió hacia una nueva área.

Le dije: – Almirante, ¿qué sucedió después, tras la partida de las Fuerzas Especiales?

Respondió: – Después de unos días llegó el Juez Owen Roberts con una comisión de Washington, designada por el Presidente Roosevelt para investigar la situación, aunque, más bien para presentar los tan necesarios “chivos expiatorios”, por supuesto, el General

Short y yo, para que los ojos del pueblo estadounidense indignado pudieran enfocarse en individuos en Hawái, no en la política de Washington para intentar explicar la gran tragedia.

– Diez días después del ataque se me relevó de mi cargo; y en treinta, me retiraron.

– Roberts de inmediato procedió a llevar a cabo sus audiencias de la manera más arbitraria, blandiendo el hacha legal como un Cruzado.

– En cuanto a mí, el principal objetivo, no me permitieron tener ninguna asesoría legal, no me permitieron saber quiénes más habían testificado. Aunque supuestamente el equipo de grabación estenográfico de la isla estaba defectuoso y no era adecuado para tal procedimiento, Roberts no me permitió revisar y corregir mi testimonio cuando lo terminé, ¡aun cuando había completas distorsiones grabadas y falsificación de la verdad!

– Finalmente protesté y tuvimos una reunión muy turbulenta al respecto. No hay duda de que Roberts tenía una misión específica qué realizar para las autoridades en Washington, por consiguiente en verdad estaba determinado a regresar con los resultados deseados. En mi opinión, ¡era un arrogante...!

– La teoría de la extensa rivalidad inter-servicio, que la prensa aprovechó con tanta avidez, pronto salió del cascarón. Supuestamente, el General Short y yo ya no nos hablábamos. ¡La fabricación era tan absurda como falsa! Éramos amigos y nos consultábamos todos los asuntos de importancia.

Entonces el Almirante me mostró una extensa carta que le había escrito al Hon. Clarence Cannon, Congresista de Missouri, Edificio de Oficinas, Washington, D.C., con fecha del 3 de junio de 1958, en la que protestaba por la exactitud de los numerosos comentarios que el Congresista sintió que debía hacer en el piso de la Cámara de Pearl Harbor, el 6 de mayo de 1958. Se incluyeron sus comentarios en el Registro del Congreso con esa fecha. Cito a Kimmel: “Por sus comentarios me enteré por primera vez del origen de la mentira que decía que el General Short y yo no nos hablábamos en el momento del ataque. Me encantaría saber la identidad del individuo que le dio este testimonio ante el Subcomité de Presupuestos. Con respecto a la supuesta falta de cooperación entre el General Short y yo, su declaración es completamente equivocada. La Comisión de Investigación de la Marina descubrió que ‘el Almirante Kimmel y el Teniente General

Short eran amigos cercanos. Se reunían con frecuencia, tanto de manera social como oficial”. (Determinación de hecho número 5.)

Cito nuevamente parte de la segunda carta a Cannon, ambas sin respuesta: “Le repito una vez más, Sr. Cannon, el éxito del ataque en Pearl Harbor no fue resultado de las rivalidades intra-servicio allí. Fue causado porque Washington deliberadamente no les proporcionó a los Comandantes en Hawái la información disponible a la que tenían derecho. La información que se les *negó* a los Comandantes hawaianos se les *proporcionó* a los Comandantes estadounidenses en las *Filipinas y a los británicos*”. (Énfasis, mío.)

– El Informe Roberts era un desorden, – agregó el Almirante, – lleno de inexactitudes evidentes para servir al propósito, para volverme el “Chivo”, junto con el General Short, para intentar evitar el impacto esperado del ultimátum de Hull a los japoneses del 26 de noviembre de 1941 y las amplias tentaciones estudiadas para que nos atacaran, en Pearl Harbor, bajo circunstancias que presentaran poco riesgo.

– Almirante, – le dije, – el Consulado japonés en Honolulu le estaba proporcionando a Tokio toda la información sobre qué barcos se localizaban en qué área de Pearl Harbor, por lo tanto, ¿no es verdad que en diciembre de 1941 ya sabían claramente que nuestros cargadores de la fuerza aérea de la Marina estaban ausentes?

– Desde luego, – fue su respuesta, y añadió: – más tarde leí los mensajes decodificados y traducidos que interceptamos los días 5 y 6 de diciembre de 1941, que abarcaban ese punto en particular, ¡por supuesto, por supuesto! En ese momento yo no disponía de esa información.

Noté que había hecho una breve comparación entre el Informe Roberts sobre Pearl Harbor y el Informe Warren sobre el asesinato del Presidente Kennedy en mi libro casi terminado; lo que me pareció que el Congreso debería implementar sin demora una investigación para dar a conocer toda la verdad de este último trágico incidente. También le leí varias páginas, las cuales escuchó con gran interés, lo que me indicaba su aprobación.

Al dejar la taza de café, el Almirante dijo: – Después de bastante tiempo y mucho esfuerzo me concedieron una audiencia ante la Comisión de Investigación de la Marina en Washington. Fue la única investigación acerca de Pearl Harbor en la que se me permitió interrogar a quien fuera y llamar testigos. En particular quería llamar al Secretario de Guerra, Henry L. Stimson, al estrado, ya que estaba muy involucrado en todo el asunto.

Tenía muchas ganas de hacerle varias preguntas pertinentes. ¡Sus respuestas habrían sido sumamente interesantes! Sin embargo, Stimson hábilmente esquivó la Comisión de Investigación de la Marina, fingiendo estar enfermo y mintiendo al respecto. Por casualidad, esa mañana me topé con él en Nueva York, ¡en la calle Williams! De todo el personal en Washington, me parecía que el Secretario Knox era el hombre más motivado por el factor de honestidad.

– ¿Qué hay de FDR? – Pregunté. El Almirante hizo una pausa y miró afuera por un momento, luego continuó: – Bueno, en 1915, Coronel Dall, yo era Teniente de la Marina, de dos franjas. Conocí a FDR y a la Sra. Roosevelt cuando era Subsecretario de la Marina. Según recuerdo, venían a San Diego, California, con el Vicepresidente Marshall para la celebración de la terminación del Canal de Panamá y para examinar la Flota. Me asignaron asistir a FDR durante dos semanas. Eran gente muy encantadora, pero me cansé de cargar el abrigo de la Sra. Roosevelt. Más tarde fui promovido a Teniente Comandante y Oficial de Artillería de la Flota Estadounidense, bajo el mando del Almirante Hugh Rodman, unida en aquel entonces a la Gran Flota británica, con base en Scapa Flow, Escocia. Di una conferencia sobre Artillería Naval, mi especialidad, en numerosos barcos británicos y estadounidenses y conocí a muchos buenos oficiales.

– A principios de la Primera Guerra Mundial, FDR, como Subsecretario de la Marina, visitó al Almirante Rodman en su Buque insignia en Scapa Flow. Resultó que fui uno de los presentes en el almuerzo que el Almirante ofreció en honor a FDR. Ciertamente dio un giro inesperado y nada placentero. Rodman tenía voz de becerro, pero hacía las cosas y las hacía bien. Al comienzo del almuerzo se le ocurrió preguntarle a Roosevelt cuál era el propósito de su visita a Scapa Flow. Roosevelt contestó que fue para evitar la responsabilidad por cualquier mal manejo de la Marina que pudiera afectar al Partido Demócrata, con lo cual el Almirante Rodman se puso tenso y su voz retumbó: – Señor Secretario, si ésta es la razón de su viaje hasta aquí, ¡será mejor que haga sus maletas y vuelva a casa de inmediato!

El Almirante Kimmel añadió: – Me agradaban los británicos, el Almirante Beatty era realmente un oficial espléndido. Pero, volviendo a la pregunta sobre tu exsuegro, digo que no habría dudado ni por un segundo aprovecharse de quien fuera, incluso de su propia madre, si lo necesitara para ayudarse políticamente. – Después de eso me vino un

pensamiento. Sin duda otros hombres habían detectado ese punto vulnerable, como se describe, en el carácter de FDR y lo habían capitalizado con éxito para promover sus propios objetivos a largo plazo.

Al mirar afuera, noté que el sol estaba por ocultarse y de pronto me di cuenta que habían pasado más de dos horas desde mi llegada. Me puse de pie y me preparé para partir.

El Almirante me acompañó hasta la puerta principal, conforme me subía al auto que me esperaba, hice una señal de despedida con la mano y recibí otra a cambio. De este modo dejé al Almirante Kimmel y me dirigí a Nuevo Londres y a Nueva York.

El tren rumbo a Nuevo Londres pronto se llenó de marineros bulliciosos que iban a la gran ciudad para descansar el fin de semana. No hay duda, pensé, que eran como muchos de nuestros jóvenes marinos en Pearl Harbor cuando se les canceló su permiso de fin de semana de manera repentina y permanente.

Muchos pensamientos pasaban por mi mente, así que abrí mi maletín y busqué papel para hacer anotaciones sobre los varios asuntos discutidos en casa del Almirante.

Así que, algún reportero de revista decepcionado, fastidiado por alguna entrevista con el Almirante Kimmel, escribió la perjudicial y degradante declaración, es decir, “El Almirante de 59 años se vio forzado a retirarse tres meses más tarde y desde entonces ha vivido en un estado de desgracia suspendida”. Las últimas dos palabras de esa dura declaración, o declaración errónea, para ser precisos, realmente dolían: “desgracia suspendida”.

En Nueva York, donde pasé la noche, encontré un diccionario y noté que la palabra *suspendido* se definía como “estado de indecisión o de *indeterminación*”. Por lo tanto puedo señalar que la Comisión de Investigación de la Marina *determinó*, para decirlo con moderación, como lo declara el Presidente de la misma, el Almirante Orin G. Martin, “Encontramos que el Almirante Kimmel *hizo todo* lo posible bajo las circunstancias”. (Referencia: la segunda carta de Cannon, con fecha del 7 de julio de 1958.) Por consiguiente, la palabra *suspendido*, tan irresponsablemente proferida por algún reportero vengativo, ciertamente se encuentra fuera de lugar. Asimismo noté que la palabra *desgracia* se define como “estado desfavorable debido a *mala conducta*, también, persona o cosa que *provoca vergüenza*, deshonra y reproche”. (Itálicas mías.)

Por lo tanto, ese reportero, al elaborar una imagen no apropiada, indica de manera descarada, que en efecto fue la “mala conducta” del Almirante Kimmel la que hizo que las Fuerzas Especiales japonesas se acercaran sigilosamente para atacar Pearl Harbor.

Por eso espero acabar por completo con esa declaración maliciosa acerca del Almirante Kimmel, publicada y distribuida ampliamente, declaración que obviamente estaba diseñada para confundir al público y para reforzar la estructura de decepción que se desplomaba, erigida por algunos poderosos creadores de imagen que buscaban moldear nuestra manera de pensar. Lamentablemente a menudo tienen éxito con sus astutos esfuerzos.

Sería políticamente irreal, por el momento, esperar que el Congreso le mostrara un verdadero gesto de amistad al Almirante Kimmel, como reconocimiento tardío por el mal que se le infligió hace más de veinte años. Ha cargado esa losa de humillación pública con gran dignidad, pero la “rueda” por fin está a su favor y seguirá rodando en esa dirección.

Discutimos ciertos asuntos, sentí que él no estaba familiarizado con algunas influencias políticas que me eran más discernibles, influencias que pudieron haber llevado a FDR y a otros a experimentar de manera irresponsable para tramar el modo de involucrar al país en una guerra no deseada, haciendo que un *incidente* o ataque enemigo en *tierras estadounidenses* lo liberara de algunos importantes compromisos políticos que previamente le había prometido al pueblo estadounidense para asegurar el voto.

Se le ha tratado muy injustamente al Almirante Kimmel. Si hoy en día el pueblo estadounidense, por medio del Congreso u otro modo, no hace que los últimos años del Almirante de 84 años sean más felices, entonces yo, como ciudadano soberano, sentiré que la “desgracia suspendida”, a la que previamente se hace alusión, claramente nos señala a *todos* los estadounidenses conscientes, en especial a quienes hayan elegido permanecer en silencio.

Dejemos que los Creadores de Imagen se den cuenta que la justicia finalmente ha superado al engaño.

CAPÍTULO XXII

Las “Naciones Unidas”

Su verdadero origen, raíces y ramas

El trasfondo y verdadero propósito de las Fuerzas Internacionales que convergieron en el crédulo San Francisco para la Convención de las “Naciones Unidas” en 1945 no me impresionó mucho en aquel entonces.

Tras pasar casi cuatro años en servicio activo durante la Segunda Guerra Mundial, el proceso de readaptarse a la vida de civil presentó muchos más problemas. Además, al siempre haber sido muy ingenuo, no vi ninguna razón para que los Estados Unidos no se reunieran con otras naciones para intercambiar ideas constructivas sobre asuntos objetivos. Como la mayoría de los estadounidenses, no sospechaba que hubiera alguna trampa de la ONU.

Sin embargo, dos años más tarde, me perturbó lo que había sucedido en San Francisco y lo que la ONU estaba desarrollando para que se tragaran los crédulos estadounidenses; categoría en la que ocupé “asiento de primera fila”. Me refiero al Programa Revolucionario para Tomar el Control de los Promotores del Poder Mundial, implementado por la autodenominada Naciones Unidas en nombre de los poderes monetarios mundiales, sus patrocinadores.

Espero que mis observaciones con respecto a la ONU sobre las que tanto leímos pero tan poco conocíamos inviten a leer más y a observar con mayor detenimiento, a muchos estadounidenses, en especial la siguiente generación: ¡nuestros finos y jóvenes ciudadanos! Deben aprovechar cada oportunidad para decidir por sí mismos cuál es el “trigo” y cuál la “paja”. Su futuro, o falta de él, les concierne bastante.

El plan para lanzar un supra-gobierno de las Naciones Unidas comenzó en París, en la Conferencia de la Paz, en 1919, cuando la Liga de Naciones se replegó. Los verdaderos objetivos a largo plazo de las Naciones Unidas están inteligentemente ocultos, y siempre lo han estado, detrás de las nubes de Propaganda Socialista Revolucionaria de los Promotores del Poder Mundial, que es posible gracias a la aplicación continua del factor engaño.

¡El concepto de un aparato global de las Naciones Unidas no emergió por arte de magia! Obviamente nadie podría haberse provisto de las vastas sumas de dinero necesarias para promoverlo con éxito. Por lo tanto, la operación planeada durante tanto tiempo por la ONU para guerras egoístas, una astuta empresa, valía mucho dinero para unas cuantas personas de aquí y del extranjero, con ambición de más poder y riqueza. ¿Quién? En 1919, en la Conferencia de la Paz de París, llevada a cabo en Versalles, cuando la “Paz” resaltaba por su notable ausencia, la *Liga de Naciones* se reveló. Una camarilla extranjera la planificó cuidadosamente para vendérsela al Presidente Wilson y que éste se la vendiera a su País. Los Banqueros del Mundo eran sus principales defensores y patrocinadores.

La Liga de Naciones fracasó, en parte porque su plan se publicó con antelación, pero principalmente por la vigorosa resistencia del Senado y de muchos ciudadanos alertas que se *percataron* de los peligros ocultos que implicaba.

Para no dejarse intimidar por el fracaso de la Liga de Naciones, el mismo alto nivel, la camarilla de dinero decidió mantener vivo el concepto del “Poder Mundial” para fines egoístas y enseguida planeó un nuevo vehículo, con ayuda de bastante trabajo por adelantado, que mirara veinticinco años adelante para atrapar con éxito al pueblo estadounidense.

Para asegurarse de que no hubiera errores esta vez, crearon una organización llamada El Consejo de Relaciones Exteriores (C.F.R.) para capacitar cuidadosamente hombres de diversas áreas de operación y moldear de manera adecuada sus objetivos ideológicos, políticos, financieros, militares y educativos. En Londres, Inglaterra, también crearon una contraparte llamada El Instituto Real de Asuntos Internacionales. A la fase Mundial de estos dos grupos se le conoce como Los Bilderbergers, encabezados por Su Alteza Real el Príncipe Bernhard de Países Bajos. Su sede a menudo se encuentra en Holanda.

El primer donativo importante del C.F.R., pues tenía que haber un primero, lo hizo una de las Fundaciones de la Familia Rockefeller, en 1919. Desde entonces ha habido otras donaciones del mismo tamaño. El consejero del Presidente Wilson, el Coronel House, inicialmente “adelantó” la promoción del C.F.R.-ONU para los Internacionalistas, con los señores Baruch y Frankfurter vigilándolo.

Examinemos el trasfondo de lo que de manera inexacta pero oportuna es conocido como Gobierno del Poder Mundial, promovido en los EEUU por el C.F.R. y una de sus

ramas principales, las Naciones Unidas. Quizás el término *Gobierno de Un Grupo* definiría mucho mejor sus objetivos. Durante siglos, las Fuerzas del Mal han combatido contra las Fuerzas del Bien. Las Fuerzas del Mal han elegido y capacitado personas cuidadosamente, de todas las religiones, así como de grupos no religiosos, para llevar a cabo sus objetivos. Estos aprendices y sus seguidores están hechos para incluir judíos, cristianos, mahometanos, hindúes, ateos, etc.

Por lo tanto, al mirar varios siglos atrás, parece que quienes ahora buscan desarrollar un supuesto “Gobierno de Poder Mundial” están muy vinculados con los Banqueros del Poder Mundial y con los viejos Especuladores Políticos. Como consecuencia, se han hecho pocas mejoras básicas en nuestra estructura social moderna, en especial desde 1913, cuando Woodrow Wilson se convirtió en Presidente. De hecho, hoy en día la estructura es incluso más peligrosa debido al desarrollo de nuevas herramientas científicas que facilitan en gran medida la velocidad de las operaciones financieras, controladas por unos cuantos.

El “Comunismo”, una promoción astuta que apareció por primera vez como “Bolchevismo”, está diseñado para realizar la primera fase de un programa planeado para que los Revolucionarios del Poder Mundial tomen el control antes de lograr lo que los líderes astutamente llaman “Paz”.

El “Comunismo” es el Frente activo, la correa de transmisión de la línea de montaje, por así decirlo, para conseguir el control efectivo de la Política del Poder Monetario Mundial, y más necesario para el objetivo es eliminar *todas* las Religiones.

No es sencillo discernir el patrón exacto de este horrible panorama que nos confronta. No está hecho para ser sencillo. Varios comentarios de gente destacada y bien informada me fueron de gran ayuda, así que, en este sentido, citaré unos cuantos:

Primero: “Denme control sobre la Moneda de una Nación y no me importa quién haga la Ley”. Esta asombrosa declaración proviene de Meyer Amschel Rothschild, líder y fundador del vasto complejo bancario que lleva su nombre. Hoy en día, ese imperio ha adquirido control inconstitucional de gran parte del dinero y riqueza de los EEUU por medio del control efectivo del sistema de la Reserva Federal *privada*. Abraham Lincoln luchó mucho para impedir tal situación.

Por lo tanto, la fuerza destructiva a la que hago referencia tiene como objetivo *todas* las religiones, incluso el Cristianismo, ¡sin excepción!

Con base en varios antiguos grupos europeos secretos, Adam Weishaupt, el 1 de mayo de 1776 (el día de los comunistas), fundó o recreó una orden a la que llamó Ile Illuminati, o Los Iluminados. Weishaupt pertenecía a una familia católica bávara educada por jesuitas. Sin embargo, su religión personal gradualmente se deterioró y con el tiempo se convirtió en la adoración del Mal. Esta maquinación era una Conspiración Revolucionaria Mundial que buscaba destruir todos los Gobiernos y Religiones existentes. Sin embargo, en lugar de eso, planeó crear un Gobierno de Poder Mundial controlado por un Déspota cuidadosamente elegido. Esto fue en 1776.

“En 1848, Karl Marx publicó su polémico libro, El manifiesto comunista, en Londres. Recibió mucha ayuda financiera directa de Clinton Roosevelt, así como de Horace Greeley, sin la cual Marx habría permanecido como un revolucionario obsesionado y desconocido”. [1]

“En 1841, Clinton Roosevelt publicó un libro llamado *The Science of Government Founded in Natural Law* [La ciencia del gobierno con fundamentos en la ley natural]. El libro incorpora el patrón de Weishaupt de una dictadura tipo ONU y Poder Mundial”. [2]

Es moderno y rentable, hablando de calzado de mujer, por ejemplo, tener los dedos al descubierto y, en ocasiones, tapados. Por consiguiente, a menudo aparecen nuevos nombres y organizaciones en poderes políticos para “impulsar” y fomentar los principales objetivos de la Orden. En la Revolución Francesa de 1789, la historia nos cuenta que los principales líderes eran miembros de la Orden de Weishaupt, Los Illuminati. Recuerden que en ese entonces algunos de los poderosos banqueros parisinos complacientemente arreglaron que el arribo normal de los barcos que traían granos y comida para abastecer París “se retrasaran” a un tiempo designado. La maniobra causó gran angustia y detonó en disturbios civiles desenfrenados en París mediante la ruta del hambre. ¡Es obvio que la catástrofe fue planeada por adelantado! Ciertamente se puede decir que el pueblo, la víctima, ¡no la planeó!

¿Acaso la sangrienta Revolución Francesa inspirada en la violencia nos proporciona un “marco” preciso sobre lo que las Fuerzas Revolucionarias del Poder Mundial están planeando actualmente para usted y para mí?

Fue bastante interesante que el Poder Monetario Mundial financiara en gran parte el gran safari político exitoso de Woodrow Wilson y lo llevara a salvo a la Casa Blanca. ¡A

partir de entonces se volvió su “Brazo Derecho” y se desempeñó como es debido! Enseguida le pidieron revertir la Política Extranjera de nuestro país, establecida desde hace mucho, ¡de Nacionalismo y Ganancia a Internacionalismo y Deuda! Fue objeto de mucha presión extranjera para llevar al país a la Primera Guerra Mundial de Europa. Grandes ganancias de guerra amasadas encontraron su camino a los cofres de los Banqueros del mundo de ambos lados del conflicto.

Al regresar de la infructuosa Conferencia de la Paz en Versalles, el Presidente Wilson declaró: “Hay una fuerza secreta trabajando en Europa, que somos incapaces de rastrear”. Tengo la sensación de que el Coronel House, su consejero, enseguida la entendió y pudo rastrearla con facilidad.

El Senador McCumber, en una audiencia del Comité de Relaciones Exteriores, Sexagésimo sexto Congreso, le hizo esta pregunta al Presidente Wilson: – ¿Cree que si Alemania no hubiera cometido ningún acto de guerra o ningún acto de injusticia contra nuestros ciudadanos, habríamos ido a esta guerra?

Presidente Wilson: – Sí lo creo.

Senador McCumber: – ¿Cree que habríamos ido de todos modos?

Presidente Wilson: – Sí. [3]

Wilson no se atrevió a dejar de pagarles su comité preelectoral a sus Patrocinadores Banqueros del Poder Mundial. ¿Qué palabras más informativas podemos esperar sobre cómo se *maniobró deliberadamente* nuestro país hacia la Primera Guerra Mundial, con gran costo para nosotros y grandes *ganancias* para otros?

Será informativo recordar que más tarde dijo Lenin: “La Primera Guerra Mundial nos dio Rusia mientras que la Segunda nos dará Europa”. [4]

¿Acaso Lenin pudo haber sabido desde antes que al General Patton no se le permitiría tomar Berlín? ¿Acaso el C.F.R. pudo haber planeado esos asuntos tan lejos desde antes para que “perdiéramos” la Segunda Guerra Mundial? Tal vez en aquel entonces tenían el plano para la gran política de “no ganar”. Así parece.

Cito nuevamente: “A través de su astucia, la multitud internacional manipuló a los Estados Unidos para que fueran a tres guerras en las que no teníamos negocio, en las que no podíamos ganar nada”. [5]

Para añadir algunos comentarios oportunos sobre los Patrocinadores del Comunismo y del Gobierno Mundial, cito al Dr. B. Bruce: “Los Illuminati tienen al mundo en esclavitud económica y su Agentur dicta la política del gobierno... Habiendo utilizado el Nazismo y el Comunismo para eliminar casi todos los reyes, prácticamente habiendo exterminado la aristocracia y los líderes por uno u otro medio, habiendo llevado las naciones a la esclavitud de la usura, ahora los directores quieren utilizar la Organización de las Naciones Unidas para marcar el comienzo de *métodos pacíficos*, si es posible, un Súper Gobierno de Poder Mundial... Los Illuminati intentan emplear Comunismo Ateísta así como todos los otros ‘ismos’ hasta cierto punto, *pero* después de que las naciones se hayan fusionado en un Estado Internacional, los Illuminati luego intentarán coronar a su líder *Rey Déspota* del universo y usurpar los poderes del Gobierno Mundial”. [6]

Estimado lector, ahí lo tiene, en palabras que todos podemos entender fácilmente.

* * * * *

Más adelante me sorprendió la noticia que se filtró en la que Alger Hiss, uno de los Principales Arquitectos del Estatuto de la ONU, previamente había aceptado un acuerdo secreto con Molotov, otro gran líder soviético, que decía que el Jefe Militar Permanente de las Naciones Unidas siempre debería ser ruso. ¡Ése ha sido el caso!

De inmediato deberíamos romper lazos con el aparato de la ONU y sus marañas sombrías. Las siguientes observaciones son del libro de H.L. Hunt titulado “Hunt For Truth” [Caza por la Verdad], página 79:

“En realidad, la ONU no empezó con Hiss y Harry Dexter White en la Conferencia Dumbarton Oaks de 1944 y la Convención de la ONU en San Francisco de 1945. Roosevelt, Stalin y Churchill antes se reunieron en Terán y acordaron ciertos principios que lograrían una paz duradera”.

“Los ‘Tres Grandes’ se reunieron nuevamente en Yalta, el 11 de febrero de 1945. La delegación estadounidense incluyó al Secretario de Estado Stettinjus, al General George C. Marshall, a Harry Hopkins y a Alger Hiss, con Chip Bohlen como intérprete ruso para F.D.R.”

“En el directorio telefónico especial publicado para cubrir el intercambio privado que servía a la delegación estadounidense, el Presidente Roosevelt tenía el teléfono no. 1; Alger Hiss el no. 4”.

“Para llegar a un acuerdo sobre el procedimiento de votación (en la ONU), el Presidente Roosevelt, Stalin, el intérprete de Stalin y Alger Hiss se retiraron a una conferencia privada, relegando personajes tales como Churchill, Stettinjus y Marshall a un papel de menor importancia para que esperara afuera preguntándose qué sucedía. Finalmente, el grupo selecto emergió anunciando que Rusia tendría tres votos en la ONU y los EEUU sólo uno. Cuando otros de la delegación estadounidense protestaron contra el acuerdo, a Roosevelt se le cita diciendo: ‘Sé que no debí hacerlo, pero estaba tan cansado cuando hablaban conmigo. Aparte, no hará mucha diferencia’. Dos meses y un día después de que impusieran su manera estaba muerto. H.L.H”. [7] “Ellos” dirigen la ONU hoy en día.

Recuerdo la observación solemne de McCarran: “Hasta el día de mi muerte, lamentaré haber votado por el Estatuto de la ONU”. Finalmente, el gran Senador se dio cuenta de la astuta maniobra, se percató que él y otros en el Senado habían sido “timados” por las engañosas declaraciones de Leo Pasvolsky y Alger Hiss. ¡El Senador McCarran no estaba solo en ese sentido entusiasta y franco!

No es de extrañar que más tarde el sombrío e increíble “artificio” militar en las Naciones Unidas, ¡sobre qué estadounidenses *estaban* y *están* confiados, desinformados y mal informados!, perjudicara con severidad al General MacArthur y a sus tropas. En aquel entonces causó las muertes de Soldados estadounidenses, así que debo preguntar con intención: ¿qué hay de hoy?

El General MacArthur dijo: “Lo que pudo haber detonado mi salida fue la recomendación que hice en enero poco antes, que se iniciara un *juicio por traición*, para *terminar con la red de espionaje* responsable por el hurto de mis informes confidenciales a Washington”. [8] ¡Es difícil entender cómo una red de espionaje de Washington hurtaría sus informes confidenciales habiendo vidas de Soldados estadounidenses en juego! El famoso General fue removido. ¿Qué hay de la red de espionaje? ¿Acaso opera en NY hoy en día?

Así que eché un segundo vistazo a las Naciones Unidas y a sus promotores.

Cito los párrafos I y II de “Know The United Nations” [Conozca las Naciones Unidas]: “¿Acaso sabe que Stalin, en Yalta, al haberle pedido a F.D.R. la formación de las Naciones Unidas para ofrecer ‘Paz’ a cambio de ‘ayuda’ en la Segunda Guerra Mundial (5 días), aceptó el plan tal como lo expone Alger Hiss, y que F.D.R. no recomendó su localización en *suelo estadounidense*, sino en las Islas Azores?” [9]

“¿Acaso sabe que los Estados Unidos ratificaron el Tratado de las Naciones Unidas asegurando de manera falsa que nuestra *Soberanía Nacional*, *nuestra Constitución* y nuestra Bandera permanecerían inviolables y que su único propósito era la Paz?” [10]

Al investigar sobre la ONU, me topé con labia, con observaciones fabricadas como respuesta a mis preguntas. Respuestas como “Sabes que el Estatuto de las Naciones Unidas es la Ley Suprema de la Tierra porque es un Tratado, y sabes que hay un “vacío legal” en el Artículo Seis, párrafo dos, de la Constitución de los EEUU”.

Esa plática sobre “vacíos legales” sonaba bastante sospechosa, con el debido respeto a la elocuencia distractora del fallecido John Foster Dulles. Era un abogado destacado de Nueva York, un trapichero ocupado para el programa internacional de F.D.R., uno que estaba muy metido en la garganta de los partidos políticos Demócrata y Republicano.

Así que pasé al Artículo Seis, párrafo dos, en una copia de la Constitución de los EEUU y empecé a leer. Luego lo leí una segunda y una tercera vez. Al día siguiente lo leí nuevamente.

El Artículo no toma un abogado de Washington o de Harvard para que explique con un giro egoísta. Está escrito sin rodeos. No hay “vacío legal”, Sr. Dulles, ¡al contrario! La técnica de la gran mentira consiste en repetir algo tan a menudo que comience a sonar creíble. Tal era el caso.

El Artículo Seis, párrafo dos, dice: “La Constitución y leyes de los Estados Unidos en virtud de las mismas, así como los tratados realizados o que se realicen bajo la autoridad de los Estados Unidos, serán la ley suprema de la tierra, y los jueces de los *estados* quedan obligados a ellas sin importar la constitución o leyes contrarias de cualquier estado”. (Itálicas, mías.)

Por lo tanto, la Constitución de los EEUU (nótese la C mayúscula), así como sus Leyes y Tratados vigentes (los *tres*), están hechos para ser *Supremos*. Por consiguiente, honestamente, ¿cómo puede tratarse *una* de las tres áreas como Suprema? ¡En especial a

expensas de las otras dos! ¡Es imposible! Sin embargo, a menudo lo intentan quienes tratan de engañar. El caso que a veces se cita, *Fujii vs. California*, 1950, en el Tribunal de Apelaciones, es una instancia en la que se coloca un “marco” respetable sobre una “fotografía” engañosa que recae sobre un fundamento inconstitucional. ¡Así que el Estatuto de la ONU *no* es la “Ley Suprema de la Tierra!” Ciertamente no de los EEUU, que es NUESTRA Tierra. Nuevamente, ¡no hay “vacío legal!”

El Tratado se define como “un acuerdo formal entre dos o más naciones, relacionados con Paz, Alianza (*no Dominación*), Comercio, etc.” (Palabras subrayadas, mías) Por lo tanto, un Tratado que de alguna forma niega o viola los derechos como lo establece la Constitución de los EEUU y las Leyes promulgadas, por supuesto que no tiene validez, ¡a no ser que lo corrobore una Enmienda Constitucional específica! Algunas partes del Estatuto de la ONU invaden de manera descarada nuestra Soberanía nacional, por lo tanto son inconstitucionales. Recuerden: “Denme control sobre la Moneda de una Nación y no me importa quién haga la Ley”. ¿Acaso eso enfrentamos hoy en la ONU?

Debemos aclarar las cosas, llamar las cosas por su nombre y tomar medidas para *retirar a los EEUU de la ONU*. ¿Somos estadounidenses o zombis?

En los EEUU, una cosa es establecer una alianza con otra nación amigable para fines *objetivos*, ¡pero involucrarse en una operación de *unificación* con el anfitrión de naciones dispersas (algunas amigables, otras no) para fines *subjetivos* es otra muy distinta! La primera tiende a fortalecer nuestra nación, mientras que la segunda es una daga que nos apunta y nos amenaza con destruirnos hasta que la quitemos.

Tal vez algún hábil abogado político bajo presión trate de aplicar, fuera de contexto, las palabras al final del Artículo Seis, párrafo dos, que se refieren a la *constitución de cualquier estado* (“c” y “e” minúsculas) y aplicarlas a la parte superior que se refiere a la Constitución de los EEUU (*C* mayúscula). Dicho esfuerzo sería poco más que un intento descarado por engañar a quienes no hayan leído detenidamente el Artículo Seis, párrafo dos.

Por consiguiente, quiero acabar con la falacia de la charla engañosa sobre “la Ley Suprema de la Tierra” de la que tanto se habla y lee. (*Léase Artículo Seis, párrafo dos, y dese por satisfecho*).

Cualquier contrato de aplicación inmediata, como el *Estatuto de la ONU*, que de diversas maneras intente invadir y diluir nuestros Derechos Soberanos amenazando nuestra Constitución, debe garantizar una Enmienda Constitucional para tener validez en los EEUU.

Cualquier proponente astuto del Gobierno Mundial mediante la ruta del C.F.R. lo sabe, desde luego, pero teme que el pueblo estadounidense derrote por abrumadora mayoría un esfuerzo abierto de su parte para obtener confirmación legal de la Enmienda Constitucional. Lo derrotaría por diez a uno.

Los partidos políticos de los Estados Unidos deberían insertar un tablón mayor en sus plataformas para retirarse de la ONU y *honrar* sus plataformas si tienen éxito frente a tanta presión monetaria de los Illuminati y del C.F.R sobre nuestros servidores públicos líderes.

Se llevarán a cabo esfuerzos, por supuesto, para “modificar” o “enmendar” el Estatuto de la ONU y darle nueva legitimidad propuesta mediante una vasta propaganda de la prensa. Sin embargo, ¡simplemente sería combinar engaño sobre engaño y error sobre error! Un “edificio alto” con dificultades yace sobre un cimiento tambaleante.

Sería posible, con el tiempo, formar una Asamblea Mundial de buena fe para establecer propósitos *objetivos* entre naciones, sin esforzarse por tener un control político y monetario de poder mundial sobre ellas. Los actuales patrocinadores sombríos de la ONU y sus numerosos seguidores jamás querrían *aceptarlo, a no ser que* una población molesta e indignada *los fuerce a hacerlo*.

A la ONU se le ha descrito como el “albatros” que cuelga del cuello del Tío Sam, es decir, usted y yo.

De hecho, ¡la ONU es un “*Nuevo Departamento de Negocios*” de largo alcance para unos cuantos grandes Bancos Internacionales! ¡Funciona bien!

Por cierto, ¿cómo se llamaba ese hombre alto y demacrado proveniente del País del Pueblo, que dijo algo acerca de “Engañar a *toda* la gente *todo* el tiempo?” ¡*Desearía* que estuviera aquí hoy!

En 1960 le envié un telegrama al Presidente Eisenhower sobre un asunto de EEUU y la ONU que decía lo siguiente:

“Filadelfia, Pensilvania, 27 de septiembre de 1960.

Presidente Dwight D. Eisenhower

Encargado del Waldorf Astoria Hotel, Park Avenue, N.Y.,
O envíese a La Casa Blanca, Washington, D.C.

Estimado Presidente:

En el “Inquirer” [Investigador] del día de hoy se dice que usted le acaba de advertir a Khrushchev que los Estados Unidos estaban determinados a bloquear la ofensiva Kremlin para reconstruir las Naciones Unidas en un molde soviético. Deténgase. En circunstancias menos serias una advertencia a Khrushchev parecería divertida.

Además, el objetivo que mencionó sobre simplemente bloquear los esfuerzos abiertamente declarados del Kremlin es completamente negativo. El enfoque correcto debe ser positivo. Debería recomendar con encarecimiento la eliminación de la ONU actual, que no es sino un aparato soviético agonizante, y recrear en su lugar una Asamblea Mundial honesta, sin acuerdos militares secretos ni demás estratagemas que les dan control del trabajo actual de las Naciones Unidas a los soviéticos y a sus seguidores. Deténgase. Ya ha de saber que las Naciones Unidas nacieron en un molde soviético, por medio del acuerdo secreto de Alger Hiss, Molotov y Vyshinsky, conocido por unos cuantos miembros de nuestro Congreso. Deténgase. Por lo tanto, Sr. Presidente, hoy se necesita que muestre un fuerte liderazgo positivo y no camaradería pálida. El país lo exige.

Con todo respeto,

Curtis B. Dall

123 Calle South Broad, Filadelfia. 9, Pensilvania”

No recibí respuesta.

Todos sabemos que los campus universitarios en los Estados Unidos, así como en otras partes, han alcanzado un alto grado de prioridad en los que se enfoca mucha propaganda de la ONU y del Poder Mundial. En este sentido, me pareció bastante objetable la siguiente información citada, pues sucede que estoy muy arraigado a Princeton y a todo lo que representa. Como todas nuestras universidades, es un objetivo de alta prioridad, así que el asunto que se toca aquí se refiere a todas:

El 24 de marzo de 1964, el periódico de la Universidad de Oxford, “The Daily Princetonian” [El Diario Princetoniano], en la página uno, decía: “La única política sana

para los Estados Unidos yace en la paciente, no espectacular y, de ser necesaria, solitaria búsqueda de los intereses que unan naciones, dijo anoche el Embajador de los EEUU en las Naciones Unidas, Adlai Stevenson, ‘22, en Alexander Hall”. Un párrafo posterior también dice: “El Sr. Stevenson mencionó la necesidad de lidiar con el ‘Tema Central de nuestros tiempos’”.

Dos párrafos más adelante: “El soldado de la ONU es como ningún otro porque ‘su única misión es la paz y su único enemigo la guerra’, señaló el Embajador de la ONU”. ¡Espere, estimado lector!

Echemos un vistazo a las observaciones que se reportaron y reflexionemos sobre las palabras peligrosas que se usaron.

Al obviar un número de adjetivos, dice: “La única política sana yace en la búsqueda de los intereses que unan Naciones”.

Personalmente, ¡no puedo estar de acuerdo con el mérito o conveniencia implicado de semejante política para los Estados Unidos! Ciertamente no quiero buscar los intereses que unan Naciones, es una flagrante manifestación de deslealtad al País. Amo este País y soy leal a los Estados Unidos de América, nuestra República Constitucional y, aunque quiero ser “buen vecino” con las demás personas con un enfoque humanitario a sus problemas, no quiero ni remotamente estar “Unido” con muchas Naciones. ¡Soy estadounidense! Este sentimiento, que la mayoría compartimos, es sin duda para nuestros mejores intereses.

Nuestros antepasados vinieron para *alejarse* de las alianzas enredosas del Viejo Mundo, ¡para empezar de nuevo!

Si nuestra civilización, cultura y herencia como las conocemos se “unieran” debido a una decisión repentina de los sombríos “Unidores” líderes, ¡podríamos retroceder cientos de años! Eso es exactamente lo que los Planificadores Líderes de la ONU ignoran. Sin embargo, despojados del lenguaje ambiguo, *ellos* no tienen la intención de retroceder. ¡Piensan que pueden atravesar hábilmente una revolución mundial con su riqueza y poder hacia un nuevo Gobierno Mundial, y que el 99.5 por ciento de nosotros que estamos en casa no! Por lo tanto, nos programan para ser Campesinos, ¡simples peones en un intento de Programa de Línea de Montaje Mundial! Un “programa” que no duraría mucho incluso si, por suerte, ¡tuviera una noche de apertura adusta y con olor a escombros al tocar para un público casi vacío!

Con respecto a las palabras de Adlai Stevenson, “lidiar” con el “Tema Central”, en verdad no parece que vayamos a hacerlo, sino que ya estamos *a merced* de un “Tema Central” bien financiado, es decir, ¡el Grupo Mundial del C.F.R. magníficamente organizado! Nuestra mejor movida hoy, como ciudadanos, es reconocer rápidamente la peligrosa situación y, como se recomienda previamente, *retirarse del* “barco que se hunde” en las Naciones Unidas. La referencia de Adlai Stevenson “el soldado de la ONU es como ningún otro” es bastante cierta. De hecho, él *no es un soldado* en lo absoluto, sino un *Policía Secreto* finamente disfrazado que actúa de parte de la ONU belicista de Bilderberger y del C.F.R.

Continuando con “Su única misión es la Paz”... ¿La Paz *de quién?* ¿Acaso la Paz del Rey Déspota de los Illuminati? Ésta es realmente la pregunta del “millón”: ¿La Paz *de quién?*

En el elegante mosaico internacional, ¿dónde encajan los estadounidenses, si es que lo hacen? Posiblemente porque somos un pueblo confundido. En el vocabulario creador de imagen de los internacionalistas, “Paz” significa cuando hayan asegurado la Paz bajo *sus* términos, mediante varios métodos tipo “Caballo de Troya”, ¡cuando sin duda usted y yo estemos Descansando En Paz!

Para concluir, “su único enemigo (del Soldado de la ONU) es la guerra”. La total absurdidad y engaño de la declaración proveniente de un funcionario experto de las Naciones Unidas, ciudadano de este país, ¡siento que va más allá de la necesidad de un comentario serio!

La mayoría de nosotros ha observado con espanto que cuando el Soldado de la ONU va a pelear bajo la dirección del C.F.R., por lo general ataca y erradica Anticomunistas, los partidarios y defensores de la verdadera Paz. Sin embargo, el objetivo no declarado del Soldado de la ONU es permitir que los patrocinadores del C.F.R. de la ONU adquieran, de manera directa o indirecta, para sus jefes y amigos banqueros, nuevas áreas enormes ricas en recursos naturales. Por lo tanto, inyectan un nuevo gobierno “democrático” para establecer de inmediato un nuevo sistema monetario controlado, desde luego, y así proceder a poner en marcha planes para explotar y vender los recursos naturales. En efecto, se trata de saqueo bien organizado de numerosas naciones en mala situación económica a gran

escala, con usted y yo como estadounidenses desinformados, que pagan la mayor parte del costo de adquirir los nuevos mercados y ganancias para los propietarios líderes de la ONU.

Esa clase de propaganda engañosa que Adlai Stevenson tan a menudo ha repartido a la audiencia joven del país debe lamentarse profundamente.

Quizás una impugnación breve y efectiva, de parte mía, a las supuestas declaraciones que reflejan el adoctrinamiento de carácter mundial de Adlai Stevenson, sea citar el verso de una canción cuya letra y música escribí para la generación de 1920, a la cual pertenezco. Me parece que será del interés de muchos miembros de la gran Familia Princeton, distribuida por todo el país. La canción, llamada “Reunion Song” [Canción de la Reunión], se compone de tres versos y un coro. El último verso:

“Fuerzas extranjeras nos rodean,
Con sus perforaciones, en la noche
Mediante engaño y maquinaciones,
Sobre esta Tierra han lanzado una desgracia,
Únanse a nuestro Dios y País,
Defiendan nuestra Libertad y su Ley,
Forjen una espada para esta Gran Nación,
¡En los salones del Viejo Nassau!”

De este modo crucé mi “espada” con la de Adlai Stevenson y su séquito en nombre de los estudiantes de nuestras universidades y dejé que pasara lo que tenía que pasar.

El General MacArthur sabía mucho sobre la palabrería: “¡El Soldado de la ONU!” Recuerden que tenía que enfrentar el hecho de tratar de ganar una guerra, sin importar que la ONU y otros desearan vernos “perderla”. Sin embargo, el costo de esa “guerrita” fue de alrededor de unas 145,000 muertes y veinte mil millones (\$20,000’000,000) de dólares. Pronto habrá *más* guerras para inaugurar nuevos bancos, nuevas monedas, nuevos créditos, más préstamos para nosotros con interés agregado, y nuevos mercados para otros, iniciados por el Agentur del C.F.R. y la ONU.

Quizás algunos lectores intenten sacar “cortinas de humo” en el rastro de algunos comentarios y traten de cubrir la descarada intrusión de la ONU contra los derechos y soberanía de los estadounidenses. Por mí está bien. ¿Acaso la intrusión de la ONU no era

una maniobra traicionera? La traición es “el engaño del país de uno mismo”; la Constitución de los Estados Unidos (Artículo 111, Sec. 3) dice: “la traición contra los Estados Unidos consiste en iniciar una guerra contra ellos o en aliarse con sus *enemigos*, proporcionándoles ayuda y facilidades”.

Al aliarse con nuestros enemigos y proporcionarles ayuda y facilidades, a la ONU se le ha descrito como una red de espionaje bien diseñada y protegida. J. Edgar Hoover ha hecho algunas observaciones convincentes en este sentido.

Cuando leía el libro “Red Spies in the U.N.” [Espías rojos en la ONU], mi atención se dirigió a una fotografía que mostraba a mi exsuegra, la Sra. Eleanor Roosevelt, *radiante*, conforme se dirigía a la delegación supuestamente solemne de la ONU, *lista para darle la bienvenida a Konstantin Zinchenko, de los soviéticos*, en su nombramiento como Subsecretario General de las Naciones Unidas. Varios años más tarde, después de que el General MacArthur acusara a Zinchenko de *ayudar a nuestros enemigos*, éste apenas eludió al FBI y *escapó* a Rusia para continuar espionando, por medio del nido de espías de la ONU. [11]

Para mí sólo hay una cosa buena de todo el montaje de las Naciones Unidas en la Ciudad de Nueva York. Es el grupo colorido de banderas de muchas naciones, afuera. En un buen día, las banderas ondean. Los padres de todas partes llevan a sus niños para que las vean. Miran y aplauden con sus manitas ante la linda vista.

Es una vista pintoresca bien planeada, *afuera del* edificio de la ONU. Sin embargo, adentro, los representantes de los países miembros libres y subsidiados revolotean, esperando la llegada propuesta por la ONU de la supuesta “Paz”, una Dictadura sin Dios del Súper Estado del Poder Monetario Mundial.

Si ese día alguna vez llega, toda nuestra Libertad personal y las Religiones no formarían parte de él. Ya no quedaría nada para usted ni para mí salvo amargos recuerdos al llegar la Oscuridad.

Notas del capítulo 22

1. Wickliffe Vennard, *The Federal Reserve Hoax* [El engaño de la Reserva Federal], Foro Pub. Co., 324 Newsberry Street, Boston 15, Mass., página 110. (referencia general #48)

2. *Ibídem*, p. 110. (referencia general #49)

3. *American Mercury* [Mercurio estadounidense], septiembre de 1959. P-20, se citan audiencias ante el Comité de Relaciones Exteriores, el Senado de los EEUU, 66º Congreso, Documento 106, p. 536.
4. *Ibídem*, P-22.
5. W.B. Vennard, *The Federal Reserve Hoax*.
6. Dr. B. Bruce, *Constitutions Be Damned* [Malditas sean las constituciones], Foro Pub. Co., 324 Newberry Street, Boston 15, Mass., págs. 90 y 91.
7. H.L. Hunt, *Hunt For Truth*, H.L. Hunt Press, 1401 Elm Street, Dallas, Texas.
8. W.B. Vennard, *Federal Reserve Hoax*, p. 136. (referencia general #53)
9. “The Watch Washington Club” (Know Your United Nations) [El Club del Reloj de Washington (Conozca sus Naciones Unidas)] (referencias generales #54 y #55)
10. *Ibídem* (#55)
11. Pierre J. Huss y George Carpozi, Jr., *Red Spies in the U.N.*, Coward – McCann, Inc., Nueva York. 1965, p. 65-182.

CAPÍTULO XXIII

Conservadores, Liberales y críticas

El comienzo de una nueva vida para mí, en muchos aspectos, empezó una mañana de febrero de 1946.

Me subí a un camión de la Fuerza Aérea en Andrew Fields, en el Pentágono, y regresé a las actividades civiles.

Tras firmar un montón de papeles, varias horas más tarde, acabé mi servicio activo, pero permanecí en la Reserva de la Fuerza Aérea.

Durante la Segunda Guerra Mundial no se me envió al extranjero, como en la Primera Guerra Mundial, pero realicé algunos deberes en Harrisburg, Cincinatti, en el Fuerte Leavenworth y en la oficina del Subjefe del Estado Mayor y Planes, en la Sede de la Fuerza Aérea en el Pentágono, un puesto muy interesante. Todo ese esfuerzo por un barbudo anciano confundido: el Tío Sam.

Así que esa mañana me despedí de “Planes”, recordando a quienes llegaron y se fueron durante mi periodo – muchos buenos estadounidenses. Estaban los Generales Larry Kuter, Lauris Norstad y muchos otros de menor rango: “Smokey” Caldara, “Sonny” Whitney, Pete Hamilton, Johnny Wack, George Carey, Harvey Gram, Ed Leland, Joe Halverson; en el Ejército: Courtney Whitney; en la Marina: mi amigo el Almirante Zackarias, conocido como “Zack”. Fue justamente promovido de “cuatro rayas” al rango de Contraalmirante por nuestro primer Secretario de Defensa, el mejor hombre de Estado de la era moderna, James V. Forrestal.

Esa mañana, dije un “hasta luego” especial al salir del Pentágono, en memoria de un amigo especial, un oficial sobresaliente de la Fuerza Aérea proveniente de Lancaster, Pensilvania, vía West Point: el General Joe Lutzenheiser. Recientemente, Joe se había unido al selecto y valeroso grupo de combatientes estadounidenses en un encuentro lejano, donde los valientes se reúnen, donde recuerdan los viejos tiempos bajo la sombra de nuestra bandera.

Más adelante, recibí la conocida carta de “agradecimiento” para los militares de parte del Presidente Harry Truman. En realidad, las gracias nos las debieron haber dado Joe

Stalin o sus patrocinadores, a quienes las Fuerzas Armadas de este país les pusieron negocios por toda Europa central, ¡con ayuda del contribuyente estadounidense explotado y engañado!

Después de varios meses placenteros en Baltimore, me dirigí con mi familia a San Antonio, Texas, y comenzó un nuevo capítulo.

El estado de la estrella solitaria parecía llamarme. Mi antigua empresa, “Tennessee Gas & Transmission Company”, seguía adelante, pero al parecer la nueva administración no sentía la necesidad de los servicios de su fundador, lo cual era decepcionante pero comprensible.

¡Texas es grande! Si se pudiera voltear de cabeza, se extendería hasta Canadá por el norte, y de Luisiana por el este hasta Colorado y Nuevo México por el oeste. No puedes vivir mucho tiempo en ese estado sin darte cuenta de las enormes diferencias de cultura, convicción y preocupación que caracterizan el punto de vista de espacios abiertos más amplios de la nación.

Uno no podría oír las notas de la corneta del Fuerte Sam Houston por mucho tiempo y contemplar el lejano horizonte de Texas sin darse cuenta de que hay mucho de este gran país que no está bajo el control de jefes políticos de grandes ciudades en Chicago, Nueva York, San Francisco y Filadelfia.

En la política, me volví de mentalidad conservadora conforme contemplaba la verdadera imagen, de manera tan gradual, de hecho, que con dificultades me di cuenta.

Por mucho tiempo, me confundieron muchos acontecimientos y políticas que surgían de lo que aún se conoce como el “Partido Demócrata”. A menudo me parecía que había algo mal con mi manera de pensar. ¡El único problema es que no *pensé* antes! Durante mucho tiempo sentí que FDR había desarrollado muchos pensamientos propios en beneficio de este país: los EEUU. Sin embargo, no fue así. La mayoría de sus ideas, sus “municiones” políticas, por así decirlo, le fueron manufacturadas cuidadosamente con anticipación por el grupo del Poder Monetario Mundial C.F.R. De manera brillante y con gran gusto hizo estallar un gran pedazo de artillería, hizo explotar las “municiones” preparadas en medio de un blanco desprevenido: el pueblo estadounidense; de esta manera retuvo el apoyo político internacionalista. Quizás indebidamente le copió a Woodrow Wilson, en ese sentido, y de inmediato se inclinó por la intervención Monetaria de Poder

Mundial y el engaño de los Estados Unidos. Mi parecer es que aceptó el apoyo sólo como medio práctico para ganar y retener más poder político y personal.

Otros han expresado su manera de sentir con mejores palabras que yo. Sin embargo, tal vez mi lealtad hacia FDR tenía una fuerte raíz y era inquebrantable, mi consternación llegó de manera tardía, junto con una percepción más clara, pero sobre un camino lento y tortuoso.

Cito varias autoridades reconocidas: “Ya no hay duda de que la Segunda Guerra Mundial nos llevó a consecuencias tan *contrarias* al propósito de la misma, como proclamara el Presidente Roosevelt, que se le debe dar alguna explicación creíble a la *multitud desconcertada* y desilusionada...” [1]

¡Ciertamente yo pertenecía a la “multitud!” “...se recordará que Roosevelt vendió la guerra (a nosotros) o, al menos, *la participación estadounidense* y su propia indispensabilidad para *conducirla*, con la avidez y confianza de un mercachifle”. [2] (Itálicas mías) Continuando:

“A veces es una historia triste y sórdida. Los Estados Unidos no tenían un Talleyrand, alguien culto y filosófico que combinara habilidad con *patriotismo apasionado por su país*, para enviar al Cairo, Terán y Yalta. O, si lo tenía, *no lo envió*; ni hubo un Woodrow Wilson que se avergonzara ante el desplazamiento de masas indefensas... los acuerdos secretos, los comunicados hipócritas; ni un Theodore Roosevelt que *llamara las cosas por su nombre, al hablarle a Stalin o al pueblo estadounidense*”. [3]

Sin lugar a dudas, Roosevelt “vendió” la guerra, ¿pero para el beneficio de largo alcance de quién? Continuando:

“Roosevelt nunca le presentó el acuerdo de Yalta, como si fuera un Tratado, a la rama legislativa del gobierno (el Senado de los EEUU). Obviamente no le importaba tratarlo como tal”. [4] ¿Qué era? ¿Era legal?

A lo mejor sus consejeros le ordenaron *no* presentárselo al Senado, por miedo a arriesgarse a una no ratificación. Tal vez sintió que la expresión “L’État c’est moi” le bastaba para regir y satisfacer a los estadounidenses palurdos. En este concepto de exagerado decoro ejecutivo, sin duda tuvo la “aprobación” alentadora de Harry Hopkins (el hombre de Baruch), cuyo evidente desdén por el pueblo estadounidense está bien establecido. Continuando:

“Y fue Roosevelt, personal e intencionalmente... quien llevó hombres tales como Harry Hopkins y Alger Hiss (no al patriótico Talleyrand) por medio mundo, a los suburbios de Rusia en el año 1945, a hablar con Stalin y a *sobornar* a la Unión Soviética para que entrara a una guerra contra Japón (por unos *cuantos días*), justo a tiempo para recoger los frutos de la victoria”. [5] (Itálicas mías.) ¿Por qué?

“No hay duda de que durante la guerra, Roosevelt tuvo la determinación de no dejar salir la *verdad* acerca de nuestra relación con la Rusia soviética”. [6] (Itálicas mías.)

No es de extrañar que el Agregado Personal de Roosevelt en Estambul, el Comandante George Earle, sorprendentemente se topara con un “muro de piedra” del C.F.R. y el aspecto amenazador de Baruch en la Casa Blanca cuando pudo haber logrado que FDR detuviera la Segunda Guerra Mundial en sus primeras etapas – el Comandante Earle me lo contó todo – lo que habría evitado un millón de muertes o más, y sufrimiento indescriptible. (Recuérdese el Capítulo 20 sobre George Earle.)

¿Qué tanto son *un millón de muertes estadounidenses* para Joe Stalin y sus caciques financieros de Nueva York?

Citando a Sherwood: “Me sorprendió su apariencia (de Roosevelt)... El Secretario Stimson estaba preocupado por el estado físico y mental del Presidente. Escribió el 11 de septiembre en su diario, el día *anterior* a la Conferencia [de Quebec]: ‘Me ha angustiado mucho la condición física del Presidente... Temo por los efectos que pueda tener la conferencia en él. En especial me preocupa... que *vaya sin ninguna preparación real para la solución* del... problema sobre cómo tratar a Alemania. Hasta ahora, en sus pláticas con nosotros, no ha mostrado tener *ningún estudio o capacitación en absoluto* en lo que se refiere al problema que tenemos que decidir’”. [7] Continúa:

“Éste fue el hombre [Harry Dexter White] que le vendió a Henry Morgenthau, Jr. el supuesto ‘Plan Morgenthau’ para volver pastoral a Alemania, lo que iba a ser el máximo logro de la segunda Conferencia de Quebec. Que el Presidente de los Estados Unidos cayera en *esta trampa Comunista transparente, muestra la irresponsabilidad garrafal* con la que llevaba a cabo la Política Exterior en los últimos meses de la guerra...” [8] “Harry Dexter White, desde luego, junto con sus apuntadores, quería el ‘Plan Morgenthau’ porque *acabaría* con la economía de Europa Occidental. Era parte del programa de Comunismo militante”. [9] (Itálicas mías.)

Las palabras “trampa Comunista transparente” son razonablemente descriptivas, por lo que me parece que es en este punto que, a causa de los viejos tiempos, debo felicitar sinceramente a Henry Morgenthau, Jr. por su sobresaliente perspicacia así como por su *preocupación junto con Harry Dexter White* por el bienestar del pueblo estadounidense. Continúa:

“Sabemos que el Sr. Hull, Secretario de Estado, y el Sr. Stimson, Secretario de Guerra, se *horrorizaron* con lo que sucedió en la escandalosa Conferencia de Quebec, en septiembre de 1944”. [10] (Itálicas mías.) Continúa:

Herr Gobbels declaró de manera contundente: “Si el pueblo alemán baja las armas, el acuerdo entre Roosevelt, Churchill y Stalin les permitiría a los soviéticos ocupar todo el este y sureste de Europa, junto con la mayor parte del Reich. De inmediato descendería una *Cortina de Hierro* en este territorio... detrás de ella habría una matanza masiva de gente... la que permaneciera sería una especie de humano al desnudo, una masa bruta fermentada de millones de proletarios y bestias de carga desesperadas...” [11]

En cuanto a las decisiones desafortunadas de FDR en Yalta, abasteciendo a Stalin, por razones que no eran claras en ese entonces, cito, con referencia a la disipación de *la fe humana en los Estados Unidos*: “Tal vez, a la larga, fue el peor perjuicio que Franklin D. Roosevelt les hizo a sus compatriotas”. [12] (Itálicas mías.)

De alguna manera todos podemos cumplir con las exigencias del “interés personal” en materia de política. La mayoría ha oído la expresión “el que paga, manda”; pero si vamos más allá de los límites del “interés personal”, la periferia de Traición está cerca, ¡muy cerca!

Cuando Harry Hopkins, un trabajador social desconocido “que florecía”, comentó de manera insolente que los estadounidenses eran *demasiado tontos* como para *entender* lo que sucedía, sin querer les hizo un cumplido. Sin lugar a dudas, los estadounidenses, en general, estuvieron y aún están poco preparados para reconocer el gran engaño que hombres en altos puestos del gobierno perpetraron en su país. ¡En verdad yo era tonto! Pero, ¿qué puede hacer uno para corregirlo? ¿Qué podemos hacer para transmitir nuestro incomparable patrimonio a la siguiente generación? No es fácil responder esta pregunta porque casi sucumbimos ante la deuda financiera y hemos recibido muchos extranjeros a los que no les interesamos, muchos de los cuales desean, por varias razones, acabar con nuestra sociedad.

¿Por qué nuestra tolerancia debería aguantar tanto tiempo intolerancia extensiva? Debe mantenerse firmemente la postura estadounidense.

Por supuesto que con el paso de los años me han hecho muchas preguntas acerca de “Los Roosevelt”, “La Casa Blanca”, el Sr. Baruch, Felix Frankfurter, Henry Morgenthau, Jr. y muchas personalidades relacionadas con el Régimen prolongado de FDR en Washington. Por lo general me hacían las preguntas con tiento. Sin embargo, a menudo eran groseras, directas y molestas. Como respuesta, yo también era directo, si la situación lo ameritaba. No obstante, desarrollé una técnica que consistía simplemente en “eludir” y ser impreciso. Algunas acciones de Jimmy, Elliot y Franklin, Jr. parecían generar mucha curiosidad y, en ocasiones, crítica considerable. Mis respuestas las formulaba con las frases: “todo lo que sé es lo que leo en el periódico” o “no he visto a los muchachos en mucho tiempo”. Era cierto. Así que he tratado de vivir, en lo que se refiere a algunas áreas del pasado, con dignidad amigable. El futuro presentó muchos nuevos desafíos. Por lo tanto, miré hacia adelante, pero he tratado de recordar la lección “Lo Pasado es Prólogo”.

Naturalmente me han caído algunas “críticas” por “desertar al supuesto Partido Demócrata y a los consejeros del Poder Monetario Mundial de CFR.

Si se revisan los hechos, me parece que el Partido Demócrata me “*abandonó*”, ¡a un votante estadounidense conservador! Hoy en día, el destino de nuestro país significa más para mí que la imagen de cualquier partido político orientado al extranjero y de nombre equivocado que “compre” nuestros votos, desde luego, con nuestro propio dinero.

Mucha gente dice que es “imposible” comenzar un “Tercer Partido”, debido al costo y la dificultad de crear una organización que lo maneje. En ciertos aspectos es verdad. Sin embargo, un “Tercer Partido” es en realidad un *Segundo Partido* debido a la copropiedad o funcionamiento *tanto* del partido Demócrata como Republicano centrados en Nueva York por el Poder Monetario Mundial, el Grupo de Poder Mundial.

Hay muchos que dicen, “uno debería esforzarse por ‘reformular’ dentro de la estructura de una partido importante”. Tal vez, pero en vista de las imágenes falsas, las noticias manejadas y el engaño que se distribuye desde la superficie, dicho curso tendrá que enfrentarse y vencer muchos caminos bloqueados. Aquéllos en el Partido Republicano teóricamente podrían implementar algún medio poderoso para la reforma necesaria, ¡en

nombre de su país! ¡Lamentablemente parece que sufren de laringitis política! Por ende, hoy en día, ¡el futuro de los jóvenes estadounidenses pende de un hilo!

Ante de las Fuerzas del Dinero, ahora se *esconden* los que *alguna vez* fueron los *dos* partidos más importantes de nuestra República Constitucional; la verdadera elección disponible hoy en día para nuestra gente debería ser Conservador vs. Liberal. (Un Partido Liberal sin la contaminación Comunista y Socialista de Poder Mundial, si se pudiera.)

No hay duda de que los políticos profesionales, cuando lean estas palabras, sonreirán con languidez y bostezarán. ¡No me impresiona! De inmediato recuerdo que los “peces gordos” de la política no fundaron las Trece Colonias de nuestra República Constitucional ni la República de Texas. ¡La gente de carácter que cree en Dios fundó ambas! Es hora de que esta nación se ponga un “cuello” y una “camisa” política limpia, una que no esté llena de “mal olor” y de la peste de corrupción que se origina desde la escena en Washington.

Si no lo hacemos pronto, ¡nos quedaremos sin “camisa”!

Es indudable que algunos elegidos de los Creadores de Imagen se alzarán intentando refutar algunas de las observaciones que aparecen en el libro, observaciones que no les agradan a los creadores de imagen, mediante detecciones hacia mi persona. Es comprensible. Sin embargo, que dichos esfuerzos por detraerme lleguen de frente, no por la espada, técnica utilizada con frecuencia.

He descrito al “Goliat” y he labrado “Una Piedra para Goliat”, por así decirlo, que apunta directamente al centro del objetivo. Contémplo: la Junta Directiva de la Reserva Federal con sus nuevas y sombrías contrapartes internacionales, el Consejo de Relaciones Exteriores (C.F.R.), el extenso Grupo Bilderberger del Príncipe Bernhard y, por último, su secuaz desacreditado: las autonombradas Naciones Unidas.

Estarán de acuerdo que el “¡objetivo!” es de tamaño y poder considerable, ¡que rara vez se elige! Pero, ¡por qué no, si sólo tengo una “Piedra” para lanzar! Todo hombre tiene una piedra. En ella yace la fuerza de muchos ciudadanos soberanos, en especial cuando se observan a ellos mismos oponiéndose a unos doscientos o trescientos. Hoy en día, el “Poder Monetario” Internacional ha logrado ponerse al frente del Pueblo, muy al frente. Sin embargo corre “asustado”, vulnerable por algunos Desastres del pasado, enfrentando una reforma necesaria, muy tardía.

¿Me permitirían expresar unas palabras para advertirles sobre nuestra caída por los mensajes implicados desde numerosos monumentos públicos y reconocimientos erigidos y entregados, aquí y allá, por agentes de los Creadores de Imagen, para rendir honores a sus personas designadas con tal de engañar a generaciones presentes y futuras?

Se sugiere hacer un monumento público de Woodrow Wilson para señalar un suceso muy importante en diciembre de 1913, cuando por un Acta, entregó un Congreso mal informado (es decir, a usted y a mí) a las garras del grupo privado de la Reserva Federal con su poderosa mesa directiva de Gobernadores, ganando miles de millones al imprimir nuestro propio dinero a un precio muy bajo, ¡y posteriormente cobrándonos intereses por *nuestro* propio crédito! (¡Es una operación increíblemente costosa como para que la gente inteligente la perdone!)

Se le debe reconocer aún más a Woodrow Wilson su esfuerzo incesante por llevar este país al intrincado patrón de Guerras europeas, para pagar una deuda preelectoral personal, al acumular gran deuda y pérdidas en el país.

Algunos creen que para reflejar de manera apropiada los dos logros mencionados previamente en materia de liderazgo de gobierno, debe hacerse un hoyo profundo y oscuro en alguna parte... el fondo no debe ser discernible para los estadounidenses que ansíen mirar en busca de amigos. El hoyo profundo reflejaría de manera convincente los resultados de la desastrosa doble política exterior y financiera de Wilson.

No hay duda de que se erigirán monumentos en memoria de FDR. El tema ya ha causado discusiones en Washington.

Sin embargo, el pueblo estadounidense estaba mucho más pobre al final de su régimen, en contraste con el estatus de sus partidarios y consejeros de alto nivel, quienes se volvieron más gordos y mucho más poderosos al haber ideado la manera de promover sus propias Metas Globales en ese lapso. Entonces, ¿qué clase de monumento?

El distinguido escritor inglés, A.K. Chesterton, comenta acertadamente sobre las Metas Globales, así que cito de su libro brillante y revelador, “The New Unhappy Lords” [Los nuevos lores infelices]

“El acto final de Bretton Woods, que dio lugar al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional, la Conferencia de Dumbarton Oaks que creó las Naciones Unidas así como a sus agencias, la Conferencia de la Habana que produjo el Acuerdo General sobre Aranceles

Aduaneros y Comercio, y muchas asambleas de funcionarios cuidadosamente seleccionados *no fueron incubados* por Gobiernos presionados librando una guerra, sino por un *Poder Monetario Supranacional* que podía darse el lujo de anticipar la formación *de un mundo después de la guerra que sirviera sus intereses*". [13] (Itálicas mías.)

Eludiendo hábilmente pero implementando el plan preparado del Dinero Mundial para despojar con prolijidad a los ciudadanos estadounidenses de su reserva de oro, FDR se absorbió cada vez más en los aspectos de largo alcance de nuestra brillantemente nombrada Política Exterior. Le dio un pedestal de buen tamaño para mantenerse constantemente en el primer plano de la política.

En la mente de muchas personas, ¡el acontecimiento más importante durante su mandato fue "Pearl Harbor!" Como se esperaba, el trágico incidente reflejó algunos objetivos de largo alcance de aquéllos que atinadamente formularon la Política Exterior para FDR. Es cierto que tenía un sabor externo. Sin embargo, al estar de acuerdo, FDR se colocó de buena gana en medio de ella.

Observemos una Imagen dudosa y cortemos algo de "maleza" legal del "Informe" sobre "Pearl Harbor" del Juez Roberts. En él señala con un dedo "inspirado", en lo que se refiere al área culpable, hacia la dirección equivocada.

En varios aspectos de interés actual, el "Informe" de Roberts sobre Pearl Harbor tiene características similares al que editara el Juez Earl Warren, que tenía como propósito analizar e informar al pueblo estadounidense acerca de las fuerzas que exitosamente maquinaron el trágico asesinato del Presidente Kennedy en Dallas. La mayoría de los estadounidenses siente que el "Informe" de Warren se queda atrás en funcionamiento, si es que alguna vez estuvo destinado a revelar todos los hechos, y así supuestamente evitar aspectos políticos e ideológicos bastante importantes que rodeaban la tragedia.

Conforme se expresan sentimientos de simpatía y respeto por el sufrimiento de la familia Kennedy, cada vez es más claro que el público estadounidense tiene acceso a más información acerca del asesinato de su Presidente de la que se incluye en el "Informe" de Warren para su futura evaluación.

En vista de que más información sobre el asunto sigue saliendo a la luz, algunos funcionarios en Washington se esfuerzan por "archivar" o enterrar cierta información, una

investigación del Congreso sobre el incidente a todas luces se encuentra en orden, de hecho, retrasada.

En pocas palabras: ¿tenemos un gobierno honesto? (La pregunta debería ser el “Tema Principal” para *cualquier* Administración en Washington) Si no es así, entonces no tenemos Gobierno alguno, sino una monstruosidad, una democracia que ensombrece.

Todo “encubrimiento”, incluso “chapado en plata”, no es sino un pobre sustituto de la Verdad, sin importar si pertenece a un importante incidente en Dallas o en Pearl Harbor.

Los comentarios que se reportan del Almirante Kimmel, en aquel entonces Oficial al mando en Pearl Harbor, van directo al grano, como un trueno: “FDR y los militares de alto rango deliberadamente traicionaron las Fuerzas estadounidenses en Pearl Harbor”. (Ref: Newsweek, página 40, 12 de diciembre de 1966.)

Nuevamente: “FDR fue el arquitecto de todo el asunto. Dio órdenes y no puedo demostrarlo de manera categórica; ninguna palabra sobre los movimientos de la Flota japonesa debía enviarse a Pearl Harbor, salvo por medio de Marshall, y luego le dijo que no enviara nada”. (Ref: New York Times, página 22, 7 de diciembre de 1966.) ¡Bastante sorprendente!

Por consiguiente, se sugiere que le hagan un monumento a la Política Exterior de FDR, que refleje los objetivos de largo alcance de los Expertos de Baruchistán, en Pearl Harbor, no en Washington, no en Moscú ni en Londres.

Por lo tanto, contemplen los restos del acorazado Arizona hundido, acariciados por las aguas del mar mientras protestan en silencio por la traición. Contemplan la asombrosa tumba de mil estadounidenses, tumba que se les proporcionó de repente, no como resultado de heridas de guerra por defender su país, sino de una traición mediante una fría emboscada.

Contemplan el monumento más extraordinario a la Política Exterior de FDR y sus orquestadores sombríos, un monumento mucho más elocuente para nosotros en mensaje que los superlativos de Demóstenes.

Notas del capítulo 23

1. George N. Crocker, *Roosevelt's Road to Russia* [El viaje de Roosevelt a Rusia], Henry Regnery Company, Chicago, 1959. (Véase introducción página IX)
2. Ibídem, Introducción, página IX
3. Ibídem, Introducción, página IX
4. Ibídem, página 2
5. Ibídem, página 4
6. Ibídem, página 10
7. Ibídem, página 233
8. Ibídem, página 230
9. Ibídem, página 232
10. Ibídem, página 228
11. Ibídem, página 279
12. Ibídem, página 280
13. A.K. Chesterton, *The New Unhappy Lords*, Candour Publishing Co., 11 Palace Chambers, Bridge Street, Londres SW 1, Inglaterra, página 144.

Bibliografía

- American Mercury*, septiembre de 1959. P-20 se citan audiencias ante el Comité de Relaciones Exteriores, Senado de los EE.UU, 66º Congreso, Documento 106, p. 536 – 173
- Bruce, Dr. B. – *Constitution Be Damned*, Forum Pub. Co., 324 Newberry Street, Boston 15, Mass., pp. 90 y 91. – 174
- Chesterton, A.K. – *The New Unhappy Lords*, Candour Publishing Co., 11 Palace Chambers, Bridge Street, Londres SW 1, Inglaterra, página 144. – 190, 191
- Crocker, George N. – *Roosevelt's Road to Russia*, Henry Regnery Company, Chicago, 1959. – 185, 185, 185, 186, 186, 186, 186, 187, 187, 187, 187, 187, 192
- Gobernador George Earle – *The Governor Earle Letters*, colección de cartas personales, en *The Human Events* [Los eventos humanos], con declaración del Gobernador George Earle – 148
- Felix Frankfurter Reminisces* – 138
- Sociedad Histórica de Pensilvania
- Hunt, H.L. – *Hunt For Truth*, H.L. Hunt Press, 1401 Elm Street, Dallas, Texas. – 175
- Huss, Pierre J. y Carpozi, George, Jr. – *Red Spies in the U.N.*, Coward – McCann, Inc., Nueva York. 1965, p. 65 – 182
- Major Jordan's Diary* – 80
- Newsweek*, 12 de diciembre de 1966, página 42 – 164, 192, 196
- New York Times*, Página 22, 7 de diciembre de 1966 – 192
- Lilienthal, Alfred M. – *What Price Israel*
- Smith, Gone – *When the Cheering Stopped by*, publicado por William Morrow and Company, Nueva York, 1964 – 140
- O'Connor, "Doc" Basil, socio activo en la firma de Roosevelt y O'Connor 8, 130, 143 (comentarios sobre la muerte de F.D. Roosevelt) 143
- Determinación de hecho número 5, Comisión de Investigación de la Marina, sobre Pearl Harbor – 165
- Roosevelt, Clinton – *The Science of Government Founded in Natural Law*, 1841 – 172

“*The Daily Princetonian*”, periódico de la Universidad de Princeton, 24 de marzo de 1964,
primera plana – 179

Smith, Gone – *When the Cheering Stopped by*, Publicado por publicado por William
Morrow and Company, Nueva York, 1964 – 140

Stimson’s Diary [Diario de Stimson] – 186

Vennard, Wickliffe – *The Federal Reserve Hoax*, Forum Pub. Co., 324 Newberry Street,
Boston 15, Mass., página 110. (ref. general #48) – 172, 174, 175

“The Watch Washington Club” (Know Your United Nations). (ref. generals #54 y #55) –
175, 176

Weishaupt, Adam – 172

Índice de nombres³

Adenauer, Canciller 156
Agnew, Cornelius 30
Agnew, Neely 15
Agnew, Rea 20, 30
Allcorn, Frank 143
Alphabet Boys 132
Astor, familia 97
Austin, Elijah 97-98, 122 (antecedentes del autor, en Texas)
Babson, Roger 112
Baruch, Bernard Mannasis, Ministro de municiones (1917-18), 15, 69, 71, 72 (En Wall Street se había convertido en más que un Titán, se había convertido en una figura legendaria), 72 (visita en privado a FDR en enero de 1933), 73-75, 85, 109-110, 113, 132, 137 (con Woodrow Wilson en la ciudad), 138 (consejero de FDR), 152, 171, 186, 188
Beane, Alph 121
Beatty, Almirante británico 167
Benson, William S. 15
Bernhard, H.R.H. Prince, líder de los Bilderbergers, 171, 189
Biddle, Francis, Procurador General 164 (observa a FDR después de Pearl Harbor)
Bilderbergers, Los 171
Billings, W.K. 67
Black, Van Lear 12, 100
Bloch, Almirante, Comandante de la estación local de la Marina en Pearl 164
Boettiger 158
Bohlen, “Chip”, Intérprete ruso de FDR en Yalta 174
Bragg, Thomas 119

³ **Nota del traductor:** Los números que aparecen al lado de los nombres se han dejado tal como se encuentran en el documento original.

Brandeis, Juez Louis D. 72 (finalmente manipuló a los EEUU para que fueran a la guerra en 1917), 110, 138 (tío del Sr. Frankfurter), 140-141 (cómo se convirtió en juez de la Suprema Corte), 146

Brown, Donaldson 33, 34

Bruce, Dr. B. 174

Butler, Nicholas, Murray 103

Buz 77

Caldara, “Smokey” 184

Canaris, Almirante. Wilhelm 149-150, 155

Canton 97

Cannon, Hon. Clarence, Congresista de Missouri 165-166

Carey, George 184

Christianity [Cristianismo] 59

Churchill 132 (el famoso comentario de Churchill: “Ahora estamos en el mismo barco”, que indicaba su entera satisfacción como resultado del incidente planeado)

Collier, Sra. Price 102

Cook, Nancy 45, 46

Coolidge, Calvin 39

CFR véase

Consejo de Relaciones Exteriores

Coningsby 68,

Corning, “Pa” 18

Churchill, Sir Winston 74-75, 113-114, 132, 148-149, 174-175, 187

Dall, Curtis 142 (mudándose a San Antonio), 180 (sobre el pueblo estadounidense: somos un pueblo confundido, aunque bastante productivo y, al parecer, pueden contar con nosotros para ordeñarnos de manera continua para sacar una buena tajada.)

Dall, Sra., madre de Curtis Dall 105

Dall, Sisty, nuera de Anna Roosevelt 127-129

Dall, Buz, yerno de Anna Roosevelt 127.129

Dale, James F. 136

Daniels, Josephus 12, 15

Delano, familia 97
Delano, Sara, Sra. James Roosevelt
Delano, Frederic A. 102, 105
Demóstenes 192
Déspota, el Rey Illuminati 180
Dickerman, Marian 45-46
Disraeli, Benjamin 67
Dodd, Norman 86, 88
Dopfner, Julius, Cardenal 156
Douglas, Kay 11-12, 19-20
Douglas, Percy 30
Douglas, Walter 11
Dulles, John Foster, abogado sobresaliente de Nueva York, trapichero trabajador para el programa internacional del C.F.R. 176
Dupont, Coleman 31
Earle, Comandante George, Agregado de la Marina para Estambul neutral, 146-159, 186
Eisenhower, Dwight D. 57 (el cruel e inaudito programa de repatriación forzada de Eisenhower), 142 (el líder más cooperativo y obediente del Poder Monetario de Nueva York), 151, 178-179
Erhard, Canciller Ludwig 156
Fairhaven, Massachusetts 97
Farley, Jim 61, 63, 138 (consejero de FDR)
Farmer's Loan & Trust 15
FBI véase
Federal Bureau of Investigation [Departamento Federal de Investigación] 127, 182
Federal Power Commission [Comisión del Poder Federal] 124-125, 126
Federal Reserve Act [Acta de la Reserva Federal] 30
Federal Reserve Board [Junta Directiva de la Reserva Federal] 30, 59, 92-93, 110, 115, 137, 172, 19
Fidelity and Deposit Company [Compañía de Fidelidad y Depósito] 11-12
Forbes, Sra. Paul 102

Forrestal James V. 153, 184

Frankfurter, Felix 66-70, 79, 86, 109-110, 132, 134, 138 (consejero de FDR), 144 (la máquina política extensiva organizada en Washington por Felix Frankfurter), 144 (fungiendo como el Primer Ministro en la Corte de Baruchistán), 171, 188

Fort Knox 142

Fowler 148

Galt, Sra. Edith, segunda esposa del Presidente Wilson 140 (su completa devoción hacia él a través de los años; asimismo, cómo dirigió el país por un tiempo cuando él se enfermó)

Garlick, George 116-117

Gerstenmair, Eugen 156

Glasser, Harold 81

Goebbels, Joseph 187

Goldman, Sachs 25

Goodbody, Marcus 114

Gram, Harvey 184

Greeley, Horace 172 (financió a Marx)

Greeley, Daniel 97

Gutman, Monroe 25

Halsey, Almirante William (Bull) 160

Halverson, Joe 184

Hamilton, Peter 184

Hancock, John 13, 15, 25, 27

Harding, Warren G. 39

Harris & Vose 84

Hartford 97

Harvey, Coronel George 136

Hillman, J.H. 123 (intereses de Pittsburgh)

Hiss, Alger 174-175, 178, 186

Hitler, Adolph 120 (creciente programa de intercambio) 120, 132, 149-150, 151, 155-156

Hooker, Harry, abogado personal de FDR 56-57, 127

Hoover, Herbert 54-55, 76, 89, 114, 119, 131

Hooveer, J. Edgar, jefe del FBI 127-128, 131 (El Presidente Hoover había solicitado sin éxito “cooperación” a FDR y a sus consejeros para la endeble situación bancaria), 182

Hopkins, Harry 56-58, 80-81, 88, 111, 132, 134, 174, 186 (el hombre de Baruch), 187 (“que el pueblo estadounidense era *demasiado tonto* como para *entender* lo que sucedía”)

House, Coronel E. Mandell 55, 107-111, 146, 171, 173

Howe, Louis McHenry 21-22, 45-47, 54, 56. 60. 62-63, 79, 86, 93-95, 106-111, 114-116, 119, 130, 132, 138

Hulbert, Sra. Mary, anteriormente Peck, 140

Hull, Cordell 166 (26 de noviembre de 1941, envía “ultimátum a los japoneses), 187

Hunt, H.L., autor de “Hunt For Truth” – 174

Hyde Park 97

Illuminati, Los 172, 174

Johnson, Fourny 124

Johnson, Victor 126

Jones, Bobby 121

Jones, Jesse 90, 94

Jordan, Mayor 80

Katy, enfermera de los niños Dall 127

Kennedy, Jaqueline Bouvier 118

Kennedy, John F. 64, 166, 191

Kennedy, Joseph 118-119 (vendedor de acciones), 129 (cuando se colocó al Embajador Kennedy en Londres e hizo su famoso comentario “sobre mi cadáver” acerca de que el país no se involucraría en la Segunda Guerra Mundial, se dice que pronto se le destituyó del puesto en Londres, relegado a Florida durante algún tiempo para refrescarse, así como para volver a adquirir el punto de vista “correcto”), 121

Kimmel, Almirante Husband B. 159-169, 192 (“FDR y los militares de alto rango deliberadamente traicionaron las Fuerzas estadounidenses en Pearl Harbor”. En Newsweek, página 40, 12 de diciembre de 1966.), 192 (Nuevamente: “FDR fue el arquitecto de todo el asunto. Dio órdenes y no puedo demostrarlo de manera

categoría; ninguna palabra sobre los movimientos de la Flota japonesa debía enviarse a Pearl Harbor, salvo por medio de Marshall, y luego le dijo que no enviara nada”. En New York Times, página 22, 7 de diciembre de 1966.)

Khrushchev, Nikita 60, 178

Knox, Frank 167 (Kimmel: “De todo el personal en Washington, me parecía que el Secretario Knox era el hombre más motivado por el factor de honestidad”.)

Kuhn, Loeb & Co. 27

Kuter, General Larry 193

Lamarche, Dick 20

Landis, James 957-68, 116

Landsdowne, Comandante 15

Laski, Harold 70

League of Nations [Liga de Naciones] 15, 110, 170

Le Hand, Señorita 87

Lehman, Allen 25, 29

Lehman, Hermanos 13, 19, 25, 27, 47

Lehman, Arthur 25

Lehman, Harold 25-29

Lehman, Sra. Harold (Cecile) 26

Lehman, Herbert 13, 125, 27, 53, 138 (consejero de FDR)

Lehman, Phillip 25

Lehman, Robert 25, 86

Leland, Edward 184

Lenin, Nikolai 173

Lersner, Barón Kurt von, líder de la Sociedad Oriental 150

Lewis, John L. 123 (L. Lewis y sus Trabajadores Mineros Unidos)

Lilge, Dr. Hans 156

Lincoln 84

Long, Huey 63-65

Lutzenheiser, General Joe 184

Lynch, Tom 53

MacArthur, Douglas 78, 135, 153, 175, 181-182

McCarran, Senador 175 (“Hasta el día de mi muerte, lamentaré haber votado por el Estatuto de la ONU”.)

Marshall, General George 132-133, 163-164, 167, 174-175

Martin, Almirante Orin G. Presidente de la Comisión de la Marina que investigaba al Almirante Kimmel 168

Marx, Karl 172 (recibió mucha ayuda financiera directa de Clinton Roosevelt, así como de Horace Greeley)

Matthews, George 20

McCumber, Senador 173

Meehan, Mike 116-117

Merrill, Linch, Pierce, Fenner y Beane 114

Messina, Joe 63

Molotov, V.M. 174, 178

Mooney, Tom 67

Morgan, J.P. 53

Morgenthau, Henry, Sr. 83

Morton, Levi P. 82

NAACP 58, 144-145

Newberg, Nueva York 97

Newhaven, Connecticut 97

Norstad, General Lauris 183

O’Connor, “Doc” Basil, socio activo en la firma Roosevelt and O’Connor 8, 130, 143 (comentarios sobre la muerte de F.D. Roosevelt)

Orient Society [Sociedad de Oriente] 150

Palmedo, Roland 20, 25

Papen, von, Fritz 149

Parish, Henry 23, 138, 145 (“Están utilizando a Franklin”.)

Parish, Sra. Henry 43-44, 139

Pasvolsky, Leo 175

Patton, George S. 57, 148, 153, 173

Peabody, Fred 76
Peck, Sra. Mary Allen 140-141
Pendergast, Tom 61-63
Phelps, Timothy 97
Poughkeepsie 99
Rankin, Senador 61-62
Raskob, John J. 53
Reconstruction Finance Corp. [Corporación de Reconstrucción de Finanzas] 89
Reich, Charles, agente del FBI con la familia Dall 128-129
Reynolds, el mayordomo de los Roosevelt 72
Richardson, Almirante 161 (removido de Pearl Harbor, ante el Almirante Kimmel)
Roberts, Juez Owen 164 (Después de Pearl Harbor, llegó con una comisión de Washington, designada por el Presidente Roosevelt para investigar la situación, aunque, más bien para presentar los tan necesarios “chivos expiatorios”), 165, 166
Robinson, Helen Douglas 19
Rock, James 37
Rockefeller, John D. 26, 35-36
 John D., Jr. 26, 35
 John D., III 35
 Nelson 35, 124 (amigo del autor)
Rodman, Almirante Hugh 167
Rogers, Archibald 15, 17-18, 100
Rogers, Edmond P. 17-18, 37, 100
Romaine, Julian 20
Roosevelt, Anna 11-12, 16, 17, 19, 42, 84-85, 100
Roosevelt, Eleanor (Sra. Franklin D.) 16, 23, 41-47, 49-60, 81, 87, 10, 138, 139 (boda), 142
Roosevelt, Elliot 17, 40, 42, 77
Roosevelt, Franklin D. FDR 133 (¿Acaso el virus del gran poder había alterado la química y el carácter del hombre que tanto estimaba hasta tal grado que ya no podía reconocerlo?), 135 (egoísta, engreído, ambicioso y algo arrogante en ocasiones. [...]) mal perdedor en los deportes), 139 (boda), 142 (Dall sorprendido por su muerte en

Warm Springs), 145 (un “cautivo”), 145 (Al final, parecía que FDR mostraba remordimiento y preocupación en Warm Springs, Georgia, por cómo Joseph Stalin lo había “derrotado”), 155 (“cautivo”)

Roosevelt, Franklin, Jr. 17, 42-43, 56-57

Roosevelt, Isaac 98

Roosevelt, Roosevelt James 17, 37, 39-49, 42, 49-52, 69, 77, 97, 98

Roosevelt, Sra. James 16-17, 43-45

Roosevelt, John 17, 42, 43

Roosevelt, Sara Delano 18, 23, 53, 96-106, 144-145

Roosevelt, Theodore 19, 44, 137-139

Roosevelt, Clinton, author de *The Science of Government Founded in Natural Law* 172 (financió a Marx)

Rosenman, Sam 138 (escritor de los discursos de FDR)

Rothschild, Casa de 109

Meyer Amschel 172

Royal Institute of International Affairs [Instituto Real de Asuntos Internacionales] 142

Sargento, John 51

Schwab, Charles 15

Shober, Edward W. de Filadelfia, amigo de Dall 146 (organizó un almuerzo con el exgobernador George Earle)

Short, General 160, 162-163, 165

Silver [Plata] 74 (inversión de Baruch)

Smith, Alfred E. 52-53, 96

Ben 119-120

Tom K. 61-62

Smith Lee, Rebecca 97

Stalin, Joseph 23, 57, 80, 120, 143-144, 145, 151, 174-175, 184, 186-187

Stark, Almirante, Jefe de operaciones de la Marina 161, 163

Stauffeberg, von, Conde Claus 156

Stettinius Edward, Jr. Secretario de Estado en Yalta 175

Stevenson, Adlai E. 179 (“El Sr. Stevenson mencionó la necesidad de lidiar con el ‘Tema Central de nuestros tiempos’”), 180, 181

Stimson, Henry L. Secretario de Guerra 166 (convocado ante la Comisión de Investigación de la Marina en Washington, fingió estar enfermo y mintió al respecto), 187

Symonds, Gardiner 126

Sisty 77

Talleyrand 185, 186

Titán 54

Tower, Harry 125-126

Trettner, General Heinz 156

Trotsky, Leon 29, 68

Truman, Harry S. 22, 63, 153, 157

Tully, Grace 56

Tumulty, Joe, Secretario del Presidente Wilson 136

Undermyer, Samuel 140-141

Underleider, Sam 114

Vanderbuilt, familia 97

Voorhis, Peter 20

Vyshinsky 178

Wack, John 26, 31-34, 184

Waelder, Jim 122

Wallace, Henry 87-88

Walsh, Senador 68

Warburg, Felix 30

Warburg, Sra. Felix 30

Warburg, Frederick 27, 29

Warburg, Max 29

Warburg, Paul 30, 137 (Legislación de la Reserva Federal)

Warner, Emily Smith 52

Warren, Presidente del Tribunal Supremo Earl 191

Weinburg, Sydney 25, 26

Weishaupt, Adam, de una familia católica bávara, fundador de la orden de los Illuminati, el 1 de mayo de 1776 – 172

West, Andrew 136

White, Harry Dexter 80-81, 85-86, 88, 134, 144, 174, 186-187

Whitney, Courtney 184

Whitney, “Sonny” 184

Wilhelm, Káiser 29

Wilmot, Willis 64, 90, 128, 129

Wilson, Sra. Edith Galt 55, 110

Wilson, Woodrow 8, 13-15, 30, 55, 67, 82, 107, 110, 132, 134-135 (al inicio tenía gran idealismo), 137-142, 139 (vagando por Lover’s Lane), 140 (cómo Wilson llevó a Louis Brandeis a la Suprema Corte de los EEUU), 145-146 (“Soy un hombre muy infeliz... inconscientemente he arruinado a mi país”), 170-171, 173, 185, 190

Zackarias, Almirante 160, 184

Zinchenko, Konstantin, Subsecretario General de las Naciones Unidas 182 (Varios años más tarde, después de que el General MacArthur acusara a Zinchenko de *ayudar a nuestros enemigos*, éste apenas eludió al FBI y *escapó* a Rusia)

Zionism [Sionismo] 83, 141

DALL: FDR, mi suegro explotado

Traducido por Adrian Giovanni Cueva Trejo

Diciembre 2015